



RELATOS
TURBIOS

Editorial
San
Marcos

CARLOS E. ZAVALETA

RELATOS TURBIOS

Carlos Eduardo Zavaleta

RELATOS TURBIOS

©Carlos Eduardo Zavaleta

Primera Edición Impresa: 1999

Primera Edición Digital: 2020

©Editorial “San Marcos”

Jr. Dávalos Lisson 135, Lima.

Telf. 424 - 6563

e-mail. Informes@editorialsanmarcos.com

Diseño de portada y Diagramación: Aníbal Paredes Galván
Editor de la Editorial San Marcos

Hecho el Depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú

ISBN: 9972-46-095-9

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

PRÓLOGO

La aparición de esta nueva novela de Carlos Eduardo Zavaleta (Caraz, 1928) confirma el perfeccionamiento expresivo que su autor viene desplegando, sobre todo, desde los cuentos de Vestido de luto (1961). Ya su tercera novela, Los aprendices (1974), superó en aliento y ejecución a las dos novelas —cortas— iniciales: El cínico (1948) y Los Ingar (1955). No en vano habían transcurrido dos décadas entre los Ingar y Los aprendices. No en vano Zavaleta había logrado erigirse como uno de los mejores cuentistas peruanos contemporáneos, gracias a La batalla (1954), El Cristo Villenas (1956) y Unas manos violentas (1958), pero, en especial a Vestido de luto, Muchas caras del amor (1966) y Niebla cerrada (1970). Varios de estos cuentos aparecen en la antología El fuego de la rutina (1976), publicada por PEISA, en la colección Biblioteca Peruana y en otras numerosas antologías. Después de la publicación de Los aprendices, Zavaleta nos ha regalado otro libro maduro, con cuentos magistralmente plasmados: Un día en muchas partes del mundo (1979). Por otro lado, ha dado fin a un volumen de textos brevísimos, La mirada que aumenta el mundo, del cual podemos leer una selección acompañada de siete cuentos de reciente cosecha, en La marea del tiempo (1982). Paralelamente, ha terminado dos novelas: Un joven, una sombra y la que ahora prologamos.

De tal suerte que Retratos turbios resulta ser la quinta novela de Zavaleta. El pulso narrativo, el diseño de los personajes, el montaje de tiempos y perspectivas, la atmósfera febril y la textura de la prosa trasuntan un mayor dominio artístico. Zavaleta está a punto de igualar en el terreno de la novela, el virtuosismo que desde hace treinta años ha alcanzado en el cuento. De ser así, se ubicaría entre nuestros mejores novelistas, tal como se ha confirmado con el éxito

innegable de su gran novela Pálido, pero sereno (UNMSM, Fondo Editorial, 1997), que culmina, hasta ahora, su brillante carrera. Cabía esperar este salto en que se condujo, sin tropiezos, de menos a más; a diferencia de Julio Ramón Ribeyro (en el cuento cada vez más admirable, eximio ya en Silvio en el rosedal), cuyas novelas se han ido sucediendo en orden decreciente, malográndose el notable novelista que apuntaba en Crónica de San Gabriel y los primeros capítulos de Los geniecillos dominicales.

La comparación con Ribeyro viene a cuento, porque ambos son los integrantes de la llamada Generación del 50 con mayor versatilidad narrativa, tanto en lo concerniente a los temas que abordan como a los recursos expresivos que emplean. Por otra parte, ambos no han cesado de enriquecer y depurar su mundo creador (Zavaleta en el cuento y la novela, Ribeyro sólo en el cuento), brindándonos en los últimos lustros sus mejores páginas. En cambio, Congrains y Salazar Bondy se limitaron a asediar la ciudad y la costa; Vargas Vicuña, el campo y la sierra. Y si Salazar Bondy murió tempranamente, Congrains y Vargas Vicuña han optado por el silencio editorial.

La versatilidad temática de Zavaleta es incluso más patente. Abarca con igual soltura la costa y la sierra, la capital y los pequeños poblados, la ciudad y el campo. Se aproxima, en una dirección, al neorrealismo urbano de Congrains y Salazar Bondy; y, en otra, al realismo maravilloso (en su variante neoindigenista) de Vargas Vicuña. Tampoco deja de lado los aportes de la literatura fantástica, aunque éstos sin la nitidez que logran algunos cuentos de Ribeyro.

Esta versatilidad de situaciones y ambientes se condice con la conciencia generacional de Zavaleta (1). Para él, el grupo de narradores del 50 supuso un camino distinto del indigenismo predominante en la narrativa peruana de los años 1920-1950. No sólo porque se lanzó a retratar la urbe moderna, lo cual podría llevarnos a una esquemática oposición —hasta cierto punto ilustrable con algunas frases de Salazar Bondy— entre indigenismo y neorrealismo urbano, sino fundamentalmente, porque prestó atención a "todas las sangres", al Perú como "país mayormente

mestizo". Creemos que Zavaleta quizá acentúa demasiado el aporte de su "generación", ya que, por lo menos en *El mundo es ancho y ajeno* (1941), de Ciro Alegría, la óptica sensible a nuestro mestizaje no era desconocida en nuestra narrativa; por otra parte, los relatos de José Diez Canseco son, en gran medida pioneros de la nueva narrativa urbana. Sin embargo, valga la aparición de Zavaleta para caracterizar su propio universo narrativo, ancho y mestizo, interesado por toda la pirámide social y todo el espectro nacional.

Es el propósito de actualizar las técnicas narrativas el que tipifica a los autores del 50, diferenciándose de Alegría y Diez Canseco; gran conocedor de la literatura europea y norteamericana contemporánea, docente y traductor, Zavaleta acaso fue el que emprendió esa labor con mayor lucidez, preparando la gran renovación que en el 60 introducirían Mario Vargas Llosa, Oswaldo Reynoso y las últimas novelas de José María Arguedas.

Retratos turbios adviene como el mayor esfuerzo "totalizador" efectuado por Zavaleta hasta el año de 1982. Su integrador diseño congrega múltiples connotaciones sociales, políticas, geográficas, psicológicas, etc., por medio del contrapunto de los personajes. En el caso de los protagonistas, los primos hermanos Toño e Ismael, el juego de oposiciones se erige como la verdadera trama de la novela. Una rivalidad de polos complementarios que pugna entre sí, sin arribar a una síntesis auténtica, sólo a nexos falsos, impuestos, turbios. Súmese a este duelo central, la contrastante red que hilvanan Mónica, Martha, Maruja y Melisa —todas con la inicial M—, tendiendo una luz poliédrica sobre el personaje vertebrador Toño. Sobre su comportamiento turbio con su mayor destinatario, el verdugo-víctima Ismael, resultaría arduo detallar todas las connotaciones movilizadas por *Retratos turbios*, en la medida que desfilan el civil y el militar, la costa y la sierra, la pobreza y el arribismo, la migración dentro y fuera del país, la autenticidad y la hipocresía, la sensatez y la pasión, el desprecio y la envidia, la inteligencia y la fuerza bruta, la rebeldía y el sometimiento, la necesidad de cambio y la defensa del orden existente, etc.

Estas connotaciones, además de aludir de modo inmediato a la realidad peruana, ostentan validez universal. Se sustentan, en

última instancia, en dualidades esenciales de la experiencia humana, acerca de las cuales existe una extensa literatura en todas las latitudes.

Especial relieve adquiere el tema de las dos caras de Toño, instalado desde el comienzo de la novela (en una escena que nos recuerda el inicio de *Contrapunto*, de Aldous Huxley): “Entró a afeitarse y apenas se encerró en el cuarto de baño no pudo esconder la mirada en el espejo; el Toño de aquí seguía serio y se alistaba para el cóctel de un amigo, pero el otro se mataba de risa (...). Uno de los Toños se mataba de risa, pero colaboró en el afeitado, se puso muy compuesto en el momento oportuno, al rasurar el mentón y las comisuras; luego ambos quedaron en silencio...” (pp. 16 y 17).

Se trata de una doblez que delata algo más que fingimiento e hipocresía. No es que el "verdadero" Toño quiera a Mónica y finja amar a Martha. El Toño auténtico comprende ambas caras; como él reconoce, "necesita" a Mónica y Martha, las ama desde facetas diferentes. A la vez que recordamos el prestigioso tema del *doppelgänger* (el doble que somos, con nuestro lado oscuro), nos revela que el desdoblamiento proviene de la censura, la mutilación y la falsificación que la experiencia social, desde la infancia, ha generado en Toño. También Mónica se comporta sin limpidez, presa de sus ansias y de su falta de identidad. A su vez, Ismael (quien, al vestirse de civil, al final, teme que lo confundan con Toño) se propone parecer lo que quisiera ser, adueñarse de lo que nunca podrá poseer de verdad. Las relaciones entre los tres no son otra cosa que un turbio y dramático triángulo de destrucción: muerte de Mónica, despojamiento de Ismael y el remordimiento de Toño, dignos de observarse en esta valiosa novela (por su arquitectura, los retratos de personajes y el buceo psicológico), precursora de la aplaudida *Pálido*, pero sereno.

Ricardo González Vigil

1

Era el rostro de la mujer que amaba, por supuesto: pero así, arrugada la frente, fruncidos párpados y cejas, y sacudiéndose las hermosas mejillas chupadas, casi convulsionadas por una tos de odio y repulsión, así era lamentable mirarla. Tuvo que volverse al gran ventanal de vidrios polarizados y disimular su decepción con la vista verdosa y dulcemente apagada de la avenida Horacio, tendida debajo de él.

—Pero ¿por qué tenías que invitarla a nuestra casa...? —no, no era su voz de otros días, sino casi un ladrido, un infame producto de la tos de odio.

—No la invité a ella especialmente, entiéndeme... —deletreó—. Invité a los dos por si querían pasar sus vacaciones en México. Pero también pueden irse a un hotel ¿no?

—¡Sabes muy bien que no pueden venir juntos por el colegio de los chicos, y que sólo vendrá Mónica, la muy fresca! Y que no irá sola a un hotel, porque después rajaría de nosotros ¿verdad?

—¿Y por qué Ismael no ha de venir? —se volvió, renunciando a mirar la plácida y moderna alameda que se estiraba higiénica y todavía con luz natural, por entre chalets de dos pisos que morían en la misma línea del tren, negruzca y reseca, dando paso a los modernos y grandes edificios de este lado.

—Dejémonos de historias... —sí, Martha lo desafió aún más, era la primera vez, cruzándose de brazos y lanzándole una mirada parda y brillante—. A ti no te gusta Ismael y él lo sabe; y la que quieres que venga es Mónica... —y hasta dibujó una sonrisa irónica y sabihonda.

No admitas jamás tus culpas, pensó él, y dijo tranquila y juiciosamente, pero Martha, se trata de tu hermana, dices que te sientes sola cuando me voy al trabajo y vuelvo ya de noche. No es

cierto que me disguste Ismael; así, de lejos, se me ha ido pasando el aburrimiento de verlo tantos años. Y, además, el pobre no conoce el extranjero; vendrán juntos, ya verás, y quizá nosotros cuatro, o a lo mejor ustedes tres, porque yo no podré ir, se divertirán en Acapulco y Puerto Vallarta...

Así le había tendido el anzuelo, la cortesía, el halago.

—Jo, jo —pero ella no se convencía—, y luego dices que no tenemos plata para gastos superfluos.

—Para las vacaciones siempre hay, no te quejes —sonrió por fin, la cosa iba saliendo—. ¿No fuimos el año pasado a Cozumel...? —y le pasó el dorso de la mano, como lamiéndola, por las mejillas hundidas que le gustaban, por los labios hinchados y juveniles, por la nariz pequeña y juguetona...

—Te lo digo muy tranquila, sin cóleras, pero de veras —trató de sonreír—: no me engañes, Toño, lo digo en serio.

—¡Cómo se te ocurre! ¿estás loca...? ¡Imposible! ¡Y con Mónica...! —y su risa fue oportuna, claro está, aunque no salió del todo natural.

Un beso, un abrazo, otro pase de la mano, esta vez por el cuerpo delgado y duro, y empezó la despedida:

—Bueno, debo irme, Pancho dijo a las siete.

—¿O sea que a ti solo? ¿Y Hortensia tampoco va?

—No, es un cóctel que da su compañía —mintió, pero protegiendo a Pancho.

Entró a afeitarse y apenas se encerró en el cuarto de baño no pudo esconder esa mirada en el espejo; el Toño de aquí seguía serio y se alistaba para el cóctel de un amigo, pero el otro se mataba de risa, la invitación a Mónica iba saliendo redonda, la gringa y él adivinaban sus gustos, ella vendría, estaba seguro, sólo faltaba saber si remolcaría o no al imbécil de Ismael.

Uno de los Toños se mataba de risa, pero colaboró en el afeitado, se puso muy compuesto en el momento oportuno, al rasurar el mentón y las comisuras; luego ambos quedaron en silencio mientras la maquinilla no dejaba un pelo y se oían afuera los repetidos tacones de Martha, de uno a otro lado. De súbito, antes de salir, en

el espejo sólo hubo un hombre todavía joven, reservado y medio abúlico, a quien arrancaban a la fuerza de su casa.

Salió en bividí hacia el dormitorio principal, al fondo del pasadizo, pero vio a Martha sentada en el vestidor, sosteniendo los visillos de la ventana y contemplando abajo la calle ya penumbrosa del ferrocarril, las primeras manchas de los elegantes árboles de Horacio, y más allá la enorme ciudad, el D. F., entre amarilla y neblinosa, extendida por dentro del melancólico silencio de esta mujer a quien, injustamente, él no hacía feliz, pues si había alguien que merecía serlo era Martha, tan devota y cosida a él que sólo se movía en torno suyo. Incluso le había ocultado la vieja historia de Mónica para proteger esa felicidad que parecía no existir. ¡Qué suerte la mía tener a las dos, pensó, pero al mismo tiempo qué desdicha necesitar de ambas, o, en fin, no vivir plenamente libre, sin ninguna de ellas!

—¿Cómo? ¿Qué tienes...? —hasta dudó en violar esa intimidad, entrando por fin en la habitación muda.

—¿Adónde vas, Toño? ¡Dime la verdad! —la exigencia, la duda fue auténtica, pero de un salto Martha ya estuvo en sus brazos—. Oh, perdóname, tienes razón, ve tú solo, es una reunión de hombres...

No dijo más, pero en su tono había algo escondido y palpitante. Ella había acertado, se trataba de un engaño, excepto el tiempo y lugar. Claro, pensó luego, anudándose la corbata, a una mujer no le puede gustar lo que hace Pancho ni que éste sea amigo de su marido.

Media hora después, tras de pasar por una florería, buscó esa clínica por las Lomas de Chapultepec: le habían dicho junto a una gasolinera, por la Y griega que empezaba al fondo de la Avenida de los Reyes. Al segundo intento la ubicó entre un bosquecillo de sauces. Estacionó el LTD frente a la misma fachada y preguntando aquí y allá acabó en el tercer piso, tocando una puerta entreabierta, y cuando la empujó del todo, Cecilia apareció como suspendida en el aire sobre la gran cama blanca, rodeada de mujeres desconocidas, y allá, tras una mampara, el coro de hombres dando gritos de júbilo.

—Hola, guapa... —la besó, mezclando las flores con el abrazo—; felicidades, tenía que ser un machito.

—Toño querido... —cerró ella los ojos, cogiéndose fuertemente de su cuello, y luego se apartó para mirarlo bien—. Gracias por venir, ya estaban preguntando por ti. Eres el único de mi tierra, no me podías fallar —y ya le venía el lagrimeo.

—¡Toño, hombre, ven aquí! —el vozarrón de Pancho lo sacudió y él no hizo más que saludar a las cinco mujeres y cruzar la mampara, cuando ya tuvo el puro y el champagne en las manos, y el griterío de los amigos de Pancho que lo palmoteaban, oh Toño, te perdiste los primeros chistes.

—Te felicito, hermano... —y miró de veras curioso al flamante padre, que lucía un saco nuevo de gamuza y un llamativo pañuelo de seda al cuello. ¿O sea que Pancho sentía lo que él no sentiría jamás?

Pancho sostuvo satisfecho la mirada y vino el gracias, mano, tú sí que eres un buen amigo, y fue lo único que dijo porque ya resurgían las voces masculinas que se contaban el último chiste o chisme. Los militares retirados están aquí de uniforme, pensó Toño, no es como en la casa de Cuernavaca, adonde todos van de civil.

Entre el buen champagne y los cuentos donde la vagina y el falo aparecían de mil modos, riendo y fumando gruesos puros, el grupo se repartió libremente por la terraza sembrada de maceteros, como si no estuvieran en una clínica. Cuando se alzó otro vocerío, del lado de las mujeres, los hombres irrumpieron en la habitación de Cecilia, y se dispusieron en torno al recién nacido, oh qué indio internacional, pensó Toño, muy digno de sus padres, oh qué hermoso y qué blanco, dijo una mexicana, este Pancho los sabe hacer ¿verdad?

Pancho y él volvieron a la terraza y se sentaron en el pretil, recogiendo sus copas de la mesilla de vidrio.

—De veras, te agradezco por venir —dijo Pancho.

—No tienes por qué, viejo, es un gustazo.

—Es que quiero explicarte... —se le arrimó, apretándole el brazo; el champagne y la algarabía lo habían vuelto más rojizo, aindiado y

seboso que de costumbre, y casi no había contraste con la gamuza del saco tan caro. Tienes que entenderme.

—No hace falta que hables, te entiendo —y pensó te envidio, palabra.

—Pero es que quiero hablar... —Pancho entrecerró los ojos; la cara rojiza y sebosa, surcada de grandes arrugas en el hombre flaco y fuerte, exhibió la cicatriz de la sien en uno de sus movimientos; ahí estaba la marca que lo hizo abandonar la aviación—. Te parecerá extraño que hace poco estuvimos en otra clínica, celebrando el nacimiento de mi otro hijo...

—Calla, no necesitas... —pero no pudo interrumpirlo.

—Un hijo allá en Hortensia, otro aquí en Cecilia, no me creas un irresponsable, mano...

—Por supuesto que no —y Toño le acarició la nuca.

—Es que no se puede evitar... o mejor dicho no quiero... Me llevo muy bien con las dos. ¿Es difícil entender eso, muy difícil...? — y se quedó con la mueca prendida en la piel de indio moderno y civilizado.

Y las dos viven tan contentas, eso es cierto, pensó, no se trata de una broma.

—Dime una cosa, Pancho, sólo por curiosidad. ¿Se conocen las dos?

—¡Claro que sí, por supuesto! —respondió su amigo secamente, como si hubiera preguntado algo absurdo; pero en seguida sonrió, y puesto en pie, se preparó tanto a abrazarlo que Toño debió ponerse también al frente y resistir el apretón—. Y ahora nos vamos al departamento de Aguirre —bajó la voz, juguetón—; nos va a llevar unas viejas de dieciocho años, o sea que prepárate a montar yeguas bravas. Sólo estaremos los íntimos.

Pero al menos él lo cuenta todo, pensó, y para suerte suya Hortensia y Cecilia no son hermanas. Quiso marcharse, dijo que se bajaría por el camino, ya conocía el metálico y frío final de las madrugadas, el cansancio y el insomnio moliéndole juntos la cabeza, el estómago herido por los tragos, y Aguirre y sus cinco viajes al año a Suiza, sin Toño, claro, inquietándolo a salir al amanecer y en su avioneta a Las Vegas, a jugar se ha dicho,

adonde Toño no iría jamás a perder su escaso dinero. Pero se quedó con ellos, entró en el departamento de película y dos y tres horas después seguía con esos capitanes retirados ex profeso para volverse millonarios estrafalariamente semidesnudos o desnudos, pero con zapatos y sombrerones, estallando de risa por los chistes y con las yeguas bravas preparando el ambiente, rodando desnudas y lesbianas por la interminable alfombra blanca que se metía por todos los cuartos, inclusive por los baños. No quiso desvestirse, se quedó mirando la completa normalidad de esa gente que volvía extrañas y absurdas sus ropas. Yo con estas putas nunca más, se dijo, pero de un instante a otro les vio unos ojos de Mónica, una boca risueña y despectiva diciendo ven a la cama si puedes toda la noche, y pensó, ya me fregué con esa mujer, ahora tengo que escribirle una larguísima carta o llamarla por teléfono a Lima, aprovecha que no es tu departamento, Toño, tienes que llamarla.

Metiéndose en el primer dormitorio libre acabó con una sucedánea de Mónica para luego, echándola fuera, encerrarse y aló, dijo, larga distancia, señorita, una llamada urgente a Lima, por favor, a la señora Mónica Alberti, jamás decía Mónica de Ramírez, ojalá el metete de Ismael no estuviera en casa, aló, menos mal, hola amor mío, casi gritó como si la amara, condenado a morir sin ella en el destierro, hola mi Toño querido, mi cielo, esa sí que era una voz convincente, claro que estoy sola y recibí tu última carta, ya la contesté, oh Toño qué regio, me iré mañana o pasado, prepáralo todo pero los dos solos, ya sabes, arréglalo bien, chau, tesoro. Como lavado y renacido abrió y sólo entonces se sintió mareado por la mezcla de puros, whisky y champagne, no te acostumbres a lo que no ha de durar, qué hago yo con estos capitanes contrabandistas que ganan más que generales. Pero pagó el tributo, oyó los nuevos chistes, bebió hasta la sorpresa de darse con que andaba inmóvil, con que tenía entre sus piernas unas ancas morenas que eran blancas y salió, como vomitado por el hartazgo, a las luces solitarias y abandonadas de la Zona Rosa.

No recordó cómo había manejado hasta la línea del ferrocarril de Cuernavaca, que cruzaba Horacio y dividía dos ciudades, la chata y la gigante. Estacionó probablemente en el sótano, menos mal, subió

por la noche silenciosa y desolada, roída por el zumbido del ascensor hasta el séptimo piso, el de su buena o mala suerte, y tampoco hizo ruido al abrir por la cocina y avanzar por el pasillo verde y alfombrado. Un doctorcito que en vez de preparar sus clases universitarias ha salido de parranda con sus amigos ricos que le pagan todo. Lo esperaba la luz del dormitorio; la figura adormecida despertaría velozmente y le enrostraría su tardanza, ahí estaba el silencio de una larga mirada escudriñando y lamiendo implacablemente su rostro, su traje, su camisa, el interior de su cabeza. Pero no, la voz queda y civilizada le pidió disculpas por la escena de anoche, he sido injusta, no pude dormir por lo que había dicho. La perdonó enseguida y se acostó en el menor tiempo posible, entrando en la felicidad de tener a alguien como Martha, la amaba a ella, no a Mónica.

Por fin se durmió, no sería mucho. Ya el amanecer creaba minuciosamente las cosas y Martha rasgaría pronto esa niebla con su respiración tenue, invisible, secreta, y él solo, libre de testigos, pensaría que lo hecho estaba bien, Mónica no les estorbaba, era cierto, hasta que se durmió de nuevo así como alguien se cae o descuelga, y al reabrir los ojos no supo si sonaba el despertador o el teléfono, estoy en la ducha, contesta tú, chilló Martha, y entonces empezó todo, el agujijón del miedo, la necesidad de esconder y no sentir el frío de su frente.

—¿El señor Antonio Flores? Lo llaman de Lima; hable, señora.

—¿Mónica...? —se le salió, menos mal que Martha seguía en el baño—. ¿Cómo...? Sí, tía Lola, soy yo... ¿Qué cosa...? ¿Estás segura? ¿Gravemente herido o herida?, no te entiendo. ¿Tú la has visto...? —pero ya él estaba gritando.

—Sí, sí, de aquí te llamo, de la casa de Ismael, oh no te imaginas, Toño, una cosa horrible, dice que se la han llevado a la clínica y el pobre está reventado, no tiene escapatoria, ojalá pudieras venir, hijo, no sé qué hacer...

—¿Agonizando, dices...?

Pero tampoco tía Lola podía hablar bien y su temblor le estaba pasando nítidamente, los sollozos formaban ráfagas de un viento

brusco y llameante. ¿Qué? No te oigo, bueno, bueno, saldré para allá hoy mismo, no te preocupes, mamita...

Dijo mamita, no tía, esas ráfagas de sollozos le torcieron la cara, colgó sin saberlo. Se levantó y dio vueltas sin saberlo. Martha estaba secándose el pelo con una larga toalla roja y él no la había visto entrar.

—¿Qué pasa? ¿Quién llamó? ¿Por qué gritas?

Ella sacudía la cabeza como la noche anterior y Toño atinó a lo primero, llamar a la agencia de viajes y buscar el pasaporte y la maleta, pero tampoco podía comunicarse con la agencia, sólo estaba golpeando la horquilla del teléfono mudo y Martha detrás de él, y con él, y encima de él.

—¿Me quieres decir de qué se trata? —y la cabeza que terminaba en la gran toalla roja volvió a sacudirse, tosiendo de cólera e impaciencia.

—Están... muertos... —inventó, mató a los dos de golpe, ya después lo arreglaría, así el pretexto sería más fácil para el viaje.

—¿Quiénes? ¿Papá y mamá...? —se le cortó el aliento a Martha.

—No, Ismael y Mónica... —incluso puso el nombre que interesaba al último, en un rincón protegido por su cuerpo, oculto de Martha por sus propias espaldas que ya lo escondían mientras salía al pasillo. Así. salió por su pasaje en avión a Lima, pero también cayó en un insondable pozo, la tía Lola, la sucedánea de su madre, la agonía de Mónica, y Toño e Isamel peleando desde niños en la misma casa lejana.

2

—Aló, tía Lola. ¿Qué cosa...? ¿Estás segura...? ¿Gravemente herido o herida...?

En casa de tía Lola, en vísperas de volver sin él a Huaylas, su madre quiso en vano convencerlo de que se quedara y recurrió a la ayuda del tonillo, la sonrisa del no pasa nada, la caricia antigua alisándole los cabellos. Él, de pie, quejándose en un ronroneo, y su madre acuclillada, volviendo a empezar: tienes que ser bueno, ésta es sólo a medias una casa ajena, tu tía los quiere mucho y los tratará como yo misma; jugarás con tu primo Ishaco y no olvides cuidar a tu hermana menor. Yo me regreso a Huaylas, pero nos escribiremos siempre, tú solito puedes ir al correo y echarme la carta.

No, no, yo me vuelvo contigo.

Rezongando y ronroneando, cogido de sus largas faldas, pero sin llorar. No era su casa, por supuesto, en Huaylas tenía para él solo un amplio cuarto de adobes encalados y con buenas repisas donde ponía desde piedras del río, desde cuadernos y pelotas de trapo, hasta redondos y chatos y grandes panes blancos, recubiertos de harina y cogidos en la misma puerta del horno, junto a la cocina.

Dijo nos escribiremos, siempre verás que el pueblo es bonito, pero ni escribió ni volvió más.

No me hallaré aquí ¿oyes? Maruja también está queriendo irse.

Ahora sólo habría un cuarto pequeño y sin ventanas para los dos hermanos, si bien con catres de verdad, en vez de los poyos de Huaylas, y menos mal, el sol ardía acá siempre pegado a todo el día, estirando las cosas. Pero le faltaba su zaino, lo vendieron antes del viaje y ahí le empezó el ronroneo, la manía de mover muchas veces la cabeza como si fuera un abanico, sus ojos se salían al patio de tierra y del patio a la calle y al camino largo por el puente de

Calicanto, hacia Huaylas, como debía ser, él de nuevo allá en su cuarto del segundo piso, y la ventana sobre el mosaico de chacras que cuadriculaban el cerro, tan pegadizo a la casa que provocaba hablarle, y tan vecino del riachuelo donde sólo podían bañarse los niños.

Pero aquí hay una escuela, por eso vendimos el caballo y la cosecha.

Lo habían traído con el cuento de que le comprarían otro caballo; hasta su padre le escondió la montura para que no la usara con potros prestados y volviera a recorrer sendas y trochas como quien se pasea por un patio grande. Porque antes, apenas acabaran las comidas que lo sujetaban a casa, montaba el zaino y se iba por fruta al distrito de Moro o aplanaba el camino a Caraz, como decía su padre, pues sólo llegaba a las puertas de la que parecía una gran ciudad, y después de mirarla y oírla mucho se volvía: eran ensayos para otro viaje, alguna vez llevaría llenas las alforjas y no lo atarían a la montura con sogas que humillaban a los niños. Quizá previendo la despedida, una tarde se quedó retozando con el animal en el pesebre, sin montarlo ni desensillarlo, sólo tratando de comprender una vida de caballo que se alimenta de hierbas y resiste de pie el frío y la lluvia, sin necesidad de meterse en una casa extraña y ajena.

—Vamos, Toño, entra, ya es de noche y tu papá tiene en su mano el cincho para pegarte. ¿Por qué te demoraste en la chacra?

Allá no habría escuela, pero Maruja y él ya sabían leer; los paseos mañaneros, con el sol bien descolgado mirando fijamente el pueblo, terminaban en casa de la maestra que había preferido cuidar a su marido y no enseñar en Yupán, donde la habían nombrado; Toño y Maruja recibían sus lecciones en la fría sala de ladrillos blanqueados: hundida en una perezosa de dibujos incaicos, la mujer dictaba y repetía palabras y números, y los niños, sentados en mesitas de juguete, borroneaban sus pizarras con pedrezuelas del río que eran hermosas tizas de colores.

No es culpa mía si soy tu primo, pero no me llames Ishaco, sino Ismael. Y tendrás que comer en la cocina y seguirme atrasito por la calle.

—Pero ya sé leer, mamá.

—Pero no estás en el segundo año como el Ishaco. Y Maruja va todavía más atrasada.

—No me importa la escuela, seré capataz como mi papá.

—¿Capataz de hacienda ajena? Porque la hacienda no es nuestra ni nunca lo fue.

—Eso no tiene nada que ver... —arguyó mal, después de todo sólo había visto la hacienda en su padre, el jinete que les traía cada semana un costal de papas, choclos, la pierna sangrante de algún cordero y los cuyes chillando ahí en el fondo del costal.

—Adiós, Toño, adiós, Maruja —y a las seis de la mañana su madre entró en mitad del sueño a despedirse, brilló turbiamente junto al lamparín y lo dejó adormecido en un anticipo de lo que vendría después, cuando despertara en medio de las tinieblas sin ella y sin la india, que sabía protegerlo del miedo, tumbada sobre pellejos al pie de su cama, perdido en el cuarto ajeno y dando vueltas para hallar el sitio de su cabeza.

Obedezcan a su tía Lola y quieran mucho a Ishaco; recuerden que nos hacen el favor de recibirlos.

Así empezó la nueva vida, el desayuno en la cocina, de pie junto a Maruja, el jarrito de café y la cachanga frita cuando no había el pan increíblemente blanco; prefería la cachanga y su sabor a manteca mezclado con el café, que debía soplar mucho para que Maruja no se quemara. No le quedaba mal el traje cosido por su madre, con el traje descosido y vuelto a cortar de su padre; y tampoco se veían por fuera las plantillas y algodones embutidos en los zapatos heredados. Y en cuanto a la bolsa de cuadernos, cruzada en bandolera, se veía limpia, aunque no planchada. Maruja se despidió primero, empaquetada por el mandil de vichy de su uniforme. Por el patio empedrado midió de reojo a Ismael que salía del comedor, limpiándose con una servilleta que la chola Lucinda cogió al vuelo. Iban a la única escuela de varones, debían salir a la misma hora. Ya en la calle, Ismael se fue por delante y de vez en cuando, sin volverse, le respondía las preguntas sobre el pueblo y sus costumbres.

—¿Y qué camiones son éstos, de dónde vienen? ¿Y cómo se llama esta cuesta llena de burros?

—Las calles no tiene nombre —dijo Ismael—. Mejor ves que tus uñas y orejas estén limpias. Los lunes tenemos revista.

Con la uña más larga fue limpiándose las otras y entró en el patio de la escuela como alguien que se zambulle en el mar inmenso y resonante. Divididos en grupos, según tamaños o edades, los alumnos chillaban y se llamaban entre sí como una bandada de pájaros desesperados. Las pelotas de jebe y trapo volaban por su cabeza. Unos pocos estaban descalzos o usaban llanques de indio y calzones de bayeta, además de camisas sin cuello. Le tranquilizó ver a esos muchachos peor vestidos que él. Había una gran variedad de pantalones sacudiéndose en torno suyo, largos y abolsados en los mayores, más abajo de la rodilla en los medianos y muy cortos en los chicos de su tamaño. Lo más emocionante parecían ser las arreadas de pepas de nogal hacia el traspatio y el castigo a los vencidos, cuyos trompos se *chantaban* en el suelo para ser rajados por las zumbantes y victoriosas púas.

—Éste es mi primo Antonio; ha venido de Huaylas y le damos pensión en mi casa.

Sí, Ismael lo presentó a sus compañeros, pero, como estaba en otra clase, tuvo que formar filas aparte, en el largo y angosto traspatio paralelo a la acequia verdosa, cuyo musgo crecido apagaba el murmullo del agua sucia; aquí y allá, tendidos por el suelo, los muchachos se la bebían jadeantes después del juego.

Casi nadie se ocupó de él, ni siquiera para burlarse. Formó el último, el más chico de todos; quizá justamente eso lo protegía. Al entrar en el salón quedó en pie, sin un lugar donde sentarse. Detrás se alineaban los pupitres grandes y toscos que pertenecían a la escuela; en medio, los *particulares*, de los alumnos ricos, cada cual mejor pulido y con gavetas interiores y una buena cerradura; y delante, los cajones de kerosene sirviendo de escritorio a los nuevos, sentados sobre sillas de juguete. Pero, apenas llegó el maestro, un compañero lo invitó a sentarse con él, y curiosamente ambos entraron en una silla, cargando el peso sobre una pierna y

encima de la pierna el cuaderno donde copiar la lección de la pizarra.

En el primer recreo, viendo las puertas abiertas, salió a recorrer varias tiendas buscando un cajón de kerosene; cuando lo halló y quiso pagar, el dueño dijo que se lo regalaba. Para la segunda clase ya tuvo, pues, pupitre, si bien debió sentarse en el suelo o arrodillarse de rato en rato.

A mediodía, Maruja y Toño almorzaron en la cocina, separados de Ismael y tía Lola. También para Maruja había sido duro el primer día; sólo la maestra le había hablado. Sentada en el batán de moler, la vio devorar los platos, huidizos los ojos, avergonzada de su hambre y cuidando de no salpicar el uniforme; sonreían levemente sus mejillas enrojecidas por el frío, casi manchadas de carmín. Necesitaban mirarse mucho, vivían en otra casa, estaban en un largo viaje que duraría meses o años. Se preguntaban en silencio si soportarían.

Oh, gracias, Dios mío, hoy tuvimos de comer, decía su madre al recoger los platos. Una exclamación final llena de gozo y pavor; aquí también fue repitiéndosela en las primeras semanas, aunque después vio su falsedad, no era para tanto, el miedo se hizo risueño y fingido. ¡Ah, cómo creyó que estaba por fin envuelto en la buena suerte! Por la noche, sin tiempo que perder, empezó a pasar en limpio sus cuadernos, subrayando los temas y subtemas con tinta roja. A fin de no gastar el lamparín de tía Lola, encendió sus propias velas y estuvo luchando contra el frío y el sueño, enemigos tan crueles que desaparecían metiéndose en su carne. El piso de ladrillo y las anchas paredes de adobe lo acompañaban tan silenciosamente como la vencida Maruja, que, olvidando sus deberes, dormía como una muerta embellecida .

Crejó no molestar a nadie, entrar en las habitaciones de Ismael o de tía Lola sólo si era invitado, vigilar que su hermana lo imitara, *después de todo nos están haciendo un favor, qué dirán papá y mamá, pórtate bien, Maruja.*

Llegaron las vacaciones de julio y tía Lola dijo, oye, Maruja, vete y acompaña por unos días a tu mamá; pero Maruja no subió a un camión, como los demás viajeros, sino la amarraron con sogas a un

caballo negro y Toño corrió a despedirla junto al guía indio hasta el puente de Calicanto, donde el río blanquecino, espumoso y transparente partía en dos el cerro pelado, que anticipaba otras ausencias. *Adiós, peralta, el que se va no hace falta*, sí, lo dijo, e incluso Maruja encajó el grito sonriendo, agitó la mano como quienes creen que han de volver y se fue no por algunos días (¡quién lo hubiera supuesto!), sino de algún modo para siempre, aunque tampoco lo dijera así la carta de su madre. Leyó: “la chica no se acostumbra, conviene que se quede aquí, lo importante es que tú sigas”. Pero tuvo que ser Ismael quien se lo dijera una mañana en que quiso caminar por delante de Toño y éste puso las cosas en su sitio, él no era un sirviente, tuvo que ser Ismael quien se volviera, no furioso, es verdad, sino sonriendo con mitad de la boca, torciéndola como los payasos, y dijo vaya, vaya, sólo queda un primo, la otra se fue por no pagar la pensión. ¿Cuándo se irá este otro pajarito?

Ya sabes, no pelees con Ishaco, quiérello como al hermano que no tuviste.

Le costó encajar el nuevo golpe, pero lo hizo, y comprobando los giros telegráficos de su padre a tía Lola, pidió que le arreglaran el cuarto, carecía de ventanas y le faltaba una mano de pintura. Así acabó, esclavo de su deseo, y en vez de remozarle el viejo lo pasaron al cuarto de Ismael y le señalaron un rincón (ni siquiera la mitad como hubiese sido justo), donde amontonó sus cosas. *Vaya, vaya, tenemos al primo hasta en la sopa*, dijo entonces Ismael.

Seguía desayunando en la cocina, pero entraba confiado en la escuela; el maestro lo llamaba su "ariete" y explicaba a menudo el significado de la palabra, llevándolo al salón de los mayores para demostrar a esos grandullones cuánta aritmética sabía el chico huaylino.

—A ver si la aritmética te salva el próximo año —dijo Ismael—. No creo que vuelvas. Menos bulto, más claridad.

De enero a marzo rumió ese peligro. Lápiz en mano, demostraba a su padre que treinta soles eran suficientes, no precisaba de más para la pensión y unos pequeños gastos. De la chacra volvía el hombre cansado e irascible, embarradas sus polainas, retintas las

uñas, polvoriento el bigote ya entrecano. En sus mejores días se limitaba a jugar con las orejas crecidas de Toño. Te gusta estudiar ¿no?, ¿a quién habrás salido?

A fines de marzo preparó su ropa y salvó las páginas en blanco de sus viejos cuadernos; no compraría otros. Sólo quedaba una semana. Llegó carta de tía Lola, escrita por Ismael, es claro, con el petardo previsible: que no pudo escribir antes por más que quiso, que lo lamentaba muchísimo, pero le era imposible recibir por un año más a Toño, Ismael había vuelto con paludismo de las vacaciones en Chimbote y el boticario recomendaba un cambio de clima; y por eso se iban a La Pampa, donde tenían parientes que les prestarían una casona.

Por la noche, comiendo en torno al lamparín que concentraba las miradas a ras de la mesa, Toño rompió el silencio, la pesadez, el agobio, y creyó penetrar en el callejón sin salida.

—Papá, tú no me dejas ir solo a Caraz ¿verdad?

—No.

—¿Pero con la tía, ¿sí?

—Si se pudiera, sí.

—¡Pues ya está, me voy con ellos a La Pampa! —gritó.

—Pero no te han invitado.

—Es que ellos no saben si puedo ir. Ya miré el mapa; está cerca de Huallanca y Yuramarca.

—Pero no te han invitado.

—Dice que la casa es grande.

—Pero tu tía debe aceptarte primero.

—Pues le mandamos un telegrama; le pediré al telegrafista que lo trasmita rápido.

—Contigo no se puede —dijo su madre—. ¿Y si te reciben mal, si te hacen la vida imposible?

—Eso ya se sabe ¿no?

—Ya está, mamita —Maruja agitó la cuchara de palo con que tomaba la sopa—. Yo no iré más a la escuela, pero Toño estudiará por mí. Dénle mi parte a él.

Sus padres se la quedaron mirando todavía más que a Toño, el lindo mate burilado con la sopa de habas y el huevo adentro, la

cuchara de palo moviéndose conforme hablaba, la sonrisa pintada hasta en sus largos cabellos que chicoteaban a los comensales.

—¿Y qué parte tienes tú? —sonrió por fin su padre.

—La que no me das, ésa. La que no te pido. Ésa dásela a Toño para que estudie.

Así, Maruja no sólo ayudó a enviar el telegrama sino corrió por las mañanas con él a casa del telegrafista, esperando la respuesta. No, no había llegado, pero era una delicia tenderse sobre las lajas de la acera y recibir el sol frío y mentiroso que rodaba conforme la sombra húmeda pretendía envolverlos. Ya iban acostumbrándose a sus manos vacías, jugando por la calleja entre camiones, jinetes y acémilas. No se les había ocurrido que la respuesta pudiera llegar a medio día o por la tarde. Hasta que un anochecer volvió de la chacra llevándole a su padre el morral con las palomas muertas.

—¡El telegrama, el telegrama! —corrió Maruja a su encuentro—. ¡Lo tiene mamá!

Le bastó irrumpir en el dormitorio y ver la cabeza gacha y un hombro ladeado para adivinar su suerte.

—¿Dice que no? ¿Y por qué?

—Léelo tú mismo —la voz se enredó.

Empezó a leer temblando, indignado contra sus manos que no sostenían bien el papel; pero leyó una y otra vez, y luego dio un grito, esta vez de alegría.

—¿Por qué lloras, mamá? ¡Dice que puedo ir!

—Pero sólo por un mes o dos... y que ya verá cuando sane Ismael —ella se dobló como si golpearan su estómago—. ¡Nunca creí que un hijo mío estaría persiguiendo a los que no quieren recibirlo! ¿Por qué diablos no hay escuela aquí? ¿Qué hacen los hombres del pueblo?

No levantes la voz, hijo, obedece a todos, aunque sea miente, pero guárdate lo que pienses.

Detrás del guía indio, partió al día siguiente a La Pampa. Subió al caballo negro y desde arriba fue como si les pasara una revista final: la madre devota y febril, pendiente de él como una esclava transfigurada por las primeras canas y la eterna y fatigada sonrisa; el padre, fuerte y rudo, una bestia de camisa remangada yendo a

levantar un bulto, herrar un caballo, vigilar la toma de agua de la huerta o el *sango* que aplacara el chillido hambriento de los cerdos, casi sin reparar en Toño, el chico débil e ignorante de la vida campestre; y la hermana, endeble y huesuda como la madre, pero con su misma desesperación por atenderlo y la certeza de que las mujeres no eran nadie en la casa. Los miró de uno en uno y se volvió deseando no verlos más, tener otra familia, un deseo como cualquier otro, formulado para no cumplirse, por supuesto, pero ¡ah, cómo se cumplió con los años, cómo los sucesivos pasos de aquel deseo le vinieron en las primeras cartas de Maruja, sólo eso, porque luego las cartas se encogerían y llegarían a destiempo, y él, con la vista perfectamente inmóvil en aquella despedida, las abriría con desgano, incluso avergonzado por la letra semi-alfabeta y por el matasellos que siempre escondió, en un deliberado intento de borrar el miserable pueblo de sus primeros años!

3

—Tuerza a la izquierda, por Huaraz —y el taxi dejó la avenida Arica conforme Toño descubría el pasaporte y el billete de avión en sus manos, no los había soltado ni guardado desde el aeropuerto; su corazón batía mezclando las escenas que hallaría, sin poder elegir ninguna como cierta.

Hizo torcer nuevamente el taxi y avanzó como mirándose al espejo por su antiguo barrio de anchos y chatos edificios de dos pisos; le parecía pasar la mano por las paredes y saludarlas. La calleja, menos sucia que antes pero igualmente llena de baches; los edificios nuevos, pintados de colorines, aunque ya polvorientos y avejentados; las aceras con terrales en vez de jardines; así había sido siempre. Y al fondo, frente a su pequeño edificio de cuatro departamentitos, dos arriba y dos abajo, reconoció la única casona buena del barrio, con sombrillas multicolores en la terraza contigua a la calle. Después de dar algunos tumbos, el taxi se detuvo. El corazón volvió a batirle. ¿Y si el salvaje de Ismael surgiera de improviso y lo atacara? ¿Pero de qué lado, del edificio o de la casona? ¿Y con qué arma? ¿Con la que quizá disparó a Mónica, o con esos puños que él había visto crecer y embrutecerse, luego de haberlos vencido cuando muchachos?

Menos mal, su antigua puerta (en el departamentito de la derecha y los bajos) se abrió primero y salió felizmente tía Lola, pero, sin que leyera la desgracia en sus ojeras o en el desaliño del pelo, salieron también las Alberti de la casona de enfrente, cuatro mujeres ricas y gordas que no encajaban en el barrio, los trajes escotados y numerosas pulseras en cada brazo, y todas precipitándose bullangueras y sonrientes sobre el taxi.

Pagó al taxista y todavía siguió inmóvil, esperando la sombra aciaga de Ismael. Aunque pronto la bienvenida fue una fiesta, no

sólo por falta del primo, sino por la procesión de abrazos y besos y cómo estaba, por qué no había traído a Martha, todos habían supuesto que ella también, y el tira y afloja por llevárselo primero a una casa que a la otra. Las Alberti aún más gordas, con más pulseras, collares y anillos, los polvos más despegados de la tez, sus bocas repintadas y ya viejas gesticulando en plena calle, como si estuvieran en su terraza. Y tía Lola y sus ojos gastados prendidos de él, temblando de alegría por su llegada, de pena por la suerte de Ismael. Hasta que en los brevísimos intervalos del vocerío se enteró, adivinó, vio las caras fugazmente tristes, avergonzadas y pálidas por el escándalo familiar: no, los hombres de la familia no estaban enterrando a Mónica, como él suponía, sino en la clínica, en espera de noticias, pues Mónica aún vivía, agonizaba, pero vivía. *¿Me oyes lo que digo, Toño?* Pasaba de una sorpresa a otra. Mientras las mujeres empezaron finalmente a lagrimear, se fue enterando de la pelea, Ismael tuvo la culpa, nadie puede decir eso, no lo sabemos todavía, y de la fuga del cobarde, pero ninguna de ellas le ponía en orden los detalles. ¿No le había disparado entonces? ¿Fue una paliza o un accidente?

—¿Y dónde está Ismael? —estalló por fin—. ¿Lo sabe alguien? ¿Y dónde está mi maleta? ¡Se quedó en el taxi!

—No grites —lo reprendió una voz dura—. Y sígueme, si quieres verla con vida.

—Sobre la marcha —obedeció a Esther, la más alta y gorda de las hermanas, la mejor vestida y que jamás sentía frío. Siguió al elegante traje de gasa en octubre y ella señalándole sube ahí, al Lincoln enorme, y óyeme bien, Toño, la voz continuaba seca y dura, no sé qué quiere decirte Mónica, pero a todas nos parece muy raro que sólo a ti te llame ahora que se está muriendo. ¿Nos contarás lo que diga?

—¿Cómo, me ha llamado...?

—¡Y varias veces!

—Quizá esté resentida con Ismael, es natural —ensayó una defensa.

—¿Pero por qué te llama a ti y no a sus demás cuñados o a nosotras sus hermanas?

—Martha y yo la esperábamos hoy día en México, recuerdas? A lo mejor se trata de algún encargo...

—¡Pobrecita mi hermana, Dios mío! —la voz seca y dura se quebró un instante, nada más, porque la mujer gorda y sus numerosas pulseras reaccionaron ante el tablero de control del Lincoln que parecía el de un avión, empezando a buscar veloz y suavemente la avenida Brasil.

Ambos iban silenciosos. Ahora que podía, Toño dudaba preguntar por los detalles del accidente o el crimen; un miedo tibio y palpitante lo arrinconaba. ¿Prefería, pues, ignorar su propia culpa que resurgía a cada rato? Aunque así y todo estalló de nuevo.

—¿Y qué hará a estas horas el asesino? ¡Tendrá que entregarse a la policía o yo lo perseguiré!

—No lo llares así —dijo ella—. Es un buen hombre, como tú o cualquiera, y un buen marido y buen padre... Sé que ellos tenían sus peleas como todos los matrimonios, pero no entiendo cuál pudo ser la gota de agua... No creo que Mónica descubrió que la engañara, por ejemplo; a eso *nosotras* no le damos importancia, fíjate en mis cuñados, seguro que tienen sus entretenimientos por ahí, pero son estupendos maridos. No, tiene que haber sido otra cosa. ¿No tendrá algo que ver su viaje a México...? —y Esther lo miró de lleno. La pintura y los polvos le creaban una máscara fofa, unas ojeras verdes y teatrales que él había visto envejecer difícilmente en muchos años, pero que por fin se sometía al tiempo. ¿O sea que el enredo era tan sencillo que Esther lo había averiguado en un minuto?

—A menos que Ismael recibiera de golpe en la cara todo el pasado... —Toño desvió las sospechas con una sonrisa.

—Qué malo eres —lo manoteó ella—. Mónica se transformó al casarse. Y tampoco de soltera fue una loca, ni te creas, los hombres la perseguían día y noche, tú lo sabes, y sus primeros novios no cumplieron su palabra, eso fue lo que pasó. Porque la culpa es siempre de ustedes los hombres ¿no?

Otra vez callaron. Como si no hubiera vuelto aún a Lima, desde muy lejos miraba la avenida Brasil, a veces alta y de tres o cuatro pisos, pero generalmente chata y sin techos; algunas manzanas se

esforzaban por salir de la pobreza y lo conseguían por unos minutos, pero luego volvían los sucios canchones de paredes pintarrajeadas, las viejas casitas ruinosas de principios de siglo y los nuevos y ya polvorientos edificios pintados en metódico desorden.

—¡Sabía que acabarían así! —gritó al poco rato, sin contenerse.

—Pero ¿cómo...? ¿Y por qué...?

Iba a decírselo en una súbita necesidad de afeitar más aquella máscara remilgada y distinguida; pero pensó que estás vendiendo, debes ser cauto, y redujo la explicación a una sospecha ingenua que sintiera cuando Ismael y Mónica todavía eran nobles, y dijo naturalmente que les había aconsejado así y asá, aunque ellos no le oyeran.

—Qué tontería —alzó los hombros Esther—. Para mí se llevaban macanudo.

También iba a borrar de un manotazo esa convicción animal, cuando oyó lo que más deseaba, que Ismael se entregaría mañana a su cuartel.

—¿Estás segura?

—Bueno, eso dijo Pantoja.

—¿Y quién es Pantoja?

—¿Cómo quién es? ¡Pues tu concuñado, el marido de la Bolita! ¿O te has olvidado de nosotras en el extranjero? ¡Vaya pariente que tenemos!

—Oh, perdóname... —la abrazó y aun tuvo que besar la piel fofa y repulsiva.

—¿Y tú qué creías? ¿Qué se había escapado? Bueno, ¿y por qué no? Imagínate estar preso. ¡Uy, me da ataque!

—¿Y por qué entregarse a su cuartel y no a una comisaría? —volvió a gritar— ¡Privilegios de militares! ¡Este país no cambiará nunca!

¿Y si hubiera escapado, en verdad? Deseó no haber subido al coche, pero la velocidad y el rumbo constituían una especie de destino; hubiese sido vergonzoso el cambiarlo. No obstante, continuó con sus precauciones. Mientras Esther estacionaba el escandaloso Lincoln que atraía a los peatones, desconfió de los alrededores de la clínica y luego se volvió dos veces por el largo y

blanco pasadizo, cuya vista se mezclaba con enfermeras y barchilones, y aún, pese a su ansiedad, dejó que su cuñada entrara primero en la habitación de Mónica, turbia, no oscura, quieta en el tiempo. Pero adentro no había nadie. ¿Y si Ismael se la hubiese llevado? ¿Y dónde estaban los hombres de la familia, que debían hacer guardia en la clínica? ¿Sabían la traición de Toño y se confabulaban contra él? ¿O era que Mónica había muerto ya?

—O sea que la pobre no ha salido del cuarto de recuperación —dijo Esther—. Vamos allá.

Volvió a seguir a la mujer tan gruesa que llenaba el pasadizo y le impedía ver los números de las habitaciones; pero al parecer no iban a ninguna de las numeradas. Esther se metió por una puerta de vidrio, saludó familiarmente a una enfermera que rozó el hombro de Toño, y se esfumó de nuevo para llamarlo y reaparecer tras una cama fría y extrañamente equipada, casi aérea, en medio del piso desierto, blanco y lustroso. La penumbra y el silencio envolvían el cuerpo quizá inerte de Mónica. ¿Le tocaba, pues, ser testigo de aquel final? Otra vez su corazón cubrió sus pensamientos, quizá aun sus propios ojos.

—Mónica, cholita linda, aquí está Toño... —suspiró Esther, inclinándose demasiado sobre la cabeza rubia y los tubos delgados y blancos cruzándole la cara.

—Déjanos solos —atinó él a decir, menos mal. Nada de aquello había previsto jamás. Quizá sí la pelea definitiva e irreparable entre Mónica e Ismael, en beneficio suyo, o el laberinto que se armaría al saberse lo puta que seguía siendo de casada, o el temor al verse Toño descubierto e implicado; pero no esa máscara adormecida y con tubitos saliendo de su boca y nariz, ni la baba chorreando de sus labios reventados y reseca, ni esos ojos lánguidos y cerrados que, sin embargo, derramaban lágrimas hasta el cuello, dibujando un surco propio. Había llorado dormida, y ahora, al segundo llamado, despertaba como podía despertar una anciana o una muerta, mirando sólo en una dirección. Respiraba difícilmente por otro tubo, más grueso que los demás, plantado en medio de su garganta: el ronquido asmático y siniestro impedía pensar lo que podría decirle.

—Ponte acá, para que te vea —lo empujó Esther, de ademanes siempre bruscos—. Tiene roto el cuello. Mira, cholita, Toño ha venido desde México para verte.

Esther salió y los ojos heridos se abrieron más y él tembló por la acusación que podría lanzarle, tú tienes la culpa, tú hiciste que yo me casara con él, nadie sabe cómo reaccionan las mujeres; sintió una mano invisible que despertaba también sobre el pecho, y tuvo que asirla y el apretón fue más fuerte y tibio de lo que hubiera supuesto.

—Hola... —la voz ronca y quebrada lo sacudió—. Toño, al fin... —la voz y la grotesca alegría de los ojos, el estremecimiento de la mano perdida—. Te he estado esperando..., ya puedo morir tranquila... —y no sólo fue capaz de decirlo, sino esperó una respuesta que no fuera su estúpida mirada—. Debes saberlo, Toño, eres el único hombre que he amado en la vida... Y nada me importa ahora... Me basureaste siempre, pero ya pasó...

Escuchó inclinado sobre ella, poniéndole el oído en los labios, y luego se volvió a mirarla, casi besándola. La voz y el aliento se mezclaron con el olor a Mónica pese a los olores del hospital; la oyó y olió como si volvieran a estar juntos y abrazados, hablándose al oído, él en un cauto y orgulloso silencio de ser amado, provocándola a que se declarara, y ella gozosa, feliz, abriéndole su corazón con palabras demasiado francas y terribles porque no podían ser correspondidas.

—Mejorarás, te pondrás bien... —fue la torpeza que dijo, incapaz de responder como un enamorado (en él las frases de amor estaban dormidas, no había necesitado usarlas con Mónica ni Martha, ambas lo amaban), incapaz de hablar ya delante de Esther, que había vuelto y lo empujó a un lado y empezó a llamar a su hermana cada vez más alto, acabando por lanzar un grito para que viniese la enfermera.

Desde la penumbra, y empujado contra la pared, no descubrió ningún cambio en el cuerpo, ahora cubierto por la sábana, cuya cabeza se ocultaba tras la espalda inmóvil de la enfermera, que en ningún momento se alarmó o agitó.

Cuando las dos mujeres se apartaron, el silencio y la penumbra se concentraron todavía más en la cara cubierta, ya sin tubos que la cruzaran. Antes de oír el primer sollozo de Esther, sintió el estrujón de su estómago como una dentellada, y al instante, una tremenda ola lo invadió e iba a salir despedida lejos, por sus ojos. A duras penas contuvo el estallido. Pero cuando la enfermera descorrió las cortinas y otra ola, esta vez de luz, levantó el cuarto y lo transfiguró más allá de lo que pueden ser el día, la tarde o la noche, cerró los ojos, no quiso ver más y salió casi ahogándose, pero también orgulloso del amor que le había profesado ella. Lástima que Mónica no hubiera sido Martha, que Martha no fuera Mónica. O que él no fuera otro. Errores irreparables e infinitos en una mañana dudosa e irreal.

Ahí están los Alberti y aquí nosotros, sentenció tía Lola apenas metieron la última silla, el último cajón de trastos dejado por el camión de mudanzas sobre la mancha de tierra que nunca había sido jardín, en la calle recién plantada de escuálidos arbustos. ¡Entren, los vecinos van a rajar de nosotros! ¡Se ve que son unas palanganas!

Cerraron la puerta y lo primero que hicieron Toño e Ismael fue sentarse sobre los cajones y pedirle agua o limonada, lo que fuese, aplacar la sed después de tantos viajes y bultos. Creyeron que no iban a levantarse en mucho tiempo; jadeaban y el sudor les corría por la frente y el canal de la espalda.

—¡Cómo nos agüaitan éstos! —recomenzó la tía—. Mañana irán diciendo que no tenemos nada, ni una buena pantalla. Debemos sacar los visillos de la otra casa y colgarlos pronto. ¿Alguno de ustedes se acuerda dónde están...?

Se levantaron sin haber descansado lo suficiente y por supuesto que los Alberti no tenían la cara pegada a la ventana, ni los miraban desde su envidiable terraza con sombrillas y cojines multicolores y muebles blancos de hierro forjado. Repantigados en los sillones, sonrientes, plácidos y gordos (menos una muchacha delgada y de aire soñador), agitándose por los chistes contados por turno, y ellos en cambio aquí, pobretones, sudando en la casa recién alquilada, oh no, ojalá hubiera sido una casa, en el departamento de los bajos

que se volvió más o menos eterno, inmutable, entrando incluso en los sueños. No podían pagarse otro, doscientos al mes, la pensión de tía Lola se encogía más cada año y Toño ayudaba con su pequeño sueldo del taller de reencauchado, estudiando en la universidad sólo en sus horas libres, Ismael no contribuía aún con nada, primero debía acabar el quinto de media, estaba muy atrasado, ya después se vería.

Pues ahí no más, en la futura salita, despanzurraron los bultos en busca de los visillos y todos daban zancadas sobre cacharros, frazadas y libros, dónde estarían esos malditos tules envejecidos y llenos de polvo, aunque todavía pasables, y cuando los hallaron fue un triunfo desempaquetarlos sin que se rasgaran, aquí están, vaya qué bien, pero dónde está el martillo, teníamos uno en la otra casa y estoy seguro de que lo traje, pero martillo te vuelvas. Toño e Ismael debieron ponerse a la ventana, justo enfrente de los Alberti que tomaban el aperitivo, cosa que ellos no habían hecho jamás, y los clavaron sin necesidad de una galería propia de toda cortina, y en vez del martillo usaron una piedra hallada en la cocina oscura y requemada; desde el otro lado tenía que verse la piedra, los Alberti se volvían por turno al oír golpes, pero no hubo más remedio, y la tía fastidiada, me revuelven el hígado, me dan ganas de cruzar la calle y mandarlos a la eme.

—¿Y ya fuiste a las empresas eléctricas, Ismael? ¿O vamos a quedarnos sin luz esta noche? ¡Sería el colmo!

Quizá esa noche los vecinos notaran los visillos transparentes que enturbiaban muy poco el aire y también las velas, es el colmo, el colmo, mascullaba tía Lola, esos togados se burlarán todavía más, pero estamos en un buen barrio y hemos conseguido barato el departamento, mira los cuartos qué grandes, y la sala hasta con su chimenea de adorno, y la cocina fea, pero con muebles empotrados, qué nos importa que hablen, no hemos robado nada a nadie y tenemos la conciencia tranquila.

A la semana Toño se había hecho un lío por identificar a los Alberti; sólo veía la mancha de gordos en la terraza, a un paso del seto simbólico, que no los aislaba de la calle, sino prestaba un bello marco a las pesadas y lujosas cortinas que se adivinaban más allá

de la enorme vidriera. Los veía siempre a horas fijas: jamás fallaban al aperitivo de las doce y media y de las siete. La pareja de ancianos, en un sofá que daba justo para ambos cuerpos hinchados y ventrudos, casi tumbados hacia atrás, enseñando las barrigas como si fueran sus verdaderos rostros, y en torno a ellos, la tribu de pelo rubio y ojos claros (menos la hermosa muchacha larga, flaca, de mejillas chupadas, pelo y mirada negrísimos), sentados o de pie, fumando y bebiendo, y cada diez o quince minutos algún lujoso automóvil paraba delante y alguien bajaba saludando desde la calle, por encima del seto. Uno más que se incorporaba a la fiesta diaria de gritos y risas.

Luego, a pocos, mirando por los visillos polvorientos, aprendió a distinguirlos. Medio despatarrado, el viejo Alberti no cesaba de fumar; en su mano había siempre una redonda copa de cognac. Su mujer, algo más joven y menos canosa que él, únicamente parecía oír lo que dijeran en torno, volviendo la cabeza aquí y allá, como un pájaro incansable. Después identificó a tres parejas y dos muchachas, sin contar los visitantes ocasionales. La primera pareja la formaba el que parecía el hijo mayor (¡ah, como se equivocó, era uno de los yernos!), una copia del viejo excepto la mayor talla y el vientre más firme, pero con la misma cabeza de cerdo bien cebado y la misma ausencia de cuello, el pelo muy corto y una raya al costado, y su mujer, la más gorda de las hijas, Esther, de amplias ancas que tapaban la vista de media terraza y cuya voz aguda y aflautada se oía siempre por encima de las demás. La segunda, menos ruidosa y notoria, giraba alrededor de quienes hablaban por turno, asintiendo a lo que decían todos, subrayando los gestos ya subrayados por el orador, e incluso tomando partido por los dos bandos que a menudo surgían en las discusiones: oyó el apodo de la mujer, Pichusa, y el marido tenía también apellido italiano, quizá Lupo o Bacigalupo. Y la tercera debía de ser una joven pareja de recién casados, por lo pegaditos que estaban, por las órdenes que recibían de los demás para rellenar las copas, traer los entremeses o abrir la verja de entrada, baja y endeble, también simbólica, que pretendía separarlos de la calle. Con el tiempo supo también el

apodo vulgarísimo pero exacto de ella, Bolita, la recién casada con Pantoja, el único reacio al saco y la corbata.

De las dos muchachas solteras, excepcionalmente hermosas, una era muy alta y rubia, y estaba claro que pertenecía a la familia, aunque sólo fuera por su incipiente gordura y por el pelo pajizo y espumoso, casi aéreo; oyó bien que se llamaba Mónica, pero no supo cómo le descubrió un ánimo inquieto, montaraz, salvaje, y una mirada corrompida que le incitaba a hablarle, incluso a tomarla del brazo sin ser presentado. La otra, en cambio, Martha, sólo podía ser una amiga de la familia o una parienta lejana, sobrina o nieta del viejo. Así pensó, por el cabello oscuro, corto y rizado, en medio de tantas melenas rubias, y más aún por la figura grácil, sin vientre, por la delicadeza de sus ademanes al comer, jamás vulgares como en los otros, y por su voz educada y medida, que pocas veces oía Toño. Verla ahí mezclada con los Alberti parecía un error, o quizá estuviera **obligada** a visitar a esos parientes bullangueros, que no cesaban de reír ante chistes obscenos (oía muy bien los finales, claro está), para luego volver a su mundo delicado y espiritual. Pero ¿qué obligación la llevaba a esa casa diariamente? ¿Vivía, pues, con **ellos**? ¿O sería una huérfana recogida por los Alberti años atrás? ¿Una especie de Toño-mujer, puesto por el azar como un espejo ante él? De algún modo le complacía una semejanza así, la bella muchacha morena y huérfana, soñando con ser salvada del mundo de gritos, comilonas y aspavientos, y él enfrente, a un paso, planeando (no soñando, creía no ser romántico y se burlaba de los ilusos) rescatarla alguna vez.

Rescatarla, y si tuviese suerte, quizá guardársela para sí como una perla hallada por el pescador pobre. Pero como la empresa fuera difícil, y como además de rica la chica parecía muy seria, no alentó esperanzas ni perdió el tiempo en estrategias. Lo único que hizo fue decir en la mesa que le gustaba mucho, muchísimo la morena, y en cuanto descubrió a Ismael figoneando la casona, simulando que iba a la tienda del chino o al panadero, sólo para pasar dos veces junto a la terraza, repitió que la morena era no sólo la más bonita de esa familia, sino de todo el barrio, y quizá de medio Lima. Así, ya sin moros en la costa, le fue más fácil acechar a la

rubia, la más llamativa, desafiante y al parecer desdeñosa de las hermanas, y que encima exhalaba un aire turbio y miraba a los hombres como una sedienta espera el agua, aunque la mirada estuviese escondida, encharcada, secreta. Esa muchacha sí sabía lo que él buscaba.

4

Una de las cartas semialfabetas de Maruja decía papá está como loco por una sinvergüenza (leyó corrigiendo no sólo la ortografía sino los garabatos, escribiendo de nuevo las letras con el lápiz), todos hablan mal de ella y Maruja la había visto por la calle, era casi una niña como yo, decía, y tampoco iba a la escuela como ella, pero no sé qué le había hecho a papá, sin duda le dio chamico, ya él casi no viene a dormir y un día mamita le había dicho a Maruja, acompáñame, me dijo, vamos a dar una vuelta y yo pensé vamos a tomar el sol por los cañaverales, pero me llevó con engaños a una choza de carrizos, imagínate, hermano, una choza, seremos pobres pero no tanto, y mamita me dijo entra y llama a tu papá, ha pasado una semana y tiene que darnos plata para el mercado. Yo no quería entrar, pero tuve que entrar y los vi, hermano, hay cosas que no pueden decirse, pero tú entenderás, mañana serás un hombre, pero no te dejes engañar por una sinvergüenza, prométemelo, y te digo que papá nos botó, qué te parece, a mí me pegó y a mamita la correteó por la calle. Y lo más terrible, Toño, es una mocosa, puede tener unos quince años a lo más, todos los días rezo para que él vuelva, pero parece que ya no tiene remedio, se ha llevado su ropa y no nos manda plata. Menos mal que a mamita le han ofrecido un trabajo en la Caja de Depósitos y yo me ocuparé de la cocina.

—Oh, el primo está leyendo su carta desde hace media hora —dijo Ismael, tumbado en su cama de sábanas rosadas—. ¿Qué le dicen, que no pueden seguir pagando la pensión? El mismo cuento de Maruja. Le gusta gorrear ¿no?

Era cierto, Ismael jamás fallaba en sus conjeturas.

—Ah, y también el primo está por llorar. A lo mejor tiene que marcharse y no quiere.

El llanto se le quedó en el aire, la boca abierta, la tremenda inspiración como un quejido, fue la primera vez que no pudo con

esos ojos, oh papá, desgraciado, me las vas a pagar algún día, pensó, y tú, cállate carajo, basta ya, pero en seguida corrió tras el resentido Ismael, rogándole como a un santo para que no fuera con el soplo a la tía Lola, no le digas que te he dicho carajo ¿ya? mira, si te callas te regalo mi colección de piedras del río ¿ya?, a ti te gustan mucho...

Lo peor no fue perder su colección de piedras, sino urdir el plan, quedarse pensando horas por vez primera en su vida, convencido de que su cabeza trazaba muchas salidas, pero ninguna mejor que otra, hasta que eligió una al azar y esperó a que Ismael estuviera en la calle para pedirle a tía Lola la primera cita oficial de su vida, quisiera hablar contigo, tía, pero en privado, por favor, y ella se echó a reír, aquí sólo estamos los dos, hijo, pero la llevó hasta su sillón pegado a la ventana sin visillos, desde donde se divisaba el patio de tierra, el zaguán como un túnel y la calle empedrada y luminosa, oh, tía, tienes que hacerme un gran favor, algún día te lo pagaré, y había como un muro contra él sin moverse y las lágrimas calientes empezaban a quebrarlo.

—¿Qué es, hijo mío? Habla.

—¡Oh, adóptame...! —y ahí no más salió el deseo, tienes que hacerlo, viviré contigo para siempre, su apego era a la escuela, pero debió mentirle, halagarla como a todos, ya le había descubierto, pasarles la mano a como a gatos, hasta que ella también gimió, respirando con trabajo mientras le acariciaba los cabellos. Entonces dejó de temblar.

—Imposible, hijo, tus padres viven y no lo consentirían.

Pero, no, él siguió adelante, urdió nuevos argumentos repentinos y lo hizo en un segundo, y si uno fallaba debía alistarse otro, la procesión era casi independiente de él, es que no debo volver a Huaylas, mi sitio está acá, tú eres viuda y yo te acompañaré cuando salga Ismael, no debes quedarte sola, además aquí hay mejor clima, hay porvenir para un niño, hay escuela... —y quedó mudo, se traicionó, le salió como una desvergüenza, un insulto para el pretendido cariño a su tía.

—Tienes razón —dijo increíblemente ella—; eso es lo principal, lo demás no vale nada. Ojalá Ismael hubiera salido tan estudioso

como tú.

Pero todavía él siguió arguyendo, dorando la píldora, y enseñándole incluso la carta de Maruja: **Mañana serás un hombre, pero no te dejes engañar por una sinvergüenza, prométemelo.**

—No te preocupes, Toño —resumió tía Lola, secándose las lágrimas con el borde de su falda tan larga como las que usaban las indias—. En esta casa no habrá mucho, pero no te faltará un plato de comida. Irás a la escuela y ya nos arreglaremos.

Esa noche probó lo hermoso de abrir completamente sus brazos al sueño, olvidarse de él mismo; ya tenía quién lo recogiera del suelo.

—Oh, hay novedades —rezongó Ismael al otro día—. Ya tenemos un hijo adoptivo. Habrá que echarle llave a todo, no vaya a quitarnos la ropa o quizá los ojos.

Lo primero que pidió a Ismael fueron unos zapatos negros todavía no muy viejos, pero lo hizo indirectamente, claro está, como debía ser, a través de tía Lola, fue ella la que recibió los gritos y protestas, todo en vano para el primo, Toño se los puso finalmente como después de haber ganado una pelea con la cabeza, no con los puños.

—Imagínate, hermano, una choza, seremos pobres, pero no tanto.

Las cartas de Maruja se volvieron cada vez más esporádicas, pintaban una familia lejana, perdiéndose más allá del río, de las cumbres azules o pardas, que ahí reemplazaban a los nevados. La única de ellas que (una vez corregidas sus faltas ortográficas y caligráficas) guardaría muchos años empezaba: "Querido hermano, dirás que siempre te doy malas noticias pero no es mi culpa, perdóname pero ayer enterré a nuestra mamita, la pobre no se quejaba nunca pero sin duda estuvo enferma, aunque no la vio ningún médico, ya sabes que hasta aquí no llegan médicos, habrá sido un cáncer o la pena porque la dejó papá por esa mocosa, o quizá ésta le hizo brujería, únicamente Dios puede decirlo. Pero ¿sabes qué cosa fue capaz de hacer el ingrato? Pues no vino al entierro y mandó en su reemplazo a la tipa ésa, mejor no te doy ni su nombre para que la olvides, y la sinvergüenza vino con su cara

de mosca muerta a querer darme el pésame, ah cómo no fui hombre para agarrarla a patadas, solamente le di unos buenos sopapos porque nos separaron... Olvídate, hermano, y también olvídanos a todos nosotros, lo importante es que sigas una carrera, que seas al menos alguien y que te miren por la calle".

¡Ah, cómo seguía la carta en sus manos después de releerla, cuán insuficiente fue su deseo de que no hubiera llegado jamás! Inclusive la escondió sin saber que la tenía pintada en la cara. Se quedó con la marca durante los recreos, algo le dolía, una innegable debilidad le impedía correr y aun hablar en voz alta. Estoy muy flaco, pensó, debo comer más; pero no aceptó esa muerte, su madre estaría ausente pero no muerta, y si los demás lo creían allá ellos; él seguía viéndola nítidamente en el aire, y le hablaba a menudo, sobre todo buscando el sueño salvador.

Pero, de vez en cuando, la muerta moría de veras. Toño podía pasear por los cañaverales o rumbo al trapiche, o tirar camino abajo a Yuramarca, donde el olor a mangos lo sacaba de la trocha y lo lanzaba a las huertas, así como sin duda el deseo extraía a los hombres de sus casas; le había nacido la manía de andar solo, hondilla en mano, matando gorriones y robando frutas, y de vuelta, calculando bien que el anochecer no lo pillara, traía el morral repleto como una de las pocas cosas enteramente suyas. De pronto, su madre se moría y lo llamaba; imposible salvarla, no sólo era un niño, sino su padre le ordenaba calmarse, no pasaba nada, los hombres no debían creer cosas de mujeres; luego venía el grito de Maruja, el peligro era auténtico y había que devorar distancias, llevar consigo a un curandero o a una vieja "curiosa", lo que fuese, y hacer mucha fuerza rogando al cielo, para que el mal volara por encima de su casa, sin tocarla.

¡Ah, con qué intensidad lo deseaba, cómo quería incluso darse a cambio de ella! Y no se trataba de un sueño, su familia había invadido realmente la trocha; pero el aire y el sol seguían inmóviles, los pájaros se burlaban de él volando más rápido que sus piernas; las cosas se estiraban de modo implacable y Maruja llamaba en vano. Hasta que él también gritaba, escupía la fruta, lloraba y pateaba los árboles, los pájaros yertos del morral le infundían un

extraño temor. ¡Ah, no!, decía, reaccionando por fin contra lo que parecía una enfermedad total, suya y de su familia y del pueblo, a mí no me viene nadie con estas tembladeras, yo no seré nunca padre, yo no tendré hijos que pasen por esto.

Había cumplido los ocho años.

—Olvídate de todos nosotros, hermano.

5

—Ahí están los Erickson y acá nosotros: tía Lola y su advertencia cada domingo, apenas anocheciera y empezara la retreta en la plaza de armas, con el gentío y sus vueltas por los pasadizos de cemento, orillando los jardines y matando el rato a la sombra de enormes y antiguos ficus. Ellos son una cosa y nosotros otra.

Así no hubieran oído la misa mañanera, o no hubieran podido pagarse la entrada en la gimkana del mediodía, o anduvieran con los mismos zapatones llenos de cocos y fútbol, de vuelta de la pampa de San Miguel, los lugareños se juntaban en la plaza, desde el subprefecto que había enfermado de verruga a su llegada, hasta Tiburcio, el aguatero descalzo y semidesnudo, que incluso los domingos por la noche llenaba sus latas en la pila, riendo tontamente de quienes circulaban de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, en torno al quiosco donde la banda resonaba, vibraba, y removía y alegraba el aire.

Toño y los chicos Leo tejían su táctica para hablar con las del Dos de Mayo, ya nunca más con las primariosas. Avanzando contra ellas, sin esperar el fugaz encuentro de las vueltas para susurrarles al oído piropos de los mayores, de golpe cambiaban de dirección y se les ponían detrás, pegados como chicles, y dale con las frasecitas de los mayores, señalando entre risas y temblores el trasero de las muchachas, y oyendo también los grititos de ellas, hasta que por fin surgía la chispa, el diálogo tantas veces anhelado. Entonces el corazón trastabillaba de otro modo, buscando los temas, enhebrando palabras lánguidas o mágicas, pero ya las cosas parecían marchar mejor, ya paseaban chicas y chicos juntos, oían más tranquilamente la banda de música y quedaba aún la esperanza de acompañarlas a sus casas, repartiéndolas de una en una, hasta la hora de comida.

Ahora había algo nuevo en esa rutina. En la primera pausa de la banda surgía la guitarra del gringo Erickson, los cánticos de su familia y de algunos seguidores, y allá corría el pueblo de la retreta y se apiñaba en la esquina de Rubiños, librería cuyas vitrinas secaban al sol y por años las mismas carátulas. Los Erickson habían iniciado su prédica callejera, la búsqueda del Señor, el miedo a Jehová, el camino de Jesús. Cuando la guitarra enmudecía, colgada del hombre flaco y enorme, Erickson se desmelenaba transmitiendo su fe, una simpática locura, una guerra bondadosa, amenazando en su media lengua con el rayo y el azufre, y cuando había tocado a fondo el corazón silencioso y burlón del gentío, la voz angelical de su hijo menor aplacaba todas las pasiones, era una flauta, un jilguero, oh no, un desconocido ruiseñor volando por encima de los ficus hacia la noche amable y hueca; y en fin, dialogando con ese pequeño ángel, la señora Erickson y sus dos restantes y hermosas hijas entonaban otras canciones con desaforada alegría, con increíble decisión, como si marcharan seguras de vencer en una guerra de verdad.

Hasta que Felipe Leo, el único moreno de los hermanos, quizá celoso de la familia blanca y de ojos azules que encantaba al pueblo, gritaba ¡ahora! y sus hermanos y Toño emprendían el asalto, la carga, el desbande general que sólo cesaba metiendo a los Erickson en su ridícula iglesia, una tienda larga, unos bancos llenos de cholos que no iban al colegio, y de sirvientas de notables, y todos en torno al padre y jefe, al gringo enorme y flaco que había huido también, pero que no cerraba la puerta. El pueblo aplaudía a Toño y sus amigos, disolviéndose al suponer que la lección había bastado. Pero ellos no se movían de la entrada; las educadas voces de los predicadores se mezclaban con el gangueo de los sirvientes y allá flotaban de nuevo, sobre la plaza y sus ficus, unos extraños llamados a seres invisibles. Una altiva queja al cielo, un dulce despliegue del salvaje y exagerado sufrimiento humano.

El primer asalto había sido, pues, insuficiente ¡Vamos a la carga!, Toño se atrevía aún más, y se lanzaba contra la pared de voces, ojos y sirvientes, sin mirar atrás para no desanimarse: sus amigos lo habían dejado sólo, pretextando que ya no se trataba de otra

religión desafiándoles por la calle, sino de una casa ajena, de donde podría llegarles una piedra o una maldición. Acabado el intermedio del concierto, la banda volvía a rescatar a los suyos, a mover el aire, a reiniciar el paseo de izquierda a derecha. Y Toño, solo, mudo, pero reacio a marcharse, son harina de otro costal, fijándose en las diferencias entre las dos muchachas, una de pelo castaño y otra morena, serias, decididas, mirándolo sin desviar sus ojos y él también prendido de las caras ya no odiosamente bellas, sino encantadoras, protestantes sí, pero qué íbamos a hacer, en una guerra de miradas que ya quería disolver amablemente en una sonrisa. Pero todavía no sonrió. Ahí están ellos y acá nosotros, no lo olvides, Toño.

Uno de esos domingos, Ismael (que en vez de asistir a la retreta solía quedarse en el billar, en torno a la mesa de los sabios y prorrumpiendo en gritos y aplausos por las buenas carambolas) se metió en el grupo, aunque siguió dócilmente a quienes se retiraban después del primer asalto. Toño se había clavado de nuevo en el sitio, observando a las muchachas como rarezas dignas de estudio, así como miraba las retamas y pencas junto al río, dando vueltas en torno, atento al tallo y las hojas, buscando el pistilo y los estambres, sin agotar el misterio de la planta inmóvil y muda, pero viva.

—¡Oh, ven, hom, vamos a comer! —mandó Ismael, quitándole importancia a esas fintas. No le hizo caso, prendidos sus ojos de la morena, lenta y sinuosa como un felino, sin duda mayor y más despierta que su hermana—. ¡Mamá nos espera, te acusaré! —dijo, pero Toño, sus manos en los bolsillos, fingió patear unas pedrezuelas y avanzó hacia las muchachas. Repentinamente surgió el hermano menor, el de la voz prodigiosa y se plantó desafiante: ¿Qué quieres? ¡No les pegues!, chilló como una niña, deletreando su castellano, y él tuvo que acuclillarse y sonreír, dolerse en broma de los puñetazos de muñeca, fingir que lloraba; pero al fin el pequeño aceptó su mano y empezó también a sonreír. Cuando Toño se irguió, la muchacha de pelo castaño seguía hostil y terca, pero la morena sonreía tan abiertamente como él.

Igual que otras veces, no sólo sus amigos lo habían abandonado, sino que tampoco estaban en la plaza. ¿Eran ya las nueve? Corrió

directamente a sentarse en la mesa. Llegó al segundo plato, menos mal, pero ni tía Lola ni Ismael lo miraron. Al poco rato madre e hijo se levantaron y de nuevo quedó abandonado, mudo a la fuerza, haciendo resonar el plato en medio de la oscuridad que encerraba y apretaba la casa, ahogando el único y débil foco del comedor.

Desde el lunes siguiente ya no hubo obligación de ir al colegio: tendrían dos semanas de estudio libre antes de rendir los exámenes de fin de año. ¡Dos semanas para pasear por potreros y huertas! Mientras sus compañeros formaban parejas o tercetos relejendo los cuadernos de apuntes, Toño se aislaba, ensimismado: junto al río gozaba del cielo añil y estudiaba a su modo, sin interrupciones ajenas y sin sufrir las manías o el ritmo de aprendizaje de otro alumno. Pero era un difícil método viviendo con Ismael. A las cinco de la mañana, sin despertador alguno, Ismael se levantaba trastabillando, sacudía la cama de Toño, se vestía a duras penas y soñoliento se iba al comedor, a batallar con los libros. Lo habían jalado el último año y así Toño pudo alcanzarlo. Pensando en esa ventaja, y también en dormir más, Toño se revolvía tibiamente en la cama, cada uno a lo suyo, pero al rato Ismael, envuelto en una frazada y colgándole la bufanda, volvía a arrancarlo del sueño que era un pozo, un comprensible mareo en que Toño descuidaba el mundo y éste afortunadamente no se había ido. No seas así, hom, vamos a chancar juntos; la voz del primo había cambiado en los últimos días, era tierna y suplicante, sólo me faltan dos balotas difíciles, Toñito, ya avancé las otras. Incapaz de negarse, cruzaba el patio bañado en la espléndida duda de la aurora, y guiaba a su primo por los múltiples laberintos que escapaban de los cuadernos e invadían el comedor, todos buscando perder y asustar a Ismael, machacando con él la lección, repitiéndosela varias veces y volviéndose un inflexible maestro que le preguntara en el examen con otra voz, otros ademanes. Tras de mucho lidiar, Ismael comprendía sólo a medias y sonreía finalmente, oh qué novedad, Ismael y su voz baja y sonriéndole. Pero él también debía repasar sus balotas difíciles. Al menor descuido del primo, corría a desayunar a la cocina y huía por el traspatio como un ladrón, feliz, rumbo a la salida del pueblo, hasta el sonoro río Santa,

hasta su observatorio, libre y claro, un extraño y enorme muñón de piedra, en medio del cauce plácido y transparente, y con un cerco de espuma en torno de aquel gigante dejado ahí por viejos aluviones.

Entonces leía en voz alta, se tumbaba de bruces para escribir sus resúmenes y "llaves", o se volvía boca arriba al cielo sin nubes, imitando la dirección de los grandes eucaliptos ribereños. No había lugar más hermoso, soleado, ni tranquilo.

Luego transformó el paraje en algo más que una casa, una parcela propia y absolutamente necesaria. De la orilla a la roca construyó un camino de piedras que sobresalían del cauce por las mañanas y se hundían por la tarde, cuando el río se hinchaba y traía el recuerdo de tantos aluviones: la voz del agua dejaba de suspirar y enronquecía, echaba su negro aliento, arrinconaba a Toño que quizá no podría salvarse a tiempo; pero en otro parpadeo, la culebra del río se calmaba, o bien dormía gritando. Remangados los pantalones, volvía por el camino de piedras, invisible pero real; o si quería nadar, se zambullía desde la roca como desde el trampolín en una piscina.

No había revelado a nadie su refugio. Al salir del pueblo veía desparramados por las chacras a muchachos y muchachas (nunca juntos, ellas siempre aparte), tumbados o de pie, estudiando para los temidos exámenes; los saludaba de lejos o se les unía por un rato, pero luego se perdía por las sementeras, retorciendo su camino hasta desembocar en el ansiado recodo, escondido por un bosquecillo de eucaliptos que parecía flotar sobre el agua y cerrar la vista del caminante. Pronto se hizo amigo (eso creyó) de los peones que cruzaban el distrito: un indio respetuoso y sin llanques, empujando recuas con caña de azúcar hacia el Ingenio, junto al puente de Calicanto; una india y sus dos pequeños, alegres pero rotos, mostrando sus carnes por los agujeros de las ropas ya remendadas, pastando cerdos por increíbles senderos de la quebrada; y algunas lavanderas golpeando la ropa sobre piedras, matando de súbito sus canciones apenas lo vieran pasar. En cuanto pidió prendas viejas a tía Lola se las llevó a los indios. Apenas

consintió el arriero, se puso a averiguar por la molienda de caña y la fabricación de chancaca; pero fue incapaz de apegarse a las lavanderas, sólo hablaban quechua y él no lo había aprendido de Toribia, la muchacha de tía Lola, que además de su mal genio coqueaba horriblemente.

Sí, hablaba con los peones, pero le respondían con monosílabos; estaba claro que lo rechazaban; con ojos así fueran gachos y sumisos le decían que no fingiese ningún interés por ellos, que siguiera su camino, que conocían bien su raza. Volvía a intentarlo, y únicamente lo saludaban de nuevo, dos y tres veces en una tarde, y allá se iban como señores de otro mundo.

Quizá por acercárseles se propuso construir una choza, mejorando las que había visto en la puna, donde la ausencia de árboles obliga a usar varillas en una disposición cónica, sin el palo mayor central que Toño sí usaría. Una choza nueva, moderna, funcional. Tampoco, ningún indio la miró ni se refugió en ella.

El domingo que salió a inaugurar la choza compró tamales, choclos y fruta, sin olvidar el Leoplán, la única revista que vendía el señor Rubiños. Bajó feliz por la ladera, como un hombre que ya tiene un hogar. Desde aquel mirador el Santa no era una culebra de plata, ni una luz clavada en tierra, y tampoco un monstruo dormido, como decían los periodistas provincianos en los mensuarios de cuatro páginas, a propósito de las avalanchas, sino un compañero serio o jugueteón, según los días, hermosamente callado o gritando para siempre, eternamente sordo. Pero pasar del río a la tierra era lamentable. Las márgenes arruinadas por las avenidas sólo se interrumpían por las pequeñas huertas; aun el cañaveral era diminuto y risible, de juguete; no debía engañarse, el sitio era pobre, quizá amable pero huidizo, reseco y resentido. Y el canto de las lavanderas sería ingenuo y bello, pero también absolutamente triste, íntimo hasta removerle las entrañas, hasta exigirle bailar como los indios en innumerables fiestas, cuando invadían los pueblos y el desfile de parejas enmascaradas y borrachas buscaba una auténtica felicidad en la punta de la tristeza, si bien no conseguía él aquella transfiguración.

Leyendo y comiendo en su choza tardó en comprender lo que veía. A unos cincuenta pasos, arriba de las lavanderas, libres del agua sucia y jabonosa que ellas devolvían al río, tres muchachos se bañaban junto a la orilla, braceando y riendo, pero en cuanto se ponían en pie estaban perdidos: no sabían andar sobre piedras. Se escondió ¿No serían colegiales intrusos? Las lavanderas se burlaron de ellos en un coro, esta vez dichoso y envidiable. Uno de los bañistas se sentó a mirarse el pie herido con ademanes de payaso. Toño miró mejor, y con alivio, se acercó.

No eran tres muchachos sino dos muchachas y un niño; los calzones húmedos y ceñidos eran iguales en todos, largos y anticuados, pero las mujercitas exhibían sus pequeños senos con extraña naturalidad. Y los tres eran hermosos. Cuando Toño pisó fuerte al frenar por la bajada, los ojos azules e inteligentes denunciaron a los Erickson.

—No les voy a hacer nada —alzó la mano ante las miradas cautelosas—. Estoy solo y tengo una choza más allá. ¿Quieren verla? Y también hay un vado sin piedras. Les gustará a ustedes que saben nadar. ¿Vamos..?

El primero en decidirse fue el niño.

—Pero no mientas ¿eh? Hemos venido con mi papá. —Y mintió por su parte.

—Pónganse los zapatos —mandó la muchacha morena—. Que él vaya por delante y cada uno de nosotros coja una piedra y se la tiran si intenta algo.

Toño casi dio un grito de júbilo. Era la primera vez que entendía inglés a alguien aparte del profesor del Dos de Mayo.

—Sí, iré por delante. Pero no necesitan piedras ni nada. Y tengo comida para todos.

Los Erickson soltaron la risa, oh él sabía inglés, por qué no les había hablado así en la plaza, por qué les molestaba tanto, por qué no se habían hecho amigos.

—Yo qué sé, por nada.

—Hablas muy bien —dijo la morena avanzando a su lado, húmeda y chorreante, pero gozando del día soleado—. ¿Dónde aprendiste?

No solamente los invitó a su choza y a su vado, donde nadaron hasta competir en cómo tiritaban, sino les dio de comer calentándolos en cuestión de minutos, y sonrió de lo bien que esos gringitos mordisqueaban los choclos, como si fueran rondines y devoraban los tamales sin quitarles el jigote ni el ají. Pero en el fondo de sus miradas estaban sus diferencias. Además de otra lengua, tenían otros gustos sobre el paisaje, las plantas y aun las piedras; incluso nadaban distinto y sus voces de alegría o temor no eran las suyas. Y cuando enmudecían, supo que pensaban de otro modo y el ritmo de sus reacciones no era el mismo. Con ellos y con los indios del distrito se hallaba en medio de dos tribus, pero quizá en esa orfandad estaba la aventura de vivir, de cuidar qué se decía y dónde se pisaba, pues de caer nadie se ocuparía de él. Otra orfandad semejante a la de su familia en Huaylas. Renació su desconfianza ante esos extraños; fue casi un malestar contra sí mismo por haberlos admitido en su distrito. De pronto, en una súbita decisión se despidió y los alejó de la choza.

Poco a poco, sin embargo, tras cabecear la siesta y borrar torpemente sus primeras ideas, que parecían quemarse en la tarde amarilla, fue descubriendo el flujo contrario, aquello que los unía. Había en los Erickson un envidiable aire de desaliño y libertad, sus cuerpos eran bellos y fuertes, y respondían claramente a la naturaleza. Luego de unos días de recelos aceptaron volver al río y explorarlo. Lo hicieron con mejor método y mayores precauciones que las suyas: calzados con zapatillas, cogieron ramas para descubrir las piedras del fondo y facilitar la marcha, y mantenían ligadas sus manos libres, avanzando siempre uno de ellos pegado a la orilla. Conforme se internaban, el caudal gris, azul, blanco y vigoroso levantaba crestas de espuma en torno a las piedras, crestas que navegaban y se despedían cumplidamente antes de morir. Desde el centro espumoso y resonante, Toño los incitaba a pechar el agua, y le respondían alegres, a voces, pero sin arriesgarse mucho. Después, dejándolo emborracharse con la corriente, salían a recoger piedras de colores construyendo pequeños edificios en la ribera. Bajo el sol todavía más fuerte y amarillo, organizaron una lucha campal con semillas de eucalipto, y

como fin de fiesta, una carrera por sobre charcos, zanjas, troncos y pajares de la orilla. Rendidos y sudorosos, otra vez casi desnudos, se tendieron en el pedrón de Toño como sobre una balsa y descansaron o durmieron o navegaron por turno, conforme él los observaba. La morena era la mayor y más bonita y prudente, la menos parlanchina; protegiendo a sus hermanos vigilaba el nivel del río e incluso las intenciones de Toño, abriendo a ratos sus ojos azules y limpios. Pero él únicamente la miraba, feliz de que fuera tan hermosa, ansioso de tocarla o besarla, actos perfectamente naturales tratándose de ella y dictados por la misma muchacha, aun sin saberlo.

De algún modo, los cabellos, rostro y brazos por arriba, y los muslos y piernas, por abajo, la hacían semejante a otras muchachas, pero también concedían al centro de su cuerpo la seguridad de que ahí, en los pechos y el vientre, estaban realmente ambos, él y ella, presos de una palpitación, sujetos a una espera que se alargaba en agonías; ella creía ser una predicadora y una aprendiz de castellano, pero Toño la veía sólo carne y voluntad, una felicidad si lo miraba, un tormento si sus ojos se apartaban de él mientras en el aire brotaba de la nada una inquietud, una fragancia, un descubrimiento. Comprendió cuánto desconocía de las mujeres y cuánto le quedaba aún por vivir, pero no sería en este pueblo, debía seguir su marcha a la costa, hacerce alguien aun sin saber cómo, sólo de eso estaba seguro. En un instante, la morena reapareció vestida y le hizo ver lo absurdo de cubrir las futuras y auténticas palomas de sus pechos, el escándalo tierno en sus nalgas, el pan blanco y vivo de su vientre. Conforme la tarde apagaba el sol y el cielo enrojecía imperceptiblemente, la belleza de la muchacha se llenaba de responsabilidad por sus hermanos y de gratitud por Toño, que había sido tan amable. Así, tras de peinar sus cabellos húmedos que le creaban otra piel, lustrosa como la de un potrillo, y luego de vestir concienzudamente a sus hermanos, lo miró en una sonrisa final que difundía su propia luz y dijo que estaba contenta, pero se le veía tan frustrada, como él.

—Muchas gracias —le dio tímidamente la mano—. ¿Podemos venir otra vez?

—El próximo sábado. ¿Cómo te llamas?

—Melisa.

De vuelta a casa debió de suceder algo que ignoraba en torno a él, pero que Ismael sí vio, Ismael y sus amigos que se dieron a perseguirlo mientras Toño culebreaba por las calles, buscando despistarlos.

El sábado renunció a estudiar. Tan sólo se dedicaría a ampliar la choza. Disimuló muy bien, salió cuadernos en mano, pero los dejó encargados a una placera, metiéndose por entre el gentío abigarrado del mercado, como si retahilara los precios. Ismael venía detrás, esta vez solo, ya lo he medido, pensó, uno no es ninguno, pero el primo se quedó en el canchón de la fruta, suponiendo que él volvería por donde había entrado. Pues no, de las redondas pacas de plátanos, de esos tambores saltó a la pirca del corral donde dormitaban los burros y allá se escurrió oliendo a boñiga y a deliciosos mangos.

Ya los Erickson estaban en la choza con una canasta de sandwiches, huevos duros y kola caracina de la fábrica del señor Romero. No hubo necesidad de cocinar. Fue la primera vez que Toño mintió organizadamente, durante horas. Melisa lo averiguaba todo y sus preguntas eran directas: por qué vivía sin sus padres, por qué Ismael se había retrasado en sus estudios, qué haría Toño en la costa que no hiciera en Caraz, ¿era realmente católico o sólo seguía la tradición de su familia y del país, y por qué no se atrevía a entrar, sólo a entrar, en la iglesia adventista del señor Erickson? ¿Tenía reparos de sentarse junto a los sirvientes, los verdaderos hijos del pueblo? Al comienzo las mentiras le salieron fáciles: sus padres preferían las comodidades de una casa-hacienda, propia, mandaban por él cada semestre, alguna vez invitaría allá a Melisa; pero pronto detuvo la charla, lo bañaba una vergüenza oscura que hacía cerrar los ojos, se le agriaba la boca, debía escapar de Melisa. Por fin, se demudó mientras ella retomaba el hilo: de la tranquila y pacífica Melisa brotó de nuevo una predicadora semejante al señor Erickson, decidida, vigorosa, obsesionada y majadera, pero sobre todo extraña y distante; abandonó el inglés sin importarle equivocarse, hablando briosamente. Parece que estoy reseco, pensó, no creo en

nada sino en obtener una profesión y una casa mejor que la ajena donde vivo y me dan gratis de comer; me iré lejos de esta tierra estéril, de este río loco y desaprovechado, y de este pueblo donde por cada casa buena y con luz eléctrica (sólo un poco más fuerte que las velas) hay otras veinte incómodas y miserables. ¿Qué podía hacer uno en un lugar así, sino salvarse como pudiera? Pero ¿cómo decirle esas cosas a una extranjera, que, además de avergonzarlo por el país en que vivía, le hacía palpar el corazón?

—¿Así pierdes el tiempo, en vez de ayudarme a estudiar? —oyó a medias y luego más claro—: ¡Con que tenías este sitio y no me dijiste nada! —el reproche lo sacudió de susto y la voz resentida de Ismael se le venía encima—. ¡Hoy vas a ver..! —y aquel odio repentino iba en serio, ahuyentando a Melisa y precipitándose sobre él.

Recibió de lleno el primer golpe, pero fue el único que lo tomó de sorpresa y lo derribó; después ya no soltó a su primo, no quiso ni pudo soltarlo, su furia crecía conforme rodaban y se erguían, buscando un sitio llano donde seguir la pelea; pero mientras lo descubrían, los cabezazos y rodillazos iban haciendo mella en Ismael, oh al fin lo tenía en sus manos, era más alto que Toño, pero así de cerca no importaba, al revés, así no fallaba los golpes, al fin estaba poniendo las cosas en claro, cada trompón lo templaba más y a poco sintió que el rival aflojaba, la nariz sangrienta lo había escandalizado, sus ojos ya miedosos buscaban el momento de acabar, pero no sabían cómo; entonces lo abrazó con fuerza, le cerró las manos detrás y llenó de cabezazos esa cara cobarde, pálida y sangrienta, y cuando el miedoso se zafó y quedó un instante paralizado, le metió un puntapié en el estómago, y cuando se volvió, otro en las nalgas, hasta precipitarlo en un hueco entre dos pedrones, al fondo de un charco lavado por el río ¡Ah, y todavía fue a sacarlo de ahí, a rematarlo, hasta que unas indias desconocidas (oh, no, eran las lavanderas, los Erickson se habían esfumado) lo contuvieron con sus quejas maternas, un bálsamo contra la ira, y lo fueron calmando, allauchi, allauchi, ñiño, no supo si se referían a él o a su primo, conforme jadeaba y volvía a darse cuenta de quién era y dónde estaba!

Arrepentido, bajó por el declive llamando desesperadamente a Ismael, que se había atascado de cabeza y quizá podría ahogarse en un charco. Tiró de él con las indias y descubrió el pantalón rasgado, la herida en la rodilla, los chichones que empezaban a soplar su frente.

—¡Perdóname, primito, te juro que..! —se puso a balbucear—. ¡No sé qué me ha pasado..!

Pero Ismael no oía nada, mañana te vas de mi casa, no me llamo Ismael si te quedas, lo prometo por lo más sagrado, y él abiertamente empezó a mendigar, sacudiéndole la ropa, pasándole por la cara el pañuelo mojado por el río.

¡Ah, cuánto le costó cambiar esa amenaza! Sin vestirse aún, ropa en mano, lo fue siguiendo no sólo por la orilla, sino por todo el pueblo, que por favor se callara, que dijera a tía Lola que unos muchachos mayores los habían atacado. Que viera que él también tenía moretones, que su codo sangraba, que no podía mover el pulgar ¿lo veía? En fin, que le daría cualquier cosa si se callaba esta vez.

—¿Y qué me vas a dar? —lo despreció Ismael— ¡Un pobretón que nunca ha tenido nada y le damos de comer gratis! Y quieres quitarme mi puesto en la casa. ¡Pues bien, se acabó! ¿Darme algo? ¿Otra porquería como la colección de piedras..?

—Te doy.., te doy... —buscó desesperado—, te doy a Melisa —dijo, perdido—, primo, no hay muchacha más linda en el pueblo...

Ismael se demudó, escupió la sangre, se limpió la frente con el pañuelo mojado, abrió más los ojos, se hizo repetir la oferta.

—¿Lo juras..? ¿De verdad, muerto de hambre..?

Oh, así fue, llegó a eso, tuvo que prepararse desde entonces a verlos juntos, y cuando Melisa lo llamaba y sonreía, aprendió a hacerse el disimulado y volver la cabeza. Tuvo que cederles inclusive la choza y todo el distrito.

6

No quiso, pero también siguió a Esther al mortuorio para ultimar los detalles del funeral, tiene que ser mañana por la tarde, dijo ella muy segura. Toño miraba aquí y allá, pero no de frente, y necesitaba aire en esa caja blanca y quizá hermética de la clínica. Recorriendo largos y viejos pasadizos impregnados de ácido fénico, Mónica se iba convirtiendo en el bulto visto entre sábanas; por fuerza debía buscarla donde estuviera clara y luminosa, el pelo de hilos de sol, la sonrisa llamando a gritos de júbilo. Sí, la había tenido siempre y la había perdido por obra de un loco.

—¿Y dónde estará el imbécil de Ismael? —preguntó indignado, olvidando que hacía unos minutos temía verlo—. ¿Qué pasó realmente? ¿Por qué la mató?

—¡Tú te callas, ya no te quiero! —Esther se adelantaba cada vez que le daba alcance—. ¿Y por qué no me dices de qué hablaste con Mónica?

—Pues... cosas de Ismael..., de los chicos..., me pidió cuidarlos — sintió que no mentía, que era quizá una obligación natural.

—Sí, sí... —desconfió ella—. Me quitaste la fe... —y también le quitó la mano. Esther empezó a jadear con tantos trajines por los pasadizos; entonces extrajo su abanico y fue como reviviendo a pocos—. ¡Lo que son las cosas! —exclamó como para sí misma—. ¡Pensar que anteanoche no iba a verse con Ismael! Él tenía un compromiso y Mónica iba a comer en mi casa y después tomaría un taxi para el aeropuerto. No quiso que nadie la acompañara, dijo que no deberíamos trasnochar inútilmente. Iban a viajar juntos, a tu casa en México, pero ella finalmente dijo que Ismael había desistido.

—¿Estás segura? —preguntó, como si lo hirieran.

—Por supuesto.

Entonces vio de golpe el plan de Mónica: había hecho que Ismael desistiera del viaje por consejo de Toño, pero irse sola al aeropuerto

indicaba ciertamente que alguien la esperaba ahí, y no haberle dicho con exactitud a Toño cuándo llegaría al D. F. explicaba aún más la presencia de un compañero de viaje... ¡Si no la conocería él! ¡Ah, la incontenible puta..!

Pero Ismael se lo impidió, menos mal, pensó; daban ganas de gritar que Mónica engañaba a todo el mundo, que por primera vez a Toño le mentía una mujer, así no fuese su esposa, decirlo en voz alta era importante, pero saber que pronto sería enterrada concedía a esa conducta un perdón natural, lo suavizaba todo; sus actos se convertían en un juego distante e inocente, propio de los humanos que también se exhibían lejanos e indiferentes a él.

—Oh, la mala suerte ya entró en la familia, quién sabe qué más nos sucederá..! —exclamó Esther, agobiada y aburrida, frenando sus pasos. Y él otra vez a calmarla, a darle golpecitos en la gordísima espalda, que parecía de un cerdo puesto en pie.

—Anda, vámonos ya —dijo Toño, después que la vio salir del mortuorio.

—Todavía tengo que pagar a la clínica —gimoteó ella.

—Pues ve, yo te espero en el carro.

Bajó dos pisos y salió a la calle. La noche empezaba a dejar imperceptiblemente los rincones; frente a la clínica, varios automóviles estacionados, entre ellos una ambulancia y el Lincoln de Esther, rodeado de curiosos. Y también un Buick y un Oldsmobile nuevos y sin duda carísimos, las marcas que usaban sus otros concuñados. Unos pequeños ricos simulando ser magnates. De pronto volvió a meterse en el edificio y pidió el teléfono, cerrando los ojos para recordar el número de Ismael y Mónica.

—Aló ¿quién contesta?

Una voz de niña o niño dijo velozmente soy Sebastián, mi papá no está y mi mamá está enferma en la clínica.

¡Sebastián, el único hijo suyo y de Mónica, así se lo había dicho ella, pero a la vista de tantas falsedades, quizá un mero chantaje para retenerlo indignamente!

—¿Cómo dices? —preguntó para oír nuevamente la candorosa respuesta— . Soy tu tío Toño que acaba de llegar de México. ¿Sabes dónde puedo hallar a tu papá?

—Hola, tío. No ha venido desde anteayer, tío. Pero llamó diciendo que no llamaría otra vez, tío.

—Si llama, dile que quiero hablar urgentemente con él, que diga el sitio y yo iré.

—Bueno, tío. ¿Ya te avisaron en qué clínica está mamita?

Ya lo sé, ya murió también, iba a decirle, pero se contuvo, y no fue por proteger la ingenuidad de ese supuesto hijo involuntario y robado.

Esther lo halló sentado y mohíno en el Lincoln. Empezaron el retorno.

—¿Le rompió el cuello, no es cierto? —gritó él— ¿Cómo fue, la empujó por una escalera o la estranguló?

—Pues no lo sé, ya te dije... —y la gorda, cansada y molesta, tardó en encender el Lincoln y volvió a gimotear—. Ya está muerta, de nada sirve...

—¡Le daré su merecido al desgraciado!

—En vez de eso, deberías llamar a Martha y ver cómo se lo cuentas... —balbuceó ella.

Tenía razón. Quedaba Martha, que lo esperaba al fondo de todos sus actos, de todas sus salidas y viajes. Podría suceder arriba lo que fuese, agitarse tremendamente la superficie, pero tarde o temprano se hundiría tranquilo en su calidez y compañía. Aunque no, todavía el tránsito duraría unas horas o días, pues no sentía ningún deseo de hablarle, así fuera por teléfono. Nada con México D. F.

7

A medianoche, despertaste bajo la súbita luz hiriente del cielo raso, y vino el roce animal del bulto, inofensivo o amenazante, no pudiste saberlo. Lo primero, agitar la cabeza, descubrir que la escena de este lado se mezclaba con las informes hilachas, nubes y caras exangües de tu madre y de Maruja, al fondo del sueño de donde acababas de salir. Ismael te sacudía.

—Oye, hermano, tengo una buena noticia.

—¿Qué pasa..? ¿Qué hora es..?

—¡Que me caso, hom! Ya hablé con la familia de... ¿Te das cuenta?

Y te dijo feliz el nombre, pero no oíste bien, aunque pensabas que era otro, cualquier nombre que justificara tu alegría al echar fuera las frazadas, levantarte y abrazarlo, te felicito, viejo ¿y contra quién va la cosa?, te la tenías guardada ¿eh?

—¿Cómo contra quién? Ya lo sabes ¿no?

Súbitamente serio, Ismael se volvió para acostarse, encendiendo por fin la luz del velador y apagando la otra del cielo raso.

—Juro que no te oí, palabra.

—¿Y con quién va a ser, tonto? ¡Con Mónica, por supuesto!

Quedaste por un instante cortado, silencioso, flotando en el aire y ya ibas a caer, tenías que caer.

—¡Oh, perdóname! —y te tomaste la cabeza en un gesto salvador—. ¡Sigo dormido! ¡Claro, con Mónica! ¡Felicitaciones, primo..! —lo abrazaste no sólo por la costumbre en esos casos, sino con afecto real; y justamente por las escasas efusiones para con él, aprovechaste para no soltarlo, oh viejo, qué idiota eres, vas a cometer la gran estupidez de tu vida, nosotros lo tomamos todo muy en serio, no lo hagas, te vas a fregar con esa putona; pero no dijiste ni pío, por supuesto, y volviste a la cama y contra la pared, aunque

imposible dormir ya, tu vergüenza y cobardía empezaban a desnudarse en la noche quebrada en dos.

Crujió el catre de Ismael y la noche se volvía una caverna inútil, pero no vacía, alargada por tu engaño. ¿Y si Mónica esperara un hijo tuyo, o de su novio fugado, y hubiera decidido casarse con Ismael para salir del paso? ¿Y si Ismael no fuera un idiota, si lo supiese todo y continuase adelante? ¿Eso era entonces el verdadero amor? Otro crujido en el catre, esta vez fue el tuyo, y de nuevo se alargó la noche que no se iba con su cáscara negra.

—Oye, primo... —tuviste que llamarlo.

—¿Qué hay?

—¿Tienes mucho sueño?

—Yo algo, ¿y tú?

—¿Y si vuelve su novio..? —por algo debías empezar.

—Mónica ya se olvidó de él.

—¿Y qué es del otro tipo, cómo se llamaba ése al que pateamos todos una noche..?

—Lorenzo. Desapareció de Lima por el susto.

¿Y ahora qué más digo?, pensaste, ¿le hablo de mí que soy el de turno, el heredero de quienes no cumplieron su palabra?

—¿Lo has pensado bien?

—Por supuestamente. ¿Por qué lo dices? —¿por qué, en efecto, serías capaz de decirlo?—. Soy nada más que subteniente y gano poco, lo sé, y ella es de buena familia y nosotros no; pero me ha prometido ajustarse a mis posibili...

—No me refería a eso, sino a lo que todo el mundo sabe, aun en el propio barrio, empezando por su mal genio, su modo sobrado de creerse más que nadie, su...

—Yo también tengo mal genio.

—Sí claro, pero en un matrimonio... —¿y qué sabías tú de matrimonio?, aunque ya por entonces habías elegido a Martha para después, la habías apartado y aislado en tu cabeza, ella sí merecía ser una esposa, inclusive no era gorda, ni engreída, ni fresca como sus hermanas.

—Todos los matrimonios se pelean —dijo Ismael—, eso no es ningún problema.

—Pero... —y seguiste, la cosa era imparable—, supón que quieras divorciarte.

—Pues me divorcio. Estamos en el Perú ¿no?

Te morirás antes de decirlo, pensaste, tú eres incapaz de arriesgarte a tanto.

—Me refiero a una incompatibilidad continua, diaria, de ésas que quitan el sueño y no te dejan trabajar; entonces tu vida será un infierno.

Ya está, infierno, la palabra infantil aunque exacta, si te casas con ella tu vida será un infierno, pero tampoco hablaste así de claro.

—No creo que pase eso, Toño; yo la quiero mucho.

¿Y eso qué diablos significa para ella?, pensaste, oh imbécil, ¿te contó que acabo de tirármela por la tarde?

—¿O sea que todo está arreglado? —suspiraste.

—Ya sé que piensas en sus otros novios, primo, pero ella los aceptó de buena fe ¿no? Ni los engañó ni se rió de ellos; al revés, no cumplieron con Mónica. Y lo que digan los chismosos del barrio no me interesa. Nadie la conoce de veras, hom... —y la voz del cornudo se hizo honda, tardó demasiado en las frases—. Una muchacha de buenos sentimientos... Fíjate que le gustan las de dibujos animados o bailar en las fiestas hasta empaparse de sudor; y ni siquiera toma un trago, ni fuma, ni cambia de pareja, nada. Yo, la verdad mentiría si dijera algo contra ella. Además no se deja, primo, sólo manoseos, claro, y me lo agarra también, pero de lo otro nada, ni hostia, Toño, franco.

Cuando Ismael calló, había como un retrato bello y traidor en la oscuridad, encima del bulto de su primo, y Toño buscaba deshacerlo de un manotazo; pero entonces apareció el suyo, mezquino y despreciable, manchando el otro cada vez que Ismael lo limpiaba.

—Y por último, ya le dije que nos casaríamos. A la pobre le han fallado dos novios: ¿te imaginas lo que sería si yo me echara atrás? Ella es blanca, rubia, y nosotros cholos, Toño, la verdad es la verdad. ¿Qué otra se me va a poner en bandeja? Y todavía, según ella, le estoy haciendo un favor. No, tengo que aprovechar el pánico...

¿O sea que también un imbécil podía parecer bueno? Pues anda, mula, y piérdete, decidiste.

Claro, hubo un largo tiempo en que Mónica y Martha no existieron, únicamente Toño e Ismael, ni siquiera Melisa (les duró tan poco, el primo no supo conservarla, qué haces con esa gringa loca y protestante, dijo tía Lola, golpeando la mesa del comedor); ella tuvo que seguir viajando por la sierra con su familia de cantantes y predicadores. Quizá se habían cansado, Ismael de empujarlo y acosarlo sin motivo y Toño de guardarse la sombra de una cólera en el bolsillo, acariciada siempre por su mano. Las horas de estudio por la noche y en el mismo cuarto dieron su fruto, los buenos exámenes que daba Toño, los diecinueves y veintes en contraste con los onces de Ismael. Ya éste no lo miraba de arriba abajo, Toño no sólo crecía, ya no era un retaco, sino empezaba a hacer girar a Ismael en torno suyo, al menos eso creyó. Fue obra de sus cuadernos bien forrados y escritos a dos tintas, roja para los títulos y azul para el texto, bellos, sin manchones ni enmiendas, con el margen tan derecho como el una máquina de escribir. Ismael se los pedía prestados, y como estaban en salones distintos, pero en el mismo grado, corría de un salón a otro y cambiaba los forros, nada más, y mire usted, maestro, yo también estoy al día con los cuadernos, súbame la nota ¿ya? Pero luego Toño pasó sin Ismael al tercero y el pobre ya no le hacía fieros, incluso le sonreía, pero ¡ay si se negaba a complacerlo!

Durante días el tiranuelo le quitaba el habla, palmoteaba el hombro de otros muchachos justamente cuando él se acercaba, o bruscamente se volvía en silencio, arrugando el ceño, y entre el silencio y el odio creaba una horrenda pared de vidrio, un mirador por donde Toño descubría la costa, el viaje final, ¡oh cuándo me libraré de este maldito estorbo y me marcharé a Lima!

Uno de esos días de hielo un compañero le preguntó entre risitas si quería ver una foto, ja, ja, pero todavía eres muy chico, te vas a desmayar, y lo tuvo a su merced durante los recreos, Toño lo perseguía y el otro enseñaba la foto únicamente a los de su tamaño, y una risita de dientes sucios, de encías sanguinolentas. Ya está, dijo el, mañana te doy mis cinco soles de propina; el tipo lo pensó

varias veces, sonrió y dijo no, y Toño se había alejado lo suficiente como para empezar a olvidarlo, cuando oyó un silbido desde el fétido reservado. En perfecto silencio, con exageradas muecas, el muchacho dijo ahora que sí, que se la vendía, pero que si mañana no le daba el dinero se ganaría un estupendo trompón, huele, huele, y le puso el puño en la nariz.

Toño miró velozmente la foto muchas veces y la estuvo mirando todo un año, escondido en el canchón de fútbol, tras una mata, o abría tranquilamente sus cuadernos en clase y ahí estaban el hombre y la mujer conectados, enganchados como perros callejeros, o se ponía cerrojo en el cuarto de Ismael (no había pestillo, ni manija, ni chapa, ni llave, que vinieron después, sólo un cerrojo pesado y torpe) y miraba las figuras, le iban pareciendo incompletas y cambiaba de lugar, de hora, de semana y empezó a descubrir el vacío que faltaba, el laberinto previsto pero escondido, cada noche se acercaba un poco más y cada mañana lo olvidaba como a una enfermedad. E Ismael que ahora sí lo perseguía por averiguar qué pasaba; a lo mejor el primo estaba malo y volvería a su tierra como Maruja. Avanzando por entre una niebla real, chocando sus pensamientos contra una pared, flotaba y se dirigía hacia otro Toño que quizá lo llamaba; metido con la figura, hablaba desde ahí dentro y salía con mucho trabajo de vez en cuando. Hasta que una tarde, así como un intrincando problema de matemáticas pierde su oscuridad, así vislumbró la solución, eligió definitivamente un camino entre muchos, nació una alameda fresca cuyos árboles quietos señalaron el fin de lo que no termina, cruzó otra niebla y recibió en sí mismo al otro Toño que debía existir. Ni siquiera supo cómo había ido a parar a la huerta desaliñada, donde a veces jugaba fútbol con Ismael (en los días cordiales de Ismael), pero estaba ahí y no sólo eso, sino que Toño y la foto se habían escondido en la casona de telégrafos, habían entrado soñolientos por la ventana rota y despertaron en la ruinosa sala de pilas del telégrafo; un grueso alambre unía la boca de botellas llenas de un hermoso líquido azul, y dentro del líquido azul flotaban mariposas de cobre, y de cada botella salía un alambre y muchos alambres engrosaban y corrían hacia la oscuridad de la casona, donde no

debían descubrirlo, estaba en la sala de pilas del Whistone, la foto en una mano y la otra abriéndose la bragueta, Toño sacándose el antiguo colgajito que ahora vio inmenso, plantado en medio de la habitación y las pilas azules en torno a esa barreta, y la propia barreta guió su mano y dolió y por ahí pareció resolverse el problema, debía avanzar por ese único camino, y lo siguió asombrado pero convencido, este animal no podía ser Toño pero lo era, las cosas no debían ser así, pero lo eran, la cabeza lo controlaba todo pero ya no, imposible, el cuarto se mareaba en la punta de sus pestañas, pero la convulsión no paraba, adónde ir, no lo sabía, saltando y trastabillando entre las pilas azules, pero sin soltar la barreta que lo miraba con su ojo único, el cíclope prisionero, convulso y vomitando en el cuarto mareado y medio azul.

Y ahora pásame a mí la foto, dijo asombrosamente Ismael, que lo había seguido a hurtadillas, como siempre, pero ya no importaba, Ismael tenía ya la bragueta abierta y su tallo de árbol nuevo se plantó también en medio de la habitación, y le pidió que le sostuviera la foto mirándose ahí como en un espejo, y de algún modo fue estrangulándose en otro mareo progresivo, hasta que la convulsión lo hizo trastabillar por el cuarto y Toño lo perseguía enseñándole la figura, y eso fue solamente la primera vez, porque durante un año, ¿o fueran dos?, estuvieran donde estuvieran en el pueblo, de pronto uno hacía señas al otro y allá se iban con la foto ya arrugada y sucia a trastabillar por turno entre las botellas azules, para volver después, tranquila e ingenuamente, a seguir estudiando en los cuadernos con letras azules y rojas.

8

Imposible dormir, imposible acostarse siquiera. A media noche, encendidas las luces, daba vueltas por el cuarto que ya no era de Ismael ni suyo, pero que tía Lola mantenía intacto, con las camas de uno y otro, el hermoso escritorio de Ismael y el pequeño, pobre y repintado pupitre que rechazaba como suyo. Y el mismo ropero, alto y amenazador, y adentro una ropas olvidadas o desechadas por ambos, colgadas sin mezclarse.

¿Cuántos años habían pasado? ¿Doce, catorce? A ver, veamos...

Sonó el teléfono y corrió por el pasadizo destechado hasta la oscura salita. No tuvo tiempo de encender la luz. Se sentó y oyó la voz que esperaba.

—Hola, primo. ¿Cómo llegaste? Mi hijo Sebastián dice que preguntaste por mí.

Sí, había esperado esa llamada, pero quedó vibrando, sin aliento.

—¿Ya sabes la noticia..? —soltó sin más el veneno—. ¿Sabes que ella murió..?

Hubo una pausa al otro lado, pero distinta de la que hubiera supuesto; la voz continuó firme y cortante:

—Sí, llamé hace un rato a la familia y me contaron. Te imaginarás cómo me siento.

—¿Y dónde estás? —averiguó en seguida—. Quiero hablar urgente contigo.

—¿Y de qué, puedes adelantarme algo?

Volvía la desconfianza de siempre, el tanteo provocador.

—Por teléfono, no.

—Muy bien; pero entenderás que no puedo darte las señas. O sea que no te queda otro remedio.

—No se trata de un juego, Ismael —endureció la voz.

—Tampoco yo estoy jugando.

Era el colmo, el culpable no se creía tal, se mostraba altivo y desdeñoso.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué me aconsejas tú?

—Que te entregues —dijo Toño, demasiado pronto.

—Ya lo había pensado; lo haré, no te preocupes.

Otra pausa, pero esta vez Toño acertaba a decir lo que quería.

—¿Por qué lo hiciste, por qué..? —estalló por fin.

—Fue un accidente —también Ismael tenía demasiado lista la explicación—. En parte lo sabes, primo. Tú la conocías muy bien, fue tu enamorada.

De inmediato se puso a la defensiva:

—Salí con ella un tiempo, nada más; o mejor salimos los cuatro juntos. Me dejó para estar contigo.

—Como sea, la conocías bien.

—¿Entonces, según tú, ella tuvo la culpa..? —bajó la voz, pensando de nuevo, es el colmo, es el colmo.

—No he dicho eso. La culpa es mi mala suerte, pero de eso creo que no debemos hablar por teléfono. Dime para qué llamaste.

Sigue siendo un salvaje, pensó, a quién se le ocurre formular esa pregunta. Pudo decirle, para vernos cara a cara y ajustar nuestras cuentas, pero eligió el camino tortuoso, el halago.

—Para preguntar si puedo hacer algo por ti.

—Gracias, primo; le diré a mi abogado que te avise cuándo podremos vernos; sí, hay varias cosas en que puedes ayudarme.

—¿Y por qué tu abogado..? —se quejó—. ¿Por qué no directamente?

—Pues porque voy a entregarme mañana. Sólo demoré para consultar con un abogado.

Aquello estaba muy bien, merecía el confinamiento en el cuartel o en la cárcel; debía estar adentro. Entonces se volvió más blando:

—¿No necesitas que te lleve algo, ropa, libros, algo..?

—Eso no hace falta; si puedes, mejor visita a mis hijos. Espera mi llamada y chau, Toño; pensábamos pasarla contigo en Acapulco y mira cómo son las cosas. Chau.

La voz firme y metálica del asesino se interrumpió dejándole una mirada estúpida hacia la ventana, escasamente iluminada por la calle. No se trataba de otra vida sino de la suya, y también de una muerta que lo había amado, no de otra, y también de alguien que era casi su hermano y que quizá jugaba una larguísima partida con él, llena de cautelas y desconfianzas, en vez de marchar juntos por igual camino. ¿Quién de ambos había tenido el corazón turbio, los ojos miopes, las manos cerradas?

—Toño, hijo... —las voces que daba tía Lola crecían adentro.

—Ya voy, mamita.

—¿Hablaste con él..? ¿Y qué dijo, y cómo está, y dónde..? Ven, cuéntame, no puedo levantarme.

9

—Por aquí —le había advertido Martha para que no siguiera de largo por Cuernavaca, pero ya no pudo o no quiso virar llevado por la plácida velocidad del LTD. De nuevo tomaría la plazuela y no el atajo hacia la casa de Pancho—. ¡Si te lo estoy diciendo! —lo manoteó— ¡Nunca me haces caso!

Todavía la voz no fue un grito, pero la mueca deformó su nariz, arrugó su frente, fue algo peor. Le quedaba aquel rostro fruncido de la discusión durante parte del viaje.

—De veras, no me fijé —admitió.

—¡Es que nada de lo que digo te parece bien! —la voz siguió hinchándose, agresiva pero aún quejosa.

—Vamos, no vuelvas con lo mismo. Damos una vuelta y se acabó. Nos bañaremos de todos modos en la piscina.

—¡Me refiero a otra cosa! —recomenzó la cantilena—. Te digo que no invites a Mónica y dale con invitarla. Anoche te avisé que vendríamos a Cuernavaca y por poco te niegas a salir—. Quiso continuar la enumeración, pero se olvidó y volvió a recomenzar—. Te pedí que no contestaras tan pronto la carta de mi hermana y tú tenías que escribirle y depositar la carta el día domingo. ¡Me escribió a mí, no debiste responder en mi nombre! ¡Y ahora fíjate qué hora es, casi las doce..! ¡Y nos invitaron a las diez!

—Córtala ya ¿quieres..? —deletreó, resentido y frustrado; no era posible que se volviera tan gruñona, ella que por lo general tenía buen genio y lo complacía en casi todo.

Martha sostuvo su mirada, dejó que él girara para ver el cruce, y cuando se volvió de nuevo, ahí estuvo también desafiándolo, con sus ojos pardos y blancos en una espera tranquila para recomenzar la pelea.

—¿Qué te pasa? ¿Otra vez los celos?

—¡Qué celos ni qué ocho cuartos! ¡Hazme el favor! —alzó la mano y renunció a mirarlo—. Te encanta decir que soy celosa y nadie sabe que eres una ficha. Todos te creen bueno y tranquilo, pero a mí no me engañas, hijito.

—Sólo escribí que pueden venir los dos si quieren —y volvió a largar el rollo, la explicación inútil desde días atrás—. Pero quizá hayan planeado otra cosa y no vengan. Quise ser cortés ¿no?

Y frenó ante el semáforo de la esquina, tras el viejo ómnibus que iba a Cuautla con su carga de mexicanos, que fácilmente podían confundirse con cholos; en el ómnibus medio destartado, que pujaba por la cuesta retorcida, en las paredes polvorientas y pintadas de colorines, en los avisos comerciales, infantiles e ingenuos, había un aire peruano que creaba una brisa en pleno sol. Se quedó mirando a los pasajeros; sonreía tan hondamente que olvidó la discusión.

—¿Cortés o enamorado..? —Martha volvió a la carga.

—¿Cómo?

—Te encanta que lo repita ¿no? ¿Por qué mejor no vas a Lima a verla? —y ya está, Martha saltó de cólera en el asiento, después se le encaró y al fin optó por torcer su cuerpo hacia la ventanilla dándole la espalda.

—Basta ya, Otelita... —no debía tomarla en serio, le pasó una mano por el muslo duro que insensiblemente continuaba en la nalga fina y delicada.

—¡No me toques! —y de nuevo el salto, y las manos arriba, como si se tratara de un escándalo.

—¡Oye, carajo, déjate de vainas! —estalló entonces, y aceleró por la calle libre y larga, orillada de chalets y de las inconfundibles flores de Cuernavaca, los bellos manchones de bunganvillas trepando por las paredes blancas, el envidiable reflejo del sol en los tejados y jardines del pueblo que parecía muy despreocupado, al revés de él—. Nada de escenas ¿entendido? ¡Estoy harto de ironías y frasecitas!

—¡Y yo de tus engaños!

—¡No hay ningún engaño, por los mil diablos! —gritó para convencerla, pero su voz lo traicionó, demasiado aguda y chillona,

incluso satisfecha al gritar.

—¡Eres un cínico..! —sopló ella, quitándole la dirección del espejo retrovisor y usándolo para arreglarse el pelo, ahora que llegaban a la esquina del restaurante francés, a un paso de la calle casi techada por grandes ficus, cuyos troncos se sucedían como cíclopes guardianes de los chalets.

—Ni siquiera respetas a tu propia hermana... —recurrió a otro manido argumento—. Está casada, tiene hijos a quienes dices querer mucho...

—Mi hermana Mónica siempre ha sido una puta —dijo ella—, y eso lo sabemos bien tú y yo.

—A mí que me registren... —sonrió él, alzando los brazos y metiendo el LTD bajo la fronda de los ficus. El automóvil frenó junto a un tronco gigante y Toño se dispuso a tocar la campanilla que sonaba como un viejo cencerro.

Pero, al abrir no más la portezuela, aun antes de pisar la calle cubierta de hojas y semillas que caían de los árboles, se escurrieron al suelo el "Excelsior", "El Heraldo" y "El Sol de México", una variedad de grandes letras negras, rojas y azules de las primeras paginas. Pensó dejarlos tirados, sería mejor, pero supo que los levantaría. Buscando la campanilla, metió la mano por entre los barrotes de la puerta enrejada, y fue como si tocara ese otro estallido de colores, sombras y frescores del jardín que envolvía la casona, qué bien vive este sinvergüenza, pensó, y es el que menos gana del grupo de ex capitanes, cuánto sacarán especulando con terrenos y alquilando edificios enteros al Gobierno, uno de ellos viaja cada mes a Suiza a depositar el dinero; y tampoco olvidan el ejército, todos le venden algo, desde armas hasta víveres, y por ello siguen uniformándose de vez en cuando. Ismael iba a caer de perilla en ese grupo, tendría como un curso de postgrado en negocios. Apenas vio al jardinero rechoncho, hosco y casi mulato (también parecía peruano), recogió los diarios y se puso de nuevo al volante. Menos mal que Martha seguía con su maquillaje. Ordenó mejor los periódicos, puso el temido "Excelsior" debajo, casi oculto, y una vez que rebasó la puerta respondió al saludo del jardinero y avanzó

hasta dejar el LTD en medio de geranios y orejas de elefante, casi en el mismo borde de la piscina azul y rumorosa de bañistas.

—¡Bueno, ojalá el agua te refresque! —sonrió.

—Y ojalá no mires tanto a las hijas de Pancho —replicó ella al punto—; al menos espera a que las chicas crezcan.

Pero él se había enredado otra vez con los malditos diarios, y justamente el que cayó al césped, casi a los pies de Pancho, fue el "Excelsior".

—¡Ah, mi pareja favorita..! ¡Qué bien que vinieron! ¿Y cuándo llega Ismael..? —Pancho los recibió, de trusa y sombrero de paja cubriendo la cicatriz, flaco, fuerte, precozmente viejo, y reluciente por el aceite bronceador. Besó a Martha y abrazó a Toño como a un hermano, contemplándolo un instante y avanzando sin soltarlo por la bella y ondulada alfombra de césped. ¡Ah, si Ismael lo hubiera abrazado así no habría ocurrido nada! —Anoche los llamé, pero nadie contestó el teléfono.

—Estuvimos ocupados peleando —dijo Martha.

—Y todavía no hemos acabado —sonrió el—. ¿Quién, Ismael..? Creo que en uno o dos días más.

—¿Peleando ustedes..? —el hombre precozmente viejo y aindiado, esbelto y rojizo, tostado por el sol y envidiable para Toño por carecer de vientre, soltó la risa echándose atrás—. ¡Eso sí que no lo creo! ¡Ustedes, la pareja modelo!

—Se, se,.. —masculló Martha bordeando la piscina. Era la hora del baño de los niños y sus amas uniformadas. El griterío los empujó hacia el rincón de los mayores, sombreado por arbustos y quitasoles. Ella y Toño saludaron a los cinco o seis capitanes retirados de siempre, a esos elegantes mafiosos cuyos nombres sólo recordaba de vez en cuando. Es porque son ricos y te vengas de ellos, pensó Toño, te conozco bien; sigues con tus prejuicios. No, Ismael no había llegado aún, ¿y cuándo lo haría, y a qué hora deberían recibirlo en el aeropuerto? Porque todos querían darle la bienvenida ¿eh?, un colega es un colega. El grupo de canosos y ventrudos les ofreció unas sillas de lona. Toño cerró los ojos y lo primero que vio luego fue el interés con que se disputaban los diarios que habían traído del D. F.: las secciones sociales y sus

fotografías y recuadros en color fueron a parar a las mujeres, diseminadas en las mesitas de más allá. Pronto estuvo rodeado de anteojos negros que leían o desafiaban al sol, mientras sus dueños se tostaban lánguidamente. ¿Cuál de ellos descubriría primero la noticia peruana? Seguro que no era capaz de remojarlo en la piscina.

—¡Qué buena, lo quemaron..! —estalló uno de los ex capitanes y los demás rodearon al que desplegabla una página; pero menos mal, no era el "Excelsior".

—¡Bien muerto el lépero! —aplaudió otro—. ¡Más le vale, ya estábamos hartos en Morelos!

—¡Lo veía venir! ¿No les conté el otro día? —casi gritó Pancho—. Mi compadre el comisario dijo que con cualquier pretexto se lo comerían. Lo tenían preso y lo sacaron a pasear tranquilamente ¿Qué dice que ha sido? ¿Accidente automovilístico..?

—Buenas, Toño, y toma el combustible —la voz gruesa de Hortensia fue simultánea al vaso frío del gin tonic en sus manos. En vez del bikini habitual, la legítima de Pancho, guapa para su edad, claro, lucía shorts y una llamativa blusa color fucsia, el espléndido color mexicano que una limeña jamás se pondría en Lima, pero que acá usaba de perlas. Se dieron un beso simbólico en el aire; ni él quería mancharse con la excesiva crema bronceadora de la nariz ni ella mostrarle mayor afecto que a sus demás invitados.

—¿O sea que Ismael llega en estos días? No te olvides de traerlo ¿eh? Le daremos una gran fiesta.

—Gracias, mi reina ¿Y cómo te fue en Lima? Acabas de volver ¿no?

¡Para qué le preguntó! Sentada en el césped, a sus pies, y conforme Toño examinaba a esa india blanca, de cabellos retintos de tan negros, nariz con leve caballete y ojos menudos y pardos, ella empezó la letanía de tantas viajeras peruanas por esa época, y todavía bajó la voz para parecer más patriótica, evitando ser oída por la corte de buitres que ya tenían su presa con el accidente automovilístico. Tienes que hacer algo, Toño, redáctame una carta para "Caretas", yo la firmo. No es posible que nuestra tierra esté peor cada día; después de malograr el Centro, están poniendo lo

demás hecho una porquería. ¿Qué me dices de esos carros viejísimos y remendados que cruzan la Arequipa, unos colectivos inmundos, y qué me dices del Mercado Central avanzando como una plaga hasta el jirón de la Unión? ¡Ah, y lo peor, esa entrada a Lima desde el aeropuerto! ¡Ah, Dios mío, es para morir; no podía ni mirar a los mexicanos que viajaban conmigo, la mugre que han visto por el camino! ¡Y eso no es nada, mi hermano nos invita a Chaclacayo y tuvimos que cruzar no sólo barriadas tremendas, sino la avenida México, ya tú me entiendes lo que hay por ahí; pero, por favor, ni siquiera en chiste le cuentes eso a ninguno de éstos! Por escapar del encierro de la mugre y la pobreza nacional, Toño abrió los ojos, se compuso las gafas ahumadas y echó a andar por el jardín; pero Hortensia venía detrás y dale con la cantilena, y ahí estaba en las primeras páginas la noticia-coartada que ojalá los calmase y no continuasen leyendo adentro, los vio enfrascados en el carro ametrallado y la figura vencida del guerrillero muerto en el asiento posterior, ya viviremos más tranquilos en Cuernavaca, dijo Aguirre, el más gordo de todos, los barrigones te persiguen, Toño, pensó, y la trusa y las sandalias hacían juego con las saludables canas bien peinadas. Oye, Toño, dame tu dirección, lo seguía también Aguirre, quiero que Martha y tú vayan a la casa de ustedes, vivo a dos cuadras y voy a bautizar la piscina con un open house. Toño pensó, a la mierda con tu open house, aunque dócilmente le dio la dirección, pensó a qué demonios he venido, pero no iba a marcharse antes del almuerzo que se servía en torno a la piscina: me quedo porque de niño no he comido bien, nada más; menos mal que Aguirre y Hortensia lo dejaron finalmente solo. Entonces el lobo solitario se sentó en el césped pulcro y reluciente, debo hablar con alguien pero con quién, se dijo, estás en pleno Morelos, has venido de tan lejos a la tierra de Zapata, deberías inclinarte y besar el suelo, como los árabes, o perderte por el barrio pobre de Cuernavaca y añorar el Callejón de Huaylas, como si alguna vez hubiera sido el paraíso. Pero Toño no se movía; relamió el gin tonic y miró los pequeños oleajes que envolvían a las bellas hijas legítimas de Pancho, quizá sus propias hijas podrían tener esa edad si hubiera decidido engendrarlas, legítimas o no, y tras contemplar a

esas muchachas de algún modo ya abandonadas por él, prefirió las manchas de buganvillas en las paredes, aquella sangre dichosa y clarísima.

—¡Oiga, Toño, venga, venga..! —uno de los ex militares lo llamaba, Escobedo, súbitamente recordó su nombre; debió levantarse, pero disimuló sonriendo, tardaría lo más posible en llegar hasta ellos.

—¿Leyó usted lo que dice del Perú? —claro que lo había leído, pero dijo no, no—. Hubo diez muertos en una barriada, ¿qué es eso, una colonia pobre? La gente había invadido un terreno para levantar sus casuchas y hasta un cura los apoyaba; pero los desalojó la policía y dice que un hombre se ahorcó atando la soga a una estaca clavada en el suelo.

—¿Qué.., cómo..? —gritó Hortensia, corriendo a leer el "Excelsior"—. ¡Es una vergüenza! ¡Oye, Toño, redáctame la carta que te he dicho y yo la mando a todos los periódicos de Lima!

—Pero, dígame... —la voz de Escobedo se puso más amable y baja que las otras, inclusive caminó a su lado—. ¿Tan mal están en su país? Y creo que en toda Suramérica ¿no? Perdón por meterme, ya sabe que somos amigos... ¿Y qué pensará el ejército peruano de todo esto?

—Pues preguntémosle a Ismael cuando llegue —dijo, animándose—. Esas barriadas son como las de aquí. Un poco más chicas, claro, porque en México todo es más grande.

—¡Oiga, que yo también conozco Lima, no se haga el modesto! —surgió otra voz, de tono firme y temido, deseosa de entrar en el diálogo.

—¿Ah, sí..? ¿Y cuando estuvo..? —sonrió por fin, y sin darle tiempo a responder—: Perdón, voy a ponerme la ropa de baño. Vamos, Martha... —y enrumbó a la casona, hacia el vestidor de bañistas.

Dejó pasar a Martha y cerró la puerta tras de sí. Por las persianas bajas entraba el sol en la habitación fresca y plácida. Debo cambiar, pensó, qué culpa puedo tener de lo que suceda en mi país; disimuló desvistándose, pero ya su boca segregaba una saliva distinta, ácida, y tan empozada como para escupirla en seguida. Entró en el

cuarto de baño y debió enjuagarse la boca varias veces. Al salir, con las persianas aún más bajas y el sol derramado en franjas de oro, Martha se desnudaba de espaldas a él, según su costumbre cuando estaba molesta; pero la penumbra amarilla la iluminaba extrañamente. Sí, le gustaba verla desnuda y a menudo la comparaba con las demás Alberti, las gordas repulsivas y vulgares (Estela, Pichusa y Bolita, en ese orden decreciente), de brazos rollizos y deformes, exageradas ubres, vientres hinchados y nalgas anchas y aplastadas; pero ahí estaban las dos excepciones, Mónica, menos gorda, aunque empezando ya a hincharse, de piel demasiado blanca y lechosa, para su gusto, por más que su ánimo fuera una fiesta de alegría y vitalidad, y Martha, cuyo cuerpo sí era una delicia: trigueño, casi sombreado bajo la piel, grácil y delgado, incluso frágil pero espléndidamente dibujado, siguiendo el contorno de los huesos tan bien envueltos por los músculos duros y tiernos. Pero Martha se desnudaba con aire demasiado grave, aun avergonzado, escondiendo el pubis negro que parecía el brillo de otro sol, y los senos redondísimos, con ojos discretos y pardos que miraban a Toño. Justamente por ello, su ánimo mejoró en cuanto se puso el bikini.

—Toma tus tapones de oídos —le dijo, todavía sin mirarlo, pero con voz ya civilizada. Afuera les aguardaba el mozo uniformado con el planter's punch para Martha y el segundo gin tonic para él.

—¡Échense acá junto a mí! —gritó Pancho, sin sombrero mexicano, su cicatriz como una boca fruncida y burlona, tumbado en medio del ruedo de hombres con shorts, trusas o pantalones largos cuyas risotadas, remojadas en los tragos, competían con los latigazos de los chapuzones en la piscina—. Una vez militar, toda la vida militar y de una sola palabra, como nosotros —celebró un diálogo previo—. En todas partes debieran funcionar clubs de ex como el nuestro. Aunque también podemos hacer un sitio para ti, Toño.

—Claro, ¿por qué no? —dijo el coro, y Martha tendió las toallas en el césped y pronto estuvieron en el centro del grupo: a qué hora empezaría el póker, faltaba el hermano de Aguirre y Toño no jugaba, era un lástima, cuándo iba a aprender ¿eh?

—Lo siento mucho, no sé ni me gusta jugar —dijo lo que decía siempre en esas casos.

—Les ganaré de nuevo —rió Meléndez, otro nombre que reaparecía en su cabeza, viejo y excesivamente huesudo y pequeño, un niño monstruoso en medio de los mayores más jóvenes que él—. ¿No lo sabe usted? —miró a Toño—. Les gané unos diez el otro día, pero los vi tan tristes que tuve que pedirle aquí a Aguirre su avioneta y llevarlos a todos a Las Vegas.

— ¡Y ahí fue grande, Toño! —exclamó Pancho—. Ganamos todos menos él. ¿Qué te parece?

—¿Y cuánto ganaron? — preguntó por decir algo.

—Entre veinte y treinta mil cada uno.

—¿Pesos? ¡Oh, qué bien..!

—¡Dólares, qué pesos..! ¿De qué sirven los pesos?

¿Y qué hago yo entre tanto rico?, pensó. Si no fuera compatriota de la dueña de casa, no me hablarían siquiera.

—¿Y cuándo llegará su primo el militar? —chilló el viejo-niño— podemos llevarlo a Las Vegas y a Disneylandia, lo que usted mande.

—Pero, oiga, Toño... —y la conocida voz baja y confidencial de Escobedo se le acercó, reptando como una culebra—. Qué terrible eso de la estaca para matarse ¿no?

—Sí, la técnica es nueva —dijo.

—Tenía que estar borracho o loco, de otro modo no se explica...

Pero también la voz baja y susurrante de Hortensia estaba en su otro oído:

—¡Cómo se te ocurre traer ese periódico! Ya hemos quedado en esconder esas cosas... Me carga que estos mexicanos creen que vivimos como unos muertos de hambre. ¡Uy, si tengo una rabia que me duele la cabeza! Seguro que Pancho me toma el pelo esta noche. ¡Si ya me llama La Patriota..!

—Lo siento, no abrí el diario antes de... —mintió, volviéndose a Escobedo—. Sí, es una lástima, cada media hora se suicida un hombre y a otro lo mata un Ministro del Interior. ¿Quién dice que hemos dejado de ser unos salvajes?

—Bueno, bueno, no exageremos... —a pesar de sus ojos semicerrados ante el radiante sol, vio cómo Escobedo andaba en torno suyo, organizando sus ideas y creando sombras y nubes—. El del accidente no ha sido muerto por nadie, aunque ya creo las bolas que correrán. Pero supongamos que lo mató una orden de nuestro Gobierno. Era un guerrillero ¿no?, un bandido que asoló durante años estas tierras, para qué le voy a contar, usted vive acá, conoce los secuestros y asesinatos que ellos cometen...

—En la tierra de Emiliano Zapata... —se le escapó, y entonces debió despertar, abrió los ojos y buscó el gin tonic dejado sobre el césped.

—¡Aj, qué asco ese matón de Zapata..! —pero quien lo dijo no fue Escobedo, sino Hortensia, la dueña de casa, su única compatriota, lo hizo con una profunda mueca en la piel india y blanca, si bien ya Escobedo aprovechaba también esa ilusión. Optó por sonreír, y su desinterés por lo que decían fue tal que se la pasó observándolos por turno, pero sin oírles absolutamente nada. Y mientras seguían denigrando a Zapata, se irguió de un salto y se lanzó a la piscina, tras las nalgas firmes y frescas de una hija de Hortensia.

Cuando, luego de bracear hasta cansarse, buscó el borde de la piscina y se izó ya débilmente con los brazos blandos y el aire que le faltaba, Martha lo esperaba con la toalla lista.

—Sécate, ya vamos a almorzar —ordenó sin cariño; y conforme él jadeaba y se secaba, añadió con voz dura—: ¿Cómo se te ocurre armar ese lío elogiando a Zapata?

—¡Pero si apenas mencioné su nombre! —soltó la risa, y más aún cuando la figura imponente de Pancho, su sombrero, su alegría de viejo joven, su cicatriz en la barriga brillante de aceite lo llamaran a gritos:

—¡Ven, Toño, tómate otro trago y escucha lo que voy a contar de Zapata!

Otra vez la mula al trigo, pensó, y tuvo que oír de nuevo la historia de algunos domingos, los padres de Pancho habían ayudado siempre a la familia de Zapata y aun éste venía de muchacho muy humildón, a tocarles la puerta. ¿Pero qué había

sucedido después? ¿Acaso correspondieron los peones a esa buena voluntad del patrón? Oh, no, y él podía decirlo, su propia madre quiso ayudar a Zapata y a los suyos, pero tuvo que cambiar de método, sí, su madre, una heroína de película, otra María Félix cabalgando vestida de charro por la hacienda, usando el látigo y la pistola cuando hacía falta, no siempre, claro, sino cuando debía restablecer el orden, y ja, ja, ja, esos sí eran buenos tiempos, yo apenas si me acuerdo, porque mi madrecita que en paz descansa y que Dios tenga en el cielo, y Pancho se persignó, ésa sí que había sido una mujer de pelo en pecho, más valiente que cualquier hombre, y yo de niño la he visto sobre una poblada de alzados en nuestra hacienda, y una vez se tiró, como dicen ustedes los peruanos, a dos peones frente a mí, y luego preguntó, quién más quiere hablar conmigo, que salga en mi delante y nadie le salió manito, nadie. ¡Ah, ella era colosal!

—¡Pues así quisiera ser yo! —exclamó una mujer del lado de las mesitas.

—Y yo también —dijo Hortensia—, pero vamos a almorzar, que se enfría.

La orden movilizó a los mayores hacia las mesitas dispuestas en un terraplén del jardín, que casi colgaba sobre la calle.

—Un momentito, por favor, ya vuelvo —dijo él, y Martha creyó sin duda que volvía al vestidor, pero no, se encerró por dentro del dormitorio para invitados y llamó a Lima, ya casi era una manía, sí, estuvo temblando en espera de la voz que parecía la de Martha, pero con más vida, y aunque no tuvo suerte, la voz buscada había salido de casa, dejó dicho que llamaba desde México, nada más, ya Mónica entendería que debía apresurar el viaje. Oh sí, hasta esas ridículas escenas de muchacho había descendido para buscar a la muerta en sus últimos días.

Al volver, bien peinado, halló las pequeñas mesas dispuestas como para un banquete bajo las sombrillas; le habían dejado un sitio junto a Escobedo, rojizo ya de tanto beber. Contó los segundos antes de que le oyera hablar.

—Pero no entiendo —dijo Escobedo casi en seguida—. ¿Cómo pudo ajustarse el nudo si la estaca se hallaba clavada en el suelo?

¿Cómo fue el apretón final? ¿Una especie de nudo corredizo y el tipo arrastrándose por el suelo..?

—Eso hay que preguntarlo a la pobreza —dijo él—; ella es una sabia infinita.

Pero, puesto que el comensal era un hombre rico, apenas oyó la palabra pobreza, se sintió obligado a disentir.

—Oh, no, hay mucha gente que es pobre porque quiere o porque no le gusta trabajar; una vez estando yo en...

Y siguió hilvanando un discurso que a Toño le pareció muy viejo, antiquísimo, aún más antiguo que el pueblo soleado, plácido y risueño donde estaba por puro azar, lejos de los suyos, huérfano. Y como el hombre rico había sido militar, o tal vez seguía siéndolo, pensó que Escobedo no tardaría en alzar la voz, seguro de lo que decía, defendiendo sus juicios a punta de orgullo.

10

Por primera vez vio cerrada la sala de recibo. Pero ahí estaba la cerradura, el largo tubo frío que exigía empinarse, temblar un poco por si acaso, a ver si descubría algo escondido por los adultos, quizá lo que jamás había visto, un hombre y una mujer desnudos y conectados. Sólo descubrió unas polacas verdes y unas capas azules por fuera y rojas por dentro, y todo ese montón de prendas arrojadas sobre las sillas. En las fiestas de agosto, en torno a la mesa central y sobre pieles de vaca tendidas por el suelo, se disponían sillones y perezosas, dejando espacios claros por donde discurrían los invitados, quienes, tras de bailar, buscaban la gran hilera de sillas adosadas contra la pared. Ya sentados y secándose el sudor, brillaba sobre sus cabezas, prendida con chinchetas, la larguísima colección de fotografías de sus abuelos, de papá y mamá, y de tíos y parientes cuando eran jóvenes e irreconocibles.

Pero esa mañana, más allá de polacas y capas, unos hombres verdaderamente desconocidos, pataleaban sobre... ¡varias camas escandalosamente dispuestas en plena sala de recibo!

—¿Qué haces ahí, Toño? ¡No entres! ¡Hemos prestado la sala a los guardias!

Su madre lo halló ya adentro y por eso le dio una vuelta completa haciendo girar graciosamente su cabeza. Y le dijo que los guardias civiles habían llegado anoche. ¿No oíste nada?, dice la Lucinda que te despertaste. No me desperté, dijo él, con un vacío negro en sus ojos al querer averiguar lo sucedido. Sí, sí, y ella lo iba empujando afuera, no había visto a nadie desnudo, los adultos seguían escondiendo sus poquísimos misterios, y dice Lucinda que hasta bajaste al suelo, a meterte en su cama. ¿Tuviste miedo de la bulla que armaron en el patio? Yo también, sabes. Me pareció un trueno o una estampida de caballos que nos pisoteaba. Tuvimos que acomodar a los guardias en la sala, ¿dónde más, si no?

—¿Y dónde están sus caballos? —gritó él.

—Pues en el pesebre. —Sí, podía ir a verlos, pero que desayunara primero; corrió al comedor a treparse en la banca y aun así llegó apenas a la mesa tosca y sin mantel. Frente a cada sitio había un pan redondo, blanco y harinoso, y un mate de sopa humeante con el huevo escalfado, flotando como un barco. Mientras soplaba y sorbía la cuchara de palo (ya no le gustaban las metálicas), papá y mamá cuchichearon, los guardias habían huido de la hacienda cuyo capataz era papá, y los indios seguían alborotados. Dos guardias estaban heridos. La puerta del comedor se abrió demasiado y la hoja rebotó contra la pared; así les pasaba a los extraños, empujaban muy fuerte y no sabían que la hoja rebotaba fácilmente. Un guardia, cuadrándose, pidió permiso para entrar.

—Pase, sargento Collazos —dijo mamá—, ¿qué se sirve? —Sólo quería una tacita de café, por favor, yo también quiero mi jarro de café, hasta ahora no me traen, dijo Toño. El café en el jarro era una curiosa flor en sus manos, el aroma tenía una forma larga, humosa, y se escondía para siempre en el estómago. Ya fui a poner los telegramas, señor, dijo el sargento. Pero si les mandan refuerzos llegarán todavía pasado mañana, dijo papá. ¿Y usted cree que nos atacarán antes? Eso depende de cuántos muertos tuvieron ellos. Creo que dos o tres, pero también hay dos heridos nuestros; estamos a manos. Como sea, sorbió Collazos el café aún más ruidosamente que él; le rogaría que nos dejara quedarnos un poco más.

El joven sargento tenía el bigotillo negro y casi chorreaban sus cabellos de tan húmedos y peinados. Se le veía limpio, pero con el uniforme desgarrado en el pecho.

—¿Cuántos peones fueron? —dijo papá.

—Cien por lo menos, don. No se imagina lo enfurecidos que estaban. Y nosotros no tenemos la culpa, sólo cumplimos órdenes de proteger las haciendas.

—Pero don Gilberto Liñán es un abusivo —dijo mamá—. Yo tengo una chola en la cocina que puede cantarle muchas cosas de él.

—Lo sabemos, señora, pero no podemos hacer nada.

Cuando enmudecieron y se acabó el pan de centeno relleno de carne de chanco, Toño corrió a ver los caballos llegados por la noche. Más altos y de piel más lustrosa y delicada que los del pueblo, mostraban una ancha franja de pelo blanco, en tres de sus patas: jamás había visto cabalgaduras tan finas. Comían alfalfa formando un ruedo y se dejaban abrazar y acariciar por él, pero ninguno volvió la cabeza a oír lo que decía. El guardia que lo cuidaba se relamía por el mate de sopa, sentado en una piedra, la polaca abierta y la gorra por el suelo.

—¿Te gustan las bestias? —sonrió—. Nos las prestó el señor Liñán.

—Ah, el dueño de Huancasbamba. ¿Está rico el cashqui?

—Muy rico y muy picante.

—¿Y hasta cuándo se quedarán?

—Eso lo sabe el sargento.

—¿Y cómo siguen los heridos?

—Mejorando; ya llegó el boticario.

—¿El señor Mestanza..? —y salió de nuevo corriendo, esta vez a fisgonear en la sala. Mestanza se inclinaba sobre los heridos, y tras de levantarlos y sentarse él en la cama, los abrazaba y vendaba el pecho con largas tiras que las sirvientas iban rasgando de las sábanas. El rasgido era un viento suave, una ráfaga para niños. — ¡Hola, señor Mestanza! —gritó al ver salir al boticario calvo—. ¡Ya no tengo paperas, ya estoy bien!

—Me alegre, hijo.

—¡Mameta, mameta! —llamó Lucinda, que dormía sobre pellejos al pie de su cama, para protegerlo del miedo.

—¿Qué pasa? —salió mamá al traspatio.

—¡Diz que los piones de Huancasbamba intrando al pueblo istán!

—¡Rápido! —gritó el sargento desde el comedor—. ¡A tomar las esquinas de la plaza!

Y nosotros al balcón, lo arrastró mamá, y papá subió las escaleras tras ellos; abajo los sirvientes se apretaron contra las grietas del portón cerrado y reseco. Los seis guardias sanos se habían dispuesto en la bocacalle del mercado y de un instante a otro

quedó desierto el extraño piso de lajas negras, que subía en rampa hasta el atrio de la iglesia. Trepado sobre la cúpula, el indio campanero les iba informando de cuántos peones veía y por dónde se acercaban. Toño lo odió y quiso bajar con el pretexto de ir a la huerta, pero mamá y papá lo retuvieron primero en voz baja y luego con un sonoro manotazo. El campanero volvió a hacer sus señas y los guardias se escondieron tan bien que no se les vio por ninguna parte. La plaza desierta quedó desnuda, amarilla y enfriada por la espera; aún se oía el chorrillo miserable de la verdosa pila de piedra. Subido en una silla por el declive del terreno, parecía hallarse a la misma altura del campanario: la casona estaba prendida de una cuesta. Y entonces vio a la indiada avanzando tranquila y lentamente, llenando la calleja del mercado, torcida como una culebra; no era un regimiento de peones rebeldes, sino un cortejo silencioso, en torno a angarillas que quizá traían heridos o muertos. Apenas uno que otro lloque golpeaba el suelo entre los llanques o los pies descalzos; y había también mujeres caminando como gatos. Están desarmados y vienen a enterrar a sus muertos, pensó él.

—Mira qué bandidos son —dijo papá—; fingen traer a sus difuntos, pero te apuesto a que en sus tarimas hay fusiles.

Yo no veo ningún fusil, pensó él.

—¡Toño, dame esa silla! —mandó papá y lo empujó para subirse.

Papá tiene que ver que están desarmados, pensó Toño. —¡Tú no saques la cabeza! —mamá lo aplastó para ocultarlo en el encajonado del balcón, que parecía colgar del alero del tejado por unos pilares sin desbastar.

—Ahí vienen por delante los cabecillas, el Chuto Linares, el Huejti Rosas, la Chueca Eduviges —masculló papá.

Pero los indios no van a hacer nada, pensó únicamente cuando debió gritar, aunque de todos modos tampoco pudo alzar la mano esclavizada por mamá, que temblaba como él. La mancha de indios entró apenas en la plaza, abultó como la barriga de una vaca, pero todavía no pasó nada; y siguieron entrando más peones y sus mujeres, y también las primeras angarillas con los heridos o muertos, que sin duda llevaban a la iglesia. De tanto mirar, Toño se cansó y bajó la cabeza y sí, sonrió aliviado, no pasaba nada, una

falsa alarma, quién dijo miedo, cuando sonó la primera ráfaga, los guardias surgieron de todos lados, parecían ser más de seis y disparaban sobre la poblada que huía y saltaba como saltan los conejos perseguidos, los indios zigzagueaban como perros asustados y la balacera continuaba. No puede ser, pensó, y vio un domingo de agosto, cuando la mancha de aficionados perseguía al toro, se enredaba con él en remolinos y círculos, por fin se disolvía en todas direcciones, sálvese quién pueda, dejando por el suelo a los corneados. Pero no era una corrida, los caídos no se levantaban, y el resto de desgraciados huía por las siete calles que salían de la plaza y trepaban por los cerros, mucho más arriba del campanario.

Esa noche casi no le dejaron sitio en la mesa del comedor, ocupada no sólo por los guardias sanos, sino por los dos heridos, el uno con la venda sangrienta en la cabeza y el otro con el brazo amarrado a una tabla. Todos reían con mamá y papá, y la comida era mejor que otras veces, y hasta a él le ofrecieron chicha de jora que olía a pozo húmedo, a hierba, a tinaja.

Cuando terminaron de servirse el locro y los cuyes, y las dulces basitas de maíz, los invitados pasaron a la sala ya sin catres, bien arreglada y con flores. Papá empezó a puntear la guitarra y mamá enrojecía, dudando cantar, según se lo pedían los guardias a coro. Que no se lo pidan mucho porque después siente vergüenza de los forasteros y le duele la cabeza, pensó. Los sirvientes habían colgado linternas de kerosene, y sentados en el suelo, se aprestaban a mirar el baile, y finalmente mamá cantó y con ello dibujó en la noche unos pájaros cuya mitad eran palomas y la otra gavilanes, y las palomas eran hermosas mujeres que sufrían y declaraban su amor a los gavilanes, que se habían vuelto malos y feos como gallinazos; pero después una paloma se burlaba del gallinazo feo, porque había hallado un gavián bueno y también hermoso, y ahora entre ambos le daban duro al gallinazo, y los guardias zapateaban resonando las espuelas, y las linternas y velas espejeaban en las polainas, y duro al gallinazo, y un guardia jaló a la Lucinda y zapateó con ella, y la chola se revolvió contenta, aunque roja de vergüenza, quizá después iba a dolerle también la cabeza por bailar con un forastero.

Vio el remolino de guardias, corrajes, botones y polainas entre el punteo de la guitarra, y supo que se estaba adormeciendo, que ya la Lucinda lo cargaría a sus espaldas hasta que se durmiera del todo. Pero antes, como si fueran muñecos movidos por la punta de sus pestañas, vio a papá y mamá despidiendo con abrazos a los guardias, que ya tenían sus caballos en el patio y de pronto los viajeros de corrajes, botones amarillos y polainas formaron una columna para despedirse de Toño, que dormitaba cargado por la Lucinda, y Toño hubiese querido en vez de ella un caballo que espolear y huir de esas manos toscas y sudadas, o sentirse despierto para que nadie lo tocara. Pero el sueño y la muchacha, que no le entendía sus espolazos dormidos, permitieron el adiós cordial, los palmoteos y caricias, las risas, los cascos que salieron a la plaza en tinieblas y quizá pisotearon a los indios muertos que seguirían tumbados por el suelo. Lo último que hizo fue mirar los botones amarillos, las capas azules por fuera y rojas por dentro, odiarlas demasiado suavemente, así como odia un soñoliento, y llenarse de tinieblas o de humo.

Después llegó la fiesta mayor, la principal del pueblo. Se hablaba de ella desde un año antes; el mayordomo nombrado venía por las tardes a contarle a papá cómo serían las dos semanas de celebraciones, desde la noche del rompe, desde la antevíspera y la víspera, hasta el día, y los once días más de vacaciones sin volver a la escuela.

Esa quincena libre el pueblo crecía y como que se extendía a sus pies. Por las mañanas paseaba con sus compañeros, bañándose en los vados y robando frutas de la huertas. A mediodía, el cansancio los tumbaba en los alfalfares, tras beber mucha agua en acequias verdosas por el musgo del fondo, unas extrañas islas entre renacuajos flotantes. Fingían dormitar para competir matando a hondillazos guardacaballos y torcazas, que cruzaban el aire azul, ese mineral transparente e inmóvil que empujaba a las nubes, otras islas silenciosas. El hambre los metía de nuevo en sus casas, a tomar el cashqui de habas o arvejas, o el sancochado, o el ajiaco de zapallo, más el dulce de huevos a la nieve o de membrillo. Y luego, conforme los mayores roncaban en las perezosas y los sirvientes

conversaban al fin libremente en la cocina, tumbados por el suelo en torno a sus ollas, de nuevo los muchachos salían a matar la tarde, aplanando el mismo camino que cruzaba el río y subía a las punas.

Entonces fingían por segunda vez, se marchaban "definitivamente" del pueblo y sólo llegaban hasta las primeras pencas, o más aún, hasta el pedrón donde se lavaba la ropa de los muertos, y se les despedía silbando lo más tristemente que pudiera un ser humano. Pero de ahí no pasaban, el miedo los paralizaba y sólo se reducían a esperar en el Arco a las comparsas de danzantes indios, en cuya compañía entraban en el pueblo como si fueran forasteros, jugando con pallas y huaris que pronto acabarían borrachos.

Los danzantes se cobijaban en el atrio de la iglesia, más amplio que cualquier galería o corredor de casona. Llegaban por turno y escogían el pedazo donde vivirían dos semanas, aovillados cuando durmieran o combatieran contra la chicha, gimiendo y babeando, tras sembrar el suelo de ataditos y alforjas con el fiambre.

Aquellas tardes, Toño y sus compañeros se quedaban curioseando hasta la medianoche. A la seis, ya muy oscuro, se abría la otra puerta de la iglesia para el "rezo". Sólo una falange de niños y señores blancos acudía a sus reclinitorios tapizados de terciopelo rojo; adelante, regados por el suelo de ladrillos encalados, los indios rezaban a su aire, sin seguir al cura que, media hora después, empezaba a apagar las humeantes velas y echaba a la gente. Pero cada noche había un indio, danzante o no, palla o no, que se prendía del suelo como una ventosa y no había quién lo sacara. Lloraba por sus muertos recientes o antiguos, y gemía interminablemente, incluso parecía haber aprendido a hablar gimiendo y explicaba su desgracia mientras lo empujaban y arrastraban. El cura, un mestizo de cabellos de puerco espín y ojos chinos, dirigía el desalojo y sólo quedaba tranquilo cuando cerraba el templo con una aldaba muy grandota.

Entonces el cura se iba al correo y los amigos de Toño a sus casas, a tomar el café y traerse los panes abultados en los bolsillos; pero todos volvían a las siete, justo para merodear de nuevo por el atrio. Sabían lo que sucedería. Al volver el cura, blandiendo sus

periódicos de Lima o Huaraz, fingían otra vez, entonando canciones sobre largos y peligrosos viajes por la sierra, que acababan en zapateos y burlas.

—¡Ya, ya, chiuches, a sus casas váyanse! —el cura daba su primera orden que todos desoían.

Luego llegaban los muchachos mayores a pasear en bandadas más compactas y de veras peligrosas, arrojando a los chicos de los mejores sitios.

—¡Déjame, sólo voy a mirar! —tenían que pedir vergonzosamente los de su tamaño. —¡Ya, bandidos, juera!— el cura sonreía a los mayores, echándolos todavía sin ganas.

Aún no sucedía nada; la mitad de los indios se disponía a dormir tendiendo sus ponchos y llicllas por el atrio, y la otra mitad seguía en pie, pasándose de mano en mano los potos de chicha. Tarsila, la chichera, los vendía ayudada por sus pequeños hijos. Toño y los de su edad miraban beber por la fuerza a las indias jóvenes y hasta recibían algún poto desdeñado y medio vacío. Los indios, en cambio, se quedaban con los llenos, persiguiendo a las muchachas por entre bultos borrachos y dormidos, hasta que las frenaban de las trenzas, torcían sus cabezas y allá sus labios frescos tenían que recibir la chicha en medio de una fiebre impuesta pero grata, en medio de forcejeos y juegos que se rompían en risas y nuevas escapadas.

El cura seguía merodeando entre la indiada y los curiosos, aunque todavía separaba con buenos modales a los hombres y mujeres.

— ¡Ya es de noche, cristianos, ya está bueno que se vayan! —volvía con su cantilena—. ¡O, si no, les acusaré a sus patrones!

Las linternas de la chichería permitían verlo todo. Ya los indios achispados jugaban a otras cosas. Cada dos de ellos inmovilizaban a una muchacha y metían sus manos bajo las polleras. Toño y sus amigos los señalaban con el dedo, pero no podían reír bien.

—¡El último trago y se van todos los colegiales! —molestaba el cura, que de rato en rato bebía también.

La luz de las linternas enrojecían las máscaras de los danzantes; deformaba sus dientes y aun sus risas y gritos. Cuando surgió la

primera pelea con Tarsila porque algún indio no pagaba, Toño se dijo que lo importante no era eso. Un bailarín había arrinconado a una muchacha y estaba empujándola con el vientre; ella se defendía apenas. Creyó que había sucedido ya, pero el indio siguió jugando y alzando a la chola, cuyas piernas quedaron de súbito en el aire, envolviendo al hombre. Toño tembló; una alegría inmensa parecida al miedo lo había paralizado.

—¡Bestia, eso no! —gritó el cura, empujó y remeció al indio hasta que la pareja le obedeciera, volviendo a sus rondas como todos. ¡Ah, el metete..! Sobre los bultos gangosos o ya dormidos caían pesadamente otros, quedando inmóviles como muertos.

—¡Juera, mocosos! ¿Pór que se quedan, cochinos..? —el cura no cesaba de empujarlos, corría de un lado a otro, le faltaban ojos y pies—. ¡Ah, este pueblo desgraciado que no tiene gobernador..! ¿Y ‘ónde están los síndicos que no cuidan el orden..?

—¡Ya conseguí una, vengan por aquí! —susurró de pronto un colegial de cuarto o quinto año, y lo siguieron varios de su talla, pero también Toño, que no había visto nada aún, no tenía suerte, pero quizá esta noche sí. Los mayores habían hecho un ruedo y las polleras de la india estaban arremangadas, podría jurarlo, y ella estaba ya en el suelo, preparada, pero en ese mismo instante lo descubrieron mirando, oh era muy chico, su padre armaría mañana un escándalo, vamos, que se fuera. La mala suerte y el miedo a los manotazos lo devolvieron a las linternas, a los bultos muertos o dormidos por el suelo, al alboroto de los indios y colegiales borrachos y abrazados, bebiendo de pie con otras cholas, pero sin hacer nada más que gritar en quechua y darse de palmotadas.

No, tampoco esa noche había tenido suerte, su niñez continuaba, larga, fría e inmutable. Se volvió urdiendo la disculpa que daría a papá por la tardanza. Alguien lo rozó al pasar y le dejó el tufo de la chicha, pero también oyó un silbido, quizá la risa de una muchacha. Apretó el paso, decidido, aunque no, se trataba de una pareja, no de una india sola. Pero debía seguirlos, al menos les oiría de lejos. Ya casi no se veía por este lado; pero él conocía muy bien las varias capas de la noche, siempre abierta a las miradas fijas y profundas. Además, en la primera tienda de la esquina alumbraban unas velas

y dibujaban a los clientes, sombras gigantescas que huían a la calle y subían por los muros de la iglesia. Cuando creyó alcanzar a la pareja, listo a sorprenderlos, oyó un susurro de advertencia, una parálisis momentánea, y luego otra voz baja y por fin una pesada llave abriendo la puerta lateral de la iglesia, un grueso chirrido al moverse la enorme hoja y una voz conocida que decía: ¡Ven, pues, china, entra rapidito..!

No le importó que fuera la voz del cura, eso no; lo peor fue darse con la puerta ya bien cerrada por dentro y que no le permitía ver absolutamente nada. ¡Cura, sotana del diablo!

Por la mañana llamó el abogado de Ismael y dijo a Toño que lo esperaba en el cuartel, cuya dirección le hizo anotar.

Había pasado, quizá, el peligro (Ismael tampoco estuvo colérico por teléfono), pero su temblor fue el mismo viejo temblor infantil de los lunes, de vuelta a la escuela. Preveía algo nuevo y desagradable. No quiso apresurarse y aun dudó salir, como si pudiera escoger. ¿Iba a pasar Ismael a una cárcel civil o se quedaría en el cuartel? No sé si nos conviene, dijo el abogado, el proceso podría acabar con una medida disciplinaria, pero eso depende de sus jefes militares, el caso es muy atípico, hay una discusión de fueros. Cuando ya debía partir, se demoró adrede, por qué iba a ser la cita tan exacta. Entró por segunda vez en el cuarto de baño, sin necesidad alguna, e incluso se peinó ante el espejo sus cabellos ya peinados. Debía ocultar el círculo de una calvicie incipiente, una horrible tonsura de monje, indigna del orgulloso pecador que creía ser. Se miró a través de las gafas de joven y preocupado profesor, fijándose mucho en las pupilas pardas, en el lagrimal irritado que combatía dos veces diarias con gotas de Gantrisin. Ya tenía a su primera víctima (más o menos involuntaria, eso sí) bajo tierra, y la otra en la trampa, podía salvarse o no, dependía de algún modo de Toño. ¿Para eso había estudiado y se había librado de la miseria, independizándose de tía Lola? ¿Era realmente un verdugo o alguien lo utilizaba, burlándose de él? Volvió a repetir lo inútil, lo ya hecho, quitarse las gafas, mirar el techo y ver la gota inmensa del Gantrisin que entraba en el fondo borroso e inexistente de su mirada. Cerró los ojos y vio por un segundo a Ismael en el desconocido cuartel, se los secó con el pañuelo y volvió a arreglarse en el espejo; la frente se le ensanchaba cada vez más, pero las gafas favorecían la nariz, demasiado grande para la carita que no envejecía nunca, aunque los labios gruesos y fruncidos y la

pequeña mandíbula huidiza no armonizaban con el eterno joven, el tipo sin edad que parecía tener tres aspectos distintos, según se le mirara: de frente, sus cejas eran pobladas, sus gafas de aro negro muy notorias, una mirada viva e inteligente, pero un aire lento, obsesivo y temeroso; del lado izquierdo, un perfil desafiante pero vulgar, bien dibujados el caballete y el brevísimo e irónico mentón; y del derecho, una ironía pasable entre la decisión de la nariz y la boca fruncida, y también entre el brazo de las gafas y la mitad de una mirada ansiosa. Y en el vacío del espejo quizá le esperaba Ismael. ¿Lo abrazaría o no? ¿Le diría oh mi pequeño primo, o quizá oh, perro traidor, culebra venenosa, enemigo solapado e indigno, tú eres el que debía estar preso en vez de mí?

Salió a tomar un taxi. El cuartel y el asesino se le acercaban dentro del débil rumor de su corazón.

Sí, el abogado lo esperaba en la acera que envolvía los muros del cuartel de extrarradio, casi trepado sobre un acantilado, con la autopista entre el cuartel y el neblinoso mar que también parecía esperar muchas cosas, el sol, la precisión, el desentumecimiento. La acera larguísima, huérfana y desierta encerraba el edificio chato y antiguo, que imitaba torrezuelas esquineras y muros defensivos y que inútilmente le hizo pensar en la guerra con Chile, otra frustración. Un hombre medio calvo, sin abrigo, fiel a la moda limeña, aunque estuviese frotándose las manos por el frío, se acercó al taxi y preguntó sonriendo si era el doctor Antonio Flores.

—El mismo.

—Sí, sí —dijo después el abogado, apenas franquearon la caseta de control, e iniciaron la travesía del enorme patio de cemento, escoltados por un número. Anoche se había entregado, tras ser convencido por él; aquí solía trabajar como jefe de batallón; el papeleo duraría unas semanas y quizá acabaría dando cuenta al fuero civil del arresto preventivo. Todavía no sabemos el fuero por el que será juzgado; hay precedentes para cada uno, civil o militar. Por fin el hombre narigón y con muchos poros en la cara, borró su sonrisa y preguntó ¿ahora será el entierro, no?

—Sí, pero yo no iré —dijo Toño rotundamente—. Jamás voy a los entierros.

—Todos debiéramos ser así —comentó el abogado—. Por desgracia, yo enterré a varios de mi familia. ¿Hace tiempo que no ve a su primo..? Usted ha viajado mucho ¿no? —y la sonrisa reapareció entre los dientes de fumador.

—Años —repuso—, pero nos criamos juntos. —De pronto se detuvo y sin contenerse más averiguó—: ¿Y cómo fue el asunto? ¿Pelearon y ella rodó por las escaleras, se quebró el cuello o la estranguló? ¿O quizá le disparó un balazo, aunque no he oído hablar de ese tipo de heridas?

El abogado miró rápidamente al número que los seguía y que también había escuchado.

—Se lo dirá él mismo; yo apenas me estoy empapando en el caso. —Pero Toño reanudó la marcha.

—Dígame, doctor, en Lima todos hablan de un golpe militar, hasta el taxista cree que será en estos días. Y parece que el único que no se entera es Belagogo. Eso podría favorecer nuestro caso ¿verdad?, tal vez suavizar las cosas, una mayor indulgencia, usted me entiende...

—De poder, podría —parpadeó el abogado, frenó sobre el inmenso patio de desfiles donde ellos parecían manchas extrañas sobre una lámina casi metálica y desierta—. Un régimen militar sería más benigno con él, claro, pero todo depende de las circunstancias, de sus palancas con los jefes, de la imagen que quiera ofrecer la probable junta.

Al término del patio, una construcción de dos pisos y sin techo visible, como casi todas en Lima. Una línea de puertas abiertas en la planta baja, una sucesión de ventanas arriba. De una de las puertas salió un oficial, con escaarpines, cartuchera y pistola al cinto. Les ordenó que siguieran más allá, hasta los bloques de cemento, y cada bloque era un cubo de dos pisos. La ausencia de árboles, la desnudez de la explanada y de los edificios era quieta, higiénica, funcional. El número les guió por un ala lateral, salieron a otro patio más pequeño y ajardinado, de nuevo a otra galería a la intemperie, y por fin oyó cuadrarse ante ellos a otro oficial de escaarpines y cartuchera.

—¿Es usted el primo de Ismael?

—¿Y usted un compañero suyo?

Devolvió la pregunta sin cordialidad.

—Casi, casi, él es un poco más antiguo, sólo por dos años. Soy el mayor Lazo; sígame —y le estrechó la mano con extraordinaria fuerza—.

—Yo lo espero aquí —dijo el abogado, sentándose en una banca de la galería—. Tendrán mucho que decirse.

No sólo volvió a batirle el corazón, sino le picaba, hasta le dieron ganas de rascarse. Jamás habían tenido en la familia a un asesino y eso siempre debía ocultarse en silencio, las pausas largas, las miradas a otro sitio. Me está desprestigiando, pensó indignado, ¿qué dirán mis amigos o mis alumnos extranjeros cuando lo sepan? Y sonrió amargamente y sintió los largos años que le había costado hacerse respetar, empezando por sus alumnos, ante quienes era severo y justo, pero tal vez demasiado frío: tan sólo a veces, y luego de un acto justo e ingrato, nacía en él una gran sed cálida y tierna, deseosa de intimar con esos muchachos habitualmente amables; pero otras veces ya era tarde, el distanciamiento había llegado, la marcha atrás era difícil.

—Oiga... —detuvo al mayor Lazo, tocándole el pecho de botones y correaes—. ¿Cómo está verdaderamente él? Dígame con franqueza, usted es su amigo.

—Dentro de lo que cabe, lo veo muy bien —dijo satisfecho el oficial—. Ni nervios ni nada. Creo que no tuvo la culpa, fue un accidente que puede pasarle a cualquiera.

Sintió que había esperado esas frases y que le hacía bien oírlas. Con que sin nervios ¿eh? ¿Con que no era culpable? ¡Pues ahí entraría él, a demostrarle su culpabilidad! Esta vez, el primito debía encarar los hechos. ¡Habríase visto, no faltaba más!

—¿Dónde es..? —preguntó, decidido.

—Aquí —dijo el mayor Lazo, extrayendo su propia llave para abrir una puerta menos barnizada que las otras, al tiempo que el centinela se cuadraba ante ellos.

Claro que había ido a fiestas de medio pelo, con invitados huyendo de las habitaciones reducidas, celebrando la noche en plena calle (el cumpleaños, la boda, el cualquier-motivo-es-bueno-

hermano), de pie o sentados en la acera, alzando sus voces como si la calle fuera suya e inclusive orinando abiertamente en la calzada.

Lo había visto en casas de compañeros de Facultad, o en la del viejo Mendieta, dueño del taller de reencauchado, donde un cuartucho servía para todo y los invitados sacaban sillas a la acera, como en las películas de obreros italianos.

Lo había visto y le disgustaba; sólo por cumplir asistía una media hora y se disculpaba huyendo de aquella vergüenza, de aquella pobreza que otros resistían, pero él no.

Torció la esquina pensando en todo menos en esa clase de fiestas, vio abierta la botica de turno y preparó la llavecita ante la puerta angosta y brillante por el barniz que le ponía algunas noches, para que apenas lo vieran los Alberti; pero, en vez de la acera vacía halló el gentío de muchachos con vasos en las manos, y en vez de la puerta cerrada, un tubo de luz por donde se apiñaban desconocidos curiosamente calvos, oh no, le había parecido, llevaban el pelo muy corto y se habían peinado a la antigua. Y todos de la misma edad, entre unos dieciocho y veinte años, y con saludables camisas de manga corta. Parecían cachimbos a destiempo.

Tuvo que tragarse la cólera y presentarse él mismo, muy buenas noches, yo vivo acá, ¿son ustedes amigos de Ismael..?

—¡Por supuestamente, primo! —surgió Ismael de entre los jóvenes atléticos, feliz como pocas veces, y lo mostró ante el primer grupo—: éste es Toño, del que les hablé. —Pero en seguida sonrió con doblez—. Parece sobradito, pero es buena gente: no le hagan caso, que a lo mejor se anima también a dar los exámenes.

—¿Exámenes en febrero..? Sólo los aplazados... —contraatacó al punto, pero se había equivocado: lo leyó en los ojos burlones del grupo, brillantes ya de cerveza. Trenzaban sus brazos al brindar y apostaban a quién bebía más rápido.

Se abrió camino a leves empujones. Adentro continuaba el apiñamiento y la alegría. Y también había muchachas que no eran del barrio y todo parecía marchar bien, con las butifarras y bocaditos que ellas ayudaban a servir y con la abundante cerveza y los

chilcanos de pisco que servía tía Lola, sonriendo tras el bar improvisado en el recodo del pasillo.

—¿Cómo no me dijiste nada? —le reprochó.

—Será que no te acuerdas —sonrió indulgente ella—. Como Ismael decidió presentarse a los exámenes...

—¿Qué exámenes? ¡Todo el mundo habla de exámenes!

—Los de Chorrillos, pues. ¿Cuáles van a ser?

—¿No se presenta a San Marcos, entonces? —exclamó colérico.

—No, hijo... —y ella estaba radiante, rejuvenecida, aun con el traje más alto que otras veces—. ¿Te has olvidado ya? La vez pasada hablamos tú y yo de lo que podía dar Ismael y dijimos que debíamos buscarle una carrera corta y a su gusto. ¿Para qué mentirnos, hijo? No le gusta estudiar como a ti. En cuatro años saldrá de alférez, pero desde hoy no gastaremos más en él. No tenemos plata, Toño; tú al menos te defiendes trabajando en la reencauchadora, pero él no trae dinero a casa.

—¿Y dices que yo estuve de acuerdo en eso?

—Hasta lo sugeriste tú.

—¿No será que te equivocas, tía?

—¿Y por qué iba yo a mentir?

—¡Pero lo que es a mí no me dijeron nada de la fiesta! —se refugió en otro argumento. Tía Lola le tendió sonriendo un chilcano de pisco especial, con rodajas de limón y gotas de amargo de Angostura, y prosiguió tranquilamente:

—¿Tampoco te acuerdas..? El otro día te dije, capaz Ismael se presente a Chorrillos, dice que hay menos postulantes que otros años. Vino a verlo Javi, ese amigo que vive en Jesús María, y le dio prospectos y dijo que recién iba a empezar el examen médico, que tenía tiempo...

—¿Estas segura..? —abrió más los ojos.

—¡Claro, te lo conté yo misma! —y de nuevo la sonrisa indulgente y compasiva por la mala memoria de Toño.

¿O sea que de veras quiero librarme de Ismael, sacarlo de en medio?, pensó sorprendido. ¿O sea que inclusive es algo inconsciente en mí, lanzándolo a una carrera que no me gusta? De chico yo odiaba a los guardias y no quería ver polacas ni capas

azules y rojas de huayruros; y de universitario fue todavía peor, esa fobia bañaba a todo guardia, soldado u oficial, jeep o tanque que se acercara a cien metros de San Marcos. ¿Es posible que haya llegado a esto..?

Al volverse, alguien le chocó.

—Oh, perdón... —defendió su vaso y desde entonces se dedicó a perseguir a Ismael por en medio de grupos, cada vez más picados por la cerveza y los chilcanos, quiso apartarlo de todos, llevárselo de ahí con el pretexto de que las Alberti los esperaban en la Brasil; pero en el único instante en que se toparon y quedaron absolutamente solos, Ismael volvió a su mueca burlona y alzó la voz, señalando con el dedo :

—¡Javi, ven! ¡Aquí está el único civil y chorreado de la fiesta!

Tuvo que sonreír y estrechar de buen grado la manaza de Javi, el más alto y fuerte de los postulantes.

—¡Ah, hola! —lo miró oblicuamente Javi—. ¿Eres tú el que no quiere ser militar?

—¿De dónde has sacado eso..? —pretendió seguir sonriendo, pero ya no pudo—. ¿Le dijiste tú, Ismael?

—¿Y acaso no es cierto? —se acentuó la mueca, la mirada fugaz y desdeñosa hacia el que no merece una mirada de frente—. ¿O es que te presentarás conmigo a los exámenes? ¿Te animas entonces..?

—Anímate, hom —repitió Javi—. No necesitas entrar en una academia para prepararte; los exámenes son bobos, tirados. Es la mejor profesión, franco, siempre los sueldos suben regio, y metido primero en la escuela de oficiales y después en los cuarteles, no gastas mucha plata, te la ahorras, y fíjate los carrazos que se pueden importar, a precio de huevo. Mi papá tiene un Ford que no te digo nada. A ver, dime, ¿cuánto ganarás saliendo de San Marcos? ¿Cuánto?

Tragó de nuevo su malestar, les hizo adiós con los dedos y empezó a paladear los deliciosos sandwiches del comedor. Por su forma triangular, la discreta humedad que guardaban, la ausencia de corteza del pan y la calidad del jamón, dedujo que los habían hecho las Alberti. Y el detalle de las servilletas de papel por dentro de las

de tela era toda una delicadeza. ¡Pero si Mónica odiaba también a los cadetes! ¿O había cambiado e iba a aceptar finalmente a Ismael?

—Conste que hasta hoy no has dicho por qué no quieres ser militar —se dio otra vez con Javi, flanqueado por amigos suyos, desconocidos para Toño; y a la pregunta siguieron miradas mordaces y sonrisitas que buscaban arrinconarlo.

—No lo dije; eso prueba que no estás sordo —y cogió un sandwich y se dispuso a volver a la puerta, que ojalá ya pudiese cerrar y meter a los invitados dentro, ahorrándose la vergüenza de las fiestas en plena calle; pero el cerco de Javi y sus amigos se cerró. Entonces aflojó su mirada, sonrió—: ¿Quieres que lo diga cara a cara o me persigues porque te gusto mucho?

Los demás rieron, Javi contuvo el rubor y alguien del grupo dijo sí, sí, dilo.

—Pues me quedaría mal el uniforme.

—Ja, ja, ésa no es una respuesta... —se reanimó Javi, que no parecía buen polemista—. Aquí tienes a este chato y negro que también va a postular— y le mostró a un muchacho flaco y zambo, feliz de que hablaran de él.

Ismael cruzó a su lado y echó más leña al fuego.

—Estás mudo, primo. ¿Y cómo te vuelves un loro cuando discutes de filosofía y política con tus amigos? ¿Acaso no llegamos nosotros a tu nivel universitario?

Lo dijo muy suelto de huesos y se fue, sin oír la respuesta. Toño soltó la risa.

—Te ríes, pero no hablas claro —lo desafió Javi.

Nuevos postulantes rodeaban ya la mesa, interesados en el dialogo que podría ser comienzo de una pelea.

—¿Quieres saber la verdad? —alzó finalmente la voz.

—Por supuesto —dijo Javi, de ojos inyectados y sin soltar el vaso.

—¿Y podrás soportarla tranquilo?

—¿Por qué no?

—¿Y podrán soportarla tus amigos? —y Toño se volvió en torno suyo; excepto Javi, sólo había uno macizo y callado que le pareció

peligroso.

—¡Oh, sí, habla no más! —dijo el muchacho flaco y zambo, e incluso lo apoyó una muchacha.

—Pues bien, mi respuesta es sencilla, no me gustaría ser militar. Esa carrera no me atrae lo más mínimo.

—¿Por qué? —Javi dejó su vaso en la mesa y quedó con las manos libres.

—Por una serie de razones que, en última instancia, son equivalentes al hecho de que ustedes, por ejemplo, no desean ser médicos o historiadores.

—De acuerdo —dijo unas fintas Javi, pensando mejor sus palabras—, pero ese gusto personal hay que confrontarlo con la realidad. En un país como el Perú, donde los políticos no han resuelto problemas económicos ni sociales, el Ejército puede y debe hacerlo. Aquí se necesita trabajo y disciplina, qué vainas —y se cruzó de brazos.

—Si confrontamos las necesidades del país, el Perú necesita mucho más de otras profesiones que no sean las militares.

—Bueno, quizá, pero no se trata de eso. Los gobiernos civiles han sido un desastre —de un instante a otro Javi casi estaba gritando, en la mano otro chilcano; la mezcla de bebidas iba haciendo mella en la dicción—. A los peruanos nos falta decisión, somos flojos, hasta tenemos fama de cobardes; fíjate lo que nos dicen chilenos, bolivianos y ecuatorianos, eso de gallinas y veintochitos, por algo será ¿no?, y al final es el Ejército el que da la cara después que los civiles lo han malogrado todo. Y fíjate cuando Odría metió presos a apristas y comunistas, carajo (sí, le salió la primera palabrota, pero fue abucheado por los suyos, en especial por las muchachas), sólo así pudo arreglar las cosas. No le importaron elecciones ni nada, las fabricó a su antojo, metió preso al candidato rival que fregaba, como debe hacerse, y se hizo presidente constitucional. ¿Tuvo o no cojones..?

—Eso habrá que preguntarle a su señora —dijo Toño.

—¿Cómo, ah, por qué..? —se mareó Javi.

—Discute en serio, colorao, no divagues —hubo un rumor en su grupo.

—En primer lugar —Toño se había tranquilizado por completo—, hay pruebas históricas de que los gobiernos militares son iguales o peores que los civiles. Y no podría ser de otro modo, porque la sociedad en su conjunto...

—¡Mentira, eso no! —gritaron algunos muchachos y muchachas—. ¿Qué me dices de las obras de Benavides y Odría? Las carreteras, los edificios... ¡Y ya verás, si por casualidad sigue Bustamante, cómo lo sacan los militares!

La ola de gritos y protestas atrajo a Ismael a su lado:

—Córtala ya, ¿quieres? A lo mejor te pegan y no puedo defenderte.

—Yo no empecé —dijo Toño.

—Lo que pasa es que ustedes los universitarios están llenos de prejuicios contra nosotros —quiso picarlo aún más Javi.

—Vamos, calla... —volvió a pasar Ismael.

—Déjame, te estoy defendiendo —susurró Toño a Ismael, convencido de que decía una verdad.

— ¿A mí? ¡Estás chiflado..! —y su disgusto y malestar eran comparables a los de Javi, parecía increíble—. Me estás haciendo quedar mal. No olvides que nos gobernará un general. ¿Qué dirán mis amigos, que tengo en la familia a un revoltoso?

—¡No entres a la escuela militar, primo! —añadió Toño en otro susurro, apretándole el brazo—. ¡Hazme caso, no te conviene!

—¡Calla, idiota..! —siseó Ismael, atemorizado—. ¿Quieres que te oigan mis amigos? ¿Y cómo estuviste de acuerdo con mamá el otro día y ahora no? ¡Estás loco, primo! ¿Quién te puede hacer caso?

12

Cuando Ismael salió del cuartel en mayo, uniformado de cadete, quedaba poco de él a primera vista. Excepto su buena talla, su cara angulosa de nariz pronunciada y mentón normal, y sus ojos pardos e inquietos, el resto podía pertenecer a otra persona. La polaca cerrada al cuello le agrandaba orejas y nariz, le hinchaba el pecho juvenil, le alargaba los brazos. Por la calle andaba más erguido que antes y la gorra le quitaba media frente, pero de modo extraño descubría mejor su mirada, firme y clara. Cuando Toño lo abrazó fraternalmente, como olvidando sus diferencias, sintió que apretaba demasiado a un primo frío, ocupado de antemano en otros actos futuros y no en subrayar ningún sentimiento actual; Ismael le palmeó apenas el hombro y siguió andando, orgulloso, casi apartándolo de su camino. Y cuando Toño lo siguió hasta su cuarto y le vio quitarse la polaca, descubrió casi con desconfianza que, en vez de la camisa normal de los civiles, tenía otra, cerrada y sin cuello, y que para colmo de distingos no sólo usaba tirantes a la antigua para alzar su lujoso pantalón, sino que tardaba en librarse de unos botines de charol, de caña entera y ajustados con elástico, como los de algunos viejos limeños que aún paseaban por el Paseo Colón y el jirón de la Unión.

A partir de entonces Ismael llegaba cada sábado para marcharse los domingos por la noche. Traía una maletita inseparable que provocó la curiosidad de Toño. Una vez, al entrar velozmente a casa, la golpeó en la pared y se le abrió desparramando su secreto: rollos de papel higiénico, escobillas para ropa y zapatos, colgadores de trajes, tubos de dentífrico.

—Es para ustedes —explicó, recogiendo avergonzado las cosas del suelo—, para el baño. Me las he tirado de la escuela. Se cambiaba de civil y volvía a salir inevitablemente a las seis de la tarde. Con el pelo muy corto y unos kilos de menos, parecía un

adolescente orejudo y ojeroso, con el tiempo exacto para correr al burdel del Huatica, y luego al cine con una chica buena, de las que decían no, y tras dejarla en su casa corría por fin a reunirse con otros cadetes en torno al tocadiscos que manejara alguna enamorada del grupo, en casonas cada vez más bonitas y lujosas, a las que jamás había soñado entrar. Las primeras semanas salió con Toño como para tomar confianza en su nueva vida, pero después lo hizo solo y volvía de madrugada, trastabillando un poco; entraba de puntillas en su antiguo cuarto que volvía a compartir con Toño y encendía la luz y se desnudaba buscando no hacer ruido, pero terminaba trastabillando y pateando los muebles que, según él, no estaban quietos. Toño abría los ojos fingiendo morirse de sueño y una cara enrojecida, atontada y molesta lo miraba boquiabierto, farfullando no se sabía qué.

Pronto esos sábados trajo también sus libros, que Toño ojeaba extrañado de que pudieran dedicarse tomos enteros a los grupos de combate y a las partes del máuser. Disimuladamente los ponía en la otra cama. Una noche que le tocó a Toño ir solo al Huatica y llevar después a Martha al cine, no sólo halló el uniforme de Ismael cuidadosamente doblado en la silla, sino una pistola que le pareció monstruosa. Él apenas había disparado un fusil en las clases de instrucción premilitar. Su propio rechazo fue tal que, por vencerlo, debió examinarla por todos lados, evitando rozar el gatillo, como si fueran los colmillos de un mastín. Fue la única vez que contempló el arma (¿iba a ser el arma homicida, Ismael amenazaría con ella a su mujer o simplemente la empujaría escaleras abajo?); así, dándole vueltas como si se tratara de ascuas, descubrió la sonrisa burlona del primo:

—¿Quieres que te enseñe a disparar..? —y de nada sirvió que fuera muy tarde, que tuviera sueño; oh, no, le hizo sentar en la cama y no sólo le dio una clase teórica, sino desarticuló las piezas de la pistola y volvió a armarla ante sus narices, con seguros ademanes que jamás antes había visto en él.

—Uno de estos días iremos a una playa desierta —y él dijo no, muchas gracias, pero Ismael lo persiguió durante semanas, oye, cabreo, cuándo vamos, y el insulto parecía significar una grave

irresponsabilidad de Toño. Es un buen método psicológico, pensó, atacas incluso antes de que haya un móvil y pones a la defensiva a quien crees que, en el futuro, alguna vez te atacará, así no sepas cuando ni por qué. ¿Sospechaba Ismael, desde entonces, su engaño, sin que Toño imaginara siquiera que iba a traicionarlo luego? No era, pues, tonto el primo.

Sí, tuvo que rendirse y disparar en una playa desierta contra unos cangrejos que salían de sus cuevas como arañas enrojecidas por el crepúsculo; la firmeza del puño, el olvido de que estaba matando, la resistencia del oído a una supuesta nimiedad, todo eso buscaba Ismael transmitirle, y Toño fingió exactamente lo que duraron las pruebas, dos veces y se acabó, pero seguiría recordando la profunda concentración de Ismael, su leve sonrisa al contar los cangrejos rojos, diez, doce, que aún movían imperceptiblemente y por un buen rato sus equivocadas pinzas de araña.

Casi a fines del primer año, el cadete empezó a llegar inopinadamente por las mañanas o a medio día, ya no únicamente los sábados, y aun se quedaba a dormir la siesta sin quitarse una ropa extraña, un chaquetón caqui, grueso y forrado, unos pantalones de grandes bolsillos superpuestos que usaban los soldados norteamericanos en el cine, unos botines fuertes, con ruidos metálicos y amarras cruzadas. ¿Vienes de maniobras..?, quiso preguntar, pero recordó los comunicados de la radio sobre la revuelta del Callao. Desinteresado de la política, había olvidado las noticias como si se trataran de sucesos de otro país. Ah, vienes de.., se corrigió, e Ismael dijo al punto sí, qué bestia lo que ha pasado, no te imaginas, desde las dos de la mañana estuvimos corriendo al Callao, cada vez con más tropa y cercando el Real Felipe, qué bestia, muertos como cancha, y también civiles metetes e idiotas, por supuesto, pero les hemos dado en la madre... ¿Y quién ganó?, dijo con la torpeza del sorprendido, cuando debió haberle bastado oír bien para deducirlo. ¡Pues nosotros, el Ejército, el nuevo Gobierno, quién va a ser..!, exclamó Ismael, y ésa fue la primera vez que le oyó afirmar algo con absoluta certeza.

Curiosamente, también por aquella época de los sucesos del Real Felipe, Ismael volvió a cambiar de voz. Tenía diecinueve años

y su voz ya se había establecido en un desequilibrio habitual, entre una normalidad de tono bajo, suave, incluso tímida y respetuosa, cuando hablaba en casa o en la calle, y una anormalidad notable, si puede llamarse así cuando llamaba a alguien o gritaba ex profeso. O bien su grito salía agudo y hasta chillaba, o bien era el vozarrón en potencia, en vías de formarse. Con el tiempo, el vozarrón fue cobrando fuerza, conforme su dueño creía demostrar así mayor virilidad en su trato, pero jamás se desligó del tono agudo y chillón. En suma, pues, según su estado de ánimo, hablaba a ratos como un hombre amenazante o como un muchacho alocado.

Pasando los años se inventó una técnica propia de discusión, primero con Toño, con quien había noches que hablaba hasta el amanecer, sin convencer jamás el uno al otro, y luego con sus concuñados, ya que con las mujeres no había aún costumbre de discutir seriamente en el país, por más que ellas, un poco alejadas de los varones, oyeran burlándose las tonterías que éstos decían. Mientras fue cadete, mantuvo su sonrisa irónica hasta el final del debate, una sonrisa contenida al oír argumentos opuestos o al rebatir difícilmente, aun trabándose la lengua. Pero de alférez a capitán ya atacó en seguida, desde el saludo, hola feo cómo estás, quién eres tú, qué vendes, incluso a desconocidos muy compuestos, y después oía tenso el argumento rival, haciendo muecas porque deseaba intervenir cuanto antes, cortando al hablante sin delicadeza alguna; y por fin, cuando el otro callaba, se lanzaba con todo al ataque, golpes de puño en la mesa, el brazo que rasgaba el aire, la cara enrojecida, la voz ronca alternando con la aguda, moviéndose mucho, de pie o sentado, e inclusive echando una cortina de saliva para defender su posición (porque no convencía, sólo se defendía), como si peleara de veras. Cuando ascendió a mayor, quizá por influjo de Mónica, que durante años había censurado sus modales, pareció cambiar de súbito, atender en silencio, la mano sobando su barbilla, asentir con muchas venias y el interlocutor creyendo que su argumento era compartido, hasta decidirse tranquilamente por dos salidas: o bien, si se trataba de un amigo, lanzaba un grito, una escalofriante voz de mando que asustaba a cualquiera (¡Óyeme, mucho cuidado!, ¡qué me dices!, ¡cómo se te ocurre!, ¿quién diablos

te da derecho?), o bien, si discutía con un desconocido, empezaba por responder en voz muy baja, desdeñándolo con el gesto y el dedo apuntando su pecho, hasta subir paulatinamente el tono y cercar y asediar al rival tanto verbal como físicamente: es lo que llamaba el modo "civilizado" de desinflar a su oponente, cuyos juicios, por supuesto, podían ser más sólidos que los suyos. Y el próximo paso era una elección entre desprestigiar abiertamente al antagonista con cualquier motivo, viniese o no a cuento (su aspecto, alguna manía, su pronunciación, las gafas que usaba, etc.), o mandarlo de una vez a la mierda, cerrando ya los puños para la pelea.

—Te cambio a la morena por la gringa —dijo Ismael, gorra en mano y el uniforme blanco e impecable, que lo había transformado en alguien muy limpio y de cabellos cortos, más delgado y alto que antes. Debía avanzar muy atento por la calle, saludando a sus superiores para evitar cualquier castigo y sonriendo a sus conocidos, guapo y dichoso, dueño al fin de una carrera.

—¿Por qué? —fingió retahilar Toño—. La morena es mejor. La rubia parece muy ricotona, pero es una loca; olvídate, hom.

—Será loca, pero me gusta —insistió el primo al fin elegante y pulcro, que tampoco debía ensuciar el uniforme so pena de otro castigo—. Martha ni siquiera me contesta.

—¿Y cuándo te le declaraste? —escondió la burla; las cosas iban saliendo de perlas.

—Van a hacer dos meses, y nada.

—Hagamos una cosa —zanjó él, como quien se sacrifica—. Dame un par de semanas y yo te hago la buena con Mónica para que no te falle.

Ismael dio un grito, mudo de alegría, y alzó un brazo, como en un partido favorable a su equipo. Además no podía negarse al trato, le faltaba tiempo para esos afanes, sólo salía del cuartel los fines de semana.

—Pero si ella se niega, ya no es mi culpa —advirtió, por si acaso.

—Listo —dijo Ismael—, y gracias por la gauchada.

No pasará como con Melisa, pensó Toño. ¿Dónde estaría ese ángel de cabellos negros y ojos transparentes? ¿Rasgando la guitarra y predicando en alguna plazuela miserable, ante un gentío de serranos, blancos e indios?

—Ahí vienen las dos —dijo de pronto Ismael, poniéndose la gorra—. En medio de todo, tenemos una suerte bestial, hom. Mira lo lindas que son. Aunque Martha no me acepte y Mónica no sepa que ella me gusta, salir no más con ellas es fantástico ¿no?

Se habían citado en la Diagonal de Miraflores, ya no en la Brasil. Se sentían mejor fuera de su barrio.

Las que no parecían hermanas llegaron a la hora precisa. En un par de minutos, saliendo de la misa de seis, habían cruzado el parque sin doblar aún sus mantillas (negra la de Mónica, blanca la de Martha, buscando cada una el efecto sobre sus cabellos), y ahí estaban, elegantes y dignas de que los muchachos que salieran con ellas las esperasen en lujosos automóviles. Eran demasiado no sólo para el tímido cadete y el muchachote fuerte que vestía su traje dominguero, sino demasiado para el "Haití", cuyos parroquianos abrían los ojos, sorprendidos por esas bellezas. Ismael y Toño adelantaron felices las manos, pero sólo Martha se mostró educada, saludándolos. Mónica siguió de largo como si los ignorase; entonces Toño dijo chau, Martha, chau, Ismael, nos encontramos aquí mismo a las nueve y media, y rompió a perseguir a Mónica que se alejaba cimbreante y veloz, con el aire burlón y desdeñoso de siempre, y a cada rato, en ese barrio pituco y muy concurrido, los hombres se interponían entre él y Mónica, casi pegándose a sus espléndidas nalgas, o por volverse a mirarla chocaban con Toño y soltaban palabrotas.

Avergonzado, torció también en la primera esquina y le dio caza en el rincón más oscuro y clandestino de una calleja.

—¿Qué te pasa? Cada día corres más.

—Calla; nunca te acuerdas que tengo novio, que estoy pedida. Pueden vernos.

Y en cuanto quería besarla, una mano tibia y sabia lo rechazaba con dulzura, acariciándole el pelo y las mejillas.

—Rápido, amor, consigue un taxi ¿ya? —lo empujaba.

En el taxi era distinto, claro, los besos profundos y soñolientos enredaban las lenguas y la sensación se extendía hasta las piernas, debía abrirlas para sentarse mejor, pero sólo dos o tres besos hundidos hasta la garganta o quizá la nuca, y de súbito Mónica cambiaba de humor, alisándose el traje, y esperaba muy compuesta los veinte minutos del trayecto, enlazándose apenas los dedos.

—Vamos, háblame —se sacudía de vez en cuando—, tú siempre estás leyendo libros y periódicos, te veo por la ventana. Dice que Belaúnde y el Apra no negociarán un candidato conjunto. Y Odría sigue haciendo lo que quiere.

Luego abandonaban la carretera a Chosica y en un trecho más llegaban como a su casa por un pasadizo asfaltado y guarnecido de arbustos y carrizales iluminados por luces verdes. Al fondo, una gran explanada con varios coches estacionados y a la derecha e izquierda, anchas puertas de garajes que casi devoraban el automóvil, cerrándose velozmente tras él.

—Puede usted salir y esperarnos afuera —dijo ella al taxista, y empujando la puerta interior pasó al dormitorio y se volvió riendo; había vuelto a cambiar de ánimo—. Lo digo porque capaz se asusta de los gritos que dices que doy. La verdad es que no me escucho. ¿Tanto grito, mi cielo?

Toño no había encendido siquiera el cigarrillo cuando el encargado tocó la puerta para cobrar por la habitación. Abrió ella, ganándole el paso. Sí, se comportaba como si estuviese en su casa.

—Oiga, no se vaya. ¿Está buena la cama? A ver, Toño, pruébala y fíjate si tiene las sábanas limpias.

Él quiso hacerlo, pero obedeció a medias, de espaldas al encargado.

—Oh, no espere, —dijo ella, y se sentó en la cama, remeciéndola—. No suena, menos mal. La última vez parecía una matraca. Creo que ésta aguantará. Toño, dale su propina y pide los tragos ¿ya?

El encargado dejó de mirar fijamente a Mónica y salió; entonces ella entró en el cuarto de baño y dejando la puerta abierta se desvistió en un segundo y quedó como un nuevo ser que sólo en parte fuera humano, más bella e impresionante que en la calle,

desnuda (sólo mitad visible), como debería estar siempre y donde fuese, para felicidad de Toño; pero en seguida, con un gesto vulgar y escandaloso que cayó como una sombra sobre esa admirable figura, levantó una pierna por encima del bidet, se sentó en el aire y tomó el jabón. Toño desvió los ojos y cerró el cuarto de baño.

—¡No me cierres, sabes que me da claustrofobia! —chilló Mónica — ¿O tienes miedo de verme calata?

La próxima vez que la miró largamente estaba disponiendo sobre la cama las páginas dobladas de las revistas, cada página por separado, a fin de que no se sobrepusieran unas a otras.

—Hazme así, como en esta foto —señaló muy seria—, y después lo que tú quieras.

De nuevo sonó la puerta y recibió los whiskies. Hubiera deseado contemplarla mucho más, que su rostro diera una vuelta completa y mirara desde otros puntos, que su sexo estuviera más cerca del rostro y de sus pechos, pero sólo veía sus ojos por ratos y ella ya había empezado su monólogo sobre lo que hacían, aún con voz clara y sin gagueos. Tendida de bruces, despatarrada, tibia y plácida, dejó que ella creciera y ocupara toda la cama, y empezó a acariciarla con las palmas de arriba abajo, con las uñas por los flancos, con la lengua por la columna vertebral y por las agresivas colinas que seguían en la suave dureza de los muslos. La piel se iba desplegando toda, desaparecían los huesos y articulaciones, disminuía la oscuridad de las grietas, los vellos lo saludaban y despedían, los agujeros perdían su atroz soledad y empezaban a palpar, dialogando como sus ojos, primero sonrientes y ahora quietos, serios, esperando lo que valía la pena, y después rápidamente encrespados en una ola que subía por el cuarto, lo llenaba y quizá salía por la puerta, y ella se prendió de él y la ola iba maréandola. Mónica emitió su primera tos, sus primeros accesos, se compuso la garganta, y una vez que la subió a caballo y que sus enmarañados pelos rubios casi empujaron el techo, la mujer enrojecida y de algún modo borracha guardó silencio por unos segundos, y luego tosió de nuevo, escupió, resopló, giró velozmente la cabeza muchas veces, y cuando iba a ahogarse, renació con un largo y rasgado grito a la luz, a todo el cuarto vivo y transfigurado, y

él aprovecho para darle una vuelta y entrar por en medio de las colinas y cogerse de la gran cabellera rubia hasta que ambos repitieran la tos de viento y saliva, mientras las páginas crujían y se rasgaban sobre la cama, hasta que el vaivén y el ritmo se prolongaran más allá de toda medida, y él, dejándose absolutamente libre, gritó y jadeó solo esta vez, hasta que les llegara poco a poco el aire, el sosiego, la eterna sorpresa, la ternura, la vuelta a la habitación de donde habían viajado muy lejos.

—¡Uy, qué rico ha estado! —suspiró ella, inmóvil—. Te puedo dar una carta de recomendación, ¿sabes?

Y a ti que te den un carnet de puta, pensó él, recordando a las mujeres del Huatica y alcanzándole el whisky falsificado y los cigarrillos.

—Oh, sí, gracias, cielo. Nada mejor que un trago y un cigarrillo después de una... ¡Uy, perdón, tú no quieres que diga lisuras después de... ¿no?

Él no sentía deseos de hablar. Después de todo, así, descansando y con ella en sus brazos, era como si la amase, faltaba algo pero no mucho, ella podría ser Mónica y no Martha, casi hablaba como Martha, todo el problema residía en poder atarse voluntariamente a ella, tratarla como se merecía, para luego curarse y quedar listo, lavado, y recibir tranquilamente a Martha, más dulce y duradera que su hermana.

—Ismael se muere por ti —tuvo que matar el silencio, separarse de ella—. Me ha pedido otra vez que le haga la buena contigo.

—Ya sabes que no me gustan los milicos —dijo ella, sin respirar aún normalmente—. ¡Si todavía fuera de la naval..! Pero ¿por qué, vamos a ver, piensa que voy a acostarme con él?

—¿Cómo..? —dijo Toño. Mónica repitió su pregunta y él se demudó, pensando y ahora qué digo, cómo se puede defender a una mujer de un ataque contra sí misma. Estás podrida, ya no tienes remedio, iba a decir en broma, dorando la píldora, pero se calló.

—No compliques las cosas —lo manoteó ella—. Yo tengo a mi novio para casarme y a ti para que me hagas gritar. No quiero a nadie más.

—A mí no me vas a tener mucho tiempo, a lo mejor viajo al extranjero... —dijo de pronto lo que había decidido semanas atrás, dejarla antes de declararse a Martha, limpiarse de Mónica, salir del barrio que no lo dejaba estudiar ni trabajar bien, pensando en ella—. Eso es, me iré aunque sea a Chile o Bolivia, todavía no lo sé.

—Es tu problema —dijo Mónica—, pero así no más no se me olvida a mí. Y ahora, cielo, dame el tercer round, no creas que me he olvidado.

A las nueve y media en punto llegaron al "Haití". Toño quería un refresco en la terraza mientras esperaban a que Ismael y Martha salieran del cine, pero ella adelantó su marcha y por toda despedida le hizo una seña con la mano. ¡Vete al demonio!, gritó él, Mónica tuvo que oírle, aunque sin darse por enterada cruzó hacia el parque donde los muchachos miraflores merodearían en torno suyo, pero de lejos y sin atreverse, tal era su aplomo y elegancia.

Solo, dando vueltas por el pasadizo del cine, Toño esperó cinco minutos y vio pasar corriendo a Martha, chau, perdóname, tenemos el tiempo justo, pero estrechándole la mano de todos modos.

—¿Y qué tal? —tomó del brazo al cadete que venía detrás.

—Tampoco me aceptó hoy, y eso que volví a declararme —movió la cabeza Ismael—. Y además ya no me gusta, es muy seria, sabe cosas de libros y se presentará a la universidad, es el colmo. Sí, te la cambio, primo, la cosa es definitiva.

—Sólo dame unas semanas de plazo —dijo él.

—¿Y para qué tanto? —Ismael estaba ansioso, casi se quejaba.

Necesito tiempo para cansarme de esa puta, pensó Toño.

—Pero me haces la buena ¿eh, primo? Aunque que sea para pasear, aunque no la bese, la gringa Mónica se me ha metido entre ceja y ceja —dijo Ismael.

—Pase por aquí, señor.

Mientras el mayor Lazo se cuadraba respetuosamente, el centinela abrió con una llave bien guardada en la polaca, y Toño, batiéndole el pecho, temeroso de su primo (¿lo sabe, o no lo sabe, por fin?), se vio ante el escritorio que tenía encima la banderita peruana y detrás el sillón giratorio y la ventana abierta (sí, abierta, ¿estaba o no preso?), y de toda esa palpitante y brumosa claridad brotó Ismael que, en vez de salir a recibirlo —un año que no se veían—, se sentó tranquilamente en el despacho y le señaló un sillón, conforme la voz baja y huidiza decía, como para cumplir, como si él no llegara del extranjero, hola cómo estás, que te cuentas.

Lo sabe, pensó, no he debido venir, pero lo reanimó la cabeza desviada hacia la ventana y la actitud pacífica y como perdida del atlético militar con uniforme de faena y sin corbata. No quiere mirarme, tiene vergüenza el cornudo, y de dos trancos pasó al otro lado del escritorio y abrazó el cuerpo recio y tibio; pero como Ismael no estuviera preparado, los brazos del primo quedaron aprisionados contra el pecho. ¡Hermano, no sabes cuánto lo siento!, susurró Toño, pero no añadió más ante ese cuello tieso y la mirada lejana y perdida. Perdóname, debió decirle, jamás creí que acabaríamos en esto. Sintió claramente el temblor de Ismael, oyó un gracias muy quedo y el hombre recio y fuerte en que se había convertido su antiguo y delgadocho primo, se volvió completamente hacia la luz y dijo:

—Pensar que íbamos a vernos en México... ¿Y qué tal viaje? ¿Y cómo está Martha?

—Los estuvimos esperando —aprovechó la distensión para sonreír—. Teníamos organizado un tour para Acapulco, Cozumel, Isla Mujeres...

—Otra vez será —lo dijo muy seguro y volvió a señalarle el sillón, como para iniciar un diálogo de negocios—. ¿Quieres? —y le ofreció un cigarrillo—. Ah, cierto, tú no fumas... —y se lo quitó cuando él se animaba a complacerlo.

Prendió el cigarrillo con un lujoso encendedor de oro y luego dijo, ordenó, dispuso con una aparente tranquilidad: mira, Toño, en ese cartapacio tengo documentos importantes, qué bueno que hayas venido. Son deudas que debe cobrar mi secretaria Lidia, ahí está su dirección y teléfono; llámala y que vaya adonde tú digas a recoger esos papeles, o si tienes tiempo, pásate por la ferretería y la constructora, y mira cómo van las cosas, yo he dejado todo en orden y las ganancias son buenas (negociante como Pancho y sus amigotes en México, pensó, todos son iguales). Y tomas de la caja de Lidia para tus gastos.

—De eso ni hablar —dijo en voz alta, y luego de un silencio que iba alargándose demasiado—: Toda la familia te manda saludos... —añadió ingenuamente, conforme Ismael se repantigaba en un sillón y echaba el humo atrás, por encima de su cabeza.

—Tenemos poco tiempo, primo, hay otras cosas de que hablar —Ismael cambió de voz, apoyando los codos en el escritorio.

—Pues adelante —se preparó, dudando si me acusa lo negaré todo, y si cree tener pruebas, las desviaré a los antiguos novios de Mónica.

—Óyeme, bien, Toño, y respóndeme —la mirada altiva y desafiante se redujo y volvió a crecer, casi lo estaba juzgando, era el mundo al revés—. ¿Has sabido en estos últimos días de algún peruano que haya llegado a México? Piénsalo bien, quizá un conocido o desconocido, no lo sé, pero alguien pintón y bien forrado, ya me entiendes. Quién sabe se habló de él en nuestra colonia.

—Que yo recuerde... —y al fin despertó— ¿Crees que el tipo fue por delante a esperarla..?

—Exacto —y la mirada se hizo dura, colérica.

—¿Qué te hace suponer..?

—Su desesperación por irse sola. Habíamos planeado viajar juntos, pero luego se me complicó la vida en el cuartel, un estúpido superior quiso abusar de su rango y yo lo puse en su sitio, y también

tenía que vigilar mis negocios, ya sabes, la ferretería y la constructora van muy bien (sí, sí, otra vez el negociante), y le dije que se fuera sola. Bueno, me dijo, de aquí a una semana, y de pronto a los dos días empieza a ponerse como loca (es que la llamé por teléfono, idiota, pensó) y saca del Banco más dinero del necesario; a propósito, no sé dónde lo habrá dejado, a ver si también vas a mi casa y miras... Bueno, y ya te imaginas. Tal vez es el mismo desgraciado con quien la descubrí paseando por la calle...

—¿Cómo, cuándo? —casi gritó, no supo si feliz del hallazgo de que hubiera otros sospechosos o indignado por el engaño—. ¿Quién era, dime?

—Aunque no puede ser el mismo tipo... —Ismael miró el techo, chupando profundamente el cigarrillo—. A ése lo pateé una noche y dicen que le di un mal golpe en la columna, que el animal no anda bien. Ya sabes lo que dicen esos galanes sinvergüenzas; encima de burlarse de ti, todavía quieren que les paguen la curación y la inhabilitación para el trabajo. ¡Si no habré visto yo a muchos de éstos durante mi carrera!

—¿Está inválido, entonces? —Toño pasaba de un asombro a otro, parecía un niño ante una persona mayor.

—¿Acaso vas a creerle? ¡Lo dirá por sacarme plata!

—¿Y quién es, cómo se llama? —preguntó con suma ansiedad.

—¿Te interesa el hombre..? —y de nuevo los ojos duros con la pretensión de asustarlo.

—No, pero ¿es alguien que conozco..? —insistió, quería saber quién lo engañaba a él también. ¿O sea que Mónica no iba a verte a ti? ¿Qué te parece, Toño?

—No lo conoces; pero bien, eso no importa. Lo que quiero es que averigües por el tipo con quien iba a encontrarse en México.

—Pero ¿cómo..? —dijo, perdido—. Habrá que revisar la lista de viajeros en las compañías aéreas y eso es muy difícil, y además he estado ausente...

—No te preocupes. Te daré el teléfono de un investigador amigo que trabaja en el aeropuerto; él se encargará de todo. Toma, apunta —y sacó su libreta de un cajoncillo. ¿O sea que ésa era su oficina,

su prisión dorada? Por un momento había creído que sólo estaban ahí para la entrevista. ¡Cuántos privilegios para un oficial!

—¿Y qué harás, sabiendo quién es? —preguntó de nuevo anhelante, que harás sabiendo que soy yo, pensó, pero resulta que es otro, ¡ah, cómo enrostrarle su engaño a una puta muerta!—. No te busques más complicaciones, Ismael... —se puso de mala gana a darle consejos—. Ahora lo importante es el juicio, saber si te pasarán o no a la cárcel, y qué fuero te juzgará definitivamente. ¡Acabo de hablar con tu abogado!

—Conozco el país mejor que tú —sonrió malignamente Ismael, y era verdad, tuvo que admitirlo—. Acá lo provisional o preventivo puede convertirse en permanente si tienes padrinos; a lo mejor me dejan acá o en otro cuartel... Además, todo pudo suceder en el carro, después de la discusión, o quién sabe acá mismo donde estamos (o sea que fue en otro sitio, dedujo Toño), y después pude llevarla afuera, herida o muerta. Y tampoco pueden decir que ella no me amenazó primero, apuntándome... (está urdiendo sus patrañas, no te apiades de él). Hacía apenas unos minutos que habíamos salido de esta oficina...

—Ah, pero ¿entonces fue en el carro, en la calle, y después la trajiste acá?

—No he dicho eso —se defendió rápidamente Ismael. Toño creyó que hasta sonreía, orgulloso de su lucidez.

—Pero si la hubieras sacado de aquí estando herida o muerta, te habrían visto en el puesto de control.

—Cuando uno es jefe los que están de guardia casi no te miran; te saludan y te dejan pasar. Pudo haber estado herida y bien sentada en el carro.

—A menos que la llevaras en la maleta —se atrevió a decir.

—No, eso sería admitir que ya estaba muerta y que yo ocultaba un crimen, no un accidente —Ismael volvió a defenderse prontamente.

—¿Y con qué pretexto dirás que la sacaste?

—Para llevarla a un hospital, claro, aquí no lo hay. ¿Adonde más iba a ser? —sonrió triunfalmente Ismael, o al menos así le pareció.

—O sea que estaba herida, no muerta.

—Buena deducción.

—Y buena defensa —admitió Toño. Pero ¿cómo pasó de veras?

—¡Ah, primo, sigues tan curioso y metete como siempre! —por fin le palmeó un brazo a través del escritorio—. ¿No piensas que duele hablar de eso?

—Perdóname, tienes razón —tuvo que decir.

—Ni creas que me acuerdo mucho —lo vio abrir los brazos, gesticulando esta vez con naturalidad—. Nos llevábamos peor en los últimos años, después de que saliste al extranjero para volver de vez en cuando. Nos peleábamos a diario. Yo tenía celos, lo reconozco, no sabía exactamente de quién (¡de mí, idiota, de mí, hasta hoy no te das cuenta!, pensó satisfecho), pero ella también estaba celosa, y con razón, de Lidia y otras que tú no conoces (dándoselas de conquistador el cornudo ¿eh?). Ya esto lo veíamos venir los dos, palabra. Hasta pensé en divorciarme.

Sólo dice generalidades, nada concreto, pensó. No me trata como a un confidente, sino como a un amigo más o menos lejano. ¿Por qué, pues, he de ayudarlo?

—Y bien —decidió marcharse— cumpliré tus encargos, no te preocupes.

—Así me gusta, hom —y de nuevo la mano cruzó el escritorio y lo golpeo cordialmente—. Aquí tienes mi llavero, ésta es del closet principal, por si buscas el dinero, debe estar en su cartera o maletín de viaje; y toma la del escritorio, necesito las chequeras. Si no puedes volver, las entregas al abogado, es de confianza.

Sólo le preocupaba el dinero, ya no pudo más, tenía que marcharse, pero así fue siempre, ¿por qué se sorprendía?

—Pero la casa estará precintada con guardia en la puerta... —murmuró antes de despedirse.

—¿Dónde crees que estás? —se burló Ismael—. Eso sucede en las películas; esto es el Perú, Toño. Ni la policía ha ido, ni creo que vaya a mi casa y nadie sabe aún qué juez va a juzgarme. O sea que no tengas miedo —y le puso el llavero en la mano con gesto duro y varonil.

—Bueno, perfecto —se sometió—. Y ahora... —iba a darle un abrazo, que ojalá fuera cálido esta vez.

—Así me gusta, hom —repitió su primo—. ¿Quieres un trago? — y antes de que se excusara por ser muy temprano, Ismael desapareció por una puerta interior y a Toño le llegaron ruidos de un molde de adoquines de hielo que se vacía bajo un grifo. Al poco rato, cuando se había animado a encender un cigarrillo, Ismael salió con los vasos ya servidos. ¡Quién lo hubiera supuesto, el detenido vivía con todas sus comodidades!

—Salud —brindó, contento el prisionero, y desde ese instante, vaso en mano, fumara o no, Ismael se puso a andar por la habitación amplia, sobre el piso de madera encerada y sonora, en lo que parecía más un ejercicio que un paseo—. ¿Y qué tal las mexicanas? —preguntó, quizá sin intención.

—Pues ahí —tuvo que responder—, conozco a muy pocas, el trabajo en la universidad es muy fuerte.

—¿Cuántas horas diarias?

—Dos clases, pero hay que prepararse antes, y mucho.

—¿Y por qué no enseñas en esta escuela? Si quieres, te recomiendo ante el Director, ya es tiempo de que vuelvas al país.

No supo qué decir ante aquella jactancia.

—¿Allá te pagan más?

—No es eso únicamente —disimuló su afición por el mejor sueldo—; es que a Martha le gusta.

—Cúidate de las mujeres —alzó la voz Ismael—. Todas son difíciles, tarde o temprano te juegan una mala pasada.

—¿Incluyendo a todas las Alberti?

— ¿Por qué no? —se atrevió el detenido—. ¿Acaso tienen corona? La única santa es mi madre, que tanto te quiere a ti también. Entrégale a ella el dinero que encuentres.

—También yo le di por mi parte —tuvo que decir, pero, sin oírle, el mayor con uniforme de faena desapareció de nuevo para volver con un segundo whisky.

—Qué hubiera sido de nosotros sin Mamá Lola...Viuda y pobre, pero nos sacó adelante. Yo admiro a la vieja...

—Yo igual —dijo Toño, emocionado, acariciándole un hombro tibio y sudoroso—. Fue la madre que no tuve, que... —y por un momento se le nublaron las ideas.

—Tu no sabes, no quiso que te contara —Ismael sonreía mirando el aire, algo flotaba en torno suyo—, pero casi muere hace tres o cuatro años, cuando estabas en Bolivia. Me habían destacado al Cusco y Mónica me llamó todavía con el susto en la voz; la viejita había tenido neumonía, pero no quiso molestar a nadie, y menos a los Alberti. ¿Te das cuenta? ¡Si no hubiera sido porque le puse una muchacha, en contra de su costumbre de hacerlo todo ella misma! La muchacha volvió el lunes y la halló muy mal. Imagínate, no quería molestar a nadie...

—Así es de delicada y fina alguna gente de la sierra, así ha sido siempre —dijo él, sintiendo por fin el whisky, cálido y plácidamente devorador—. ¿O sea que te mandaron a la sierra, adonde nunca te ha gustado? —y su tonillo tuvo alguna intención.

—Así son las cosas. Y no sólo estuve esa vez, sino cuando fui a calmar a esos desgraciados huelguistas y agitadores; unos pobretones de mierda y todavía quedándose voluntariamente sin trabajo; las ganas de fregar al Gobierno y nada más.

—Oh, creí que habías ido por la guerrilla del 65.

—No, eso fue después; pero las guerrillas sólo dieron problemas a la guardia civil: en cuanto entramos nosotros, los barrimos de una vez por todas.

Lo dijo con una mueca de desprecio que Toño dejó su vaso y decidió de nuevo despedirse; pero el afán de dar su opinión y el calorcillo del whisky se lo impidieron

—Tú no cambias ¿eh? —se le encaró, olvidando sus ventajas de hombre libre ante su primo—. ¿Es que de veras no entiendes una posición de izquierda? ¿Y cómo cualquier hijo de vecino, cualquier niño entiende a la derecha? ¿Te parece tan difícil?

—¡La entiendo, por eso la combato! —Ismael casi gritó, como en una arenga.

—Perdóname, pero no la combates tú sino el Gobierno. ¿Y si te mandaran justamente lo contrario?

—¡No obedecería! —y oyó un nuevo grito y miró los ojos no sólo fieros sino ya enrojecidos.

Entonces casi saltó de alegría.

—¿Lo dices en serio? ¿Pedirías tu baja, entonces?

—Claro que sí

Pero soy un idiota, pensó él, hablamos sólo en teoría; aunque Ismael, por su lado estaba desfogando su repentina cólera:

—A mí no me friega nadie. Mira, el superior de quien te hablé es un coronel blandengue; ya una vez lo aclaré delante de unos oficiales, en una huelga de mineros en la Oroya; él pasó a las cosas personales y medio que me insultó de refilón. ¡Para qué lo hizo, primo! Lo insulté de frente, de lado y de perfil, exactamente como sucedió hace tres o cuatro días. Pero ahora se ha quejado, pidiendo un castigo ejemplar para mí, dice que no escarmiento, esas bobadas que dicen los superiores tontos cuando les demuestras quién eres.

—¿Te han abierto un expediente disciplinario, entonces..? — exclamó otra vez contento, no podía dominarse.

—No se llama así, pero es lo mismo. Pero no me harán nada.

—¿Por qué?

—Bah, así fue también la vez pasada.

—¿Qué vez pasada?

—Tonterías. No has venido a hablar de estas cosas, primo. Los oficiales tenemos que ser inflexibles y dar el ejemplo incluso a superiores blandengues —y bebió con ademán brusco.

—Bueno, pues volvamos al otro asunto —sería un diálogo inútil, pero Toño no se calló. ¿Por qué ser tan duro con el pueblo y los huelguistas? Nosotros no somos ricos, Ismael, no tenemos nada que defender a capa y espada. Y la miseria en este país es seria y espantosa. Hay reivindicaciones justas que...

—Te ruego no generalizar —sonrió Ismael, desdeñoso—. De tener, tengo propiedades, y si te hubieras quedado en vez de abrirte al extranjero, ya estarías en mis negocios, ganando buena plata.

—Gracias, no te molestes —y creyó haberlo dicho sin énfasis.

—¿Por qué lo dices así? —de nuevo Ismael detuvo su paseo y se le encaró, sudando.

—¿Cómo?

—Con desprecio —Ismael se exaltó de súbito— ¿Qué te has creído, profesorcito de pacotilla? ¿Cuánto ganas allá al mes?

Dímelo, pero no mientas. No creo que mucho —y de veras parecía dispuesto a ofenderlo.

—Pues entonces ya lo sabes —sonrió.

—¿Cuánto? —repitió el prisionero convertido en acusador—. ¡Acostúmbrate a hablar claro cuando te preguntan! ¡Siempre estás rehuyendo los ojos y las respuestas! ¿Por qué no miras de frente? ¿Sabes que siempre miras de costado? ¿Tendrás algo que ocultar..?

¿O sea que te has vuelto psicólogo? —casi rompe a reír—. ¿Lees por la luz y dirección de los ojos?

Había olvidado por completo la situación de Ismael y la razón de su visita. Le pareció estar discutiendo como tantas veces en casa.

—¿Cuánto ganas?

—Muchísimo más que tú en el ejercito, te lo aseguro.

—¿Y me crees tan imbécil para vivir de mi sueldo? —la agitación de Ismael no cesaba—. Sabes muy bien que obtuve un capital limpio y saneado de la familia de Mónica y que lo he multiplicado con creces. ¿Qué hay de malo en eso? ¿O eres como tus amigos apristas y comunistas que..?

—¿Dónde están que no los veo? —bromeó Toño, girando en torno y sin darle importancia al estallido de Ismael.

—¿Ah, como..? —éste se desconcertó—. Bueno, no nos vayamos por la ramas. Volverás para declarar en el juicio ¿no?

—¿En qué juicio? —dijo torpemente.

—En el mío, por supuesto. Tú conociste a sus novios, sabes cómo la plantaron y por qué.

—Sólo sé de Lorenzo, pero ¿eso qué tiene que ver? —rayó en la torpeza; después entendió que la personalidad de la víctima sería analizada en el juicio, los trapos sucios saldrían a relucir. Entonces frunció el entrecejo y añadió en tono sincero, ingenuamente moralista—: No lo hagas, Ismael, no la desprestigies, todo recaerá sobre ti. Olvídate de ella, ya murió.

—¿Olvidarme? ¿Estás loco? ¿Y si me echan diez o veinte años? —De tan preocupado, Ismael estaba sonriendo.

—Perdón, soy un estúpido, quiero decir que no te conviene enlodarla para así disminuir tu culpa.

—¡Por supuesto que me conviene! —Ismael abrió los brazos—. ¡Son atenuantes para el juicio! ¡Además, no soy ningún imbécil para matar a mi mujer sin motivo!

—¿Matarla? Dijiste que fue un accidente.

—¡Y lo fue! —pero el primo desvió los ojos, fingió reír, cogió otro cigarrillo, volvió a sentarse en el despacho—. Ahora el estúpido soy yo, no declararás este error que se me ha salido ¿verdad? —y lo miró apenas, inseguro por vez primera, y lo que añadió en seguida pudo haberlo dejado pensando también, si Ismael no hubiera escogido una frase huachafa del cine, cuando la cámara no puede eludir el vacío y se paraliza sobre el mal actor que dice, como gran cosa, hace tres días que no duermo, estoy buscando las razones de esta desgracia, creo que ella me obligó a hacerlo, lo juro por mi madre, y se besó sonoramente los dedos, quería divorciarme y patearla, eso sí, pero nada más. Toño miró la frente sudorosa, la barba renaciendo a poco de afeitada, los ojos huidizos entre la sombra de pestañas y cejas, al fin transcendía la ansiedad y el mal actor no podía con la escena, tú sabes cómo la quería, pero no pensé en casarme, palabra, era demasiado hermosa y de costumbres caras para mí, y también por la fea historia de los novios que la habían plantado; sí, primo, yo también entré a gozarla, por qué voy a mentir, pero llegué tarde para esos juegos, mala suerte, ella ya quería otra cosa, me volvía loco hablando de casarse y de nada más. Una noche llegó a pedírmelo de rodillas (¡a mí también!, Toño casi gritó), dijo que me ayudaría a poner un negocio con la herencia del viejo, que él nos la daría por adelantado y que yo debería dejar el ejército, ser todo un señor. Y bien, nos casamos —detuvo su paseo, se sentó en el escritorio— y vinieron mis negocios, todos buenos, no me quejo, y ahora, a fin de año iba a abrir una oficina en regla porque ya casi he terminado de pagar la casa de Monterrico, la conocerás cuando vayas, es una belleza y el orgullo la hizo feliz, una belleza, y las cosas entre ella y yo iban calmándose, había peleas pero menos que antes. Como es natural, tuve que buscarme una chica, Lidia, una muchacha que me quiere a toda ley, ya la conocerás también, pero no creí que la conducta de Mónica iba a amargarme tanto.

—Pero, vamos ¿de quién sospechas? —lo frenó, impaciente.

—Pues no lo sé... —sus ojos estaban perdidos. Toño pensó jamás amaré su recuerdo como él su vida—; ya veremos qué dice el investigador. Tienes que hallar al culpable y mis amigos se encargarán de plantearle que o declara en el juicio a mi favor o aguanta la sófera paliza que le caerá.

—¡Pero no puedes actuar así todo el tiempo! —protestó como si estuviese molesto, ahora que su primo no sospechaba de él.

—Tú vives en las nubes, Toño, fuera del país, dictando clases y con una suerte de mujer que es Martha...

Y encima me cree suertudo, se dijo él, es increíble.

—... por eso no has visto la mar de cosas que han pasado, el desbarajuste de un gobierno que se llama democrático, las guerrillas...

—Ah, sí —recordó—, las guerrillas que combatiste...

—¿Combatirlas..? —Ismael repitió su mueca de desprecio—. ¡Cómo les engañan ahí afuera! ¡De un solo cocacho los hicimos polvo y no regresaron por más! ¡Fue la mejor campaña antiguerrillera del continente, lo dicen los expertos!

—Claro, con napalm y todo —masculló.

—¿Qué dices?

—Nada —se arrepintió de atizar a un prisionero—. Bueno, salud, viejo, me voy... —pero todavía concluyó su vaso.

—¿No crees, pues, que Mónica me eligió para hacernos daño a ella misma y a mí? —alzó la voz Ismael.

—No he dicho eso —y pensó cada loco con su tema.

—¿Qué dirías de una mujer que te molesta de la mañana a la noche; si tú quieres salir, ella desea quedarse, si estás manejando te pide el timón, si hablas con un amigo viene y mete su cuchara a cada rato?

—Así pasa en todos los matrimonios.

—Pero no tanto. Aun siendo guapa y cariñosa, vivir con ella era un tormento.

—¿Y quizá en una noche así le pegaste muy fuerte y sucedió el... accidente? —dedujo con auténtico placer, hubiese querido estar viendo la escena desde lejos, libre, sin comprometerse, pensó qué

haré si lo confiesa, tendré que pegarle en defensa de la muerta, cuando lo que más deseo es grabar su cara.

—No diste en el clavo, eres inteligente pero no mucho —lo desdeñó el asesino, el antiguo mal alumno del colegio, el hombre atolondrado—. Esa noche no se la contaré ni a mi madre, sólo al abogado, para qué más, después vienen las habladurías, las malas interpretaciones, oh no, Dios mío... —susurró el mal actor, tirando atrás la cabeza, paladeando también él algo negro y viscoso que había en el aire.

—¿Temes contradecirte? —sonrió torvamente.

—Te dejo con la duda —y también sonrió Ismael, aunque con alguna tristeza.

—Chau, me voy —repitió, animándose a si mismo a desenredarse de veras del primo.

—¿No quieres almorzar conmigo..? —lo cogió del brazo Ismael, llevándolo muy lentamente a la salida—. Es una lástima. Ya no tarda en venir el mozo; aquí cocinan bien, ¿sabes?

He creado un monstruo, pensó con asombro al salir, despidiéndose sin mirarlo.

14

—¿No fuiste al entierro, hijo? —la voz suave y arrulladora de tía Lola se mezcló con el beso en tu frente, sus manos prendidas de tus mejillas.

—Ya sabes que yo no —dejaste la frase coja, ella lo sabía muy bien, nada de entierros contigo, no habías acudido al de tu madre y eso bastaba, aunque dijeras que yo tenía la mejor intención, pero no pude.

Como quieras, hijo, y la sombra tibia y eterna te dejó de nuevo solo, despierto pero tendido en tu vieja cama de joven, pensando largamente sin concluir en nada, aprovecha la siesta, de algún modo estás de vacaciones, sintiendo otra vez que Mónica había muerto y cómo son las cosas, quién lo hubiera creído, tan pegado a la carne de mujer y enamorado de una muerta, y cómo era posible, llegando de nuevo a destiempo, habías perdido a otra, como la vez de Melisa. Sólo te queda Martha, pero ¿qué harás tú, hombre de varias mujeres? Envuelto en esa telaraña que parecía no herir pero que apretaba, y con Ismael preso de verdad, casi no había para qué vestirse.

Pero te levantaste, aunque en ese cuarto donde habías vuelto después de años carecías de hábitos y debías rebuscar los objetos antiguos, y mezclarlos con los traídos en la maleta. No fumabas ni podías beber solo; tampoco tenías ganas de encender el televisor que sólo pudiste obsequiar a tía Lola tras el primer viaje a Bolivia, nadie es profeta en su tierra, tuviste que emigrar porque ya el taller de reencauchado, después de graduarte en la cuatricentenaria San Marcos, te pareció humillante. Nunca más hablar de parches o llantas o jebe líquido o vulcanización, y sentir un cosquilleo injusto, indigno pero inevitable, ante la palabra obrero. Carecías de hábitos, no podías matar la tarde demasiado erguida y clara, tampoco bebías café, te hacía daño, sólo té con limón, en México te decían eso

beben los enfermos. Pero al menos podías andar por el destechado pasadizo que ya duraba muchísimos años. No habías ido al entierro de Mónica y tampoco irías al de nadie, menos aún al futuro entierro de tu padre que sin duda vivía en las sierra, lejos e indiferente como tú hacia tus hijos nonatos. Mejor así, las cosas claras desde un comienzo. Indiferente como tú a veces con Martha, sin llamarla ni enviarle un cablegrama, desplazada por tu segunda mujer. ¿O fue siempre la primera?

Mónica muerta y tú que no, que no podía ser, un miserable absurdo como ése envuelve la poca inteligencia de un hombre y no le deja avanzar. Te negaste a acompañar su cadáver, pero viste, a través de los antiguos e históricos visillos, cómo la nueva generación de Albertis guiaba a los abuelos enlutados hasta los lujosos coches que eran otros modelos, pero de las mismas marcas, el tiempo era una torcida sonrisa irónica, el abuelo ya casi no podía moverse, sus nietos lo habían cargado hasta el Thunderbird y sin duda lo bajarían en brazos en el cementerio, en un viaje de prueba junto a su hija, cuyo ataúd jamás soñado estaba ahí, presidiendo aparentemente la ceremonia, cuando en verdad lo presidía una sombra, una mudez, una negación flotante, lo único que podía acallar a esos hombres y mujeres eternamente parlanchines. El funeral debía de estar ya acabando, los gusanos labrando sus galerías hacia las entrañas rojas y tibias de Mónica, para vivir de ella, así como tú te metías entre sus pelos de cobre y agujeros rosados, y vivías de ella hasta hallarle unos gritos ahí al fondo, los gusanos pudriéndola con métodos infalibles y milenarios, hasta vaciarle la carne rosada y embutirla de fétidos olores, de espantosas fermentaciones, siguiendo el bestial ademán tuyo y de Ismael, viviendo metidos en sus entrañas.

No podías olvidar el crimen de Ismael, pero ¿qué indulgente eras con el amante que iba acompañarla a México? Después de descartado, ahora creías en ese engaño. ¡Como una sabia cortesana, se llevaba un hombre de recambio si acaso tú no pudieras seguirla a Acapulco! ¿Amar a una mujer así era posible? Jamás te acostumbrarías, pero la ausencia y la muerte trabajaban en favor de ella y minaban tus resistencias. Ah, pero muy en el

fondo, ella había sido castigada por no ser la que anhelabas, e Ismael también por haberse interpuesto en tu camino. ¿Eras, pues, el vengador?

Seguiste paseando como por dentro de una trampa, empujando el aire del tiempo, fijos los ojos en el desconocido y lejano cementerio, la sombra que hacía batir el pecho. Quisiste al fin telefonar a Martha, pero ¿era su voz la que buscabas?

Ya en la calle, al torcer la esquina de la botica, la sombra se aclaró dibujándose. Te vino el nombre de Melisa, su mirada, toda una mañana cantando en la plaza de Caraz, bajo el ficus iluminado por reflectores, su traje celeste mal cosido en casa, sus cabellos lamidos y húmedos, sus largas trenzas que también intervenían en la música. Ubicarla tenía que ser fácil, saber si se había marchado del país, en Lima sólo podía haber dos o tres templos adventistas o episcopales o unionistas o fundamentalistas, o como se llamaran. Fue otra cosa absurda en ese día, tener un lindo sol a destiempo, hallarse prácticamente de vacaciones y perder dos horas metido en un taxi, persiguiendo iglesias no católicas, que desconocían el chofer y los guardias de tránsito y aun el vecindario. Recordó una en Miraflores. Así empezó la cacería de miserables, semidesiertos y sucios templos que olían a una raza nueva y se escapaban de las manos. Estaba por aquí, decía un vecino, en esa casa, pero la casa que no parecía una iglesia, lo había sido semanas antes, hasta que inmovilizó a una casa con la cruz encima y el aire pobretón y austero, sin el lujo y derroche católico, y esa casa metodista o episcopal o unionista o lo que fuera, estaba llena de fieles, era la excepción a la regla, y no sólo descubrió a mestizos aindiados que sin duda eran sirvientes, sino a unos tipos mejor vestidos, y todos cantando a gritos, como si la pequeña construcción pudiera resistir aquella música de la plaza de Caraz, tan invisible como el tiempo que lo había llevado ahí, y él buscando a Melisa entre las mujeres, apartando a las peruanas e imaginando que en el puñado de gringos estaría ella esperándolo, como si se hubieran citado esa noche.

Estás hecho un idiota, ni siquiera un loco, que vale más, pensaste, imposible que esté acá, pero al menos puedes averiguar

si la conocen, y tuviste que sufrir las voces y lamentos de quienes llamaban a Dios, guiados por el pastor sin sotana ni dalmática, vestido como tú, y los cholos aindiados y las sirvientas y los pocos señores cantando también y sabiéndose la letra de memoria, mirando las paredes de la iglesia de juguete, sin altares ni santos, y al fondo una gringa vieja dándole al pianito, incapaz de competir con el vozarrón de esos fieles puestos en pie, llamando lúcida e ilógicamente a Jehová.

Había como una mala suerte en ello, tantas y hermosas iglesias católicas de bellos altares dorados y efigies mostrando los corazones sangrantes, túnicas plateadas y rostros angelicales o desesperados, bajo cúpulas imitadas del barroco o renacentista, y acudir justamente ahí, a una casita cualquiera jugando a albergar a Dios y dejarse guiar por la prédica y los cánticos de un extranjero.

Pero aguantaste esa mala suerte y esperaste el final de la ceremonia. Toño se puso en la cola, saludó al pastor y aprovechó al instante para preguntar por Melisa o por cualquier Erickson, y de pronto lo llevaron a una esquina y lo rodeó media docena de fieles que decían por turno sí, por supuesto, conocían a los Erickson, sólo uno o una había vuelto a Estados Unidos, el resto seguía en el Perú, excepto el viejo, claro, había muerto catequizando en la selva, mientras su mujer predicaba en Iquitos, y el hijo estaba en Tumbes o Piura, no había certeza hasta que llegara un hermano (todos se llamaban hermanos), que sí lo sabía; y todos conocían a Melisa, había pertenecido a la parroquia o como se llamase de Barranco, oh ya estaba acercándose a ella, pero de Barranco se marchó a Huánuco, de Huánuco al Cusco, donde se había casado con un peruano, oh de nuevo el matrimonio se le enredaba entre las piernas, vaya con la costumbre de casarse que tiene la gente, pero no, no, las cosas se iban componiendo porque Melisa ya era viuda, en cierto modo como yo, pensaste, casado y viudo, dos estados civiles juntos, y del Cusco había pasado a Pucallpa, pero nadie sabía si estaba actualmente en Lima, ah no, claro que sí, el hermano Remigio lo sabe, dijo uno de los pocos hombres bien vestidos, y las muchachas sirvientas se prestaron en seguida a buscar a Remigio, que vivía en la otra cuadra.

Pero Remigio no estaba y tampoco tenía teléfono, aunque eso no era problema, que les diera Toño su número y que apuntara el de varios hermanos, así mantendría el contacto no sólo por esta vez, sino para que viniera más a menudo a la iglesia ¿verdad, hermano?

Las cuatro y media de la mañana, el despertador había sonado bien; pero, a juzgar por los cuerpos inmóviles y desparramados por el suelo y por los catres, quizá había sonado únicamente para él. Los fuertes focos habían seguido encendidos toda la noche. Apartó la frazada y quedó prácticamente listo, no se había desnudado al tenderse en el colchón, sobre el suelo; se puso los zapatos y se incorporó, aunque en una madrugada como ésta no podría bañarse, sería un día anormal hasta volver a casa, y además había olvidado su maquinilla de afeitar. Sin embargo, suspiró contento, era su último día de guardia ¿no?

Recogió la pistola prestada por el Encargado de Negocios (menos bella que la de Ismael), comprobó el seguro y se la metió bajo el cinturón. Entonces el cojo se movió y unos zapatos amarillentos sobresalieron por una punta de la frazada, muy corta para él.

—¿Ya es hora, jovencito?

—Sí, pase la voz a todos.

Las otras frazadas empezaron a encrespase, a escurrirse rápida o lentamente, según reaparecían los cuerpos vestidos y soñolientos. La mayoría de asilados usaba chompas cerradas al cuello; los dos viejos que habían usado los únicos catres pesados y antiguos quedaron con las piernas colgadas, meciéndose; su desaliño y sus barbas grises interrogaban extrañamente en aquel sitio que hasta la última semana, antes del golpe militar, era una biblioteca, pero que hoy parecía un cuartel o una enfermería improvisada.

—Tienen veinticinco minutos exactos —anunció Toño en voz alta—. Pronto les traerán el desayuno; vayan haciendo la cola para los cuartos de baño, hombres y mujeres por igual, no hay tiempo de separarlos; y no olviden arreglar sus maletas y revisar bien sus

cosas. Yo les avisaré cuando lleguen los camiones. Sólo entonces bajarán al patio.

Un rumor aprobatorio lo envolvió, pero ya él abría las ventanas y echaba mano de su lista de asilados; en las grandes vitrinas de la biblioteca, muy adosadas contra la pared, a fin de ganar el máximo espacio libre, se vio reflejado junto a esos desconocidos bolivianos, que quizá viajarían con él en un mismo rumbo, impredecible hacía unos días. Los retratos de César Vallejo y José de San Martín, cubiertos de lunas, devolvían igualmente esas imágenes de pobretones y humildes, que, sin embargo, eran los temidos enemigos del nuevo gobierno de La Paz .

Salió, y al bajar por la endeble y crujiente escalera rozó a Charito que subía con la primera bandeja del desayuno.

—¡Uy, doctorcito, casi, casi, me choca! —rió ella, siempre entusiasta—. ¿Ya puedo entrar?

—Sí, mujer —y se cruzó con esa increíble figurilla, casi una araña por su flacura; menuda como una niña y medio atentando como si no usara gruesos lentes, se deslizó por el pasadizo, empujó la puerta de la biblioteca con el pie y lo primero que hizo fue dar los buenos días.

Mientras desayunan yo me lavo abajo, pensó arrastrando su abrigo, e iba a entrar en el cuarto de baño al fondo de la oficina de los secretarios, cuando sonó el teléfono.

—¿Eres tú, Toño? ¿Quién más hay en la embajada?

—Sólo yo, don.

—¿Ya están listos? ¿Hay novedades? —volvió a preguntar el Encargado de Negocio.

—No, señor; en veinte minutos.

—Bueno, escúchame bien, no abras a nadie antes que a mí. A nadie, ni siquiera a los secretarios. Yo salgo ahorita.

De nuevo se encaminó al cuarto de baño sin soltar el abrigo, pero el timbre del patio lo hizo desistir. Se puso el abrigo, extrajo su peine y salió peinándose a la fría mañana que empezaba a clarear. El invisible perro de la portería ladraba en varios sitios de aquel amanecer, del aquel humo indeciso.

Una enorme reja cerraba el costado izquierdo del patio de cemento donde los funcionarios guardaban sus automóviles. Tras ella y justamente bajo el potente foco de la calle empedrada los esperaban unas sombras a las que movía la impaciencia, todas enfundadas en abrigos. Toño se guardó la llave en el bolsillo.

—¿Qué desean?

Los cuatro hombres se pegaron a la reja. El primero estaba mucho mejor vestido que los demás.

—Soy el subdecano del cuerpo diplomático. ¿Puedo entrar?

—Lo siento, señor, ya viene el Encargado de Negocios, es cuestión de dos o tres minutos.

—Muy bien —y el hombre se retiró junto a un automóvil de placa diplomática, cuyo chofer tenía la portezuela abierta. No había que temer por ese lado; pero los otros ya empujaban la reja.

—Abra, somos periodistas. ¿A qué hora salen los asilados?

—No se sabe, creo que mañana o pasado.

—Oiga, no somos tontos. Sólo dígame una cosa: ¿está San Román entre ellos? —Sólo eso y nos iremos.

—¿Y quién es San Román? —se hizo el ingenuo.

—¡Estos peruanitos creídos! —maldijo unos de los tipos, alejándose, pero las luces, el claxon y la camioneta blanca del Encargado de Negocios enfilando hacia la entrada lo devolvieron a la reja. Esta vez abrió la puerta de barrotes y dejó pasar al subdecano y la camioneta, pero no a los soplones; en el momento de cerrar descubrió en la esquina de Huachalla a una veintena de hombres, mujeres y niños merodeando por el edificio. El sol salía desde abajo y detrás de los cerros, desde donde ardía quieto y silencioso; y luego quizá los cerros rebajaban su altura, a fin de que la luz mineral, muerta ayer, resucitara hoy día. Pero la luz era aún mortecina.

—¡Toño, apúrate con los documentos! —gritó el joven Encargado de Negocios, entrando con el subdecano, en las oficinas.

Acabó de peinarse a la carrera y ordenó las fichas. Cada ficha con su fotografía, los datos personales y la firma del asilado. Caras serias, incluso desagradables, pero ninguna triste. Llevándolas cruzó el vestíbulo principal, y más allá de lo que debió ser el

comedor cuando la vieja casona era residencia del embajador, entró en el pequeño despacho.

—Ahí tiene usted, señor.

—¿Conoces al embajador de Yugoslavia? Le presento al doctor Flores; nos ayuda mucho en la embajada.

—¿Es usted médico? —preguntó secamente el subdecano, alto y recio, combatía el frío hundiendo la cabeza y adelantando varias veces los hombros, conforme daba un pequeño paseo por el despacho.

—No, doctor en letras; el médico es el agregado civil.

—Ah... —dijo el subdecano, frustrado.

—Enseña en San Andrés, pero nosotros lo robamos de vez en cuando y nos ayuda en todo, es una romana del diablo... —rió el Encargado de Negocios y lo palmoteó con fuerza—. Gracias por lo que has hecho, Toño, si queda un sitio en el avión puedes irte de vacaciones a Lima, ya sabes, no he olvidado tus deseos.

—Sí, el pasaje cuesta caro —dijo él, devolviéndole la pistola.

—Bueno, atención ahora —alzó la voz el subdecano, suspendiendo su paseo—. Así van a ser las cosas. Los camiones son dos y entrarán uno por uno en marcha atrás, pero cubriendo la entrada, y apenas se llenen, saldremos a toda velocidad a El Alto. Un pelotón del ejército cuidará la puerta y no debemos permitir que toquen o apresen a ninguno de los nuestros; la cancillería se ha comprometido a eso. ¿Estamos..? ¿Quiénes más nos ayudarán?

—Dos secretarios —dijo el Encargado—. ¿Cómo, todavía no han venido? ¡Si estos muchachos son de mamey con yuca..! —suspiró, molesto e indulgente a la vez—. ¡Mira, Toño, este embajadorazo luchó contra Hitler en las famosas guerrillas de su patria, él se las sabe todas! —y le golpeó también el hombro como había hecho con Toño.

—Y estuve en el Perú varias veces, tomando buenos pisco-sours y probando lindas mujeres —dijo secamente el subdecano. Ninguno se había quitado el abrigo ni buscaba sentarse. El Encargado de Negocios invitó cigarrillos; por la mañana, recién afeitado, se le veía aún más rojizo, huesudo, largo y caballuno que de costumbre. Más

alto que Toño, apoyaba una mano en su hombro cada vez que se le acercaba.

—Me han preguntado si teníamos a San Román —dijo él. —¡Esa fiera ya debe estar en Paraguay o Argentina! —levantó los brazos el subdecano—. ¡Es más vivo que cualquiera! ¡Ninguna embajada se atrevería a asilarlo!

—Hay que tocar madera —dijo el Encargado de Negocios y tocó por tres veces su escritorio con los nudillos.

Charito surgió en el antiguo comedor y le hizo una seña; sus gruesos lentes brillaron con el gesto.

—Le he puesto el desayuno encima de su mesa —susurró.

El té con leche estaba tibio, pero el pan era una delicia, moreno, con mucha miga y untado de mantequilla. Casi como el de tu tierra, Toño.

—¡Ahí llegan los camiones! —el Encargado pasó como una exhalación ante la puerta, seguido del subdecano. Toño apuró un trago y un mordisco más y no se demoró sino algunos segundos; pero ya por la escalera bajaban en tropel los cuarenta asilados, arrastrando bultos y maletas, mientras afuera brotaban claxones, rugidos de motores, voces desconocidas.

—¡No, ustedes esperen aquí, no se muevan!, —voceó, echando llave por fuera y corriendo hacia la reja de cuyos barrotes se habían prendido los secretarios de la embajada, además de uno de los soplones de un jefe militar, en tanto crecía el gentío detrás del primer camión. Cuando abrió, se armó un revuelo en el mismo umbral y aun los soplones quisieron meterse.

—¿Cómo es posible que lleguen a esta hora?, —gritaba el Encargado a los secretarios—. Así no, metan el camión al revés, mandaba el subdecano. Embajador, estoy a sus órdenes, tengo mi tropa en la calle, dijo saludando el capitán o mayor. Toño desconocía las insignias bolivianas. Rápido, saca a los asilados, el vozarrón del Encargado lo impulsó y corrió y abrió la puerta de las oficinas, y la avalancha de hombres, mujeres y niños se vació al patio, arrastrándolo; pero el primer camión tardaba en dar la vuelta para encajar su plataforma en la entrada.

—Capitán, que su tropa rodee los camiones. Sólo veo uno, ¿dónde está el otro?

—Ahí, señor, no se preocupe —pero el gentío de la calle giraba igual que los camiones, y cuando la maniobra iba a completarse, una parte del gentío apareció delante de la reja.

—¡Fuera, largo! —mandó el capitán, que de golpe se pareció a Ismael: tenía su misma edad, ademanes violentos le dejaban arrugas y muecas extrañamente duraderas, como dibujadas en una pizarra. Por las voces de la muchedumbre, Toño dedujo que había dos grupos, los que despedían a sus familiares, y los manifestantes en protesta contra la embajada y sus refugiados. Hay que separarlos, mucho ojo con éstos de atrás, capitán, dijo él, y los tres soplones corrían de un lado a otro y los cuarenta asilados invadieron el patio y empezaron a subir al primer camión, pero sólo unos pocos podían con la plataforma, estaba muy alta, las mujeres y niños se rezagaban y qué esperan ustedes, gritó el Encargado a los secretarios, traigan una silla, un banco, lo que sea, pero muévanse, y el hombre flaco y caballuno cargó a una mujer gorda, las gordas te persiguen, Toño, y fue divertido cómo le hizo dar una vuelta en el aire, una descomunal muñeca con las piernas arriba, y la sostuvo a duras penas hasta que pisó la plataforma.

—¡Ustedes, fuera! —de nuevo el subdecano se enfrentaba a la manifestación—. ¡Su gobierno ya aceptó la salida y les dio el salvoconducto; no deben ser más papistas que el Papa! —y el primer camión partió rumbo a El Alto, menos mal. Sólo faltaba el otro, que tampoco debía atropellar a la muchedumbre ni ésta entrar en el patio, y los restantes asilados se prepararon como para un abordaje, y Toño debía empujarlos y contarlos según las fichas arrugadas en sus manos; parecía que la cosa saldría con altibajos, pero más o menos bien, hasta que vio colarse al primer soplón, el camión frenó para no aplastarlo, y ahí no más aprovecharon algunos manifestantes y las carreras y voces menudearon, y los asilados, en vez de subir, estaban abrazando y despidiéndose de los suyos, y los soplones ya metidos entre ellos, liándose a puñetazos con los secretarios, y Toño había perdido de vista al subdecano.

—¡Toño! ¿Cuántos faltan? ¡Basta de abrazos y peleas! ¿Quieren quedarse, entonces? —y el Encargado y Toño, recogiendo las fichas del suelo, debían mantener al grupo y rechazar a los atacantes, no, capitán, aquí no entran sus hombres, esto es territorio peruano, déjenos a nosotros solos. Ahora los difíciles de reducir eran los asilados que, dirigidos por el cojo, peleaban contra sus enemigos, dale, se animaban, aquí no pueden meternos presos, ése fue el que me denunció, déjame a mí, y menos mal que los secretarios también hacían su labor, y las mujeres y niños llamaban a los hombres desde el camión, que subieran de una vez, y el bando de los soplones iba disminuyendo, huían a la calle y en la puerta el capitán y sus soldados los recibían a culatazos.

—¡Ya están todos! —jadeó por fin él, un soldado cerró la plataforma y el camión partió dejando el patio casi vacío. ¡Yo también subo a El Alto, espérame!, fue la última orden del Encargado de Negocios, marchándose con los secretarios y el subdecano, y él apenas tuvo fuerzas para cerrar la reja. ¡Doctor, doctorcito, venga!, chillaba Charito, desde el pasadizo que daba a la Seis de Agosto, a un jardín invisible desde la entrada. ¡Mire lo que le han hecho al viejo! Desde el patio tampoco podía verse nada, pero el cuerpo estaba tendido bocarriba en el pasadizo, y una mancha le dibujaba, a través de la camisa, un estómago enrojecido y viscoso. Lo hirió uno de esos tipos de abrigo, dijo ella, y no sólo eso, sino que le robó su atadito donde llevaba mucho dinero, ayer le oí hablar a los asilados, el viejo no se desprendía de él. ¿Y por qué no me avisaste, mujer? Grité como una loca, pero nadie me oyó, fíjese, doctor, hasta me duele la garganta, y le tomó una mano para que sintiera su cuello ¿No era político, entonces?, exclamó él, pero me dijo que lo perseguían, que había estado en la cárcel.

—Quién sabe, don, pero también lo confundían con San Román, a lo mejor trabajó en su policía; o quizás era un avaro que quería pasaje gratis a Lima, aprovechando el cuento del exiliado; ya no se puede confiar en nadie en estas revoluciones. ¡Ay, mi pobre país..! —y Charito suspiró ingenua y risueñamente.

Otra vez a abrir la reja, a explicar al capitán que se parecía a Ismael el incidente, y de nuevo un gentío más pequeño en torno a

ellos, del que se desprendió un muchacho, casi un niño, y su puñetazo veloz aunque suave pasó ante la cara del capitán. ¡Tú mataste el otro día a mi papá, perro!, y entonces Charito y él interponiéndose entre el muchacho y el capitán, diciéndole métete en el patio, no seas zonzo, ahí no pueden tocarte: hubo que hacerle entender a empujones, pero ya el capitán y dos soldados lo habían rodeado, y Charito aquí no, esto es una embajada, ya no estamos en Bolivia sino en el Perú, y los tres uniformados a arrancar al chico de las manos de Toño, y a arrastrarlo innecesariamente, no podía ser peligroso para nadie, a sacarlo a empellones, y Toño y Charito lo sostenían de las piernas, sólo medio cuerpo había entrado a la embajada y la otra mitad recibió el culatazo, innecesario, demasiado ruidoso y paralizante, que demudó al chico y lo aovilló en el suelo.

No faltaba más que limpiarse las ropas y esperar al Encargado de Negocios, aunque volvió primero el automóvil de los secretarios, qué ha pasado, tenemos adentro a un herido, cómo fue, sucedió adentro o afuera, tienes que acordarte, Toño, es muy importante, y ah me olvidaba, Guillermo dice que hay un sitio para ti en el avión, y Charito váyase no más a Lima, yo llevaré al viejo y al muchacho al hospital, y el viaje será gratis, pensaste, te ahorrarás doscientos dólares y volverás con Martha, menos mal que te pagan en especies, sí, ahí viene un taxi, tómalo rápido, el avión no espera, y desde dentro del taxi pudiste ver que metían al muchacho en el auto de los secretarios y el taxi pasó junto al joven capitán que te recordaba a Ismael y que te miró con odio supremo, pero absolutamente inútil.

¡Vaya, Toño, las cosas que te pasaron por errante! ¿Habrías trabajado en cualquier sitio de América Latina, ¿verdad? ¿Y qué son los accidentes para una romana del diablo?

16

El día esperado, la mañana decisiva después de muchas semanas entre la cama y silla de ruedas. Muchas semanas, porque las cosas se habían complicado. Al cumplirse el segundo mes había vuelto a la clínica y el doctor Barrós, saludable y de precoz pelo blanquísimo, empuñó sonriente la sierra que rompería el yeso y cuyo zumbido le penetraría aún más que el taladro de un dentista; pero cayó el molde y el médico le levantó la pierna, estudió la radiografía y dijo le pondré otro yeso, va muy bien para lo que ha sido, pero todavía falta.

Y el segundo yeso significó cuarenta días más entre la cama y la silla de ruedas, si bien finalmente cayó en manos del kinesiólogo. Fue una buena señal. El hombre fornido, silencioso y de bigotillo negro sabía ejercitarlo con las muletas. Toño lo recibió listo y a la primera orden se ponía en pie, de espaldas contra la pared, lo más rectamente que pudiera, y allá emprendía la marcha acompasada con las muletas adelante, atrás y a los lados, o se dejaba caer peligrosamente de bruces, usando sólo las muletas para detener el choque, la catástrofe. La pierna enyesada sabía que por nada tocaría el piso y por ello su cuerpo se había ladeado, los hombros debían recuperar su nivel y lo mejor era entrenar ante el espejo. Ése era el segundo ejercicio, avanzar y retroceder, pero sin desnivelar los hombros ni cargar las espaldas. En pocos días lo había aprendido.

Ayer mismo había ensayado lo más difícil, bajar por la empinada escalera de retorcidos y angostos peldaños y visitar la planta baja como después de un largo y extraño viaje. Y ahora saldría finalmente a la calle. ¿Está seguro de que puede?, sonrió el hombre del bigotillo. Ha avanzado mucho pero depende de usted. Vendré mañana temprano.

A las nueve sonó el timbre. Dejó la silla de ruedas en el escritorio, cuyas ventanas gozaban de una luz potente, un cielo añil, limpio y cercanísimo, y tomando las muletas empezó a bajar solo por los retorcidos peldaños, a fin de abrir él y no Reneé. Por la mañana clara y soleada había rechazado el abrigo. Desde abajo, Martha gritó y quiso ayudarlo. Déjame solo, mandó, y ella se quedó retorciendo sus manos conforme remaba, apoyando las puntas de jebe por el delgado y peligroso camino. Sólo dudó una vez, casi enreda una muleta en la franja de alfombra que recorría la escalera; pero cuando acabó el descenso, Martha y Reneé lo recibieron con aplausos. Sin sentirse halagado cruzó ante ellas y abrió la puerta.

—¡Oh, magnífico..! —dijo el kinesiólogo, tras una pausa—: Tiene usted razón, yo también me quitaré el abrigo.

—¿Lo ayudo por la escaleras de piedra, señor? —se ofreció Reneé.

—Nada, nada. ¿Está usted listo? ¿Empezamos?

—Lo que usted quiera, yo lo sigo —sonrió el hombre.

Entonces vinieron los anchos peldaños de piedra para descender al jardín, exigiéndole remar más ampliamente e inclinarse casi en las gradas.

Medio fatigado, miró apenas a Rocky que le meneaba la cola y quizá sonreía entre fuertes ladridos que sacudían el aire. Y finalmente abrió la puerta negra y metálica.

—Adiós —tuvo que mentir—, me voy a la oficina y regreso a la una.

—Cierre usted —añadió, y cuando quedó afuera supo que todo lo había previsto menos el desnivel de la calleja, esa dura cuesta que lo llevaría hasta la Veinte de Octubre.

No era una cuesta —como las otras, estaba sembrada de collotas, esas pedrezuelas redondas y resbaladizas. Entonces eligió la estrecha acera por donde no podrían cruzarse dos hombres; así eran muchas callejas de La Paz, así le gustaban, las callejas trepando como culebras por los cerros, los techos de calamina espejeando al sol y él creyendo vivir en la sierra peruana. Hoy renegó de esos senderos de cabras. Pero la acera de cemento fue aún más resbaladiza que las collotas. Volvió a la calzada, eligiendo

esta vez las juntas entre las piedras, ahí donde la lluvia y el viento habían fraguado hoyos y declives de mil formas, una maravilla para un observador paciente, no para él. Con remadas fuertes y amplias de las muletas fue subiendo y subiendo, pero cuando llegó a la cinta transversal de asfalto tuvo que detenerse, jadeando.

—Descanse, lo ha hecho muy bien —dijo el kinesiólogo, sonriendo a su lado y cerrando los ojos ante la tremenda luz de aquella mañana.

—Vamos hasta la plaza Abaroa —dijo él tras un rato, en una decisión heroica, fijándose un límite por el lado derecho, pero también ahora, apenas reinició la marcha, supo que no podría hacerlo; también se había equivocado al suponer que se trataba de un terreno llano. Exigiéndose, cruzó delante de la colchonería, del pampón donde se guardaban y lavaban coches, de las pequeñas tiendas atendidas por viejas indias pollerudas, que sólo exhibían pan, caramelos y chucherías. Luego vendrían las pobres casuchas sin ventanas, las puertas apolilladas y carcomidas, varias veces mal parchadas con tablones. Así era La Paz, las buenas casonas como la alquilada con su primer sueldo de asesor se mezclaban indistintamente con las covachas.

—¿Ya quiere usted volver? —lo picó de nuevo el hombre, pero él dijo no, descubriendo abierta la iglesia adonde Martha iba los domingos, mientras Toño, fiel a sus principios, se quedaba en la terraza, asoleándose ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Jamás había entrado ahí, la miraba con el rabillo del ojo, como a todas las iglesias; ante ellas seguía de largo, pensando aquí es donde se engaña a la gente, donde les cortan las alas, donde los vuelven cobardes por la lucha por los verdaderos principios. ¿Entraría? Ya no aguantaba más. Se detuvo; el peso del cuerpo, cargado sobre la pierna buena, le creaba en ella un mar de hilos fríos y punzadas ardientes; el muslo y tobillo sufrían con la promesa de un banco allá lejos, en la plaza Abaroa. ¿Por qué tuvo que romperse la pierna? ¿De quién había sido la culpa, suya o del chofer del jeep? Jadeó, recordó, salió casi de nuevo de la embajada donde había ayudado esa tarde; llevaba a "El Diario" el aviso para reunir a la colonia peruana el 28 de Julio, sólo habría butifarras y cerveza, los fondos

del gobierno de Lima no daban para más, pero eso no decía el aviso, claro. Había cruzado ya el húmedo empedrado de las Seis de Agosto, la lluvia no molestaba mucho aún, pero pensó no tengo suelto, el chofer del colectivo no me cambiará mis únicos cien pesos; tuvo, pues, que volver a cruzar la calle mojada y triste. El cielo se encogía ennegreciendo rápidamente; esperó a que un ómnibus o camión (sólo vio la sombra) pasara ante él y entonces se metió en la calzada reluciente y en la apatía de una tarde fea que al fin acababa, y ahí no más vino el golpe, la pierna levantada para defenderse de la sombra, las vueltas que dio por el aire, el mazazo en la cabeza, pero ahí estaba él, mareado aunque de pie, con una pierna encogida y flotante que no debía ponerse en el suelo, y varios bolivianos que decían es un residente, un residente, vamos a llevarlo a su embajada, y cuando lo cargaron el hombro derecho se le cayó adelante y su cabeza dolía y zumbaba por dentro, era un silbato largo, fino e interminable. Sí, fue una suerte haber salido de la conmoción cerebral, de la clavícula y pierna rotas, del mareo y del qué pasó realmente. ¿Y si hubiera muerto, y si hubiera quedado cojo, y si todavía la pierna no acabara de soldar y se hubiese producido ya un acortamiento? ¿Y qué habría hecho Martha sin él? ¿Dónde lo habría enterrado, aquí o en Lima? Aquí sin duda, no tenían dinero para gastos extras y en la embajada no le pagaban, era un simple asesor que ayudaba en sus horas libres; vivían sólo de su cátedra en San Andrés. Se habría quedado, pues, para siempre en La Paz, una especie de Cusco o Arequipa, aunque en verdad no le gustaba para morir.

Inmóvil, apoyado en las muletas, sudaba indeciso. Ahora no sólo le fallaba la pierna buena, sino la clavícula, soldada hacía tan poco, resentida por el ejercicio. Se limpió el sudor con el pañuelo, pero todavía no quiso mirar la iglesia abierta.

—Mejor entremos a descansar —dijo el kinesiólogo.

Así ya le pareció otra cosa, era una invitación, no una iniciativa propia.

—Bueno, pero sólo un ratito... —y lo dijo después de diez o quince años de haberse negado a dar aquel paso, no estaba mal, era un récord ¿no?

Sentarse en la última banca fue un alivio, estirar la pierna enyesada, apoyar la otra en la cinta de madera y recostarse así sobre el respaldo, como saliendo de un precipicio. Su cuerpo se fue aquietando y enfriando plácidamente, hasta que ya no tuvo más pretexto y miró a derecha e izquierda la iglesia funcional, moderna, luminosa y de higiénicas bancas de madera desmanchada, y desafió también el altar mayor. ¡Oh, al fin ya no miraba como el niño de Huaylas o La Pampa, buscando a Dios, los miserables altares mayores, mal pintados de purpurina y con dibujos campesinos, de ángeles y santos sobre tablas arqueadas, rotas o rajadas, o sobre lienzos colgados en las frías paredes, pero de algún modo escondidos, huyendo de la luz; y los fieles, en su mayoría indios, arrodillados o tumbados por el suelo sufriendo en silencio o llorando a gritos sus desdichas, llamando en vano a sus muertos, así como Martha lo hubiera llamado en esta iglesia y no en otra! Martha aquí sola y desgraciada y él durmiendo el sueño del que todos hablan, conociendo por fin la muerte sin supercherías, suposiciones ni libros, cara a cara, dormido o inexistente, o sobreviviente, o convertido en puro espíritu, siendo lo que se llama nada, habiéndose despedido de la tierra con un golpe en la cabeza y nada más, y para siempre, oh al fin le habría llegado a él también tocar ese límite, esa pared que temblaba.

Lo sacudió una convulsión, las lágrimas le saltaron por el increíble camino del corazón estrujado, los puños temblorosos, la noche en pleno día. Qué débil soy, pensó, qué poca cosa, un accidente del que salvo y estoy llorando. Y yo me creía haber superado estas cobardías y temores de la muerte.

Y lo más peligroso resultaba ser que por el camino de esos pensamientos surgía una tierra de nadie, otro límite más allá del cual era fácilmente probable la tentación de empezar a creer en la posibilidad de Dios, el único tentador, la posibilidad de una perfecta soledad humana, imposible de manifestarse, ya que precisaba de una compañía, de un enorme calmante, de una gigantesca ayuda. Así el hombre se mezclaba y revolvía él mismo con la tentación, y el producto era una presencia acompañada, o quizá una ausencia satisfecha. No, por ahí surgían muchas y enormes ambigüedades,

sueños convertidos en realidad, realidad transformada en humo. Y el proceso de aquella tentación era el mismo que cuando él, de niño, se había sentido penetrar en la terrible esfera del Mal, sólo que ahora seguía la dirección opuesta, que no tenía por qué ser la mejor; de todos modos el asedio contra su libertad e independencia era igualmente peligroso. No, él prefería la luz, la duda, el defenderse de ambos monstruos, la tierra del hombre con todas sus pequeñeces .

—¿Ya se siente bien? —sonrió el hombre a sus espaldas—. Siga descansando, tenemos tiempo.

La voz fue suficiente para rehacerse. Se compuso el saco y se irguió rápidamente.

—Vamos hasta la plaza y esta vez sin parar —y pensó qué bien, ya pasó, no he recaído, ha sido un recuerdo automático, nada serio. Con el tiempo ni siquiera esto se repetirá.

17

—A Mónica la pide esta noche su novio —anunció Martha, pero ya Toño la había invitado para ir a bailar—. ¿Crees tú que debemos..?

—¿Y acaso ella me invitó a mí?

—La verdad, tampoco yo quisiera ir. Tienes razón. Será un mano a mano entre mis vejestorios y los de Lorenzo.

—¿El del carrito rojo?

—El mismo chinchoso que viste y calza.

—Pues mejor, así no le veremos ni el polvo.

—Listo, entonces a las seis en la Brasil. Chau.

Era un día festivo y por eso, al volver a cambiarse en el departamento, halló a Ismael dando vueltas, siguiéndolo hasta el dormitorio y el cuarto de baño.

—¿Y tú qué haces acá? —rió—. ¿Por qué no sales?

—¿Y no vas tú al cambio de aros? —se extrañó su primo.

—Mónica no me ha invitado.

—Pues a mí tampoco, pero voy a ir.

—Que te aproveche.

—Yo creo que debemos ir juntos.

—Y yo creo que no —dijo él y siguió atándose los pasadores, echándose desodorante, peinándose ante el viejo espejo manchado de pecas. E Ismael que merodeaba en torno suyo.

—¿Qué te parece Lorenzo?

—Un pendejo —dijo Toño—. Pintón y vividor. Sin duda el auto rojo no es suyo y tampoco creo que tenga el puestazo que dice en la firma de importaciones. Habrá olido dinero del viejo Alberti y se enredó con Mónica, eso es todo.

—¿Cómo puedes hablar así de ella? —y sintió el primer manotazo de Ismael en muchos años.

—Porque es muy posible —reaccionó en seguida, molesto por el atrevimiento, y luego sí decidió abrir la boca, ya Mónica se casaba, había hallado un manso—. Metido en el cuartel ignoras lo que sucede en el barrio —sí, se animó a medias ante el idiota de Ismael, no iba a contarle todo, pero fue en vano, según se vio después—. ¿Qué crees que pasó la otra noche? A la una de la mañana me tocaron la puerta Bolita y Martha. ¿Qué pasaba? Que Lorenzo tenía a Mónica dentro del auto rojo y no sabían cómo decirle que ya era tarde y su viejo la llamaba. ¿Sabes cuántas veces tuve que tocar la ventanilla para que ese desgraciado se arreglara el pantalón y me abriera? ¿Y sabes lo que vi a través de los vidrios y cómo me rogaba Mónica para que no les contara a sus hermanas? ¿Lo sabes? ¡Y en carro llamativo, y en plena calle, ni siquiera en un hotel! ¿Eso es querer a una novia..?

Toño se sintió un chismoso, pero terminó gritando y pegándose demasiado a su primo, como si lo desafiara, cuando sólo quería abrirle los ojos, que desistiera de una vez...

—Bueno —admitió Ismael, vencido, temblando, pasándose la mano por la cara—; pero justamente por eso debemos alegrarnos de su matrimonio.

—¿Alegrarnos? —hizo una mueca Toño.

—Ella se muere por casarse y desde hace tiempo no habla sino de la hermosura de tener hijos —susurró repentinamente Ismael; su voz fue apenas audible—. Nosotros los cuatro hemos sido bien unidos y quizá también esta noche...

—Lo siento, hermano, pero a mí ese Lorenzo... Chau, ya me dirás cómo fue la ceremonia.

Y se lo dijo a medianoche. De vuelta de bailar hasta empaparse de sudor, Toño se había duchado y acostado sin pensar siquiera en la loca, que al fin se casaba y que ya no era un peligro por eso de que creo que tengo un hijo y otras cosas, y que tampoco era ya un estorbo entre su primo y él. Pero Ismael se lo contó, a medianoche, en dos palabras y en un desorden completo, tras despertarlo sin miramientos y pidiéndole además vestirse y acompañarlo, todo de golpe y sin decirle adónde.

—Un momento, poco a poco, vamos por partes... —debió ordenar su cabeza, sus prendas alborotadas por la cama y la silla—. Dime, cuéntame...

Y se lo contó. Ismael había llegado el primero a la fiesta del cambio de aros y por una media hora había fumado solo, paseando por el salón reluciente y admirando la platería y los arreglos de flores. Cuando llegó Pantoja, el marido de Bolita, se sintió mejor aunque le miraba de reojo la cicatriz del cuello, esa culebra deforme y a ratos movediza; el hombre bajo y apacible graznaba al hablar, pero en cuanto uno se acostumbraba a la culebra y al graznido, Pantoja resultaba ser una buena compañía: había viajado por todo el Perú y sabía de fronteras y ríos como nadie. Quizá Ismael debió haber aprovechado muy bien esos temas, tan necesarios en su carrera, pero sólo a ratos le oía. En su ansiedad, oyó más bien el timbre y aun abrió e hizo entrar por el sitio indebido a los mozos, que traían algunos bultos bajo el brazo. Un rato después, ya uniformados, los mozos le ofrecieron el primer whisky y el primer canapé de caviar apenas salieron a recibir los padres de Mónica. Canosos y arrastrando mucho los pies, panzones pero elegantes, él de terno azul y corbata plateada, y ella de gasa beige y demasiadas joyas, una costumbre de familia, lo saludaron ascendiéndolo, hola, capitán, gusto de verlo, para luego sentarse en su rincón preferido; el viejo se desabotonó el cinturón y media bragueta para sentirse cómodo, y ella estiró la pierna izquierda sobre un mullido taburete. Así, en el ambiente quieto y medio desierto, tronó la voz del viejo que padecía una incurable tos de fumador:

—¿Y dónde carajo están los jodidos de mis yernos y nietos? ¡Oiga, mozo, sirva los tragos, en esta casa no se espera a nadie!

—Calla, loco, y amarra al perro —dijo su mujer.

El señor Alberti detuvo su fingida cólera, pero todavía gruñó al oír la procesión de automóviles que traía a sus yernos Bacigalupo y Ferruccio, y con ellos a sus hijas Esther y Pichusa, y a sus muchos nietos, que ya tenían diez o doce años. Como pasando revista en un desfile, el viejo recibía besos y bromeaba con grandes y chicos. Ismael seguía siendo el único ajeno a la familia, pero todos lo

conocían, incluso los nietos, y pronto los hombres formaron su grupo y las mujeres el suyo, y sólo faltaban los novios.

—¿Y qué me dices tú, capitán Blood? —lo llamó el viejo en su racha de buen humor, por entre las carcajadas de los demás—. ¿Y cuándo te casas, flaco? Ahí lo ven ustedes... —señaló a un Ismael nervioso y azorado, jamás podía responderle con ingenio, el gordiflón se las ganaba todas—, parece un San Martín de Porras, tranquilo y calladito, ni siquiera es blanco como nosotros (Ismael rió a desgana, qué remedio, le disgustaba su propio aspecto de cholito negruzco y lampiño), y sin embargo mañana será general y ministro; ninguno de nosotros podrá, pero él sí, como el cholo Odría, carajo... —se sacudió en el asiento— ¡Yo estoy con Odría y el que diga que no es un rosquete! —las carcajadas volvieron a estallar—. ¡Ven, capitancito de café con leche, toma un trago conmigo! Éste y Toño son buenos muchachos, yo los quiero mucho... —y lo abrazó rudamente, abofeteándolo con cariño—; llegaron al barrio sin nada en las manos y ahora tienen su carrera y su ambición. Así comencé yo, pasé la marimorena hasta tener mi primera botica... —y hubo una pausa, la voz vibró, una hija del señor Alberti susurró "uy, le da la llorona", pero el viejo se rehizo—: ¡Llegarán lejos porque se parecen a mí! —y otra tempestad de risotadas—. ¡Salud, ociosos! ¿Qué hacen sin mover el codo? ¿Y dónde está la novia, esa hija respondona que tengo?

La risa del viejo era un trueno que lo llenaba todo y era de ver cómo sus hijas, yernos y nietos seguían pendientes de su palabra, en un diálogo que alegraba y entristecía a Ismael, por carecer de una familia como ésa. Tostado por el reciente verano y vigoroso, como un joven, a sus cincuenta años, Ferruccio, el industrial de la familia, de gran reloj de oro, chaleco chillón y americano, y perla en la corbata, hablaba casi exclusivamente de negocios ("ahora les recomiendo meter la plata en..."); y su otro tema, cuando sonreía secamente, eran los chistes picantes. Viéndolo, nadie podría pensar que dirigía su fábrica de jabones y aceites, productos incapaces de manchar sus impecables trajes. Al revés de él, Bacigalupo, dueño de una cadena de bodegas, informal, deportivo y espontáneo, odiaba las corbatas, prefería las camisas a cuadros y las casacas, y

era el afectuoso de la familia, abrazando a todo el que hablara con él y recordando lo mínimo que se le dijera la última vez. Había traído el saco y corbata al brazo, pero los había dejado en una silla.

De pronto se oyó el timbre, un toque más largo que el habitual y todos callaron. Bacigalupo corrió a ponerse el saco. La señora Alberti ahogó un suspiro de emoción, se puso en pie y susurró persignándose ¡al fin, Dios mío, casaré a Mónica, ya puedo descansar después!

—¡Si no toco así ni me miran! —exclamó divertida Bolita, la mujer de Pantoja que vivía con su marido y sus padres en la propia casona, entrando como si fuera una invitada. Menuda, redonda y alegre, merecía su apodo al extremo de que Ismael jamás había oído su verdadero nombre. Su traje de raso la envolvía como a un paquete de regalo; sólo le faltaba las cintas—. ¡A ver, salúdenme, háganme una venia, les toca atenderme a mí, que toda la vida les sirvo tragos en la sala y platos en la mesa! —y la gordezuela se pavoneaba ante las risotadas de la familia.

De nuevo sonó el timbre.

—¡Abre, payasa! —gritó su padre y ella obedeció cumplidamente—. ¡Se la hicimos, Mónica! —aplaudió, porque esta vez tampoco había llegado el novio, sino Mónica, escabullándose por el garaje a fin de usar la puerta principal. La señora Alberti se sentó oprimiéndose el pecho, mientras Ismael temblaba de admiración por Mónica y aplaudía también hasta quedarse solo batiendo palmas. El largo traje de gasa, amplio y celeste, aumentaba la buena talla de Mónica y escondía muy bien su incipiente gordura, y el resultado era una artista de cine, que para Ismael era el máximo elogio, una mezcla de Ingrid Bergman y Ann Sheridan, sólo que un poquito gruesa. Ella avanzó por en medio de sus parientes sin que todavía Ismael viera su rostro. Cuando se volvió, el efecto fue aún mejor: la radiante sonrisa, los rubios y largos cabellos ordenadamente revueltos, las cejas negras como usaban las Alberti, el amplio escote de magníficos senos y el mentón gordezuelo y juguetón. Triste, pero también de algún modo feliz, Ismael imaginó ser el propio novio.

—¡Vamos, el champán..! —resurgió el vozarrón del viejo—. ¡Voy a brindar por la más linda de mis hijas! ¡Así, no más, entre nosotros, mientras no llega el que sabemos..!

—¡Y yo por el más guapo de mis novios! —respondió Mónica, besando complacida a su padre.

—¿Y a qué hora viene ese suertudo? Creo que nos está cojudeando —deslizó el señor Alberti al oído de su hija.

—Nada de lisuras esta noche ¿me has oído? —se encrespó ella—. ¡Y ciérrate la bragueta, no seas indecente! —pero, en el mismo instante en que su seriedad había domesticado al viejo, Mónica soltó la risa.

Cojeando y balanceándose por la gordura, el señor Alberti tomó del brazo a Ismael y llamó ¡vengan, vengan, les voy a enseñar lo que compré para estos días, todos quedan invitados! Ismael no había visto comer a los Alberti, pero sabía por Toño de su gran voracidad y del espectáculo que animaban en la mesa. Sin embargo, quedó deslumbrado en cuanto el viejo abrió primero el gran congelador de tipo comercial, que había en el office, luego el enorme refrigerador de la cocina; y eso que al parecer no lo veía todo, sino únicamente cabritos y corderos descabezados, pollos, pavos como en una tienda, quesos y jamones de variadísimas clases, y aun cuyes y conejos que le gustaban mucho. ¡Ah, y que pasaran a ver los potajes de esa noche, y el señor Alberti, copa en mano, cojeó señalando el menú de seis platos y cuatro postres que preparaban tres cocineros uniformados.

—¿Y cuántas personas van a venir? —preguntó Ismael, admirado.

—Sólo nosotros, más Lorenzo y su mamá —dijo Mónica sin mirarlo, como recordándole que no había sido invitado.

—Bueno, bueno, ¿y quién dijo salud? ¡Más champán! —volvió el viejo a su sitio—. Estoy contento, la verdad es la verdad, aunque sea del enemigo. Ahora sólo falta que se case Martha para yo dedicarme a mis vicios de juventud.

—¡Martha ha salido de nuevo con Toño! —chilló Bolita—. ¡Y seguro que habrá boda también por ese lado!

—¡Papá querido..! —Mónica entrelazó sus dedos con los del viejo —. Eres un plato, si fueras soltero me casaría contigo...

—No, pero puedes ser mi amante, la que tengo no funciona. ¿No es cierto, vieja..? —y rió buscando a su mujer.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué pasará que no llegan? —se retorció las manos la señora Alberti.

—Tranquila, mamá, voy a llamar por teléfono —anunció Bolita.

—Yo te acompaño —dijo Ismael y así pudo conocer el saloncito interior y los cuatro dormitorios, cada uno tapizado de un color diferente, según los muebles y cortinas. Viendo por fuera la casona, y en ese barrio, nadie hubiera supuesto lo confortable y elegante que era.

—Este teléfono no quiere funcionar, vamos al otro —dijo Bolita y lo llevó al que debía de ser el dormitorio de Mónica, claro que sí, ahí estaba el color celeste predominante, sus numerosos retratos en marcos de plata blanca y negra, y sobre todo la cama, de cobertor sedoso, ancha y sensual al punto de excitarlo—. ¿Aló? ¿Cómo dice? ¿Que salieron hace media hora? Bueno, muchas gracias ¡Vamos, Ismael, sin duda ya estarán por llegar..!

—¡Basta, papá, no friegues tanto! ¿Me oyes? —el grito de Mónica había detenido la alegría del salón.

—¡Pues yo me siento a comer, ese novio tuyo es un malcriado!

—¡Y tú, un comelón de primera! ¡Mamá, dile que espere!

—Miren quién habla... —de nuevo cambió de humor el viejo, dirigiéndose divertido a su familia—. ¿Se acuerdan del campeonato de tallarines del otro día? ¿Quién ganó? ¿No fue Mónica?

—¡Vamos, cállense ya los dos! —intervino la señora Alberti, cortante y molesta—. ¿Por qué no llegan, Dios mío? ¡Puede haberles pasado algo! ¡Qué los chicos coman sándwiches en la cocina y los hombres sigan bebiendo, pero nadie se sentará a la mesa!

Tras un aplauso general renació la fiesta. Tambaleante y risueño, el viejo pidió perdón a su hija, besándole ambas manos.

De pronto, Ismael se decidió, tenía que decirlo, quizá había una esperanza, quizá el retraso del novio era un signo favorable, debía aprovecharlo, y buscando a Esther, la hermana mayor que siempre

lo había tratado por encima del desnivel social entre sus familias, empezó algo así como una campaña de desprestigio del novio, la noche iba despintando al malcriado, al descortés, al incumplido, al grosero, y entonces se animó, y pasó al círculo de hombres y fue dándose maña para arrinconarlos uno en uno, y entre el champán y el whisky continuó la campaña: ¿cree usted realmente que Mónica hace bien casándose con ese tipo, usted lo conoce, sabe sus antecedentes, no cometerá ella un error..?

—Yo no me meto con Mónica, tiene genio muy fuerte —le respondían en diversos tonos.

Luego se arrepintió: no había más remedio, sólo cabía aprovechar el champán francés, lástima que Toño no estuviera con él, divirtiéndose del único retrato que formaban los Alberti, incluso los niños, unos tipos de película o mejor de circo, las barrigas notables, las mejillas sopladas, la boca fina, sin labios, el mentón difuso, los ojos verdosos y torpes, las nalgas subidas a la cadera, he ahí las marcas de la tribu en que buscaba meterse y no podía hacerlo por ningún resquicio.

En un instante, de pie y sin aire soñador alguno, inclusive conversando normalmente, soñó que Mónica y él estaban ya casados y que su nueva familia celebraba una fiesta, un cumpleaños: un momento más y Mónica vendría a tomarlo del brazo y con una simple presión de sus dedos le pediría que se fueran juntos y solos. No, espera un poco, dijo él. Vamos, estoy aburrída y cansada, hizo ella una mueca. Bueno, accedió, pero antes de dormir paseemos por el Malecón de La Punta ¿ya? Dicho y hecho, sonrió ella y ya se marchaban del salón, ya se despedían de la tribu.

—¡Bueno, se acabó, todos a comer, ése ya se las picó y no viene!
—tosió estruendosamente el señor Alberti, y se preparó a levantarse mediante sus acostumbrados bamboleos a derecha e izquierda, hasta poner las cortas piernas en el suelo y darse un empujón, apoyándose en algún vecino; ahora le tocó el turno a Pantoja, que trastabilló, desprevenido.

—Por favor, cinco minutos más... —susurró su mujer.

—¡Mónica, te dio plantón! —carraspeó el viejo—. Ni siquiera ha llamado por teléfono... —y metió la cabeza hacia su hija.

—Cállate, gordo de mierda... —musitó ella, disimulando muy bien, parecía risueña, y así de contenta abrió la puerta quedándose quieta y tensa ante la calle medio oscura y desierta, de donde podría brotar Lorenzo. Ismael se le acercó por detrás, quiso abrazarla, pero no, imposible. Vamos a pasear por el Malecón antes de dormir...

—A lo mejor ya llega, no te preocupes, quién sabe, no hay teléfono por el camino, puede que se le bajara una llanta...

—dijo en forma entrecortada.

—Ese desgraciado me la pagará —siseó ella—, juro por Dios que...

—Ya vendrá, no digas tonterías —insistió, atreviéndose a rozar su mano, que Mónica rechazó en seguida.

—Ese gran puta me ha jodido —volvió a sisear ella, pero la vio tan elegante y distinguida que no creyó que hubiese dicho eso.

—¡Entra, Mónica, la comida está lista! —llamó su padre.

—Ismael estiró de nuevo la mano, atrapó unos dedos tibios y algo sudorosos.

—Ya vendrá —dijo—, ten paciencia.

—Es un perro del carajo —susurró ella, hermosa, fina, elegante.

Y lo despertó sin miramientos y se lo contó en dos palabras y en un desorden completo, y le pidió vestirse y acompañarlo. No supo si la historia había sucedido o no, pero era medianoche y dijo sí, bueno, vamos. Ismael y su tufo estaban encima de él, ocultando la luz con la gorra del escudo peruano.

—Despierta y vístete, primo; tienes que ayudarme.

—¿Cómo, qué pasa? —ganguéó, aunque ya había empezado a quitarse el pijama, mientras Ismael abría el cajoncito del velador y extraía un paquete que Toño jamás había querido tocar: miraron embobados las cacerinas, Ismael se sentó en la cama y cargó la pistola de cacha blanca, poniéndosela en el correaje.

—El novio la dejó plantada, pero vamos a darle su pateadura; son las tres de la mañana y el desgraciado ni siquiera llamó por teléfono.

Su primo hablaba en voz baja para no despertar a tía Lola en la habitación del pasadizo.

—¿Y por qué la defiendes tú? ¿Acaso no tiene hermanos? Y después de todo qué vas a hacer, Lorenzo no quiere casarse y se acabó.

—Lo hemos decidido entre todos. Nos esperan afuera, en sus carros.

—¿Y saben adónde se ha escapado..? —tuvo que imitar los pasos sigilosos de Ismael por el pasadizo, cuidando el sueño de tía Lola. En la calle los tres lujosos automóviles de los maridos tenían las luces encendidas.

—Suban con Pedro y sígannos —dijo el señor Ferruccio—. Hola, Toño ¿cómo estás?

—¿Y quien es Pedro? —susurró, pero Ismael ya lo guiaba hacia el hombre de los graznidos, ah era Pantoja en el Oldsmobile de dos puertas. O sea que vive de gorra en la casona, pero tiene todo un carrazo, pensó. En el asiento delantero se ubicaron cómodamente los tres y allá partió la caravana.

—No tengas miedo, Toño, la pistola y el uniforme sólo son para asustarlo. Mira, le he puesto el seguro.

Le hizo tocar la pistola en esa grata penumbra creada por las luces del tablero.

—Está bien —dijo, incapaz de evadirse, había perdido la ocasión de hacerlo—, pero ¿creen que el tipo merece este despliegue?

—¿Cómo que no? —graznó Pantoja, conduciendo a gran velocidad y sorteando baches por calles desiertas, de pistas negras como espejos empañados—. Se burló de ella y de todos nosotros. Incluso le pidió prestados cincuenta mil soles a Mariano, dijo que para gastos del matrimonio. Recienquito lo he sabido.

—¿Y quien es Mariano?

—Ferruccio, tonto —le sopló Ismael—, ¿cómo puedes olvidarte?

Lorenzo es más vivo que el negociante, pensó, y no dijo más porque en las curvas debía cogerse del agarrador y Pantoja e Ismael sólo estaban pendientes del Thunderbird que había delante y que ocultaba al oscuro Buick que abría la marcha. Los tres automóviles parecían volar por la Brasil, rumbo a la Costanera.

—Ya sabes, Pedro —dijo Ismael—, dejas el carro un poco lejos, en el parquecito antes de Chacaltana.

—¿Cómo sabes tú dónde vive? —miró la silueta de Ismael.

—Ya hemos venido a reconocer el terreno, desde la una estamos dando vueltas por su casa, pero el tipo no llega. Fíjate que le había dado una dirección falsa a Mónica, la misma que se imprimió en los partes. Menos mal que ayudó un comisario amigo.

—¿Y lo meterán a chirona, entonces..?

De la avenida del Ejército desembocaron en un pequeño parque redondo, con grandes ficus donde la noche y la fuerte luz eléctrica se concentraban en una especie de aire sólido, de nube terrestre. Los coches frenaron y unos cinco adultos y cuatro adolescentes rodearon a Toño y prácticamente lo empujaron hacia la calle Chacaltana. Junto a los maridos de las Alberti y sus sobrinos había dos o tres desconocidos.

—Sabemos que Lorenzo está prevenido y que anda con sus compinches —dijo Ismael—. El comisario dijo que ya tenía dos denuncias por estafa. Miren el carro rojo. Ya llegó, entonces.

—Quizá debiste quitarte el uniforme —susurró Toño. —El desgraciado es un delincuente y yo avisé esta noche a la policía lo que haremos; es un asunto privado.

—Como debe ser, Ismael —susurró Pantoja—; no sabes cuánto te agradecemos por esto.

Toño pareció avanzar con ellos, incluso buscó él primero los altos cuyas escaleras nacían en pleno jardín; pero se volvió en cuanto pudo, dijo que le molestaba un zapato, tardó en quitárselo, ver qué era, y en guardar sus anteojos. Fue suficiente para quedar atrás. Después oyó el crujido bestial de la puerta, la increíble voz de mando de Ismael, absolutamente nueva, los golpes sobre diversas cosas, duras o blandas, paredes o personas, jadeos, gritos y llamadas, lo hacen ellos pero yo no, pensaba, hasta que vio huir a los compinches y quedar encerrado al novio por la tribu, arrastrado por la escalera y el jardín, y recibiendo por turno los puñetazos y puntapiés de todos, aun de los sobrinos más pequeños, y la sangre que brillaba en la nariz y la boca. Por aquí, por aquí, se oyó él mismo decir después, guiando el cuerpo rendido y mareado. Y subió

el primero al Oldsmobile, ayudando al herido a soportar el viaje a la comisaría y a mitigar la hemorragia nasal con su propio pañuelo.

Al llegar a una casa vieja y de dos pisos, con otro escudo en la fachada, el comisario en persona los recibió en la puerta e invitó cigarrillos, prometiendo que se ocuparía especialmente de Lorenzo. Téngalo siquiera una semana o dos, dijo Ismael; yo vendré uno de estos días a acariciarlo, chau y gracias, mi viejo.

Soñoliento y fumador, de uniforme verde y capa azul y roja (el uniforme que venía a él desde hacía una eternidad en Huaylas), el comisario los despidió cuando ya amanecía.

—A ver, repártanse los días —dijo Ismael al grupo vengador antes de tomar los coches—. Yo sólo puedo venir el sábado, el resto estoy acuartelado. Usted, señor Ferruccio, el lunes, ustedes los muchachos el martes, tú, Toño, el miércoles...

—¿De qué se trata? —despertó él que se caía de sueño—. ¿Qué voy a hacer el miércoles?

—Pues te vienes y el comisario te hace entrar a la celda de Lorenzo, digo al cuarto donde está, ahí le das su marsa. ¿O quieres que te ayude alguien? Tú elige.

Toño emitió un gruñido desaprobatorio, pero los demás entendieron que sí, que él también defendería a Mónica del agravio. Sin importarle lo que pensarán, Toño cerró los ojos, pero siguió viendo extrañado a Ismael.

Y por fin le llegó el turno a Toño, el chaqué y el Cadillac alquilados, la novia que deseaba casarse por sobre todas las cosas del mundo, el paso obligatorio por el aro de la iglesia, la copa de champán con los amigos.

Los novios sonrientes, delgados, altos, de pelo negro y tez peruana y medio blanca, hacían una buena pareja y hasta quizá, por su aspecto, parecían de algún modo parientes. Sin duda para eso había servido el noviazgo, para que se amoldasen el uno al otro. Inclusive la felicidad de Martha contagiaba y estimulaba la suya, era un producto natural de su belleza y no del maquillaje pasajero de las novias.

Concluida la ceremonia (al menos Toño no había comulgado, le quedaba siquiera algo de amor propio), bajaron a la sacristía donde recibirían el saludo de los invitados.

Martha le apretaba demasiado una mano, casi le molía los dedos, reía nerviosamente, soy feliz, me siento regio ¿y tú?, y le agradecía por haber aceptado una boda como ésa y detrás se oían los leves sollozos de la señora Alberti: ¡Uy, por fin se me casaron todas, no me quedan hijas solteras. Oh Dios mío, estaré vieja pero contenta! Y abajo iba a empezar el saludo, pero los fotógrafos seguían trabajando ante la pareja sonriente, los fogonazos dividían el movimiento y congelaban los gestos, adormecidos en el aire, mientras al fondo de la sacristía, perfumada por tantas flores, la doble hilera de parientes y amigos esperaba risueña y alineada. Las voces llenaban el recinto como si se tratara de una sola presencia gigantesca. Y de pronto empezó el desfile de sonrisas y abrazos.

Devolviendo las efusiones, miraba de reojo por descubrir a los escasos invitados suyos, entre la inmensa mayoría formada por los Alberti y sus amigos. Por un rato sólo vio a Ismael y Mónica, sus manos sin enlazarse, y le complació que se hubieran alineado lejos

de la tribu. Dos años antes, ellos también se habían casado en la misma iglesia, dos años, un hijo y ella ni siquiera hablaba en público a Toño, Mónica era una artista para los fingimientos. Pero luego suspiró aliviado descubriendo a Manolo, Walter, Pepe y Florencia, e inclusive a algunos de sus profesores.

Era innegable, había un hondo placer en que todos vinieran hacia Martha y él, y mostraran rostros nuevos, limpios y fragantes, todos parecían buenos, borrando cualquier recuerdo del pasado. Pero ¿y si él les contara que no había querido pisar la iglesia, que verlo ahí significaba el fin de una batalla contra Martha, que la copa de champán calmaría la sed de un vencido?

—¡No quiero y eso basta! —Martha había intentado varias veces zanjar la discusión sin discutir.

—Pero ¿por qué casarse, vamos..?

—¡Vaya una pregunta! —quizá entonces le nació a Martha aquel mudo escándalo que le hacía abrir mucho los ojos, levantarse del sillón que compartían y buscar en vano decir algo; imposible hallar las palabras justas.

En mitad del desfile surgió la marcha de los Alberti, la tribu unida y lenta, que incluso arrastraba a los sobrinos pequeños, y todos exhibían como un trofeo la misma gordura adormecida, las mejillas hinchadas devorando a pocos los ojos y narices.

—¡Bueno, ya está! —había admitido él—. Casémonos, si ésa es la costumbre, si te hace bien... Pero ¿por qué por la iglesia y no solamente por la municipalidad?

Otra vez Martha a levantarse del sillón, a abrir escandalosamente la boca muda, a desorbitar los ojos.

—No es una broma, mujer, yo te quiero y ansío vivir contigo. Piénsalo.

—¡Pues mejor piensa tú las tonterías que dices! —y le dio la espalda, despidiéndolo de su casa.

La señora Alberti llegó hasta ellos: besó y tembló abrazando a su hija, pero dio secamente la mano a Toño; qué bien, pensó él, se ha dado cuenta de que no la paso y la cosa es mutua, no hay engaño posible. Luego, dando pasitos a derecha a izquierda, como un oso, el viejo Alberti casi se precipitó en sus brazos, estrechándolo

fuertemente, y cuando quiso hablar, húmedos sus ojos, un acceso de tos se lo llevó con el resto de la cola. Y entonces ya tuvo con él a Esther, cordial y elegante, pero sin efusiones ni lagrimeos.

—Lo pensaré, aunque vaya contra mis principios —había dicho Toño, y fiel a ellos, había convocado a su grupo en Palermo, en torno a chilcanos y cervezas que se sucedían velozmente, casi en una competencia contra el reloj.

—Bueno ¿qué vamos a votar? —dijo Walter.

—Primero, si les parece bien que me case o no, esto es, si un joven debe casarse, y luego, si el resultado es positivo, si debo casarme por la iglesia o no.

—¿Casarte contra quién? —escupió Manolo.

—Eso no te interesa; es una votación ideológica.

—Debería darse un decreto prohibiendo el matrimonio —dijo Walter—; la buena poesía dice muy poco de amores legales.

—A mí me gustaría sentirme ligada para siempre, pero sin casarme por ninguna ley, ni humana ni divina —dijo Florencia, la única mujer del grupo—. No sé si me explico bien con este dolor de cabeza. ¿Qué estamos tomando, pólvora o dinamita?

—Lo que tú quieres es un sirvinacuy bien removido, como las francesas —dijo Manolo.

—¡Qué matrimonio ni ocho cuartos! —exclamó Walter—. Nunca nos daremos por vencidos ¿verdad, muchachos? Seremos eternos culeadores o padres putativos, quizá hasta maricones, pero jamás idiotas, quiero decir esposos. Y perdón, Florencia por el lenguaje tan pulcro.

—¿Y qué dices tú? —Toño miró a Pepe Galdo.

—A mí tráigame mujeres casadas; he probado dos que son monumentales. Soy un decidido partidario de las casadas con otros.

—Lo que es yo no opino —intervino Manolo—; me parece un problema pequeño y mezquino comparado con los muchos e importantes que sufre este desgraciado país.

—Bueno, ya sé el resultado, no hace falta que voten —dijo él, cerrando otro debate que tampoco había favorecido a Martha.

Y entonces aparecieron en la cola Ismael (el único militar uniformado, que los abrazó con ruda cordialidad, torciendo el velo

de Martha y enredando una mano en la corbata de Toño), y Mónica detrás, dejando un claro para luego ocuparlo ella misma. Las dos hermanas se miraron plenamente, cada una más bella y distinta que la otra, como midiéndose quién podía más y besándose en ambas mejillas, a la española; pero, una vez libre del cumplido, Mónica avanzó con aire posesivo y le ajustó ambas manos con estudiada lentitud, casi dibujando signos en las palmas y mirándolo entre resentida y burlona lo besó casi en la boca, y le susurró un cuándo nos vemos, Toño, que fue un dulce veneno.

—Nada de curas, iglesias ni conventos, primero la muerte —no había querido decirlo, pero tanto insistía Martha con "partes", la lista de invitados, el ensayo de la ceremonia y el que Toño alquilara el chaqué, que largó la frase y se quedó quieto, y desbordado por sí mismo, y esperando lo que vino, el definitivo escándalo, la despedida que pareció final.

—Como quieras —sí se atrevió ella, la voz temblona pero digna —, hasta aquí no más hemos llegado juntos. Que te vaya bien.

Martha no lloró aún, pero sus hermanas le contaron el proceso de aquella absurda y prematura viudez: Martha había enmudecido, vagaba dentro y fuera de la casa, o se encerraba en su cuarto y lloraba exclusivamente para sí, eso se veía en sus ojeras repintadas, tristemente hipócritas; y mientras, Toño en su cuarto rompía minuciosamente la licencia matrimonial de la alcaldía, la única que había aceptado firmar, y pretendía sentirse libre y fuerte, un soltero formidable, además del orgullo de no ser creyente.

Y ahora, casi al final de la cola, de entre los invitados mal vestidos surgió su grupo. Florencia, Walter y Pepe abrazaron tímidamente a la novia. Toño, en cambio, los abrazó más que a nadie y se detuvo mirándolos muy de cerca y hablando con ellos lo más que podía ante una cola movediza. No faltaba sino recibir el saludo de Manolo cuando vio aquel desplante; su amigo dejó sin estrechar la mano extendida de Martha y vino directamente hacia él.

—¿Qué te pasa, negro? —sonrió apenas.

—¿Cómo qué te pasa? —alzó la voz Manolo, curiosamente pálido por debajo de la tez aindiada y muy oscura—. Es una vergüenza que te cases, y todavía por la iglesia. De cualquiera pude

esperarlo menos de ti; el que parecía inteligente y rebelde acaba pasando por el aro. ¡Qué día tan malo, Toño, te doy mi más sentido pésame!

Y se lo dio, un toquecillo aséptico de sus dedos, como si temiera contagiarse.

—Oye, tú, rebelde de pacotilla... —balbuceó él, tragando una sorpresa que no debía transformarse en ira, de ningún modo, y por supuesto que no quiso defenderse ni contarle tampoco en aquel segundo el proceso de su decisión original. Ni siquiera los argumentos de tía Lola lo habían conmovido, no admito matrimonios civiles, decía, mientras continuaban los cuentos de cómo sufría Martha; él no necesitaba saberlo, sufría aún más, paseando de la plaza Bolognesi al jirón de Unión, buscando a pie el sueño hasta la Plaza de Armas, y de vuelta por la Inquisición y el Parque Universitario, y aún por el Veinte, acabando en la misma mujer de otras veces, una extraña y lejanísima amante. También la soledad y la tristeza iban con él; estaba matando algo, pero la víctima era él mismo y no moría; y Martha era la mejor parte suya, padeciendo aquel interminable suicidio. Oh no, pensó al fin, yo prefiero mil veces la vida, y Martha y mi vida son una misma cosa, lo demás son pamplinas y zarandajas.

—No seas niño, Manolo —de pronto ya casi lo había perdonado, aunque Manolo no se fuera, había frenado a los últimos de la cola.

—Te has vuelto un conformista y burgués..., mírate ese chaqué ajeno a nuestra clase...

—¡Basta ya de idioteces! —dijo, escandalizado, pero no tuvo tiempo de lanzar el puñetazo que merecía: Ismael había resurgido de no supo dónde y lo siguiente que vio fue a Manolo izado del saco y arrastrado tan velozmente afuera que las frases de su amigo se hicieron ya ininteligibles.

—¡Bien hecho con el malcriado! —exclamó Martha, conforme la normalidad y el bullicio renacían en la atestada sacristía.

Sí, al menos Ismael se había portado bien esa vez, para qué negarlo.

—¡Ya está, ha muerto! ¡Al fin se lo tiraron! —exclamó con entusiasmo el médico de la embajada peruana en La Paz.

Toño se quedó mirando esa burla, esa media risa, esa completa satisfacción, pero no dijo nada; el silencio había empezado a crecer.

—Pasen, señores, el presidente los espera.

El primero en saludar al Jefe de Estado fue el agregado alemán: se inclinó ceremoniosamente, aunque era tan alto que sus espaldas continuaron de algún modo erguidas y Toño entrevió al presidente como detrás de una pared. Luego saludó el francés, flaco y aún más menudo que él, cuya sonrisa cubrió su cara de nuevas arrugas volviéndola por un instante viejísima, para después recobrar su seriedad solitaria y muda. Y por fin, cuando le tocó el turno, sin inclinarse (un peruano no podía inclinarse jamás ante un boliviano), apretó con fuerza aquella mano de atleta que lo sacudió de pies a cabeza; por su tamaño quedó ante el pecho y el uniforme chillón, y sólo más allá, al recuperar una prudencial distancia, examinó velozmente la cabeza movediza de pelos casi cortados al rape, el porte altivo, la sonrisa franca y feliz, aunque todavía muda.

—¿Cuántos han venido? —preguntó el presidente a su séquito.

—Quince, mi general, todos asesores de prensa.

Toño preparó su máquina de escribir; debía redactar el oficio a Lima. Después de dar la noticia, el médico se sentó parsimoniosamente en su escritorio, lanzó un carajo lento que fue casi un suspiro de alivio, subrayado por un leve puñetazo a la pared.

—Le aposté a mi mujer y le gané, tenía que ser, no duró más de dos meses desde que se supo quién mandaba la guerrilla.

—Sí, desde la vez que fui al Palacio Quemado —dijo él, como un eco; desganado de pronto, le daba igual marcharse o no de la oficina.

—Me gustaría ver el cadáver, palabra —y el médico volvió a ponerse en pie, inquieto y ajustándose los lentes sin montura—.

—¿Y para qué?

—Muy bien, señores asesores... —empezó el presidente, en medio del grupo que lo rodeaba, mirando las fotografías clavadas por chinchetas en los pizarrones, pero incapaz de leer los rótulos a esa distancia—. Señores agregados... —y tú ni siquiera lo eras, simplemente la romana del diablo de la embajada, oiga, Toño, tiene usted que ir esta tarde a una conferencia de prensa, los demás estamos ocupados, yo tengo un cóctel y el tercer secretario debe subir a El Alto con la valija; no sé de qué tonterías hablará ese señor, no vaya a ser sobre el mar de Bolivia, usted oye y me lo cuenta todo ¿ya, Toño?

—Señores agregados, los he convocado para presentarles pruebas fehacientes de que las guerrillas están comandadas por el Ché Guevara.

No se trataba de quién las comandara, sino del aplomo del general, de su aire de pertenecer a un gran ejército cuando ya se sabía cómo eran las cosas, pero el aplomo era auténtico, la satisfacción de haber dado en el blanco sin ayuda de nadie, cuando también respecto a eso se sabían las cosas.

—¿Para qué? ¡Pues para verlo y disecharlo! ¡Ah, yo sí que era bueno disecharlo en la facultad!

Parecía mentira, pero todo era cierto. El alemán se acercó el primero al pizarrón de fotografías y con su humanidad le tapó de nuevo la vista, mientras el francés se ponía a su lado esperando el turno. Cuando la enorme espalda desapareció, el francés y Toño se pegaron también al pizarrón, incluso él se quitó las gafas para no perderse un detalle del pasaporte falso con que entrara a Bolivia, de la fraguada nacionalidad uruguaya del invasor o de las sienes afeitadas y la credencial que osadamente presentó ante la secretaría de prensa de la presidencia, metiéndose en la boca del lobo y saliendo sin un rasguño.

—Lo sabíamos desde antes —continuó el presidente—, pero quisimos estar bien seguros; ahora les puedo confirmar la verdad de que unos cubanos mandados por el Ché...

—¿Pero usted cree que de veras haya muerto? —Toño sin duda hizo un mueca.

—¡La radio lo dijo clarito! —agitó las manos el médico, extrayendo una larga leopoldina dorada con la que se puso a jugar—. ¡Ah, qué buena noticia, no tengo ni ganas de trabajar! —Y otra vez se alejó del escritorio gemelo del de Toño—.

Tras de éste venían los agregados mexicano y ecuatoriano: el hombre moreno y mal afeitado, a quien no le preocupaba su fama de borracho, y el otro joven grueso y calvo, que le sonrió con una venia afectuosa al tiempo que entrecerraba los ojos.

—¿Y quién mierda va a creer que éstos lo han descubierto? —susurró el mexicano.

—Por supuesto que han sido los yanquis, no hay vuelta de hoja que darle —susurró también el ecuatoriano—. Oye, Toño dice que en el último combate cayó un peruano ¿no?

—Sí, pero eso fue mucho antes —dijo él, siguiendo al presidente que les mostraba las fotografías del campamento y del jefe de las guerrillas dando órdenes.

—Pueden decir a sus gobiernos que todo ha sido chequeado y que no hay posibilidad de error en nuestra denuncia.

—¿Y cómo van las medidas para expulsarlos o detenerlos, señor presidente? —preguntó el mexicano—. ¿Será una cuestión larga o corta?

El atlético y blanco presidente que no parecía boliviano y explicaba con detalle dónde habían estado los primeros refugios en la selva, no escuchó la pregunta.

—Mira, ahí está Ovando —dijo el ecuatoriano.

Toño reconoció al segundo general del recinto, que se movía a distancia de los invitados, avanzando paso a paso por en medio de otra rueda de militares subalternos. Cetrino, silencioso, la cabeza gacha y quizá enfermizo, les enseñó su flacura por un instante y luego desapareció entre su mismo cortejo, un poco alejado de quienes rodeaban al presidente.

—Ya está —exclamó el médico, teléfono en mano—. Voy a llamar a mi pata... Aló, viejo, aquí tu mejor amigo... ¿Quién va a ser, hom? —y rió con muchas ganas—. Me han dicho que unos expertos

argentinos han venido a sacarle huellas dactilares... Bueno, así está mejor, ya reconoces los hechos, menos mal, quisiera saber si puedo visitarte y quizá echar una mirada científica a ese par de manos que dice que las están examinando. Ja, ja, tu silencio es muy expresivo, ya entiendo...

—Y sin duda el jefe me dirá que el oficio sea reservado —pensó Toño ante la máquina de escribir, pero habló en voz alta y le oyó el médico.

—¡Menos mal que soy agregado civil; si no, ¡imagínate el oficio que hubiera yo mandado a Lima!

—¿Y no crees, Toño, que mañana o pasado anunciarán que ya lo agarraron? —desconfió el ecuatoriano—. Quizá todavía duden.

—Pues a lo mejor lo presentan en otra conferencia de prensa —dijo él ingenuamente, jamás lo olvidaría—. Me gustaría conocerlo.

—Oh, sí, será más importante que conocer a Debray —dijo el francés—.

Los asesores y agregados hablaban en voz baja, juntando las cabezas para que no les oyeran; luego, en torno al presidente, llamados por el fotógrafo oficial que les tomó dos placas, por si acaso la primera no hubiese salido bien. No era una recepción ni un cóctel, los habían citado para una noticia y el acto parecía concluido. Pero unos cuantos se quedaron en torno al presidente y otros al segundo general, felices de estar con ellos, al fin se habían acordado de la existencia de los agregados, oh mi general, ¿y qué nos dice del juicio de Debray?, ¿es verdad que usted interviene personalmente en algunas operaciones antiguerrilleras? Y todos mirando el uniforme más verde y claro que cualquier otro, con los vivos rojos más notorios, las insignias chillonas dando un grito silencioso. Toño empezó a cotejarlo minuciosamente con los uniformes peruanos, aunque sólo fuese con el de Ismael; pero su primo era apenas capitán. Sólo una vez había visto de cerca a los generales bolivianos, en el baile del seis de agosto, cuando el vestíbulo de ese mismo Palacio Quemado se llenaba de parejas donde los fracs se hallaban en desventaja numérica; después de todo los militares gobernaban y condescendían en dialogar con los civiles y sus mujeres de trajes largos, hombros desnudos y

relucientes peinados. Pero estaba claro quiénes obedecían, llegaba un momento en el que el civil sonreía demasiado y adulaba, y el militar se hundía en la lisonja, sonriendo también, pero continuaba en guardia, firme, despreciando en silencio al adulón, o de pronto había un civil que lo trataba como a los demás, sin el menor miramiento, y entonces el militar guardaba en su memoria al disidente y ordenaba al primer subalterno que averiguara de quién se trataba. Y al final, los uniformados y sus mujeres se despedían con una venia, y los civiles se quedaban en silencio, avergonzados de las frases humillantes que se habían visto obligados a decir, sin recibir a cambio una palabra amable. Menos mal que en el Perú ya no suceden estas cosas, ellos ya no gobiernan, había pensado ingenuamente.

—¡Bueno, me voy a lo que dije! —salió el médico, ajustándose los lentes y guardando en el chaleco la leopoldina que le cruzaba el vientre—. Toño extrajo de la carpeta de oficios reservados el último sobre las guerrillas, con noticias miopes y aun opuestas a las confirmadas hoy: se rumoreaba, se creía, pero nadie lo había dicho aún. ¿Nadie? ¿Se había olvidado ya? ¿Y ese director del vespertino sin mucha venta que fue a tocarle el timbre un domingo, seis meses atrás? Hola, Antonio, hola, qué hay de nuevas, tuvo que dejarlo entrar y violar su descanso, y recibir al periodista medio borracho que sonreía cerrando sus ojos saltones y enrojecidos, oh te traigo una noticia que vale una fortuna, Antonio, mientras él ya se había metido en el bar y le ofrecía el primer whisky, algo que el tipo no bebía así no más. Una gran noticia, Antonio, era el único que no lo llamaba Toño, he estado con el mismo Debray que acaba de llegar de Francia, la gente no lo conoce, pero es un tipo macanudo y me ha dicho que el que organiza las guerrillas es el Ché. Te informó hace meses, recuerda bien, ¿y acaso te permitieron ponerlo en un oficio? Estaba en el borrador, pero el Encargado de Negocios lo tachó. Se puso a buscar las copias amarillas y halló el borrador y lo estaba desplegando cuando entró de nuevo el médico:

—¡Toño, es una vaina, por la gran puta, pero todavía no puedo salir! El jefe me llamó para ayudarlo y dice que hagas el oficio sobre la muerte del que sabemos; esta noche habrá valija especial. Y dice

que es verdad lo de los expertos argentinos, o sea que me voy a ver esas manos cortadas; chau, viejito...

El silencio retornó a la oficina y él miró en esa plena orfandad la chimenea fría y las cenizas de antiguos leños en la boca negra y requemada. Sí, tenía en sus manos el borrador, pero también una carta doblada, escondida, que nadie pensara que tuviera amigos comunistas. Querido doctor, usted no me conoce, sé que fue profesor de mi hijo en San Andrés y por eso le escribo, soy una madre vieja y desesperada, dicen que mi hijo se hizo guerrillero y ha muerto en Nancahuazú, sólo quiero la verdad, pero ojalá no sea cierto, capaz sigue vivo y usted lo ve o como sea y entonces dígame a mi chino, así lo llamamos en la casa...

—¿Ya le dieron mi recado, Toño? —y la sombra del Encargado de Negocios vestido de azul o negro penetró en la oficina callada, fría y mortecina, dijo no se olvide del oficio, tiene que estar listo en una hora, lo mandaremos por valija especial, aquí tienes el radio que transmite las últimas; y el jefe ya se despedía dejándole el receptor pequeñito, pero se volvió y ah, lo felicito, Toño, usted fue el único de la embajada que no se equivocó, y ya había desaparecido sin que le dijeras sí, todo eso está bien, pero soy el único que no está en planilla, apenas soy la romana del diablo, cuándo van a empezar a pagarme un sueldo.

Se puso a preparar las hojas blancas, amarillas y azules, a intercalar los papeles carbón y sentarse cómodo ante la máquina, ah éste será un documento histórico, guarda una copia para ti, mañana algunos dirán que murió un Bolívar o un San Martín y otros un perro desgraciado menos, pero tú ¿qué diablos vas a decir del Ché Guevara? ¿Y si vuelve a tacharte lo escrito?

Chino, así lo llamamos doctorcito, me han dicho que usted fue su maestro y por eso le pido como a un santo, tiene que decirme la verdad, de chiquito él siempre iba a la iglesia, pero no sé qué le pasó después, quién podía pensar que un viaje a Cuba lo iba a...

Tienes que ceñirte a los hechos, pensó, pero eso no quiere el Encargado de Negocios, debes atacar en el papel a las guerrillas y bailar anticipándote a su extinción, y entonces vio otra vez las fotografías de la rueda de prensa, vio al jefe de los invasores

fumando el sagrado puro cubano e instruyendo a sus soldados en el campamento, vio la selva y aun el peligro que les rodeaba. Entonces dudó, no quiso pensar mal, una cosa eran los uniformes y otra quienes lo usaban, pero el uniforme y los fusiles y el desenfado de la guerrilla quería ser otra cosa, algo distinto de los ejércitos regulares, si bien de todos modos los soldados se imitaban unos a otros, le hacían propaganda al zapatón de amarras cruzadas, a las bandas o escarpines, al color caqui u olivo, a las insignias, a la gorra, kepís o boina, y la cámara había captado bien las armas (fijas en las manos o dormidas sobre un tronco), y todos sonreían felices como Ismael de vuelta de las maniobras, escudriñándolo de reojo, oye, Toño, enderézate, hombre, te volverás jorobado, y córtate el pelo, primo, así pelucón pareces una mujer, uno de estos días te levantaré a las seis de la mañana y te enseñaré unos ejercicios físicos que te molarán los huesos.

No, nada de prejuicios, claro, y puso la fecha, 8 de octubre, el día de la Marina en Lima, pero aquí se trataba de otro asunto, de un asesinato que debía disimularse, tal como informé a usted, señor Ministro, en mi anterior oficio, las unidades especiales del ejército boliviano consiguieron rodear finalmente al grupo mayor de las guerrillas y les sacaron la madre, carajo, ya no resurgirán más, mataron al "Ché" sin juicio ni pelotón de fusilamiento, nada de conservar las formas, a la criolla, por la jijuna gran puta, así no puedes escribir, Toño, hay que disimular el gozo de quien firmará al pie. Por eso le ruego, doctorcito, respóndame y aunque sea dígame que ha muerto, pero no se quede callado como todos a los que mando cartas, comprenda el amor de una madre, sin duda usted también tiene hijos (pero no los tienes, eres un lúcido y voluntario estéril, de una nueva especie casi inexistente), en nombre de ellos le ruego como a santo...

Esa vez entró en el despacho del Encargado, por supuesto, señor, creo que debo responder a esta carta, pero quería que usted lo supiera, y vio el papel sucio y de grandes letras torpes girando como un rodillo en esas manos larguísimas y blancas, no, no, dijo, hay cosas más importantes que hacer, mañana más tarde dirán que usted tuvo un alumno guerrillero, tenga cuidado, no le vayan a

acusar en Lima, y además ¿quién le dice que la carta no sea fraguada?

¿Cómo?, había exclamado él, abriendo tamaños ojos. ¿Fraguada, no ve usted las lágrimas sobre el papel?, ahora se trataba de un oficio de urgencia "con cargo de ampliar estas informaciones en mi próximo", pero así y todo salieron dos páginas y media, pronto ya quedaría libre, menos mal, compraría los vespertinos, se metería en las redacciones de "El Diario" y "Presencia", para después sentarse cómodamente en la única terraza del Paseo del Prado.

—¡Las vi, las vi! —volvió gritando feliz el médico— ¡Las estuve mirando con mis propios ojos, Toño! ¡Las manos del Ché!

—¡Llévele este oficio al jefe, por favor! —dijo él—. Que lo firme y méntalo en la valija.

Creó que así había matado el entusiasmo del agregado civil, pero éste salió y retornó a los pocos minutos.

—Dice que no lo firma, Toño. Tienes que rehacer este párrafo, ahí donde dice "sin duda la operación ha contado con asesores norteamericanos, que desde agosto habían comunicado al Gobierno la seguridad de que el cabecilla argentino-cubano comandaba las tropas". Dice que de dónde has sacado eso.

—De la conferencia de prensa en Palacio Quemado, ¿de dónde va a ser? —gritó, pero tuvo que buscar de nuevo las hojas blancas, amarillas y azules, y también las de papel carbón, y reescribir la página. Tenía sed y frío, pero el agua del cuarto de baño parecía congelada y no había tiempo para tomarse un té caliente en la esquina.

—Rápido, rápido, está hecho una furia, me gritó por qué me demoré en la calle —dijo el médico—.

—¿Y qué vio usted, finalmente? —sólo habló para disimular el hastío de copiar su propio oficio, que mentía y callaba sobre tantas cosas, y que ignoraba los hechos puramente militares—. ¿Y dónde están los secretarios que no me dan más datos? —se quejó—.

Pero el médico no le oía, ocupado en describir el frasco de formol en que flotaban las dos manos del cabecilla, del culpable, del diablo

forastero, las manos que según decía viajaron a Panamá para su identificación.

Copió velozmente, casi de memoria, y si bien tecleaba con cuatro dedos, su velocidad era increíble, así le gustaba que lo reconocieran todos.

—¡Ya está, lléveselo! —sacó el oficio del rodillo con un hermoso ruido final concluyente—.

Ya está, se dijo, arregló su escritorio, puso la funda a la máquina y casi se vio andando por el Paseo del Prado.

—Tampoco —volvió corriendo el médico, ahora pálido y tembloroso—. Dice que no leyó bien la primera página, que no puede ir con eso que dice ahí .

—¿Cómo..? —estalló, pero ya quitaba automáticamente la funda de plástico— ¿En qué parte?

—Aquí, donde está tachado.

—Leyó "la guerrilla ha sufrido un durísimo golpe, pero no ha sido aniquilada, todavía queda el otro grupo y aún hay miembros bolivianos que..."

—¡Eso es también un hecho! —gritó— ¿Qué quiere? ¿Que copie lo que dice el radio? ¡Pues no soy taquígrafo para citar el comunicado oficial! ¡Lo pasaron muy rápido!

Olvidó el frío, únicamente pensaba en copiar la nueva página y largarse ya no a tomar un té caliente con limón, sino un buen cognac, sentado con Martha en la terraza del Hotel Copacabana.

—Si de algo sirve para que te desfogues, Toño —dijo el médico—, entérate de que no vi sus manos ni nada; soy un gran mentiroso.

—Me lo imaginé, doctor, los argentinos no iban a mostrárselas, claro.

—Pero ten por seguro que las guardan para cotejarlas con la huellas dactilares del registro electoral.

—Por supuesto.

Esta vez acabó de copiar sonriente, debía olvidar el mal rato y marcharse. Entregó la página corregida y empezó a guardar las copias en la carpeta de reservados. Incluso llamó a Martha, que lo esperara en el Copacabana: aquí estoy con otros catedráticos de San Andrés, dijo ella, han venido a comentar contigo los sucesos de

hoy ¿me entiendes, no? Pues bueno, iremos todos a esperarte allá. Pero en la carpeta seguía no sólo la carta de la madre del guerrillero, sino la copias de su respuesta. ¿No la había roto, entonces? ¡Qué descuido!

Al salir, cogiendo el abrigo y decidido a escaparse aun si el jefe no firmaba el oficio, oyó la gruesa voz, que conste, firmo sólo porque no hay tiempo para corregir, no estoy de acuerdo con el texto. Apretó la carrera en puntillas por el traspatio, esto te pasa por trabajar gratis, y estuvo más de una hora entre el cognac con sus amigos y Martha, el paso fugaz por el vestíbulo del Sucre, donde paraban los corresponsales extranjeros, y la rauda visita a las redacciones de "El Diario" y "Presencia", dando vueltas por la mesa de diagramado y oyendo las últimas noticias. Al volver a las nueve hizo que Martha siguiera de largo a casa y dijo ya voy en media hora, entrando por Huachalla y encerrándose en la habitación que ocupaba con el médico; no solía fumar ni ayudarse con el café, no había pretexto ni hábitos que lo acompañaran en esa soledad. Con el abrigo puesto redactó directamente en limpio el verdadero informe, escribiendo con lentitud y oyendo aún las primicias del periodista borracho seis meses antes de los sucesos. Cuando acabó de teclear se restregó fuertemente las manos para calentarlas y extrajo (de la única gaveta con llave) la carpeta con el rótulo PARTICULAR, OFICIOS QUE NO PUDIERON ENVIARSE, y guardó cuidadosamente el de esa noche. Al cerrarla vio por un segundo el otro sobre el diálogo confidencial con el periodista borracho. Sólo entonces, al quitar la llave y apagar la luz, entendió de golpe que esa noche sería una fiesta para Ismael y sus amigos, al fin murió esa mierda argentina o cubana, Ismael gritando salud, y sus colegas, chócala, hermano, chin pun Callao, hasta verte Cristo mío, ha sido buena noticia, al fin ahí también les han hecho leña, como nosotros aquí en el Perú.

Pues bien, a cumplir los encargos de Ismael; después de todo era un acto humanitario ¿no? Llamaste al investigador del aeropuerto, dándole más explicaciones de las que hubieras querido: la vergüenza de tener un pariente encarcelado era también un deseo de que el tipo al otro lado del teléfono fuese más inteligente y callase ciertas preguntas. El suyo fue un pudor real, como el de las vírgenes ante el asedio del fauno. ¿Tanto había penetrado la ley en tus entrañas? Y todavía el tipo meloso se mostró excesivamente preocupado por la suerte de Ismael y aun pidió que volvieras a llamarlo por la tarde.

Luego, pasaste por la ferretería Prolongación Benavides, un viaje absurdo e imprevisto, al borde de la carretera por donde antaño torcías a Chosica y veías el polvoriento letrero de Vinos Venturo. La pista corría por un arenal sólo a medias conquistado; aquí y allá, galpones, garajes, e inclusive casonas nuevas e impresionantes, pero ya huérfanas y envueltas por el polvo. Bajó del taxi como en una barriada, pero unos metros más allá vio una mansión de techo suizo en medio de un pequeño oasis verde, y todo ese jardín desubicado se escondía tras un muro de ladrillos huecos. ¿Quién había trazado esta cuidada piel áspera y desnuda? Toño buscaba la dirección zigzagueando entre viejos camiones inmóviles y coches despanzurrados y muertos.

Lo que hallaste fue un cobertizo enorme, casi un hangar, a cuyo fondo había un tabladillo, una especie de escenario y micrófono, desde donde una media docena de vendedores recogía los gritos de los clientes y dominaba todo un mar de hierros, rieles, increíbles autos chocados, mohosos y envejecidos. Aquel negocio de Ismael parecía tan bueno que debió esperar a que la muchacha cajera, asediada por gritos y brazos levantados, lo descubriera finalmente.

—¿Qué le pongo, señor?

Sí, era Lidia, la amante del marido de tu amante, de algún modo tu sangre corría también por ella. Una vez más todo parecía normal; ¿por qué entonces sentirse dividido, roto, herido en el muñón? Con el ceño autoritario ante los clientes mal vestidos, ella hacía las cuentas sobre trozos inservibles de papel, no había caja registradora, y el negocio tan bueno no era una ferretería, sino un vulgar depósito de chatarra, a qué tanto enseñar en la universidad si un pedazo sin duda robado de coche valía medio sueldo de los de antes; pero el ceño fruncido de la muchacha feíta, nerviosa y mandona cedió al decirle quién era y sonrió, no estaba mal, aunque quizá demasiado joven para el perverso de Ismael, ah, es usted, al fin lo conozco, usted es el que no quiere vivir en el Perú, y ahora Toño frunció el entrecejo, pero finalmente tuvo que soltar la risa, ah eso le contó Ismael, pues sí, soy yo, y ella también perdón, no quise decir nada malo, aunque ambos ya estaban riendo e interrumpiendo a los clientes, por favor, señorita, estoy apurado, hasta que ella dijo venga, venga, vamos a hablar a otro sitio.

No sólo muy muchacha, feíta y mandona, sino huesuda pero simpática. Dejó su puesto a una mujer gruesa y desaliñada y lo hizo cruzar por otro canchón, sembrado de camiones oxidados y sin ruedas; pero saliendo a otra calle le abrió la portezuela de un hermoso Thunderbird. Ismael seguía con sus gustos copiados de los Alberti. Sentados, de algún modo viajando dentro del coche parado, y demorando aún el tema del prisionero, hablaron del Thunderbird qué bonito, de cómo era México, y cómo ha encontrado Lima, y de pronto las sonrisas flotaron solas, dibujadas en el aire, y ellos ya eran otros, buscando acercarse a la sombra de Ismael que los reunía. Pero Lidia estaba tranquila, lo creía inocente y esperaba pronto —cómo, lo ignoraba— su vuelta a la vida normal. Así como Mónica, la legítima, había pertenecido a una institución que parecía muy firme, así Lidia pertenecía a otra, firme también, la de los amantes, la de los inconformes y a ti siempre te ha gustado lo ilegal y escondido, Toño, debes reconocerlo, buscando lo escondido mirabas satisfecho a Lidia, casi una chiquilla crecida a la fuerza por su amante, mientras le contabas cómo habías hallado a Ismael. Veías en ella el azar, el oscuro placer que le despertó Ismael, era la

sucedánea de Mónica y tú el sucedáneo de Ismael: la carne de Lidia era, pues, fraterna, íntima, los ligaba a todos, y el ruedo, la obsesión, crecía como la hiedra, imposible detenerla. Una institución contra otra, una necesaria pugna más. Y a fin de observarla mejor la dejó hablar, sí, sí, qué mala suerte, suceder aquello cuando todo marchaba bien e Ismael quería ya divorciarse; porque sabrás, Toño (ya lo tuteó, así eran hoy los jóvenes), que a mí no me interesa el matrimonio, lo que vale es la pareja, lo quiero como es. La muchacha huesuda tenía los cabellos castaños amarrados en una cola de caballo; era flaca, pero de bonitos ojos pardos y pestañas rizadas, y cejas negríssimas que endulzaban la mirada, y muchas pecas; la belleza y la fealdad se juntaban perfectamente en ella; óyeme; Toño, incluso no me hubiera importado que Mónica se quedara con nuestros negocios, pero el amor de Ismael a sus hijos demoró el divorcio, si no, jamás hubiera sucedido nada, aunque sí, también tenía una pequeña y graciosa nariz, operada, claro, pero le quedaba bien. Vamos aquí, a El Rancho, volvió a proponer la muchacha mandona, y a los cinco minutos ya estaban ante dos pisco-sours a esa hora tan temprana, y ella siguió chismeando sobre Mónica, como si hubiera esperado para destilar su veneno. Pero su boca sin pintura se cerró en cuanto preguntaste quién era el amante, con quién había planeado Mónica ir a México, porque eso había provocado la pelea final ¿no?

Fumando, Lidia desdeñó la pregunta con un gesto mientras quitaba de tus labios un hilo de tabaco. Imposible saber de quién se trataba. Mónica tenía varios y de toda edad, Lidia no los conocía, pero se lo habían contado, e Ismael no tuvo la suerte de descubrirlo porque cada vez que la habían perseguido juntos, en el Chevrolet verde, por supuesto, no en el Thunderbid, Mónica se les había escabullido, era una mujer tremenda, una bandida, sin respeto siquiera por sus hijos.

Vamos, al grano, levantaste la voz, ya era hora, no quiero insultos sino pruebas, pero Lidia repitió que sí, ahí estaba la vida horrible que Mónica les había hecho pasar con sus celos, como si hubiera amado a su marido; y si Toño quería pruebas, ahí estaban las veces que Ismael la había telefoneado en vano desde Cajamarca e Iquitos,

y dónde se escondía Mónica, vamos a ver, y esa otra noche que Lidia lo llamó a Trujillo y le dijo Ismael, ven, Mónica se ha ido de jarana con algún tipo, porque su teléfono no contesta todito el fin de semana; y hubo muchas otras mentiras, que iba al cine y al mercado, o a un cumpleaños, pero no iba, oh y esa mujer era tan bandida en sus engaños y daba tan buenas explicaciones que el pobre Ismael siguió creyendo y dudando a la vez, el culpable no apareció por ningún lado (¡soy yo, sólo yo!, casi gritó Toño, feliz), aunque para disimular pidió nuevos detalles conforme recordaba, sí, ahí estaba él con Mónica cuando Ismael había viajado a Cajamarca e Iquitos, y seguían juntos aquel fin de semana cuando Ismael volvió de Trujillo y estuvo a punto de descubrirlos en un hotel de Miraflores.

Casi gritó feliz, pero se puso serio y dijo que si Ismael no había podido descubrir en años al culpable, lo haría él con ayuda del investigador del aeropuerto. Al despedirse recomendó a Lidia depositar diariamente el dinero de las ventas en un Banco (ella lo guardaba en escondrijos del cobertizo) y que comprara una máquina registradora para el negocio. Ella acabó en sus hombros, llorando por lo difícil de visitar a Ismael, todo eran facilidades para las legítimas, nada para las mujeres como yo, dijo. Limpiándole el rostro con el pañuelo, examinando aún más de cerca sus defectos, pensó que quizá ella también era una de sus víctimas. Extrañamente, la impresión no fue ingrata ni repudiable.

A mediodía, conoció por fin la casona de Ismael y estuvo mirándola largo rato antes de entrar: grande, fea, y sin duda costosa, de dos plantas y con un buen jardín delantero, además de dos amplios garajes. El verde brillante de su fachada, el caminillo de cemento hasta la abominable puerta rojiza, adornada con una manija dorada, le borraron un poco la envidia, y más aún cuando la sirvienta le hizo pasar a un hall de losetas de mármol falso, sin alfombras, amueblado ¡al estilo Luis XV en versión nacional! ¡Y dentro, en las salas de cortinas azules y muebles pardos, en vez de bibelots o cuadros, ¡halló fotografías coloreadas de Ismael, Mónica y de sus cuatro hijos!

Miró demasiado la fotografía iluminada de Esteban, el que a lo mejor es tu hijo, por qué no, Mónica te lo dijo varias veces y luego

nunca más, tu frialdad evitó cualquier compromiso, sí, las fechas y ausencias de Ismael coincidían, quizá efectivamente era tuyo, pero preferiste la duda, la posibilidad abierta, sólo a tu mano, dependiendo de ti, y de nadie más. Se volvió al primer ruido y un niño lo saludaba afectuosamente, hola, tío Toño, y lo besaba, y tuvo que preguntar cuál de mis sobrinos eres tú, y el niño de unos ocho años, sonriente y vivaz dijo, ¿cómo, ya te olvidaste de nuevo, tío?, en cada viaje eres igual, soy Esteban, el segundo, ¿y qué me has traído de México?

Todavía absorto recibiste los besos de los demás sobrinos y te hicieron pasear por la moderna y espaciosa casona, no sólo cada niño tenía su cuarto, sino también cada sirviente, y en medio del jardín interior vio un foso, sí, tío, papá está construyendo una piscina, los niños creían que Ismael estaba en provincias, como tantas veces, y vamos arriba donde tenemos el cuarto de estudios, y aquí está el dormitorio de papá y mamá. Y te dolió mucho entrar en él, por supuesto.

Entonces sacaste las llaves que te había dado Ismael y los chicos te dejaron solo y te encerraste por dentro, envuelto menos por el recuerdo que por la sedienta mirada de otro retrato de Mónica, como si tuviera el sexo en los ojos, y él sintiendo la necesidad de abrazarla, tan bien escondidos como parecían estar.

Tenía también las llaves de los closets. Al abrirlos volvió a desconfiar de Mónica y se echó a buscar las huellas del supuesto amante, entre los papeles que habían sido de ella, no de Ismael, lo sabía por la letra y la forma de doblarlos, por su manía de clasificarlos en sobres rotulados como recibos de luz, letras amortizadas por la casa, cuentas de Oeschle y Sears, y de pronto unos sobres sin rótulo que abrió impaciente, después de todo le convenía hallar siquiera una pequeña prueba, si no de un adulterio, al menos de un amorío incipiente, o quizá la carta atroz de un tipo rechazándola por puta, algo que calmara la ansiedad de Ismael; pero, no, no, era otra cosa, ella había conservado los primeros escritos de sus hijos, unos garabatos y dibujos que sólo valían para una madre. Siguió buscando, como si un extraño hurgara en él mismo y se dio por fin con la cartera que llevaba el día fatal, no

había dudas por el billete de avión, por los cosméticos y perfumes que ella usaba, por el montoncillo de billetes de cien dólares y debajo otro sobre en blanco, y adentro un papelito viejo y amarillento, quizá otro garabato de sus hijos; pero tampoco, oh no, era un poema A ti, Antonio firmaba una M., o sea que poemas también le habías arrancado y sin duda te lo llevaba de obsequio a México, a ti solo he amado, mi bien, a ti solo, a ti solo, una mierda de poema, pero su voz estaba ahí, también arrodillada como su dueña en el cuarto putaño del Cinco y Medio, tan grande como ese dormitorio. Mónica de rodillas, pidiendo cástate conmigo, seré buena, eres el único que puede ponerme en vereda, sé que soy malgeniada, orgullosa e insolente, una jodida con mayúscula, pero yo te veo y duermo bien una semana, mi amor, aunque Toño ya estuviese cansado de repetirle cástate con Ismael, yo quiero a Martha, y la frase debía hundirse en su propia carne para hacerse cierta, déjame, esas cosas no se piden como favores, nadie se casa así, y Mónica seguía implorando, por qué no, dime, seré una buena esposa, me alocan los niños y tener la casa arreglada, jamás te engañé con nadie en estos años que salimos juntos, ya soy otra, te juro; pero él dale y dale, cástate con Ismael, y pensando también ya basta, carajo, una mujer joven y bonita como tú no puede rogar a ningún hombre.

Casi despertó sobre la cama matrimonial y ya no leía el poema sino una carta de Mónica a su marido, creo que voy a dejarte después de lo de anoche, jamás pensé que me llevarías con engaños amorosos a una playa desierta (¡ah, eso también, sobre la arena y bajo la luna, conmigo no quiso, debió ser hermoso, puta de mierda!), y me pegarías con una verga de policía de las que no dejan huellas, te dije de rodillas que no existía nadie entre nosotros, pero no me creíste; y eso no puede ser, porque yo también he llegado a faltarte el respeto cuando vuelves borracho, una vez al mes como una religión, tomas hasta morir con tus amigos y eso no puede ser, llegas arrastrándote y vomitando, y te echas como un muerto en la cama, y entonces me acuerdo de tus palizas y yo también te doy de alma con lo que puedo, con tu correa, tu fuate de militar o mis zapatos, y los golpes son de alma, y entonces te toca a

ti no salir a la calle por el ojo o la nariz hinchados, y eso no puede ser, jamás creí que llegaríamos a tanto, aunque todavía no me atrevo a dejarte, incluso no se si seré capaz de entregarte esta carta, por qué soy así, Dios mío.

La voz de Mónica calló y sobre la cama matrimonial ajena se desparramaban los cosméticos y los dólares, el poema y la carta (¿iba a enseñármela también, entonces?). Devolvió las cosas a su sitio, menos el dinero que cambiaría en soles para entregárselos a tía Lola y bajó a la biblioteca de Ismael. Miró apenas la espantosa y cara estantería de cedro, las colecciones de libros comprados por la pasta lujosa, las numerosas fotografías de Ismael ascendido a alférez, a capitán, a mayor (al menos por edad ya podía ser comandante o coronel), los trofeos deportivos de plata, el para él absurdo despliegue de armas viejas y nuevas, de espadas y dagas. Abrió el cajoncillo del escritorio en busca de talonarios de cheques y de nuevo, súbitamente, se vio rodeado de sus cuatro sobrinos y Esteban haciéndole preguntas sobre México: en conjunto, eran cuatro reproducciones del cabello de Mónica, de la nariz de Mónica, de la sonrisa de Mónica y de alguien más que no era él.

Por la tarde, llamando al investigador del aeropuerto, le oyó decir tengo las listas de pasajeros de México, qué nombre busca usted, sin el nombre no puedo hacer nada, y no aparecen las edades, suponga que me equivoco y sospecho de un niño o de un anciano, y las listas tampoco indican número de pasaporte o de residencia; y suponga también que se trate de un extranjero que vive en el Perú manteniendo su nacionalidad. No, tenemos que averiguar primero el nombre, ¿No lo sabe? Pues entonces lo veo difícil, es como perseguir un fantasma.

No se preocupe, ya lo encontré yo, estuvo a punto de decir, como si se tratase de otra persona.

21

La miró fascinado, desviando la cabeza en plena marcha y casi capturado y paralizado por esa visión, a pesar de que el Dodge de Pancho corría velozmente hacia la autopista, rumbo al D. F. Jamás había visto cosa igual, la torre y los muros dentelleados, mordidos a distintas alturas, y con la mancha negra de humo rociada y desparramada desde lo alto, con las señas nítidas de la quemazón, del incendio viejo y permanente.

Sólida y pesada como el gigantesco cuerpo de una ballena rojiza, la nave central mostraba agujeros por varios sitios e incluso faltaba gran parte de la cúpula, la iglesia era un animal herido y el incendio la había pintado espléndidamente con manchones, jirones y rayas negras, hasta que, sorprendiéndola Toño por dentro (la cuesta retorcida favoreció la vista desde arriba, la iglesia giró como en sus manos, según Pancho pisaba aún más el acelerador), halló en su interior ruinas, montones de vigas, adobes y tejas ennegrecidas, pero conservando cierta forma antigua y original. Había mucho de absurdo en las grandes puertas cerradas cuando, vista por encima, la iglesia carecía de techo y sólo parecía un palacio muerto, un garabato de ruinas tiznadas.

Sí, fue quemada por los zapatistas y nadie la ha refaccionado, dijo Pancho, antes de dedicarse exclusivamente a frenar a medias, entrar en la autopista y casi huir hacía el D. F. ¡Vaya, la quemaron sin miedo, al fin veo una cosa así!, pensó, satisfecho. De la sorpresa pasó a la sonrisa, luego a la imposible consideración fría del hecho, después a la pugna entre los argumentos favorables y opuestos a la violencia, hasta que finalmente volvieron la sonrisa, la alegría pura y saludable, el dato en la memoria, aconsejándole retornar en cuanto pudiese, para recorrer el sitio a pie, oh a pie, y tocar esos increíbles muros.

Y el primer fin de semana volvió, bajando del LTD con su cámara y avanzando por la vieja calle convertida en carretera para bólidos, cuyas ráfagas veloces, en cuanto desaparecían los coches, acentuaban la soledad del paraje, la placidez con que el sol amarilleaba la paja reseca y los pedrones, en torno al edificio muerto, perdido a pesar de su vecindad a Cuautla.

El lugar debía de estar muy abandonado, según la pátina que verdeaba sobre las piedras musgosas y arrugadas, desparramadas en lo que sin duda fue el atrio amplio y nivelado. De pronto, en medio de la explanada, una piedra mucho más grande y alta que las vecinas: el picapedrero indio la había tallado como el pedestal de una cruz toda de piedra, no como la espada rota de hoy. Ahí empezaban las huellas del viejo incendio (que ahora repetía el sol amarillo y rojizo, casi empujando los muros de ladrillos desvaídos y polvorientos), pero ahí empezaban también los símbolos, las pruebas innecesarias de una fe vista por doquiera en las ciudades y aldeas latinoamericanas, sin excepción alguna. El continente era una sola mancha, rebelarse parecía inútil, los ateos carecían de patria, vivían siempre en el exilio. Y esa fe ajena y hambrienta que lo devoraba todo, subía desde las lajas del atrio, desde los primeros pedrones que servían de cimientos o pretextos, donde grabar figuras barrocas ya no en lucha (hubiera sido natural), sino en un triunfo celestial y omnipresente, ángeles y santos de vestidos extranjeros, trepando por los muros y mirando abajo con los párpados cerrados.

Sólo más arriba, a la altura de un hombre y medio (sonrió al calcular así, una medida quizá digna de un mundo de cadáveres, de muñecos), empezaban las marcas del puma que había asaltado la casa inexpugnable y bendita, protegida por los espíritus. El puma, el rebelde, la mano del incendiario había dado ahí los primeros zarpazos; las llamas se habían llevado medio portón (vio el garabato negro, el punto mismo en que la madera se había carbonizado, y también los tablones de refuerzo clavados por dentro), propagándose luego por la nave, quizá a través de cortina o biombos que aislaban y entibiaban a los fieles. De ahí para arriba, todo el edificio, todo el mundo había cambiado, las lenguas de fuego

habían lamido las vigas, el techo, destruyendo en su marcha crepitante (reventando como la cancha en un tostador) los cuadros y altares, y cuanto se opuso al viaje llameante, rojo y amarillo y de corazón azul, que primero iluminó la noche (tuvo que ser de noche para vencer el miedo a los curas y a sus aliados poderosos), y después la ensanchó, acabando por desmoronarlo todo, por destruir en pedazos que caían como pájaros, en una gran herida que debió hervir y humear por varios días, hermosa y macabra, pero que todavía sufrió otro combate. El de los fieles que presintieron o quizá olieron la chamusquina y allá se pasaron la voz y corrieron a salvar la casa bendita con lo que hubo, baldes de agua, manteadas de ponchos, derrumbes provocados, hasta que el palacio que hervía y vaporizaba se aquietó como el mar tras la tormenta, oh sí, la habían salvado a medias, los anticristos no se habían salido con la suya, pero los zarpazos rebeldes y bien dados dejaron un signo fatídico en la iglesia, en aquel palacio para indios, mestizos y blancos que no fue restaurado, eso era lo importante, quedó con la marca y la mala suerte, a nadie le interesó rehacerlo. La fábrica quedó con los boquetes malditos pero bien hechos, la cúpula violada y chueca, vencida sobre el basural que hoy era lo único que protegía los muros inútiles, las puertas simbólicas.

Lástima no haber visto a aquellos jinetes valientes, de sombrerones como pequeños techos redondos, atizando el fuego no de la gentilidad ni del vandalismo, sino de la pura y limpia justicia, que caía al fin sobre los fariseos que se creían humanitarios.

Sí, lástima, pero no del todo, porque ahí estaba la cámara, y con esa luz diagonal, la iglesia castigada saldría rojiza y amarilla, mitad erguida en una dirección, y luego súbitamente quebrada y ladeada por una inmensa bofetada negra que estaba muy bien que se hubiera dado.

Durante una época, o una vida, o un siglo, le pareció que Ismael sólo estaba en la espera de unos cuantos días de fiesta, o más aún de jubilo nacional, así creía el oficial de ejército, jalonados cada seis u ocho años (los períodos legítimos y electorales de seis, pocas veces concluidos sin interrupciones, se alternaban con los de ocho, o más, de plazos ilegítimos pero normales en el país). Quizá Ismael los sentía venir mejor que nadie, si bien comprendía sabiamente que sin su propia ayuda no llegarían a cristalizarse; por ello, valiéndose de frases como "esto tiene que cambiar, no podemos seguir así" o "ya se la hemos jurado al inquilino de Palacio" o "ése tiene los días contados", empujaba sus propios deseos hacia su realización.

Cada vez, el día de júbilo tardaba más en llegar, atravesaba un tiempo larguísimo nacido de una desilusión según Ismael, de una ilusión según Toño ("ya se reventó el Perú por seis años" para uno, "ya nos salvamos por seis años" para otro), y luego ese tiempo se congelaba, ninguno de los dos se refería al "régimen", o a "tu Presidente", o a tu "Taita", canceladas ya las discusiones, sentados con sus respectivas mujeres y en torno a tía Lola; y la erguida y callada anciana, feliz de esos cuatro hijos, pero también temerosa, porque los dos hombres, de rato en rato, o de año en año, de pronto se enzarzaban en un diálogo feroz y a gritos, como si ya fueran a pegarse.

Nada de política en mi casa, por favor, temblaba ella como si fueran a apresarla (¿o sea que la sombra de tantos presos políticos en el país revive en ella mejor que en nosotros?, pensó él) y dejaba su asiento para abrazarlos por turno, para cortarles el ímpetu y desviar sus cabezas del mismo tema, aunque ellos sonrieran, le aceptaran o devolvieran sus besos; pero allá retomaban el hilo y de

nuevo el eterno debate, los gritos y los vasos de pisco-sour, cerveza o whisky, y las dos hermanas Alberti prendidas de sus maridos, cuidando de que no pelearan y aun entrando a tallar ellas también, metiéndose no sólo a apoyar a sus hombres, sino bebiendo como ellos, ardiéndoles igualmente el estómago y la cara, pasando del comedor a la salita, de la salita al coche, del coche al cine, o a un restaurante, y ambos primos dale que dale a veces hasta la madrugada, y las dos hermanas dormitando en el coche o el diván, y despertando de vez en cuando para suplicar, ya, basta, tenemos sueño, córtenla ya, por Dios, nos vamos a morir oyéndolos.

En casi veinte años, sólo por dos veces llegó aquel día de júbilo para el bando de Toño, oh al fin volvemos a la civilización, ahora se podrá hablar y publicar lo que se quiera, vas a ver de lo que somos capaces, habrá una campaña de alfabetización en serio para los indígenas, se desarrollará la industria, aumentará el ingreso per cápita y dejaremos de estar en el culo del mundo. Y no sólo el día de júbilo se reflejaba en su cara, sino en su afán por acudir a las manifestaciones, donde lo perdonaba todo, desde la inhabilidad de los oradores y la imprecisión de los líderes, hasta los vergonzosos pactos con la derecha, puesto que, por encima de todo, invisible, palpitaba la implacable certeza de la derecha que vencía y arrollaba casi siempre.

Volvía muy de noche a comer, contando feliz los incidentes de la calle, y tía Lola e Ismael mudos pero escuchándole, y más tarde, ya casado, Martha despertando trabajosamente para sonreír y Toño proponiéndole vamos a fregar a Ismael, lo llamaré por teléfono cuando sea de madrugada, para que se desvele de una vez.

Pero luego cambiaba el turno, las cosas volvían a su cauce normal y ¡zas! en mitad de la cena o saliendo a trabajar muy de mañana, de súbito la radio del coche y luego los diarios daban la noticia negra, el temor de los últimos días se precipitaba al fin, y ahí resurgía la efigie del nuevo —pero— viejo-general-presidente, rodeado de sus ministros que desafiarían a Toño por seis, ocho, o diez años, arrinconándolo no solamente en casa de los Alberti, sino en su propia casa, pues Martha figuraba también en el otro bando, y esta vez sí hablaba y corría a abrir para que un Ismael exultante y

una Mónica inaguantablemente burlona entraran taconeando, e Ismael gritaba ¡que salga el rabanito de la familia, qué dice hoy que mandamos nosotros, ahora sí todo el mundo andará derecho! Parecía como si unos triunfadores hubieran invadido el país, pero también nuestros ojos y oídos, que sufrían sin esperanza de salvación; los machos dominaban por la fuerza y convertían en mujer a todo lo que se les opusiera, y él sentía una impotencia infinita y sus entrañas resistían, protestaban y se encabritaban, pero el malestar iba agravándose en vez de mejorar. Y ese mismo día, dada la importancia de la fecha, los Alberti cruzaban la calle y se dignaban entrar y repartirse a duras penas por el estrecho departamento, brindando con el champán llevado por Ismael y alzando sus copas hasta las viejas y polvorientas pantallas, salud, salud, y ahora qué te nombrarán, Ismael, no nos olvides en tu nuevo reino. Y Toño sediento, pero sin nada que celebrar, y con el rabo entre las piernas, mareado por aquellos impetuosos brazos, aquellas bocas felices que sorbían las copas y le pedían más, pues era él quien servía, enviado por Ismael, vamos, Toño, haz algo útil por la patria.

Había que ver a los pulcros Alberti sentándose en los brazos de los sillones raídos, incluso en el suelo sin alfombras, pidiendo cuéntanos, Ismael, ahora quién será el Ministro de Hacienda, y quién el abastecedor de pollos de Palacio, y oye bien, Pantoja, apunta con quién tienes de competir, y quién el Prefecto de Lima y quién el alcalde de Breña, y no les importaba esperar mucho a que llegara el chifa que Ismael había mandado comprar a Toño hasta la avenida Brasil, ni tampoco servirse en platos que avergonzaban a tía Lola, ustedes perdonen, nos han tomado de sorpresa, mi juego bueno está en los cajones del depósito, y ellos qué importan esas pequeñeces, tía Lola.

Y la noche terminaba en el Salón Pizarro de Palacio, Ismael y los Alberti gozaban en la primera fila del besamanos, aplaudan, aplaudan, algún día te veremos aquí de ministro, Ismael, por qué no, y Ferruccio y Bacigalupo y Pantoja abriendo campo para que pasase primero Ismael, preséntanos, cuñado, tú los conoces, nosotros no.

Parecía como si el vaivén de la historia tuviera un solo lado eterno, lleno de felicidades para otros, como si alguien se hartara de comida delante de un hambriento. Y los conjuros no servían de nada: ni los hados, ni Dios, ni la naturaleza, ni toda las fuerzas vivas juntas cambiarían las cosas. Sólo había que esperar el tiempo y sus millones de diminutos pies seguían moviéndose, hasta que uno despertaba ante el espejo con las primeras canas que no podía aceptar, las arrugas y las bolsas en torno a los ojos, nacidas por la noche de varios años, las manos otrora lisas y vigorosas empezaban a exhibir la piel separándose de la carne, y ahí estaba el sitio para las futuras arrugas que matarían la antigua y larga lozanía. Ése era el precio, habían pasado diez o veinte años, uno era el mismo, pero quizá ya no resistiría otro período adverso. En total, sólo habían pasado cuatro o cinco sombras por la casa de Pizarro y ya uno se hallaba en las puertas de la vejez, era un símbolo de aquel vaivén de las olas de la historia.

Pero también llegaba el fin del ciclo invernal; concluía el mal tiempo y llegaba de algún modo una mezcla de verano y primavera, el mejor clima del mundo, el ansiado cambio, el sol en vez de la eterna neblina limeña, y Toño, así estuviese en el extranjero, relucía como los árboles, rebrotaban sus hojas (sólo entonces cobraba sentido apellidarse Flores, ser alguien cambiante según las estaciones y según quién viviese en la casa de Pizarro), y volvía el verdor. Sus cartas a tía Lola o a Mónica se llenaban de alegría y confianza en el país, hablaba de volver pronto y para siempre, y en vez de vivir en Lima, las animaba a irse con él a la sierra o a la selva, a conocer tantos sitios del enorme país, ahora por fin democrático.

Lo malo era que esa primavera —verano, ese verano— primavera duraba poco y sólo quedaba el remordimiento por no haberla aprovechado al máximo, como si se tratase de unas vacaciones retrasadas, en espera de los últimos días para gozarlas. ¡Zas!, caía el tajo, y las cosas ya eran tristes e irremediables, la piel y los ojos quedaban marcados. Otra espera de años y quizá vendría la muerte.

¡Bah, idioteces!, e Ismael lo arrancaba de esas que llamaba sus reflexiones de perro del hortelano, y vamos a celebrarla, primo, lo llevaba a regañadientes a casa de algún alto funcionario del régimen, cuya prodigalidad y derroche aumentaban conforme descendían los de la crema y nata de Lima, incapaces ya de competir con la nueva clase uniformada, y en el otro oído estaba Mónica, dile que sí, no seas tonto, emborráchalo y déjalo dormido por algún lado, así tú y yo nos iremos al motel a hacer lo que Dios manda, ¿qué te parece, pensador?

Aquella alternancia de años adversos y años benignos estaba en el aire, pero hubiera sido absurdo pensar en ella todo el tiempo. Días hubo en que sus clases, sus alumnos y la geografía de ciudades que no eran plenamente suyas (La Paz, México), lo hacían vivir flotando libremente, sin responsabilidades directas por ningún lado. Pero, de súbito, y otra vez, una frase oída en el café, una película proyectándose, las palabras Perú o peruano en un diario (la primera página para los golpes de Estado, la última para los suicidios con insecticida, o para noticias como ésta del indio que se había comido a su enemigo después de cocinarlo, menos mal), y él se sacudía de arriba abajo, ya era tiempo de volver al país y componerlo así fuese provisionalmente, como se levanta un muñeco caído sobre la mesa, ¿no estarás enamorado de tu tierra, creyéndola mejor que otras partes?, se burlaba Mónica. Quizá eso te impide querer a tus mujeres, digo a Martha y a mí, que a las demás no las conozco. ¿Qué te hemos hecho? ¿No estarás vengándote a deshora y en el sitio equivocado? Pero ¿de qué?

23

Se quedó mirando la untuosa noche que dibujaba y se pegaba a su cuerpo, y de pronto se sintió a sí mismo; fue como si se paladeara, probando la ácida suerte de vivir irremediabilmente dentro de él. Y por fin, en un relámpago, supo quién era, una mezcla de él y de su propio padre, ausente durante toda su vida, sólo porque Toño desviara los ojos de donde siempre había estado aquel pequeño perverso. ¿O sentirse hijo era un simple instante de decepción y desánimo?

Encendió la luz; la tarde se le había escapado minuto a minuto de sus ojos. Carraspeó, casi necesitaba hablar a solas; pero cuando intentó hacerlo su voz fue otra, aunque tampoco la de su padre ¿Quizá la de un posible hermano, que jamás nació o la que tendría Esteban de mayor? Lleno de historia, tedio y ocio miró su reloj: las siete y media, hora de salir adonde fuese, como en sus tiempos de soltero. E igual que en aquellos días, salió en puntillas para que no le oyera tía Lola.

Justamente en eso sonó el teléfono. Dudó en responder, podría ser Martha, no deseaba oír sus reprimendas por no haberla llamado ni menos contado los últimos sucesos. Pero tuvo que alzar el aparato por evitar que acudiese tía Lola.

Era un tal Remigio no sé cuántos que dijo y repitió que Toño lo había llamado para que recordase quién era, de qué señorita Melisa se trataba. Pues sí, el desconocido Remigio, empleando frases corteses y sin duda elegantes para él, pero con un tonillo serrano de analfabeto, dijo que Miss Melisa estaría esperándolo a las diez en la iglesia adventista de Progreso. Toño había perdido ya la curiosidad por reencontrarla, pero la perspectiva de una noche en blanco lo decidió. Muchas gracias, díglele que iré.

En el camino fue como dibujando varios retratos de ella, borrándolos cada vez. Quedaron apenas sus ojos azules, unas

largas trenzas de niña que quizá eran tallos de extrañas plantas, y la espléndida voz cantando en la plaza de Caraz, en un costadito de la mirada de Toño. No quedaba nada de su tamaño ni del resto de su cuerpo.

Bajó del taxi en una acera desconchada y subió unos peldaños que, en forma de Y griega invertida, se juntaban en el rellano, para conducir a la puerta por donde iban saliendo las siluetas de algunos fieles, recortadas a contraluz sobre lo que parecía un tabladillo pobretón pero bien iluminado.

Por un momento estuvo girando en medio de desconocidos, hasta que un bulto grueso, unas manos fuertes y el estallido de una voz que hablaba o escupía lo inmovilizó, para después oír una risa, al tiempo que descubría las trenzas y una cara redonda y rojiza. Sí, sí, él era Toño, el de Caraz, el muchacho flaquito y malgeniado que no quiso saber más de ella, y la mujer de pantalones y camisa hombrunos, que seguía siendo una muchacha por su alegría y sus gritos de sorpresa, lo tomó fuertemente del brazo y le dijo vamos a mi casa, ya preparé la comida.

En el trayecto de unas cinco cuadras, Melisa fue como creciendo, llenándose de hechos y años, pero sin dejar de ser la niña grandota, de mejillas muy rojizas, como las indias tostadas por el sol de la puna, la cara sin afeites ni pinturas, los dientes feúchos, y las trenzas con las que jugaba y aun masticaba entre las frases. Su español era casi bueno, pero de vez en cuando dudaba buscando una palabra o inventaba otra; y seguía dando grititos de alegría y sorpresa por el reencuentro. Se había casado con un peruano y enviudado de él, habían nacido cinco hijos y ahora sólo tenía tres; pero, además de esos dos hijos muertos, había desaparecido también su padre, aunque en el Cusco vivía su madre recién operada de un tumor benigno.

Tras el veloz cuento de su vida, retornó la niña feliz y juguetona que lo empujó a la salita-comedor, donde apenas había una mesa y dos sillas; olvidándose de él, Melisa se puso a jugar con dos hombrecitos y una niña, a quienes halló tumbados por el suelo, leyendo historietas a la luz de pantallas que colgaban hasta muy bajo. Todo el piso estaba recubierto por una esterilla barata, cuyo

aspecto amarillento contrastaba con el estallido de colores de los cojines tirados aquí y allá, y hasta con la mesa y las sillas, pintadas de rojo. Y por esa alfombra y esos cojines rodaron jugando a los pies de Toño, hasta que una orden de la madre les hizo poner minuciosamente la mesa, mientras ella arrinconaba a Toño contra una pared, lo hacía sentarse en el piso y le invitaba una cerveza a pico de botella.

Todo iba muy a gusto hasta que ella, a medias puritana, se negó a una segunda cerveza. Todavía estuvo dispuesto a concederle otra oportunidad: ya en la mesa probó sin entusiasmo el menú vegetariano, aunque le pusiera otra vez en guardia el primer sermón condenando a quienes comen carne y pescado y salsas picantes (¿qué sería del Perú sin el ají?, casi gritó él en un momento). Más tarde le perdonó también esos defectos. Pero de ahí en adelante, hacia el fondo de la noche y con los niños acostados, creyó que un hombre y una mujer jóvenes como ellos podrían haber aprovechado mejor el tiempo. Melisa, no obstante, se había lanzado al segundo sermón, nacido insensiblemente de un comentario sobre los templos protestantes de Lima: Toño dijo apenas que, al verlos, casi instintivamente apreciaba la falta de intencionalidad artística y de la maestría de los arquitectos católicos, frente a la sequedad y pobreza de las iglesias adventistas, todas unas casitas adaptadas como locales provisionales y nada más ¡Para qué opinó así! Sentada a la Buda y fumando cigarrillos baratísimos que cargaban el ambiente, Melisa hizo chicotear sus trenzas y con duros gestos defendió su posición: justamente aquella sequedad probaba que la religión no debía guiarse por las apariencias, sino por la intencionalidad moral, el techo sólo debía cobijar a los fieles y no tenía por qué ser bello; nosotros somos los auténticos creyentes, en este país dominado por la pompa feudal católica, agregó; y entonces él dijo y qué me dices de la pompa y riqueza de la iglesia protestante en los países anglosajones, donde, al revés, la católica es una religión de minorías. El ser una minoría prestigia en ambos mundos, sostuvo él, acá luchas con lo establecido, pero allá estarías gozando de las gollerías de tu iglesia dominante.

Melisa se encrespó y su cara regordeta y alegre enrojeció demasiado, poniéndose tan sanguínea que más parecía afectada por una enfermedad circulatoria. Entonces él buscó una senda lateral, los ateos envidian mucho los templos, iba a decir, quizá les gustaría levantar otros exclusivos para ellos, así al menos se juntarían de vez en cuando y no se sentirían tan solos; pero notó muy bien que aun sin hablar, esto es, sin comprometerse, empleaba la tercera persona en sus pensamientos. Aquella era otra cobardía sobre las muchas que había escondido, cada vez que surgía el tema. Decidiéndose de golpe, abrió la boca, sintió que una claridad y un temblor largamente esperados lo invadían para dejarlo definitivamente solo, pero ya sin miedo alguno, y empezó: nosotros los ateos, no los ateos cristianos, sino simplemente los ateos.., y no le importó siquiera que Melisa prosiguiese su cháchara sin oírle. Lo importante era haberlo dicho para sí mismo. Y luego dejó de vibrar, superada toda solemnidad, y como por contraste se divirtió viendo el apasionamiento con que ella discutía. Un rato después pensó hay que pasar a los hechos, estamos perdiendo el tiempo, y dio el primer paso, le tomó una mano al descuido y empezó a acariciársela, subiendo por el brazo; hasta resolvió quitarse el saco y la corbata, volviendo a sentarse junto a ella que no cesaba de argüir, pero que se encrespó de nuevo en cuanto la rozó con el primer beso. Entonces ella se colocó a buena distancia de Toño; puso un disco de música serrana en recuerdo a los tiempos de Caraz, y todo sin dejar de hablar esta vez de sus numerosos viajes por el Perú, avergonzándolo, he aquí una extranjera que conoce el país mejor que tú. No, esa mujer no tenía remedio.

Se puso finalmente en pie.

—¿Te quedas en tu tierra o te regresas allá? —oyó preguntarle y tampoco le gustó la respuesta evasiva que él mismo dio—. Yo sí vivo bien en el Perú —añadió subrayando la frase—. Creo que te falta una fe, Toño.

—Y a ti librate de la que supones que tienes, para ser una mujer humana.

—Hablo en serio.

—Yo también.

—¿Por qué entonces me has buscado tanto? —los ojos azules brillaron ya molestos.

Por ver si podía acostarme contigo, pensó decirle francamente, pero supo que no era cierto. Por sentir tu ambiente, dijo, creí que era algo distinto al que envuelve a un cura, un personaje que de vez en cuando me ha intrigado.

—¿Yo, un cura hipócrita y vendido como los de tu país?, gritó ella, pero con alguna sonrisa, menos mal. ¡Preposterous! ¡Bizarre!, —masculló para sí—.

—¿Me permites que bese tus ojos?, suplicó de pronto. Siempre soñé hacerlo, desde que te conocí.

—Pues anda, accedió ella, y Toño ya estaba cerrando esos ojos antiguos y hermosos con un beso en cada uno, tibio, suave, y que quizá lo libraría de otra obsesión. Antes yo era bonita, ahora soy fea, pero trabajo por la causa del Señor, dijo ella lentamente y con orgullo. Y la próxima vez que vengas, ven por mí, no por mis ojos, y se levantó de un salto.

Si es que vuelvo por acá, pensó él.

Ya no tenía más ocupación que digerir lentamente lo que había pasado y dar unas vueltas por Lima, ciudad que luego de sus continuas ausencias parecía sólo un lugar de paso. El hijo pródigo que retorna al hogar inexistente y anhela marcharse pronto, pero no puede, está saludando a calles y plazas. Prefería el centro abominado por las buenas familias, el pequeño damero español, su antiguo recorrido por la Plaza de Armas, la San Martín, y el Parque Universitario, cruzándolos de un envión después de cada viaje.

A su paseo le faltaba algo, pero finalmente lo descubrió: estaba ahí a destiempo, no se había demorado en preparativos del viaje que le permitieran llegar antes de llegar. No sintonizo aún con Lima, pensó, ella va por un sentido y yo por otro, nadie me espera y veo tantos desconocidos familiares que ignoran que he llegado, los miro desde mi adolescencia que no acaba. Huérfano, sí, pero sólo de madre; por voluntad del hijo no existía el padre, un simple jinete de la tierra que alimenta y corre. Al fin podía no hacer nada, por unos días se había quitado del camino a todos, aun a las mujeres que lo amaban.

Inquieto, incapaz de fatigarse, el centro le quedaba chico, y bajando por Belén enrumbó por Wilson, pretensiosa y moderna. He ahí el camino de los hombres prósperos, hacia Miraflores y San Isidro. Resistió la marea de coches que pretendía guiarlo. "Pero ahora miro rudamente a la derecha y descubro a Bolognesi flotando en el aire, esa cuarta plaza es otra luz que hincha mis ojos, ella levanta sus manos claras y me llama creyéndome todavía un muchacho, convencida de que iré".

Entonces recordó que había dejado a Walter de boleterero en el Capitol, y que no lo había visto en sus otros retornos. Ni tampoco a Pepe Galdo, ni al poeta Gregorio, ni a Florencia, la única mujer del grupo. Había vuelto sólo a los brazos de Mónica, sabios y

gigantescos al ocultar la calles y el aroma de la amistad. Al avanzar, Taormina lo descubrió de lejos, ese templo de las salidas del colegio, déme una cremolada bien fría, de las que sacan los dientes ¡Lo que uno hubiera dado por una cassata o un pezziduri!, los clásicos bolsillos vacíos sentían el vano rascar de las uñas que solamente extraían negras migas, restos de caramelos pegoteados. La plaza y el círculo de casonas afrancesadas querían ser los mismos, competir con el Paseo Colón, sólo que el aire del tiempo y del descuido habían desvanecido los colores, como los de una hoja guardada en un libro. Al momento de pagar halló su cartera demasiado llena, jamás se había visto con tanto dinero, soles, pesos, dólares: el contacto podría ser grato, pero sin duda ofensivo para los hombres y niños que, de pie como él, bebían su cremolada en la acera y cuyo aspecto seguía atrapado en la pobreza. Se puso contra la pared y con un gesto rápido y disimulado extrajo un billete que escondió en la mano.

Y después de la cremolada monumental, histórica, el preguntar por Walter en el cine. Era la hora de limpieza y tanto la taquilla como la platea estaban abiertas de par en par: allá al fondo una mujer barría el piso, pero no los recuerdos que, junto con el agua, componen la carne del hombre. He ahí otro templo, si no hubiera sido por el cine quizá no te habrían gustado las rubias. No, el señor Walter Noriega ya no vivía en el altillo, si antes lo había hecho ella lo ignoraba; su oficina era la otra, junto a la boletería; pero estaba cerrada, aunque oiga usted, su teléfono aparecía en el papel clavado en la pared. ¿Quería pasar y ver? Entró y desde el interior, mirando por la ventanilla de la boletería, descubrió a alguien que también se inclinaba para meter la cabeza por la ventanilla. Un espejo que duplica y roba la vida.

—¡Pero, Toño! ¿Eres tú o tu doble? ¿Y qué haces ahí dentro? ¿Buscando entradas para la cazuela, como antes?

—Hermano...

Te abrazó un hombre más alto y grueso que el de tu cabeza, de cejas y bigote más peludos, con la sombra de la barba nítida en la piel afeitada, bien vestido y aun próspero. Otro que se salvó del naufragio, me alegre; pero también era hermoso cuando nos hacía

entrar gratis y a intervalos al cine, de uno en uno, y nos metíamos en el cuarto de proyecciones. Walter reemplazaba al operador y ahí aprendimos a fumar y beber, hasta que surgían las protestas del público si nos olvidábamos de cambiar el rollo o se rompía la película. Lo llevó abrazado a una pequeña y pulcra oficina interior. Menos mal, el edificio estaba bien cuidado, una excepción en la ciudad. Walter había sacado el máximo partido de la derecha y larga habitación, disponiendo un escritorio, un refrigerador, una cama turca y por las paredes algunos diplomas y libros; dijo que ahora le iba muy bien, que regentaba dos cines y que su bufete estaba junto al Palacio de Justicia; que ahí le daba una llave para que viniese solo o acompañado, e insistió en metérsela en el bolsillo. Y mientras bebían una cerveza del refrigerador, sacó un recorte del bolsillo, mira, telepatía, viejo, iba a escribirte a México, aquí dice, léelo tú mismo: "Ayer han circulado rumores sobre cierta agitación, se ignora si amago de levantamiento, en uno de los principales cuarteles de la capital, resultado del cual podría estar detenido el mayor Ismael Ramírez Quesada".

—El periodista se fue en caldo —dijo—, se ve que todo el mundo espera un movimiento militar, y tuvo que contarle la desgracia, pero con una media sonrisa, ya estaba harto de cosas negras, volteemos el traje de luto del revés, quiero ver a la tira, vamos, llama a Gregorio, a Manolo, a Pepe, a Florencia.

—Gregorio murió, —la voz de Walter detuvo la mano que subía con el vaso—; un accidente en la selva que estaba loco por conocer, se volcó el bote en que iba con unos amigos. Qué triste ¿no?

—Mejor ya no pregunto por los demás; parece que estoy de turno.

Se fue enterando, mientras Walter hacía las llamadas. Pepe Galdo seguía siendo un caso: cuidaba de su padre viudo y enfermo hasta cuando lo dejaba en casa, llamándolo desde donde estuviera, y el viejo tirano, resentido, mimado, sólo comía y tomaba sus remedios si volvía Pepe. Así, el pobre ni siquiera tiene novia, imagínate, sólo las putas de la avenida México. A propósito, Toño, ¿sabes que nuestras putas tan lindas se mudaron ahí? Ya el Veinte

se acabó, con lo bonito y limpio que era, y con las expertas francesas que nos enseñaron a ser hombres. Qué triste ¿no?

Vaya casualidad, otra vez el nombre de México merodea aquí y allá. ¿Y Manolo Sánchez?, pues sí, el negro te hace la competencia, también es profesor universitario, pero en la Católica, claro, increíble pero cierto, digno de Ripley, y con un sueldo inferior al de boletero de cine; pero él dale que dale, organizaba seminarios con sus alumnos en cualquier parte, en el bar, en el restaurante, o sentado hasta la madrugada en la acera de su calle. Tú crees que son palomillas fumando su cigarrito, pero discuten cosas muy serias bajo la batuta de Manolo el menstruo.

—¿El qué?

—Ahora le decimos así. Ya sabes, seis meses católico, seis meses marxista, quizá como el resto de intelectuales limeños; no falla su período semestral.

—Muy buena, —dijo—, pensando ¿y qué apodo me habrán puesto allá mis alumnos, se burlarán de mi carita de joven-viejo, de mis anteojos demasiado grandes, o de la tonsura que ya me salió?

—¿Y tú, hermano..?, —Walter le sacudió el hombro—. Por ti no pasan los años. ¿Cuál es tu secreto? ¿Leche de tigre o tigresa?

En efecto, quizá Martha y Mónica lo habían defendido del tiempo, una u otra había estado siempre con él, se veía incluso acompañado ante el espejo, el aire no se adelgazaba nunca, pero ya todo eso había muerto. ¿Quién reemplazaría a Mónica? ¿O quedaría viudo por ese lado?

—Como sea, tú pareces más feliz que yo, aparte de más próspero —dijo él.

—¿Yo..? ¡Si apenas he podido comprarme una casita ridícula para mi mujer y mis hijos! ¡Tienes que venir a conocerlos!

—¿También tú casado? Nadie se libra ¿eh..? —la pregunta fue más bien una queja impersonal.

—Sólo por lo civil, que conste —Walter alzó contento la mano—, y menos mal que Manolo no me hizo la escena como a ti. He vivido siete años con la que es mi mujer, pero finalmente tuvimos que hacerlo por los chicos, sabes, los colegios de curas no admiten ilegítimos.

—Te felicito, —y todavía se emocionó como si se tratara de gran cosa.

—Estoy de acuerdo contigo, la verdad es que no hay que casarse en absoluto, ni aceptar ningún Gobierno...

—Ni estar atados a los padres, ni recordarlos, —subió la voz, ya que le parecía muy poco lo dicho por Walter—. Pero su amigo únicamente lo miró curioso, sin aprobar lo que decía.

—Listo, ya podemos salir, tengo mi carrito al costado. —Bueno, vamos al bar del Bolívar.

—¿Reniegas de nuestras viejas chinganas? —sonrió Walter.

—Después iremos a donde tú digas —respondió, picado.

En el trayecto estuvo pendiente de mínimos detalles que halló en el viejo Austin de Walter: los resortes del asiento se veían por fuera, además de sentirse en las nalgas: el tapiz de la puerta se había despanzurrado, y atrás, en vez del asiento, vio una pila de diarios y libros polvorientos, y por el techo unas manchas que él jamás hubiera tolerado en su pulcro LTD.

—Sí, Toño, como te venía diciendo —y Walter siguió con las noticias—. Gregorio ganó el premio nacional de poesía y con los siete mil quinientos hizo refaccionar el balcón de su casa; hoy era una delicia contemplar desde ahí el mar de Chorrillos. Pero, claro, él ha muerto y sólo nos recibieron sus padres. —¿O sea que esa ridícula suma representaba algo aquí? En el D. F. sólo daría para una cena. Y lo que es Pepe había seguido un curso de enfermería para atender a su viejo. Casi suelta la risa. ¿Y Manolo? Cuando bebía, llevaba a Walter hasta cierto edificio de la avenida Tacna, le señalaba una ventana y confesaba siempre como por vez primera que ahí vivía la mujer de sus sueños, la que después de tantos años no le hacía caso; pero un día de éstos subo y le hablo a su marido, declaraba Manolo, o me la robo como en viejos tiempos. Walter imitó entre risotadas el tonillo lento e ingenuo del filósofo enamorado. Habían llegado al Bolívar.

Se sentaron frente a frente, la mesilla redonda de por medio. El aire acondicionado no sólo enfriaba gratamente las ropas, sino untaba de paciencia y descanso los ademanes, quizá incluso los pensamientos. Pero no desaparecía un hormigueo, algún temor al

futuro. ¿Por qué, si Mónica estaba muerta y enterrada, si por Ismael no podía hacerse gran cosa, excepto esperar el deslinde de fueros, y si Martha, desde tan lejos, no podía adivinar las últimas frases de Mónica? Los escasos clientes del bar higiénico y moderno, los muebles oscuros, las paredes tapizadas con figuras de Chavín, la luz indirecta, que se apartaba del día prendido en las cortinas blancas, parecían esconder algo que iba a mortificarlo más. Pero ¿qué podía ser?

—Tráigase dos pisco-sours requetefríos —dijo Walter—; de los gigantes.

Toño bebió sediento la gran copa de las de cognac, paladeó el espumoso trago como haría un niño con su golosina y en eso oyó el primer comentario molesto:

—Dices que tu primo mató por celos. Que lástima. Hubiera sido lindo en un motín o en una conspiración, algo que lo hubiera acercado a nosotros. El ejército no se divide nunca, pero tampoco le gusta el pacto de Odría con el Apra, ni te creas.

—Sí, mató por celos —dijo—, asombrado por lo fácil que podían resumirse hechos graves, y pensando, pero la mató él, no yo, como si hubiera sido necesario.

—¿Y quién le afanaba la mujer?

—Parece que mi cuñada no era muy santa que digamos —tuvo que decir mezquinamente, sintiendo el veneno en sus dientes, sucio, amargo e innoble, no como en los indios de su niñez, de dientes naturalmente verdes, ingenuos.

—Verás cómo lo dejan pronto libre, te apuesto —dijo Walter, invitándole un cigarillo que rehusó—. Le echarán tres o cuatro años, pero por buena conducta o indulto saldrá antes. O a lo mejor lo procesan por otra causa. Así son las cosas en este país.

—¿De veras..? —gritó, dudando entre una alegría o una decepción—. ¡Claro, tú eres abogado! ¿Cómo he podido olvidarme? Perdóname, y se tomó la cabeza, añadiendo por compromiso, ya no podía dar marcha atrás— : ¿No podrías encargarte de su caso?

—Lo siento, hermano, pero sólo defiendo a mis cholos, —se excusó su amigo, afortunadamente—. No importa que no me paguen, total, con los dos cines que administro gano bien, no

necesito más. ¡Si vieras cada caso de injusticia y abuso! Éste es un país de cafres y el que tiene dos reales se cree rico y maneja la ley del embudo. Y todo sucede bajo gobiernos ineptos, sean militares, civiles o inciviles.

—¿Crees entonces que estamos perdidos? —lanzó increíblemente una pregunta de niño; se le escapó de los labios.

—La mayoría, sí, pero la argolla que gobierna hallará siempre una salida favorable para sí misma. Has hecho muy bien en largarte del país.

—¿Tu crees..? —buscó sus ojos—; muchas veces me entra un complejo de culpa, yo jamás quise irme, pero aquí no hallé trabajo, tú eres testigo...

—No necesitas explicarte, todos lo sabemos —le sonrió afectuosamente—. Mira, ahí viene parte de la tira.

Toño se puso en pie, alegre, pero también apenado por la facha de Pepe, el traje lleno de arrugas y las punteras levantadas de sus zapatos. Casi calvo y más flaco que antes, Pepe lo encerró en sus fuertes brazos, y al alejarse para mirarlo mejor, Toño pensó que lo único que lo unía a ese desconocido y casi viejo era la sonrisa amable, aún candorosa, el antiguo orgullo que parecía sentir por Toño, distinguido y triunfador. Pero Pepe lo palmoteó sin hablar y corriendo dijo desde más allá que ya volvía.

—¿No te dije? —sonrió Walter— Tiene que llamar a su viejo a cada rato; a lo mejor se va a darle de comer.

—¿A ese extremo? —abrió la boca, satisfecho de carecer de esos deberes.

—Y aquí vienen el Heraldo Negro y Florencia —y esta vez tardó en levantarse con Walter, sorprendido de lo negro que veía a Manolo, ni siquiera zambo o mulato, sino casi negro, si bien con los rasgos finos de un joven blanco, de labios delgados y nariz pequeña.

Lo abrazó, aunque Manolo le extendiera únicamente la mano, y miró por encima del hombro a una mujer delgada, morena y sonriente, que seguía pareciendo una muchacha. Hola, Florencia, y ella no sólo le devolvió su beso casi en la boca, sino que lo besó también en la otra mejilla, a la española, además de retenerlo un

buen rato en sus brazos. Entonces recordó que la había enamorado entre bromas y veras cuando aún no habían surgido las Alberti.

—¿O sea que volvió el doctorcito, el aplicado? —Manolo hizo una mueca.

—El orden en persona —dijo Florencia—, y más guapo que nunca. Tienes que darnos la receta.

—Asiento, asiento —señaló como anfitrión los sillones elegantes y preguntó qué beberían.

—Ya que invitas, te voy hacer un buen gasto —sonrió despectivamente Manolo—. El whisky más caro. Te habrás traído dólares ¿no?

—Ni le digas, se pondrá blanco —Walter tiró de la corbata de Manolo y le torció el cuello de la camisa.

—Qué sabrá el burro de alfajores —dijo Manolo, acariciando su camisa.

—Bueno, salud —Walter impuso su voz—. Qué dirá Toño que en su ausencia no he podido dominar al equipo. El que quiera sufrir que ría, el que quiera hablar que beba. Salud.

—Frasecitas de sofista —lo desdeñó Manolo.

—De ingenioso —sonrió Toño.

—¡Eso, enséñale a hablar! —le palmoteó las espaldas Pepe, de vuelta del mostrador, y todos corearon la algarabía, burlándose de Manolo.

—Ya basta, chicos, y nada de lisuras, no olviden que estoy acá —decía inútilmente Florencia.

—Las cosas son muy claras para todos —volvió a alzar la voz Walter—, pero el negro no las ve por su ¿qué, negritud..?

—Mulatud —corrigió Pepe— y mulatud no viene de mulato sino de mula, y la mula es ésta que...

—Mira cómo lo ajochan al pobre —se levantó Florencia, yo me voy de este lado, y cayó sentada junto a Toño.

—¡Zafa! —manoteó Manolo, superior, levemente risueño, pero de nuevo molesto, y por poco derrama la copa de Toño.

—Hablemos de otra cosa en este antro de payasos —miró Manolo a los turistas norteamericanos, vestidos de colorines, que iban llenando las otras mesas y ordenando, a esa hora tan

temprana, sus almuerzos de puros sandwiches—. Bueno, ¿y cómo te va, Toño? ¿Qué haces en México, aparte de tener plata en el bolsillo y adoptar esas camisas chillonas?

—Hasta hoy no das en el clavo —dijo él, mohíno; su camisa era ciertamente chillona para el gusto de Lima, y del mismo género de la corbata, cosa también extraña para un limeño; y en verdad su billetera estaba repleta, había retirado buena parte de sus ahorros para el viaje.

—A mí me gusta su ropa —Florescia se abrazó de él.

—Mi servicio del FBI me informa que vives como un pachá.

—Ni pachá ni pacá —sonrió él—. Y a propósito y con el perdón de Florescia, ¿en qué período menstrual estás..? —y bastó para que la chacota volviera y Manolo se encrespara, explicando (¿ahora o antes, en qué año estaban?) la intoxicación marxista que sufres desde el colegio, la prensa y la calle, y que de por sí, sin análisis alguno, te convierte en antimarxista para recobrar la salud, aunque también tienes toda la razón al desconfiar de supuestos filósofos como Lenin y Stalin. O sea que, concluyendo, te sientes dentro de una mermelada y lo has confundido todo, ¿te das cuenta?, y yo no cambio de bandera cada seis meses, como dicen ellos, sino que cada cierto tiempo, viéndolos tan confundidos en estas asambleas locas que tenemos, les resumo mis lecturas de varias semanas y ellos creen que he cambiado.

No les hagas caso ni des medio por ellos. Y cambiando de tema, me he enterado de que tienes preso a tu primo el militar. ¿Cómo fue, dime? ¿Una revolución de subalternos, como la de Sánchez Cerro?

—También te vas en caldo —dijo, animado por los pisco-sours y por la fresca alegría de Florescia, que, abrazada a él, parecía su muchacha. Y entonces fue como si Ismael, Martha y Mónica terminaran rechazados en un rincón, o más lejos, dejándolo a medias libre: por alguna vanidad de sufrir entre esa gente despreocupada y quizá feliz, sentía ahondar su pena, inclusive cuando él mismo se retiraba a observarse, vamos, hombre, ánimo, era un simple orgullo el exagerar la impresión de una putona que te declaró su amor in artículo mortis y de un abusivo que pateó o estranguló a su mujer. Pero quizá estaba contándoselo a alguien,

porque Walter reaccionó en seguida, ahora que hablas de mujeres, se pegó a su oído, ahí tienes a Florencia, es oro en polvo, hermano, en diez años sólo la he agarrado una vez y juro que se prende como una lapa y te vuelve loco. —Bah, no estoy para esas cosas—. Toño fingió compostura, y sobre todo, tristeza, pero guardó bien el dato en la memoria, conforme volvía Manolo con sus temas serios.

—Cállense todos —mandó el malcriado de Manolo—, ustedes no saben lo que dicen, aquí en la mesa no hay dignos discípulos de Santo Tomás o de Mariátegui, sino sólo remedos de Haya, Sánchez Cerro y Belaúnde; ustedes son sanmarquinos (y los acusó a todos con el dedo), han bebido la leche turbia y podrida de la política, al menos en la Católica se puede estudiar...

Oíste la palabreja y saltaste como un herido, sí, Walter me contó que has sido capaz de entrar en la Católica, aunque quizá no por estudiar mejor, ni por traicionar deliberadamente a San Marcos, sino porque eres católico, ¿sí o no? Y lo acallaste, que no siguiera a menos que aclarara ese punto, ¿creía en Dios, entonces, y compartía las absurdas posiciones de la Iglesia? Tus ojos bien abiertos iluminaron con ansiedad a ese indio negro, tenía que ser de Cerro de Pasco para exhibir ese color; pero Manolo se evadía, a lo mejor soy católico pero muy malo, y además ¿quién deja de serlo alguna vez? Manolo también parecía sufrir por el peso de aquella carga, aunque mira, tiene la misma importancia teórica decir sí o no —añadió el presumido—, apartándose definitivamente de él: bueno, menos mal, cada uno por su lado.

—Vámonos, —se levantó Walter—, esta conversación tiene cien años de retraso.

—¿Adónde? —dijo Toño.

—Tú no preguntes, ya lo arreglé todo.

En un jardín criollo de Magdalena los esperaba patrió-ticamente el mantel blanco y los claveles rojos, la mesa servida ya con el primer plato de cebiche de camarones que le deleitaban.

—¿Te acuerdas cuando veníamos acá a celebrar nuestros santos y luego nos íbamos al Veinte? —metió Pepe la cabeza por un hombro—. ¡Ah perdón, Florencia..!

—Menos perdón y más acción —dijo ella, con desenfado—. Un día de éstos buscaré con mis alumnos de encuestas y estadísticas a esas putas que se acostaron con ustedes en los últimos años, a ver cómo se han portado. Quizá descubra algún secreto.

—Que Manolo nunca entró, por ejemplo —y rieron todos.

Al ofrecer la silla a Florencia, él observó como de paso sus ojeras levemente pintadas, su cuerpo delgado, pero cálido y tierno a la vez, y el notable contraste de los cabellos largos y negros sobre la piel marfileña, la voz deliciosamente femenina (no de hombre, como tenían las mexicanas), la mirada muy negra y muy blanca, y sobre todo, un desenfado inteligente y moderno, distinto de la gazmoñería antigua de las muchachas limeñas. Si, hasta se había formado otro tipo de mujer en su ausencia. Quizá debería ya volver del todo, estaba mucho tiempo lejos.

Mientras, en el resto de la mesa había surgido el tema inevitable. Walter empezó con los precios que habían subido muchísimo, los mozos ya no servían como antes, Pepe siguió con los sueldos que no alcanzaban y culminó cuando un militar dijo perdón, al descorrer equivocadamente la cortina del reservado. Entonces él tuvo que preguntar en el momento preciso, y cómo está aquí la situación, y en un segundo Manolo, Pepe, Walter y Florencia enhebraron lo que parecían eslabones de una misma respuesta, oh cada vez peor, esto se hunde, viejo, en semanas o quién sabe días habrá otro golpe militar, el único que parece ignorarlo es el presidente civil que tenemos.

Provocó el vocerío y pronto ya no se podía hacer nada para salvar el país, sino reducirse a las vidas individuales de cada cual. Aquí lo hemos ensayado todo pero mal, hasta las guerrillas, decía Pepe, háblale de eso a Toño, Walter, le va a interesar. Oh sí, chilló Florencia, por poco me lo matan allá. No les creas, dijo Walter, quitándose el saco como el resto de los hombres; ayudé a las guerrillas, pero me dio miedo unirme a ellas.

—¿Y cómo, de enlace en la ciudad o de abastecedor de armas? —se adelantó Toño, por su afición a las películas y reservándose el turno para contar sobre las guerrillas de Bolivia. Pero Walter se puso muy serio, nada de eso, ojalá hubiera sido así, contribuí con un poco

de dinero y nada más, lo que bastó para que Manolo metiera el veneno, oye tú, socio capitalista, les das dinero cuando tenían de sobra asaltando Bancos, y Pepe gritó, y dime, negro, ¿con qué los ayudabas tú, con rezos y cirios?

—¡Uf, siguen con la política, yo me voy! —se aburrió Florencia—, dame tu teléfono, Toño, te llamaré, y aunque ambos se intercambiaron sus números y Walter le hizo una seña para que la siguiera, inexplicablemente lo retuvo la voz engreída y aguda de Manolo, me dan pena todos ustedes, oyó, no creen más que en el Estado, y Walter contuvo a los otros con los brazos abiertos, déjenmelo a mí, ya sé, tú quieres que reconozcamos que la religión influye aún más que el Estado, pero ¿qué hacer con una institución tan poderosa que sólo se ocupa del espíritu y no de nuestros importantes y magníficos cuerpos...

—Basta —intervino Pepe— ésta es otra discusión que tiene cien años de retraso, y todavía entre laicos y curas...

—Aquí en el Perú todo sucede con cien años de retraso —dijo Walter, molesto— y además ésa es una frase mía, o sea que cállate. Así como en una cuenta bancaria hay números rojos para identificar el déficit, y en los termómetros unas rayas para el bajo cero, así este país se está yendo de cabeza al déficit y al bajo cero, o sea que tenemos una involución social en marcha incontenible, una especie de degradación, si ustedes se atreven a oírme.

Un silencio subrayó lo dicho por Walter. No es posible, pensó él, no es posible. Se sintió tentado de desviar el dialogo hacia un tema más personal, incluso desagradable, la prisión de Ismael, por ejemplo; pero contuvo su lengua. Fingiré que estoy bebido y me iré, decidió, aunque todavía se demoró preguntando a Pepe cómo le iba a Manolo en la universidad, qué cursos dictaba, qué tal profesor era, cuánto ganaba. El negro está hasta el perno, dijo Pepe, dos mil soles, peor que yo en el periódico.

Súbitamente pensativo y triste por la suerte de su amigo, iba a despedirse de Manolo, el último que le quedaba por estrechar la mano; iba a preguntarle si le gustaría trabajar en México, ofrecerle allá tienes mi casa, quizá yo pueda buscarte un empleo en la universidad, cuando no sólo vio que Manolo empujaba a Walter, sino

que estallaba en una discusión aparte, quién eres tú, Pepe, y tus ridículas notas en la página de cine. Manolo se revolvía como un vengador, qué sabes tú de nada, no lees sino libros de ajedrez, ignoras lenguas extranjeras y no has preparado una tesis en tu vida, aquí te hacemos el favor de aceptarte entre nosotros...

—¡Eso sí que no, no le digas eso a Pepe! —gritó también Walter, y Toño trató de calmar los ánimos, impedir que Manolo abofeteara a su otro amigo, y por ello no hizo más que frenar su brazo y mirarlo, pero Manolo hervía sin duda desde hacía rato y olvidándose de los demás se le enfrentó, sí, se atrevió a eso, y tú, doctorcito de dos por medio, cabreado que huyes de tu patria cuando las cosas se ponen difíciles y te crees mucho volviendo lleno de plata; a los traidores como tú...

Y Toño no iba a hacerlo, estaba sonriendo, incluso sintió pena porque Manolo suponía que ganaba mucho, cuando ni siquiera podía comprarse un departamento (ya los otros se habían puesto de su parte, riéndose de Manolo, el pobre había desbarrado toda la tarde, incluso Toño había vencido su primer rapto de cólera); pero, en el instante mismo en que creyó innecesario reaccionar, pues reaccionó, y no solamente lanzó la cachetada medida que había pensado, la cachetada que torcería a Manolo y lo sentaría como un muñeco, sino que disparó todo un puñetazo y el muñeco de Manolo fue a caer estrepitosamente entre dos sillas, debajo de la mesa; y todavía más, Toño se lanzó sobre su presa, apartando a todo el mundo, y se sintió quemado por dentro y arrastrando una pierna negra.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? No es para tanto... —la voz de Walter contuvo el bestial puntapié que iba a propinarle, vamos, tranquilo, Toño, y cuando éste vio la herida de Manolo en la frente, fue como si un eclipse hubiera concluido y sintió por fin deseos de abrazarlo, ¿qué me pasa, quién soy, tengo o no tengo amigos?

Entonces estiró la mano y la mejilla de Manolo estaba tibia, amable, no proyectaba ningún mal, y tuvo que pedirle perdón, acariciar su mejilla y después sonoramente sus espaldas, en un abrazo que fue aplaudido por todos.

Oyó el aplauso, se despidió de nuevo sin abrazos y un rato después ya estaba subiendo a Lima por la Brasil, casi solo en el taxi trepidante que había reemplazado al viejo tranvía, pero siguió rumiando el puñetazo a Manolo y la sorpresa total de sus amigos. ¿Con que fosforito e imitando a Ismael, no? ¿Con que reaccionando exagerada y violentamente a los estímulos? Has hecho un viaje especial para ennegrecer tu corazón. Esta tarde no te quiero, Toño.

Esperó a que la distancia que había dejado atrás aumentara y que el aire de las ventanillas lo refrescase y le abriese mejor los ojos. No era un prejuicio ni una petulancia suya, pero la ciudad no sólo era más pequeña y sucia que antes, no sólo eran ridículas la infinidad de puertecitas de calle, de los edificios de departamentos, esos callejones para blancos donde cada inquilino había pintado (o elegido no pintar jamás) de un color distinto cada tramo, sino que, de vez en cuando, algún edificio moderno y aun lujoso surgía como una alteración absoluta, un insulto a la normalidad. Ya en el centro, el proyecto de anchas avenidas abriéndose por en medio de viejas y estrechas callejas coloniales culminaba en un desorden general de muros resucitados (por la barreta eléctrica, el pico y la pala), de paredes a medio derrumbar, y del desmonte que alzaba lomos de tierra, fosos y ruinas por donde el peatón debía subir y bajar como en Huaylas. Los desnivelados terrenos baldíos se habían convertido en estacionamientos de coches, donde brotaban polvaredas que fabricaban otra época, otro siglo. Pero quizá el cambio no residía en la mezcla de edificios nuevos y casonas antiguas (ahora pequeñas y risibles, como muestras de una supuesta riqueza de sus dueños, tan pobres en el concierto internacional que daban pena), sino en el aspecto de la gente. Él no volvía de Nueva York ni de Londres, sólo de México y de su terrible geografía de pobres y ricos, y sin embargo, con escasas excepciones, ¡qué infinita variedad de trajes improvisados, de géneros mal planchados y de mala calidad, de prendas viejas que nadie tiraba a la basura! Y eso que el clima era benigno y no obligaba a usar sombrero, ni paraguas, ni abrigo, ni botas, ni bufandas, como en otras ciudades de pesado invierno. En su ausencia, los ambulantes habían invadido el centro y quizá toda la ciudad. Le ofrecían a gritos cualquier cosa. En medio de la calle,

con el tránsito sin cortar, un vendedor medía metros de tela que entregaba, sin envolver, al cliente. Otro, desde una carretilla de la esquina, voceaba cebiche de conchas negras y ofrecía los platos ya servidos, para comerlos ahí no más, de pie. Un chiquillo le hundió un dedo en la espalda y le enseñó no los peines o bolígrafos previsibles, sino a un niño, un hermano cierto o fingido, anda, danos pa' comer, dijo, pero con voz dura y directa, sin los ruegos de antes. Tenía razón Hortensia, la legítima de Pancho, pensó, y Walter no ha hecho más que confirmar los juicios de un ama de casa. La pobreza sigue mirándote, no ha dejado nunca de rodearte y así será para siempre, lo quieras o no. Pero ahora bullía en tu pueblo, ya no en ti; la distancia era lo único obtenido en tantos años.

25

Al otro día telefoneó de nuevo el abogado de Ismael. Había que acelerar los trámites del proceso, aclarar qué fuere lo juzgaría. Es justamente lo que hice ayer, dijo la voz; ya se acabó el arresto disciplinario en su unidad: hoy lo trasladan a un cuartel de Lince.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Es mejor o peor?

—El proceso sigue su curso, pero trataré de que no pase a una cárcel común. ¿Se ha enterado usted de los rumores?

—¿De cuáles? —casi gritó, pensando sin duda hablan de Mónica y de mí, tendré que negarlo todo, los rumores siempre han sido la comidilla de una ciudad tan chismosa como Lima.

—Pues creo que en estos días se levantará el ejército; si no es hoy, será mañana, lo alivió el abogado, pero llenándole de otra desazón.

—¿Es posible que los rumores sean tan concretos? Nunca fue así, siempre se levantaron sin que los civiles lo supiéramos. —Y todavía pensó, admirado, ¿tanto se había alejado del país que ya no lo entendía?

—Oh, no, rió el abogado. Esta vez el golpe se ve venir desde hace semanas. Guerra avisada sobre Belaúnde.

—¿Y un gobierno castrense perdonaría a Ismael? —preguntó con ansiedad; sería una vergüenza: sí, lo dijo, aunque equivaldría a un respiro para su primo. Y el abogado, perdonarlo del todo, no creo; las dictaduras ya no son como antes; pero el nuevo ambiente podría acortar la sentencia ¿por qué no?

Colgó, y media hora después casi se mareaba dando vueltas por un barrio desconocido, buscando la comisaría, el cuartel, la comandancia, lo que fuere. Se trataba de una casa cualquiera y no de un edificio construido ex profeso. Y cuando lo ubicó y le dijeron que había llegado muy temprano, dormitó un poco esperando al

abogado, sentado bajo el retrato del presidente que ignoraba que sus días se acortaban.

—Ah, nos ganó usted, aquí estamos —dijo de pronto el abogado, y él se levantó para darse con un Ismael espléndidamente uniformado, a la cabeza de un séquito compuesto por un oficial con escarpines y traje de faena, al mando de dos centinelas que custodiaban al detenido.

—Demoró la orden de salida —dijo Ismael—. Oye, cholo, llamó al oficial, ¿me dejas hablar un ratito con mi primo?

—Por supuesto, mi mayor.

La mano fuerte de Ismael lo llevó hasta la luz de una ventana. Bien afeitado, oloroso, el bigote casi inmóvil, bajó la voz, óyeme, hermano, hay una maniobra para impedir que llegue a ministro.

Tan sólo atinó a decirle que ahí le devolvía sus llaves, que el investigador del aeropuerto pedía datos más concretos, que...

—Lo que oyes, primo. Habrá una revolución mañana o pasado y mis compañeros serán los segundos de los ministros, y muy pronto ascenderán ellos también. ¿Te das cuenta? Mi oportunidad ha llegado. Tienes que hablar con el coronel Revoredo, con quien tuve el lío que te conté. Dile que no hay nada personal, a ver si retira su denuncia; ya tengo bastante con este otro asunto. Sus señas las tiene mi abogado.

Lo vio tan sonriente y seguro que, por vez primera, sintió lástima por él; pero no tuvo más remedio que seguir dándole su informe: que en casa de Ismael no había hallado ninguna pista del sospechoso...

—Olvídate de eso ahora —Ismael cambió de humor—. Me han dicho que Mónica te llamó antes de morir, que pidió hablar solamente contigo. Pues bien, dime qué te dijo.

Entonces palideció, pero casi en seguida se rehizo. Nada que valga repetir, cosas generales, vaguedades de una moribunda. ¿Quién te lo contó? ¿El concuñado Ferruccio..? Sin duda Esther le había pasado el soplo.

Ismael frunció el ceño, empezando ya a temblar en una de sus rabieta: ¿o sea que pidió hablar contigo en su lecho de muerte y no te dijo nada?

Toño inventó una escapatoria, es natural, estaba resentida contigo por el... accidente y quiso refugiarse en el viejo amigo que era yo.

—¿Y por qué no en cualquier conculñado? Tenía que ser un asunto especial, tal vez algo referente a mí, quizá un mensaje... ¿O te reveló sin duda el nombre del desgraciado..? —Y desde entonces Ismael se volvió a contraluz, hizo nuevas muecas, le aferró los brazos y aun se atrevió a rozar sus solapas, dime qué te dijo. Toño debió darle un empujón y luego suavizar el gesto, sólo un hombre cruel podía golpear a un detenido, o sólo alguien temerario podía desafiar las consecuencias atacando a un oficial uniformado; pero ya los dedos fieros de Ismael cogían esta vez de verdad sus solapas, qué te pasa, primo, yo no puedo ocultarte nada, había que mentirle orgullosamente, y el primo, como muchas veces de niño, adolescente y hombre, oyendo su propia pregunta y nada más, repitiendo esta vez dime el nombre, quiero saber quién es el tipo, ¡tienes que hablar! Ismael insistía en asustarlo con su cara de asustado, y el oficial y el abogado y los centinelas apartando y empujando a Toño, como si fuera el culpable. Menos mal, sabía que Ismael se calmaría pronto, ésa era su costumbre de fosforito, pero a Toño le duraba demasiado la humillación y el orgullo:

—¡Me agarró de las solapas! ¡Qué se ha creído este mal agradecido, a quien vengo a ver desde tan lejos, que deshonra a mi familia y todavía me viene con altanerías! —sí, gritó y le oyeron todos, inclusive otros oficiales y soldados que cruzaban el pasadizo y aun el mismo Ferruccio, a quien descubrió tras de los centinelas.

—¡Tú sabes el nombre, el nombre! —y se llevaban a Ismael, y Ferruccio salió pitando a la calle con el soplo, según vería después.

—¡Qué tal cinismo, cometer un crimen y desviar la culpa a quien no la tiene! —gritó de nuevo y se marchó taconeando ruidosamente.

En la calle vio un primer coche que le pareció el Buick de Ferruccio. Entonces tomó la dirección opuesta, pero al punto descubrió su error, por ese lado se habían alineado los coches de Bacigalupo, Pantoja y del viejo Alberti, y no sólo eso, sino que Ferruccio y su mujer, Esther, avanzando por delante suyo, iban acercándose a cada automóvil para chismearles algo siniestro, y

cuando Toño pasaba junto a ellos las miradas ya eran otras, frías y distantes como veinte años atrás, cuando todo había empezado. En un paseo atroz, fue soportando aquellos ojos condenatorios, temiendo que las portezuelas se abrieran y que brotara la jauría de los Alberti, como la había visto actuar contra Lorenzo, el primer desgraciado que lo echó todo a perder. El paseo ante la tribu ya enemiga le pareció de nunca acabar.

Cuando despertó de su profunda cólera, bebía un refresco en un miserable bar de Lince, el único que había hallado para calmar sus palpitaciones y mitigar la sed que le reseca la boca. Poco a poco, no obstante, sosegándose, muerta la sed y enfriados sus ojos, casi sin pensarlo mucho, sintió un extraño cambio en su pecho y por fin le dio enteramente la razón a Ismael, y decidió corregir buena parte de su conducta. Jamás hubiera supuesto que le brotara una decisión tan radical e importante. Luego se quedó lago rato pensativo, flotando, casi sin relación con su cuerpo, de algún modo vacío pero muy tranquilo y resignado.

No era inocente, pero ningún tribunal que juzgara la muerte de Mónica podría culpar al Antonio que había sido; a lo máximo, quizá figuraría como testigo y en sus declaraciones le hallarían apenas resentimiento, incitación o negligencia, estados de ánimo, sin el estigma de la culpa. Legalmente, pues, estaba inmune. Pero él sabía lo conciliadora, pequeña y mezquina que era la ley, incapaz de castigar los secretos bien guardados, de donde pueden nacer los crímenes. No sólo había cometido errores, sino se había degradado, manchándose a sí mismo. Sólo él, pues, debía corregir las faltas y aun castigar a su autor.

¿Qué le gustaba más, cuya ausencia pudiera dolerle? La comodidad, por supuesto, la ambición y la lujuria, en ese orden. Pues bien, habría que prescindir de mucho en esos campos, pese a no ser un creyente, ni suponer que la mortificación fuera un buen método para la sublimación espiritual. Nada de eso; prescindiría efectivamente de sus comodidades en el extranjero, en Lima ganaría mucho menos, quizá acabaría su costumbre de engañar a Martha, y otra cosa, sí, también algo más, se llenaría de obligaciones nuevas que significarían, por supuesto, el recorte de su

libertad. Éste era el castigo real, y conscientes de ello, los jueces de todo el mundo sabían condenar, pues la sentencia y la cárcel sólo estaban para quienes se equivocaban. En suma, partiendo de un mirador situado fuera de la ley, y asimismo fuera de la iglesia, libremente, sin la indigna e inútil ceremonia de la confesión ante un cura uniformado (¡vaya con los uniformes!), él se condenaba a recortar su libertad por un lapso, digamos, de uno o dos años, pena que sin duda correspondería a un iniciador o inductor de la muerte de Mónica, pues de una probable pena de cuatro años se le rebajaría a la mitad por buena conducta. Sí, las cosas eran irónicas y también la justicia se ablandaba por donde no debía. ¿Por qué habría de ser él más duro que el supuesto y desconocido magistrado que lo juzgara? ¿Y por qué iba a seguir viviendo, sin padecer una pena y en la normalidad, como si nada hubiera sucedido, cuando ello era imposible? Él no seguiría de ningún modo la escala de valores vigente en el país, donde todo parecía sujeto a una mezcla de picaresca y blandura. Era vergonzoso y triste, sin embargo, que alguien nada rico ni acomodado, como él, debiera sacrificar sus pocas comodidades, y que los auténticos ricos continuaran en su pedestal por los siglos de los siglos. Y por otro lado, también era vergonzoso, o mejor aún, risible, que sin ser criminal se castigara, cuando tanto inmoral vivía feliz gozando de la consecuencias de su inmoralidad.

Imaginaba que sus próximos años serían los peores; que muchas veces, ante la falta de dinero o de una mujer desnuda y distinta de Martha, o ante una mujer casi extraña como su hermana Maruja, pisándole los talones en el estrecho departamento que se vería obligado a tomar, y contemplando además, a los hijos de Ismael (¡y todavía en Mónica!), perdería los estribos y gritaría de cólera e impotencia, tentado de renunciar a su propio y absurdo castigo, decidido a poner fin a esa comedia moralista y volver al punto a su vida antigua, sin importarle la suerte de Ismael ni de su propia Martha. Pero, no, como fuese, temblando de voluntad e impotencia a la vez, seguiría adelante hasta alcanzar la primera meta que se hubiese impuesto jamás. Se lo había jurado a sí mismo y eso bastaba.

Pagó y salió de la chingana. El perdón de sí mismo estaba muy lejos y debía ganárselo a pulso. ¡A mí, Toño, no me engañas, juró, no te dejaré a sol ni a sombra y sufrirás tanto como Ismael! Pero otra voz, no menos real, decía no podrás ser tan duro, te ablandarás por tratarse de ti mismo, me perdonarás mañana o pasado, como hace todo el mundo.

Empezó su propia condena telefoneando a Martha sólo al sexto día de llegado. Sabía que ella lo había llamado repetidas veces, hablando largamente con sus hermanas y tía Lola, enterándose de lo sucedido por terceras personas, pero no imaginó su resentimiento ni su ira. Después de dejarlo hablar, de enmudecer casi diciéndole apenas sigue, mientras él exageraba la desgracia y las posibles consecuencias para ellos, Martha fue encrespándose a pocos, renaciendo y armándose de ironías y desplantes, hasta que lanzó su primer chillido y lo llamó falso, mentiroso y desconsiderado, egoísta y engreído, casado con manías de soltero, y le planteó un ultimátum, o volver en dos días o ella se vendría definitivamente a Lima. Y en cuanto él, sorprendido, pretendió dar nuevos detalles sobre la historia de Mónica e Ismael, ella zanjó la cuestión con otro grito: era, en efecto, una desgracia, pero no les incumbía directamente a ellos, y Mónica al morir lo había dejado sin excusas para engañarla más: ya era tiempo de decir las cosas claras, él se había enamorado de Mónica, pero debía elegir entre la fidelidad al recuerdo o a su matrimonio. Le chilló nuevamente al oído e incluso le tiró el teléfono, por primera vez en su vida.

Curiosamente, luego de breve indignación por los reproches, quedó tranquilo y aun satisfecho: se merecía aquello, Martha ascendía, digna, ante sus ojos y su viaje de retorno estaba resuelto.

Dio cuenta al abogado de los encargos de Ismael y procedió a ejecutar sus propias decisiones. Ignoraba cuán dolorosa iba a ser la entrega del dinero (hallado en casa de Ismael) a tía Lola, junto con la promesa de que él mismo regularizaría sus mensualidades, estuviese en México o Lima. Quiso aún retener esa suma ajena, sentirse acompañado por ella antes de lanzarse a una vida de privaciones, pero finalmente renunció a esa mezquindad y se la entregó íntegramente. La anciana se echó a llorar, temblando entre

sus brazos, ingenua como una niña, resentida de ser pobre al punto de que su hijo creyese que lo había criado por dinero; dijo que no necesitaba más que su pensión de viuda: pero ella también tenía sus deseos escondidos, y modificó su negativa al decir que aceptaría una tercera parte o quizá la mitad: Hasta que, por fin, secándose las lágrimas, recibió toda la suma anunciando que sus primeras compras serían una cocina eléctrica y un radio nuevo.

Tras la última pelea, más difícil fue convencer a Manolo de que lo recomendaría a la universidad mexicana: para ello necesitaba al menos fotocopias de los títulos y trabajos de su amigo, además de cartas de conocidos profesores. Tuvo, pues, que visitarlo especialmente y pedirle su asentimiento para iniciar los trámites. Manolo, paseándose por su pobre biblioteca de estanterías rústicas y enclenques, mezcladas con otras de simples ladrillos superpuestos, lo reprendió aún más duramente que Martha por su conducta. Luego preguntó por qué deseaba ayudarlo, qué había sucedido entre ayer y hoy. Toño le quitó importancia a las causas, subrayando las ventajas que obtendría Manolo en un medio culturalmente más avanzado. La tentación fue mucha para su amigo, aunque Manolo únicamente prometió pensarlo y escribirle allá. Finalmente se dieron un cordial abrazo de despedida; el deshielo fue de por si una buena señal.

La búsqueda de su hermana Maruja le consumió las últimas horas en Lima. Llamó a Huaylas y la citó a través de la compañía telefónica. Mientras tanto, se puso a hacer las maletas. Tía Lola había salido a misa o al mercado, eso pensó, pero luego supo que estaba en el centro, gastando su dinero en regalos para Martha, Toño e Ismael. Ella tardaba más de lo debido y Toño seguía gritando al teléfono; no, le dijeron que su hermana había dejado el pueblo hacía meses, y como vivía sola, nadie le daba razones. Me porto como un resucitado que quiere vivir escenas muertas, pensó; igual fue con Melisa. Iba a llamar a Martha pidiéndole veinticuatro hora más de plazo cuando volvió tía Lola con sus paquetes y se sentó en la cama, junto a las maletas. Suspiraba de cansancio. ¡Pero si Maruja no está en Huaylas, dijo, a ti se te ocurren unas cosas! ¡Si me escribió diciendo que se marchaba a Tingo, cerca de Yungay, y

yo te mostré la carta! El olvidadizo dio un salto. ¿Y había teléfono en Tingo? No estaba segura, había un colegio secundario importante, quizá el director pudiese ayudar. Por supuesto que ubicarlo tardó demasiado, el director había salido, pero el inspector que hablaba desconocía a la señorita Maruja Flores: sin embargo, si le dijera en casa de quién estaba alojada. ¿Y cómo podía saberlo él? En casa de doña Inocencia Tordoya, dijo tranquilamente tía Lola, es mi comadre, dile que la llamo yo. Pero, no, ambas mujeres estaban de visita en algún lado. Toño llevó sus maletas a la salita y revisó sus documentos, listo para partir al aeropuerto. Desde la acera opuesta la casona de los Alberti lo miraba oscura y mortecina. Había empezado a despedirse de tía Lola, y a la vez, temblando, cerrados los dientes, abrazaba a la sombra de su madre. Llamemos de nuevo, dijo ella, tienes que encontrarla, tus intenciones son buenas; esas mujeres no llamarán por más que digamos que pagaremos aquí, así somos en la sierra, hijo, tímidas, delicadas o tontas, no lo sé. Y llamó, y al punto respondió Maruja después de años y siglos, oh qué ingrato, si resultaba muy fácil comunicarse cuando uno quería, hola, hermana adorada, hablaba su remordimiento, su creencia de que no se necesitaban, su falsa certeza de que sus vidas estaban completas, sí, sí, vente a vivir con tía Lola, yo volveré en uno o dos meses de México, sí, con Martha, claro, así nos veremos continuamente. Oh, sí, hija, sí, gritó a su turno tía Lola, ven a acompañar mi vejez hasta que muera, no quise decírtelo nunca, pero ya que Toño se anima... Pero, no, no, Maruja tenía sus razones, su cautela. Llámame cuando regreses, hermanito, déjame pensarlo hasta entonces, créeme que ha sido un milagro del cielo oír tu voz después de una vida. Primero tenía que salvarme yo para acudir por ti, quiso decirle Toño, pero la frase le pareció pedante e inútil.

A las cinco de la mañana, ardiéndole los ojos por la luz del pasillo que había brillado toda la noche, bajó casi del avión en el aeropuerto del D. F. Martha, Pancho y Hortensia lo esperaban en plena pista penumbrosa, como bultos todavía sin miradas. Aprovechó esa ausencia de luz para abrazar fuertemente a una Martha silenciosa y herida; de algún modo parecía el término de un

camino, oh mi amor, perdóname, dame otra oportunidad, te juro que... Había que decirlo todo, el tácito diálogo de las vidas juntas y calladas no había bastado.

Metidos en el LTD, Martha conducía oyendo la historia de los últimos días, que Toño cortó por lejana e irreal en esta nueva ciudad que nacía al sol de la mañana. Entonces Pancho, en voz muy baja, ocupó el turno y fue contándole las rabietas de Martha durante su ausencia y que mañana por la noche habría fiesta en casa de Lucila, que no faltara ¿eh? ¿Y quién es Lucila?, pensó, ah sí, la ilegítima, la de la casa chica... Qué grande eres, Pancho, y palmoteó la nuca de ese amigo suertudo y sabio, cómo haces para tenerlas a gusto y sin problemas, y Pancho soltó la risa, qué le estarás contando, Toño, que habrás hecho en Lima. ¡Y no sospechaban siquiera de Pancho, vaya suerte!

Las cosas se alargaban y torcían, no salían breves ni rectas como él había planeado. Martha aceptó increíblemente pronto la vuelta a Lima, a condición de llevarse todo, desde colchones y muebles hasta ollas a presión, y de que el nuevo departamento fuese igualmente amplio; pero el decano de la Facultad, con sucesivas prórrogas, lo disuadía de marcharse y tramitaba el expediente de Manolo, condicionado a la partida de Toño. El día en que finalmente se llegó a un acuerdo, Toño y Martha estaban descorazonados, y no les importaba mucho, inclusive no se alegraron de las espléndidas condiciones: tres meses de licencia pagados para que Toño investigara en la Biblioteca Nacional de Lima, y tres más en que, sin pagarle, le guardaban el puesto; y con ello ya habrían llegado al nuevo año, ya se verían las cosas, en tanto que el contrato de Manolo se lograba por un año renovable.

Pensándolo bien, resumieron que tenían medio año de plazo para ver las orejas del galgo, y antes de llamar a la agencia embaladora del equipaje, ofrecieron un ruidoso cóctel a unas doscientas personas, servido con las exquisiteces que Martha había aprendido en su casa de Lima. A la madrugada, libres de mozos alquilados y amigos, se acostaron satisfechos y fue la primera vez que la sombra de Mónica se esfumó, quedando apenas la de Ismael.

Un punto a favor, sin duda alguna. Pero casi en seguida surgió el punto en contra. Días antes del retorno, llegaron de Lima noticias imposibles ya de esconder a sus amigos, escuetas o minuciosas, pero todas en las primeras páginas de los diarios, y todas desplegadas en las esquinas del vasto D. F. Otro golpe militar había depuesto al presidente civil. Por la noche, la televisión dio otros detalles: ahí estaban las pueriles acusaciones de los usurpadores, las fotografías borrosas de quienes partían al exilio y también las del nuevo Jefe de Estado y sus ministros, escandalosamente uniformados entre el gentío normal. Sin dormir la noche entera, Toño llamó a Lima. Tan indignado como él, pero con voz absolutamente tranquila, Walter dijo no te preocupes, hemos vuelto a la normalidad, a la época más dura, y él, incapaz de ironías, intentó deshacer los contratos, obtener un certificado médico impidiéndole el viaje, lo que fuera; pero al día siguiente, en camino a la envidiable ciudad universitaria del D. F., un campus mejor que los soñados para su país, desistió por fin de su cobarde vacilación. Así, luego de su última clase, apenas tuvo tiempo de recibir en el aeropuerto a Manolo, que llegaba no sólo con noticias frescas, sino ávido de los detalles de su nuevo trabajo. No obstante, uno preguntaba al otro por lo que más le interesaba, y así estuvieron casi toda una mañana, hablando como para sí mismos. Lo único que sacó en limpio fue que la nueva situación favorecería a Ismael y quizá disminuiría su condena. Lo dedujo así, simplemente, aunque Manolo no lo dijera.

Una por otra, menos mal, pensó, y partió del D. F. avergonzado, disminuido, reacio a mirar en los ojos a tantos amigos (como si él fuera otro militar insurrecto) que los despedían en el aeropuerto; al revés de él, Martha parecía gozar marchándose, repitió que iba a su tierra donde la esperaba su familia, porque ustedes deben saber que allá la vida es más fácil y más barata, la gente más cariñosa, y aun tienes dos o tres sirvientes y eres alguien, te conoce todo el mundo. En cambio, aquí...

En Lima únicamente los recibieron las hermanas de Martha; pero ella tampoco se fijó en eso, contando feliz lo bonito que era México, mostrándoles el abrigo de piel que por fin le había comprado Toño,

mientras él, esperando a que las maletas salieran por la cinta corrediza, miraba de reojo a los pasajeros y familiares, temiendo hallar la mancha de los varones de la tribu.

—Les tenemos lista la casa de Breña —dijo Esther—; ya nadie la usa y papá y mamá se han mudado conmigo. Los viejitos no pueden vivir solos. Ahora habrá que pensar en venderla; lo que pasa es que en ese barrio nadie dará mucho...

—El barrio será feo, pero la casa es bonita —dijo Pichusa—; por dentro es mejor que la mía.

—No, gracias —Toño se hizo el delicado—; iremos a un hotel y luego buscaremos un departamento. Será cuestión de unos días.

—Pero ¿por qué van a gastar? —lo miró hacia arriba Bolita, tan menuda—. No sean bobos. ¡La casa entera para ustedes dos!

—En fin, Toño, creo que la idea es buena... —empezó a aflojar Martha—, no lo sabía, pero si está desocupada...

Los ojos verdosos y repintados de las Alberti, los cuerpos que él ya no miraba directamente, le impidieron defender más su punto de vista. Hubiera sido pelear apenas bajado del avión.

Entraron, pues, en la casona iluminada, encerada y reluciente para ellos dos; y todavía Pichusa les dejó las llaves de su segundo coche, un Mini Minor que ya no usaba. Y las maletas eran acarreadas por las muchachas de Esther, que también se las prestaban hasta que consiguieran la suya.

Cuando acabó de amanecer y se apagaron las luces y quedaron solos, Martha se dedicó a desempacar, pero él cruzó la sala que conocía tan bien, abrió la vidriera y paseó un rato por la terraza de muebles de hierro pintados de blanco y con almohadillas multicolores. Aún esperaría a las ocho y media para tocar la puerta de tía Lola, que por tantos años había sido suya. Y entonces sintió que alguien faltaba en todo ese cuadro, pero no Mónica, ella no, sino específicamente Ismael y nadie más.

Pasaron las primeras semanas y ocurría lo más curioso. Ocupado en buscarse un empleo para cuando pasaran los meses de licencia y en preparar con el abogado el juicio de Ismael, que nunca llegaba, olvidó informarse a fondo sobre la nueva situación política, tema que, según creyó, sería muy importante para él. Unos llamaban

revolucionario al régimen, otros reaccionario y producto del viejo cuartelazo. Cada día había razones para pensar que todos decían la verdad; las cosas habían cambiado al extremo de que aun el golpe militar ya no era el de antes; el gobierno quería desplazar y sustituir a los partidos, pero las nuevas medidas, por progresistas que parecieran, tendrían sólo efectos a largo plazo en un país donde todo estaba por hacer y donde no se vivía siquiera, por muchos conceptos, en el siglo XX.

Más interesantes de observar le parecieron sus sobrinos, en especial los hijos de Mónica, a quienes ahora Martha y él cuidaban mucho, visitándolos con frecuencia y aun trayéndoles a dormir por turno en la casona. Esos niños crecían en un nuevo ambiente, sin los temores y sombras de la niñez de Toño, sin la opresión del hambre y del medio reducido. Sin duda eran saludables y libres, y empleaban mejor su inteligencia. Y Esteban era el más risueño, movedizo y despierto, e incluso tenía la sonrisa irónica y maliciosa de su madre.

Cuando se cumplió su licencia, entró a enseñar en una universidad privada, de las que acababan de abrirse, cuyo local no era un antiguo convento como el de San Marcos, sino una casona particular, donde se habilitaban salones de clase en los antiguos dormitorios. Y como el sueldo no era mucho, trabajaba por las mañanas en un periódico vespertino, y no sólo escribía, sin firmar, artículos sobre una variedad de temas, sino se convirtió en un meticuloso y majadero corrector de pruebas, recibiendo por ello una paga extra.

Las cosas iban tirando, aunque tampoco salían mal. De pronto su hermana Maruja llegó a Lima, se instaló donde tía Lola, cruzó la calle y tocó el timbre. ¡Ah, sólo el verla fue un dulce sufrimiento! ¡Avejentada, mal vestida, pero con el humor estupendo, pasando un velo tierno y suave por sobre los penosos recuerdos!

—¿Me preguntas por papá, hermanito? Pues te diré: para mí es un chiflado y un tacaño; se olvidó de nosotros por no gastar en educarnos y se enredó con una mocosa porque le gustaban las mocosas, así de sencillo. Ahora hace lo que muchos en la sierra, donde no hay industrias: es dueño de una tiendita de abarrotes y ha

envejecido vendiendo arroz, velas y jabones a todo el pueblo, mientras la mujer está cada día más joven y más sinvergüenza. Está pagando lo que hizo con mamá: olvídate de él, Toño; con decirte que se hace el que no me ve por la calle... Hay que tomarlo así, ya me cansé de sufrir y ahora me resbala todo.

Él cerró los puños. Quizá hubiera debido castigar al viejo en vez de privarse de sus comodidades; viajar de incógnito a Huaylas, esperarlo de noche a que estuviera solo en su tienda alumbrada por una linterna a kerosene, e irrumpir para golpearlo o matarlo, no se decidía aún, o quizá reírse de él a carcajada limpia. ¡Ah, si algunos hombres tuviesen de veras conciencia y aceptaran libremente el castigo..! Risueña, abrazándolo mientras Toño le enseñaba la casona, Maruja creaba, sin embargo, un aire triste y lastimero en torno, como si sus labios y ojos sonrientes se diluyeran en una parálisis futura, en un anticipo del mañana aún más solitario. Apenado por el futuro de su hermana, que él deseaba transformar, Toño le ciñó la cintura y dijo ya sabes, nos veremos todos los días, o puedes mudarte acá conmigo, lo que tú decidas; estuvo tentado de preguntarle si tenía novio, pero acabó ruborizándose: jamás habían hablado de esas cosas, se separaron cuando niños y en ese tema continuaban en la infancia, sin crecer en absoluto. Sentados en la terraza, sirviéndose el aperitivo como lo hicieran antaño los Alberti, y saludando con la mano a tía Lola que los miraba desde su ventana, volvió a verla precozmente envejecida, marcada y aun quizá torturada por las primeras arrugas y canas de la vida, las manos encallecidas de una obrera, y fue como si el destino que pudo haber tenido Toño y el de ella se juntaran finalmente en una mezcla de incredulidad e ironía. Pero Maruja pensaba de otro modo, menos mal. Mamá estaría feliz si nos viera, dijo, tomando sus manos y besándoselas; lo veo y no lo creo, yo aquí como una dama en una casona linda y alfombrada de pared a pared, empezó a lagrimear sin cerrar sus ojos negros (¡vaya, al menos le quedaban esos bellos y oscuros cristales tiernos!), fijos en él, ávidos de su imagen, y a él le parecía entrar por esos ojos y recorrerla, morirse y renacer varias veces, en un juego cautivante y peligroso, pues ya iba a gritar quizá, sin quitarse de encima no sabía qué peso, qué fatiga.

Los domingos visitaba a Ismael. Tuvo que sufrir también aquella humillación, después de haber sido echado la última vez. Luego fue una obligación, llevarle una bolsa acondicionada por Martha y adentro la portavianda completa, el rancho del preso. Y al hablar, en un desfile de temas que de algún modo debían pintarse como para un ciego, pues Ismael no veía la calle, volvían a lo mismo, el juicio no llegaba nunca, el traslado de un cuartel a otro peor, que, según Ismael, lo había arreglado el coronel Revoredo, cuya enemistad finalmente explicó. Sí, Ismael lo había desafiado a pelear ante testigos y sin informar a sus superiores, pasara lo que pasara, ya no podía aguantar la hostilidad del coronel, y allá habían ido a una playa desierta en dos coches y sin uniformes y ahí había ganado escasamente Ismael, tras una media hora de golpes y caídas. Como sea, así arrestado estaba mucho mejor que en una cárcel civil, entre ladrones y maricones, le decía el abogado. Ismael pedía que su primo y el abogado visitaran al ministro, que definieran su situación: ¿habría dos sentencias, una militar y otra civil, o una sola?, y gritaba van a reventarme dos veces y ni siquiera ha empezado la primera. Y ellos sí, claro, lo visitaremos, aunque imposible hacerlo, sería peor, revelarían aún más el pobre expediente de Ismael lleno de faltas previas a la muerte de Mónica: la relación de castigos desde sus tiempos de cadete, sus dos o tres insubordinaciones graves contra el superior, sus peleas descubiertas y sus bajas calificaciones de siempre. Eso era lo importante, argüían ellos, borrar esa imagen y pedir o un juicio en regla, o gestionar informalmente un indulto. Y al despedirse volvían a oír las advertencias o amenazas o ruegos: cuando salga mataré a Revoredo, tráiganme algo concreto o no vuelvan, por favor, Toño, cuídame a Lidia, a lo mejor la está enamorando Revoredo, una vez la presenté y le gustó, ahora no confío en nadie, franco, en nadie; y ellos calmándolo con palmaditas e Ismael erguido y orgulloso siempre, con el uniforme de faena muy limpio como si estuviera de revista, paseándose y llamando al centinela con desprecio, humillándolo porque no hablaba bien el castellano. ¡Ah, cuando salga voy a modificar muchas cosas en el ejército! He estado pensando todos estos meses, creo que el gobierno necesita mis consejos. Si te atreves, primo, puedes utilizar

mis ideas en tus artículos, y se ponía a hojear los libros que había encargado, yo también leo, no creas que los universitarios no más, y ahí estaban las historias de guerra y espionaje, las biografías de héroes de película o las pilas de chistes para descansar, primo, ya sabes, los leo por higiene mental.

Ya casi no había tiempo para estarse mucho rato en un sitio. Martha lo llevaba muy temprano a la universidad privada, la de los alumnos ricos, la que pagaba poco a sus profesores, y tras una hora de clase en que ella lo esperaba al volante del Mini, lo dejaba en el periódico, de donde volvía en ómnibus para almorzar casi muerto de hambre a las tres. Una pequeña siesta de ojos medio abiertos, y a las cinco ya estaba en la ferretería, para después acompañar a Lidia a su casa y visitar a los hijos de Mónica, o bien hacer algo más relajante, gozar de una película con Martha y en seguida un paseo final por La Herradura, antes de dormir.

Pero Lidia le pedía cada vez nuevos favores, dejarla entrar en casa de Ismael, conocer e intimar con los chicos, o presentarla como la esposa en los cuarteles donde estuviese arrestado su primo, a fin de que pudiese verlo. Con esas complicidades los modales de la muchacha fueron haciéndose más confianzudos y vulgares; al andar se prendía de su brazo, en las playas no quería usar las carpas y se desvestía con él en el Mini; y en los bares bebía tanto como Toño, hablando como una mujer rica que pudiese comprarlo todo y aun metiéndole billetes (del negocio de Ismael, claro), en el bolsillo, incitándolo a gastarlos. Y cuando Martha la invitaba a comer en casa Lidia la llamaba cuñada y discutía la forma en que decoraría "nuestro caserón", esto es, el de Ismael, donde paulatinamente fue inmiscuyéndose en todo, hasta que surgieron las diferencias con Celia, la hija mayor, y aun con las eficientes mucamas negras. Y todavía más surgieron discusiones entre ella y Martha, hasta que la mujer, ascendiendo, minuciosamente en sus ambiciones, se enfrentó de una vez con Toño y acabó llorando cuando quiso girar sola contra la cuenta bancaria de Ismael.

—Eso sí que no, hasta aquí hemos llegado —dijo él, mirando como si despertara; las numerosas pulseras de Lidia, sus collares y anillos resonaban durante el diálogo. La ha vestido y adornado

Ismael, pensó, ha querido construir otra Alberti, pero sólo ha fabricado otra mujer de medio pelo.

La próxima vez que acompañó al abogado al cuartel de turno le pidió intervenir juntos y de modo coordinado para vencer la tozudez de Ismael. Muy bien, pero usted empiece, dijo el abogado; si no, es capaz de faltarme el respeto.

Aceptó el riesgo y de entrada no más dijo hola, suertudo, aquí traemos una noticia para hombres, no para muchachos.

—Habla de una vez —saltó Ismael de su silla, en un costado de la habitación destinada para las visitas.

—Muy bien, pero nada de escenas; en el fondo la noticia es muy buena.

—¡Vamos, no me trates como a un niño!

—Bueno, pues ahí va, saldrás mañana lunes.

—No juegues... —y la noticia chispeó en la cara seca y pálida, reventó en una sonrisa tímida, mientras el hombre uniformado retrocedía y sus manos cortaban el aire—. Oh, vamos, dame más detalles, no me gustan las bromas— y volvió a su cólera dormida de siempre.

—Sí, señor, dijo el abogado, es la pura verdad.

De nuevo las manos se avivaron y su dueño lanzó el primer grito de felicidad que rebotó en las paredes y sacudió a Toño y al abogado, ya puesto en pie.

—Bueno, pero ¿cómo ha sido..? —y entonces Toño tuvo que desenredar la lengua, suavizar las cosas para no volver al pasado—. Estarás de acuerdo en que sucedió un accidente, o un error, o un acto desdichado, y que, como consecuencia de ello, Mónica ha muerto.

—Pues, sí, sí...

—Y que esa desgracia o como se llame tiene que ser de algún modo castigada por tu institución.

—Claro, estoy de acuerdo.

—Pues hemos tenido suerte. La institución a que perteneces...

—¡El ejército..!

—...basándose en tus declaraciones de que el hecho fue cometido dentro del cuartel...

—¡Al grano, por favor!

—Te ha impuesto una pena...

—¿Y cuál es? —susurró Ismael.

—Salir de sus filas.

—¿Me dan de baja..? ¡Me expulsan..! —y una maldición, y el abogado y Toño empezaron a dar vueltas por aquel remedo de prisión y castigo, menos mal que era el único detenido y no había otras familias de presos; debían domesticar al tigre, calmar sus voces contra el coronel Revoredo y los compañeros que lo habían abandonado, contra el abogado y Toño, por aceptar esa intolerable solución de compromiso.

—Pero su expediente es muy difícil de defender —dijo el abogado, incluso usted iba a ser dado de baja una vez, de cadete, por sus malas notas.

—Eso no lo sabía —dijo Toño, e Ismael dijo rápidamente fue una injusticia de dos profesores civiles, unos pobres diablos que daban demasiada importancia al inglés y al castellano; yo entré al ejército para ser un buen oficial y no un letrado como..., como... —iba a decir como Toño, pero no lo dijo.

—Y usted tampoco me contó que la segunda vez que le iban a dar de baja fue porque persiguió a un hombre por las calles y le disparó —metió su frase el abogado, la hizo encajar apenas en medio del laberinto de voces que ya se había armado.

—¡Oh, se trataba de un cirio infeliz!

—Y todas esas faltas grandes y pequeñas han pesado esta vez, pero por su suerte ya queda usted listo para el juicio que...

—¿Cómo, y todavía un juicio? ¡Acabáramos! ¿Y qué han arreglado ustedes, entonces? —y los despreció en una mirada.

—Pasará usted a un centro de inculpados civiles, ni siquiera a una cárcel, déjeme seguir —y el abogado no podía con las voces de Ismael.

—¡Cálmate, ya, dijiste que no ibas a portarte como un niño! —gritó finalmente Toño. Ismael lo miró encolerizado, hubo una pausa, y justo el abogado encajó su nueva frase, pasará usted a un centro de inculpados, pero apenas por unos días, póngale a lo más una semana, hasta que obtengamos la libertad provisional y venga la

sentencia por celos o locura temporal, sentencia sin juicio oral, que será seguida por un indulto. Es lo mejor que hemos podido obtener, y el abogado se acercó a él, tan cerca de sus ojos que también lo demudó.

—Bueno, quizá hayan hecho lo mejor —Ismael se tomó la cabeza —, ¡pero quedaré deshonrado, sin mi rango, y sin chance de entrar en el nuevo gobierno..! —y el abogado y Toño se miraron, menos mal que cree lo que dice, todavía no está loco, vamos, primo Ismael, anda y prepara tus cosas, te sacaremos mañana lunes y al otro sitio sólo iras por la noche. O sea que tendrás medio día de vacaciones. ¿Adónde quieres ir?

Y ese medio día sería nada para cualquier hombre, pero Ismael oh, ¿de veras?, llévenme a ver a mis hijos y luego al mar, así haga frío o llueva, a mí no me importa.

El día del indulto pidió permiso a la universidad y al periódico y esperó dentro del Mini la salida de Ismael. Pensó que lo vería cargando maletas, como de vuelta de un viaje. Lo que vio fue el portal súbitamente abierto y dos automóviles, el conocido Thunderbird blanco y una nueva camioneta Ford, de carpintería simulada, saliendo veloces hacia la carretera; en medio de sus concuñados, Ismael iba poniéndose el uniforme y la gorra, gesticulando, discutiendo.

No le importó quedar de algún modo abandonado. Lo esencial eran esa libertad definitiva y la aceptación de Ismael por los familiares de la muerta. Por la tarde, rondó la casona del primo y al no ver automóviles estacionados se decidió a tocar. Una nube de chillidos lo envolvió; sus sobrinos semidesnudos, en traje de baño, le contaron que papá había vuelto a casa, que lo primero que había hecho había sido llenar la piscina para que se bañaran todos, y que ahora estaba trabajando en su escritorio.

Al empujar la puerta del escritorio le pareció que el ex mayor uniformado rebuscaba algo en los bajos de la hermosa estantería de libros, cuyas portezuelas corredizas abría y cerraba por turno. Por

encima de él brillaban algunos libros lujosos, trofeos y bandejas de plata, y más de cerca, los primeros títulos contra el Apra y el comunismo.

Había engordado un poco, se notaba claramente en la nuca, y sorprendían esas canas posteriores y laterales, formando el surco que le había dejado la gorra usada por tantos años. Al devolverle el saludo se mostró más tranquilo y relajado que en las últimas visitas. Ah, Toño, qué bien que hayas venido, le palmoteó el hombro, pensé que estarías esperándome en Lurigancho.

—Estuve, pero te vi salir con la tribu: ya sabes que ellos me quieren demasiado para...

—No digas eso, hom; justamente les hablé por el camino. Les hice ver su error, hubo ese malentendido del cuartel de Lince, donde yo también me excedí, te pido mil perdones. Con ellos tengo negocios comunes que debemos sacar adelante y contigo la relación es permanente por el lado de Martha. No te preocupes, ven, vamos a tomarnos un trago —pero, antes de salir, lo detuvo midiéndolo de arriba abajo. ¿Va a empezar otro lío?, pensó—. Viejo, muchas gracias por todo lo que has hecho por mí y por mis hijos, me has dado una verdadera lección de cariño y hombría.

—Quizá me la hayas dado tú a mí, dijo él, dejándose abrazar rumbo al jardín que rodeaba la piscina, en uno de cuyos ángulos había un bar pequeño y gracioso, con taburetes y luces indirectas.

—Salud —y bebió con la misma alegría de Ismael, pero sus ojos se prendieron de la camisa y corbata, y de los galones metálicos del hombro y del pantalón inconfundible. Sin embargo, guardó silencio y únicamente volvió a recordar ese uniforme cuando, bebiendo y paseando en torno a la piscina, oyó— :Y ahora, por favor, acompáñame adonde mi compadre Villavicencio, tengo que pedirle que sondee una reconsideración de mi baja. Creo que mis jefes se han equivocado y voy a darles una oportunidad para rectificarse. No habrá muchos que tengan mi espíritu militar, algo difícil de adquirir y que no se pierde nunca. ¿Qué me dices, primo?

Continuó guardando silencio, le apenaba contradecirle en aquellas circunstancias; no veía posibilidades de éxito, pero

finalmente aceptó, bueno, vamos, pero después te quedarás tranquilo ¿no?

—Te lo prometo —Ismael se cuadró solemnemente, y en una extraña muestra de deferencia, lo dejó pasar por delante suyo, cosa que no había hecho jamás. Lo llevó por unos barrios que habían brotado en su ausencia. A algunos todavía les faltaba pavimento y jardines, pero las casonas se veían confortables y lujosas, aun mejores que la de Ismael.

—¿Es un viejo amigo tuyo ese mayor Villavicencio? —preguntó por matar el tiempo, viajando en el Chevrolet verde que conducía Ismael.

—No lo conoces. Un suertudo que da miedo. Y no es mayor sino comandante, uno de esos ascensos de quienes tienen vara . ¡Y pensar que estuve delante de él en el cuadro de méritos! ¡Si te hacen cualquier jugada..! —empezó a refunfuñar—. Espérame aquí, mandó al bajarse, y Toño quedó en medio de esa quietud de suburbio y no de barriada (parece que nos hemos librado definitivamente de las barriadas, pensó sin alegría y diluyéndose en el plural, como para no tentar a la mala suerte, que podría desencadenar su aciago mecanismo y devolverlo a las casuchas de Huaylas y La Pampa), metido en la ausencia de coches, personas y ruidos, en un silencio largo y negro, pero seguía pensando hasta cuándo va durar este juego de hacerme el bueno, quisiera mandarlo al diablo y volver a mis cosas, cómo sabré si mi castigo ha concluido o si es voluntario o no, pero la lucha podía sentirse en su garganta donde hervían las palabras a favor o en contra, y también en la tentación de confesarle yo soy el origen de tu verdad y tu vida, yo te metí en el cuartel, te casé y te puse los espléndidos cuernos, Mónica te llamaba el cachaco y te colocaba de algún modo entre los dos, para que nos oyeras gritar como berracos, y en medio del silencio ancho y hueco oyó claramente una puerta que se abría, el brusco adiós de Ismael, la otra voz prudente que pedía, pero óyeme, no te vayas así, espera un momento, y el no tenemos nada que decirnos del que llegaba aquí, entraba en el Chevrolet y partía haciendo chirrear la ruedas.

Dejó pasar un rato, había que enfriar al tigre. Sin preguntarle nada, Ismael se lanzó a hablar como si Villavicencio estuviese delante en la carretera, este desgraciado se olvida de los favores que le hice, le presté dinero para construir su casa, imagínate que se muere de miedo y no quiere interceder por mí. Por poco le di un puñetazo, estuve por un pelo, pensé hoy he salido y ni siquiera he visto a mi madre. ¡Tú no conoces la vida, Toño!, se volvió seriamente, los ojos inyectados por la furia. ¡Está llena de malagradecidos!

Pasaron algunos días entre sus clases, el periódico y el arreglo de sus libros en la estantería de la casona, antes sólo ocupada por bibelots y objetos de plata peruana. A las nueve, mientras cenaba con Martha su sandwich frente al televisor, al que había quitado la voz para no aburrirse, Martha dijo es Lidia, te llama urgente. En el teléfono la voz sonó lastimera, insistente, no podía ser mañana, tenía que ser hoy. Ya me va pareciendo mucha Lidia, dijo Martha, no vaya a repetirse lo de Mónica, te advierto...

Lidia lloraba, sí, y lo esperaba escondida en la boca apagada de un cine, de donde saltó corriendo hacia el Mini. Dime qué pasa, y es la última vez que nos vemos, sin que sepa Ismael, perdona, pero no eres mi tipo, las cosas claras. Tuvo que decirlo. Por supuesto, ella trató de sonreír, no es una cita de amor ni mucho menos. Tienes que ayudarme. Ismael ha echado a los empleados de la ferretería y esa es gente contratada por mí, no por él, y son buenos, no sé qué hacer, ayúdame.

Tuvo que ubicar a los empleados en sus casitas de esteras o de adobe sin enlucir, animarlos a desafiar las acusaciones de vagos y rateros hechas por Ismael, nos trata como a soldados, señor, por poco nos mete al calabozo, ese hombre está medio loco, pero aún así tiene suerte, la ferretería es una mina, sólo pedimos un aumento justo, nada más. Y ahora llévame por favor a mi casa, dijo Lidia, y menos mal que ella descubrió el Chevrolet verde esperándola en su puerta; hubo que torcer y dejarla a dos cuadras. Y tampoco fue eso todo; a medianoche Martha lo aguardaba paseando por la terraza, qué diablos te pasa, ya vuelves a las andadas, te advierto por última vez...

Vino después un almuerzo de la familia de las Alberti. A Toño lo recibieron como si nada hubiese ocurrido, sin explicaciones de ninguna clase. A la hora en que los hombres se reunieron por su lado y empezaron a contar los chistes sexuales de rigor, Ismael refirió los suyos, todos referentes a la vida militar; luego soportó los que satirizaban al gobierno y se alejó hacia las mujeres, donde suavizó los mismos chistes: se cuadró ruidosamente y saludó y aun marchó cuando fue necesario ilustrar los cuentos, y por fin se sentó junto al viejo suegro, que babeaba cabizbajo y soñoliento. Se puso a beber solo y en silencio. Por la noche, lo despertaron con mucho trabajo y lo cargaron y arrastraron hasta el coche mientras sollozaba, vomitando sobre el uniforme que ya no debería usar.

La noche del cumpleaños de Toño, el cóctel organizado en la vieja casona marchaba sobre ruedas: la fiesta tenía sus propias voces y ruidos, alguien gritaba de sorpresa por un encuentro inesperado, una copa se caía al girar bruscamente un invitado, otras dos se entrechocaban en la punta de los dedos.

Toño dijo no, un psiquiatra sería demasiado, nosotros no somos gringos, por favor nada de psiquiatras. Déjalo, Ismael ya saldrá solito de sus problemas.

—No duerme por las noches —dijo Lidia—, contigo no puedo tener secretos. Yo llego a su casa a las diez, cuando sus hijos ya están dormidos, y me quedo con él hasta la mañana, escapando a las justas de los chicos y sirvientes para que no me vean. Pero eso no me importa nada, cuando una no es la legítima hay que aceptar las humillaciones ¿no?; lo que digo es otra cosa, que no duerme ni descansa. Una y otra vez me cuenta sus años en el ejército y sus viajes a provincias, cuando tenía mando y gozaba de muchas gollerías; se llevaba gratis a soldados que le sirvieran de mozos o de cocineros para sus fiestas, incluso de obreros para transportar el material con que levantó su casa. Yo trato de desviarlo, empiezo con las caricias, ya sabes bien adonde voy, a Ismael le gusta como el caramelo, me sigue la corriente y se me sube, claro, y cumple, para qué, sólo me falla cuando ha tomado mucho, es natural; pero luego, en vez de dormir, se queda aún más despierto y dale que dale con sus cuentos de cadete y oficial, o de su campaña en las guerrillas, o de cómo ahorró tres años en la selva para comprar baratísimo el terreno donde construyó la casa. Bueno, claro, ese dinero no alcanzó, ya sabes que su suegro le regaló buena plata. Cuando uno se decide a una cosa hay que hacerla, Lidia, dice, y entonces me entran los muñecos, ya sé que nos levantaremos a medianoche a dar vueltas en el Chevrolet hasta la madrugada, contemplando de

lejos, y medio a oscuras, la escuela militar, los cuarteles en que trabajó o estuvo preso, aquí me gradué, allá formábamos, en esa ala tenía yo mi cuarto, y así la mayoría de las noches, menos mal, pero a veces hay peligro, de veras. Nosotros corriendo solos y de madrugada por la Panamericana, y de repente vemos un convoy de soldados y él a pegarse a los camiones: yo muerta de sueño, pero abriendo los ojos para cuidarlo, no vaya a hacer algo grave, y el convoy metiéndose por los arenales y nosotros por detrás, ya sé, chola, dice, están de maniobras, hoy verás algo bueno, allá nos vamos también nosotros de maniobras, no muy lejos, claro, porque una vez se detuvo el camión y bajó el oficial y otra nos paró un jeep, ¿qué hacen ustedes acá, quiénes son?, y él bajando del carro, cuadrándose de militar, por nada deja esa ropa, enseñando su carnet de antes, soy el mayor tal y tal. ¿Y usted quién es, de qué promoción, no hemos servido juntos en alguna parte? Pero los más jóvenes no se acordaban y él suponiendo que era por desprecio, por haber salido como salió, o por creerlo un mentiroso o un loco; hasta llegó a gritarles, y esas dos veces nos detuvieron y casi nos meten presos, a mí también por cómplice, imagínate que el oficial dijo y quién me dice que ustedes no son espías chilenos o ecuatorianos. ¡Ah, las cosas que he pasado con él! Que no vaya aún a la ferretería, acuérdate la última vez el lío de padre y señor mío que armó con los obreros, mejor todavía no, tú y yo le llevamos el negocio mejor que nunca, eso tiene que agradecernos, aunque a veces estoy por mandarlo de paseo y que se las arregle solo, si puede. Claro que no lo haré, está sufriendo mucho el pobre...

—El cornudo corneador tuvo celos de su mujer —tarareó Toño en voz muy baja, al tiempo que les preparaba cocteles a sus invitados.

—Para mí no sufre, y físicamente lo veo mejor que antes —dijo Martha—: tú lo conoces desde niño, pero yo también hace unos veinte años, por lo menos. Siempre me pareció raro, nervioso, inquieto, pero con grandes momentos de paz y aun estúpido silencio (no olvides que por él sólo hubiéramos visto películas de Walt Disney y de cowboys); pero en seguida recobraba su intranquilidad y allá se metía a hablar de lo que no sabía o a presumir de sus cosas, el carro, los muebles y la casa, o a rajar de los ausentes. No

me sorprendió nada que siguiera la carrera que dices tú que le escogiste: su ambición y su vanidad necesitaban un cauce; yo creo que la escogió él mismo. Eres testigo de que me enamoraba y que pude aceptarlo y quizá hasta casarme con él. Pero ¿por qué no lo hice, vamos a ver? Porque es un simplón y no le interesan cosas serias, y además no sabe tratar a una mujer, no conversa bien y es tosco y rudo. Creo que tú lo has odiado por su superficialidad, aunque te equivocaste al darle mucha importancia, como si valiera la pena; y ahora mismo, que dices que ya no lo odias, te atas a él, ayudándolo demasiado. Déjalo que trabaje en la ferretería, o si no le gusta, que se meta en otro negocio, ya él se abrirá paso, es una fiera para ganar plata; pero así está como de eternas vacaciones, contigo y con Lidia que le dan sus ganancias en la manito. Para mí que se está riendo de ustedes dos. Que Dios le perdone por lo que ha hecho, pero yo no, un hombre que ha matado, y todavía a mi hermana, no es amigo mío. Siempre desconfié de él y lo traté de lejos. Y ya sabes que se casó con Mónica sólo porque a ella le fallaron sus novios y la pobre se moría por casarse. A veces me pregunto si no estaría embarazada de Lorenzo. ¿O quizá esperaba un hijo tuyo? ¡Porque bien que te aprovechaste de ella, aunque eso no lo confesarás nunca, claro..!

—Yo no puedo hablar —dijo Maruja—, apenas lo conozco hace unos meses, después de lo que ha pasado me da un poco de miedo, a ratos tan callado y otras tan parlanchín y hasta agresivo y malgeniado, sin disimular siquiera con los recién conocidos como yo. Pero no creo que esté enfermo, nada de eso. Está pasando la marimorena, como yo cuando papá nos abandonó o cuando murió mamita. Entonces el cambio de vida y la tristeza se juntan y una flota en el aire y se vuelve más buena con la gente, o se transforma en alguien más dura e irritable. Yo por nada me quedaría a solas con él.

—Has hecho bien en invitar a nuestro grupo y en traer a tu primo Ismael —dijo Walter, paseando por la terraza llena de invitados, celebrando el cumpleaños de Toño—. He hablado con él y es claro que está a la defensiva, sólo contesta, no inicia la conversación; pero sus modales lo venden, no necesita el uniforme que lleva

encima, sin él sabríamos de lejos quién es, un militar perdido entre civiles, hablando en voz más alta que la necesaria, mandando a cortarse el pelo a sus sobrinos melenudos (lo acabo de oír), hablando de hijos y padres de modo dogmático, viendo el desorden aún en la sucesión de discos del pick up, pero todo dicho con una sonrisa coja y ladeada.

—No me habías dicho que era tan guapo —dijo Florencia—, pero le quedaría mejor si se dejara crecer un poco el pelo y quizá un bigote. Y de extraviado o confuso no tiene nada, creo que está saliendo a pocos de la crisis, pero todavía le falta, claro; le dije adrede que yo había estado en la cárcel por universitaria revoltosa (la verdad es que pasé una semanita escasa), y él sólo me miró sorprendido; pero no se desató contra la universidad ni contra las mujeres políticas, menos mal, un año antes dices tú que me hubiera comido a gritos.

—Yo pienso que está medio borracho y prefiere no hablar mucho porque no coordina bien —dijo Pepe—; habla como un colegial que no quiere equivocarse, está medio tieso, hermano, le gusta la botella como la miel. Merece estar en nuestro grupo.

—¿Y por qué esa manía de venirse uniformado de punta en blanco cuando todos estamos de sport? —dijo Pantoja.

—Oh, casi me muero la noche que me dijo cómo la había matado! —se tapó los ojos Lidia—. Como no podíamos dormir, nos levantamos y él dijo quiero pegarme una borrachera, antes una vez al mes me emborrachaba con mis amigos y creo que me hace falta. Bueno, dije, yo traigo el whisky y el hielo. Empezamos. Él me ha enseñado a beber, o sea que la cosa fue mano a mano, nada de que yo soy mujer ni tú hombre, ni tampoco hubo saladitos que comer. Pero no llegamos a emborracharnos, algo nos impedía; y de repente él me acaricia y me cierra las manos en el cuello, yo la amaba, dijo, tienes que perdonarme porque entonces la amaba a ella y no a ti; yo lo sabía, dije no te preocupes, recuerda que yo te enamoré, porque así sucedió, algún día te lo contaré, militar y guapo y todo, y viéndonos en el negocio, fui yo la que me insinué y no me arrepiento (siempre fui un idiota con las mujeres, pensó Toño); pues sí, me cierra las manos en el cuello y yo de una vez por todas hablé,

desahógate, cholo, cuéntame cómo fue, ya sabes que soy una tumba, y él se quedó callado y yo perdóname, si no quieres no hables, y de repente empezó, fue un accidente en mi oficina del cuartel, estuvimos discutiendo y yo preguntándole quién era el desgraciado que salía con ella, pues entre ellos ya no había nada (¿entiendes, Toño?, pensó él, ya no era su mujer y él quería saber con quién), y Mónica tomándolo a broma, oh yo estoy con un montón, hijo mío, por lo menos con cinco, hasta que me ofusqué y le tiré un puñetazo como si ella fuera un hombre, y al hacerme el quite recibió el impacto en la garganta, le rompí la nuez y al caer se fue contra el filo del escritorio, por eso apareció como estrangulada y también con ese tremendo golpe en la cabeza.

Ismael le mintió a Lidia, como mintió la primera vez que lo visité en el cuartel y la segunda en el escritorio de su casa, pensó Toño; yo también quería que me contara con una minucia de detalles porque todos deben encajar en un crimen, acto ilegal que despierta la curiosidad como ningún otro; y entonces se vio a sí mismo y a Ismael rodeados de trofeos, espadas y dagas, encerrados y nadie oyendo afuera, te mentí antes, hermano, no fue un accidente, supe que me engañaba desde hacía mucho tiempo, pero no quién era el desgraciado, y por eso me olvidé del tipo y sólo la culpé a ella; había pensado desde matarla en una playa desierta y de noche (¡y dale con eso!, pensó él), hasta dispararle un tiro en nuestro dormitorio; y qué pasó, primo, terminé estrangulándola con estas manos, y las puso delante de ambos, y en aquel momento entró su hijo, oh mi hijo Esteban, y Toño y él quedaron en silencio esperando a que el chico se marchara y las manos ya vibraban, haciendo murmurar a Toño, casi estallar su cabeza, sentir que el turno le había llegado, iniciar su propia confesión con un mira, Ismael, hay algo que yo también debo decirte, pero por suerte de ahí no pasó, no se dejó llevar por la segunda o tercera versión que daba Ismael, ni necesitaba confesor alguno; y tampoco perdió los estribos cuando volvieron a quedar solos y el asesino dijo, quizá mintiendo, pensé incluso en matarme, Toño, debo decírtelo, si no es a ti a quién se lo voy a contar, una aguja de hielo atravesó el pecho de Toño y empezó a hincharse en la oscuridad del cuerpo y paralizó su

lengua, ya tendrías dos cadáveres en vez de uno, mira lo que has hecho, tú que aspirabas a ser un hombre normal. Pero Ismael no paraba, ¿te imaginas, primo, verla estrangulada y cayendo al suelo, y yo dudando si escapar, matarme o esconder el cadáver? No puedes imaginar lo que duele la cabeza, los gritos que das por dentro, llamando a alguien que no existe para que te devuelva a un momento antes en que aún no sucedía nada.

Uno de los sobrinos Alberti puso discos y ya se sabía en Lima que, apenas hubiera música, cualquier cóctel se transformaba en un baile donde habría incluso que ofrecer comida. Los sobrinos dieron el ejemplo, pero pronto los imitaron parejas adultas y se formó el ruedo y la competencia de quién bailaba más y mejor. El viejo Alberti roncaba despatarrado casi sobre un sillón, abierto el pantalón por la gordura, el puro cayéndose de la boca y babeando todo él.

—Ya no debemos salir a fiestas, estamos muy viejos —dijo la señora Alberti—; fíjate en mi antiguo león, parece un chanco en vísperas del matadero. Sólo hemos venido por verlos a Martha y a ti establecidos de nuevo en nuestra tierra, y también por saber cómo está Ismael; me habían dicho que mal, pero no, no, lo veo casi recuperado. Buenas noches, Toño; primero llévame a mí al carro y después vuelves por él, que te ayude alguien de nuestra tribu. Adiós, Mónica...

—¿Qué es eso de Mónica? ¡Soy Martha, mamá..!

—Oh, perdón, hija mía, qué cosas estoy diciendo, ya no veo bien... A ver si me ayudan a salir, casi no puedo andar. Ojalá ustedes nunca lleguen a viejos, es la cosa más horrible...

—Menos mal que yo no hago el papelón de salir a rastras, como un mueble viejo —dijo la tía Lola—. Prefiero estarme quietecita en un rincón, pero comiendo mis helados y pasteles, feliz de ver a Ismael y a ti sin pelearse.

—No sé si lo sabes, pero Ismael es también mi socio en una compañía constructora —dijo Ferruccio—, algo como el oro en polvo, de un día a otro suben el cemento y el hierro. Si quieres, puedes entrar con un paquete de acciones.

—No, gracias —dijo Toño—, ¿Es posible que alguien crea que tengo dinero? Le entregaré feliz la ferretería a Ismael, y luego,

zapatero a tus zapatos...

—Sí, está bonita la fiesta y a Martha se le ve muy alegre, que es lo más importante —dijo Esther—. Pero me parece que no celebramos tu cumpleaños, sino la vuelta de Ismael y también el olvido de Mónica. Y pienso que no hay nada que celebrar, excepto tu cumpleaños, claro. ¿Crees que le gustará la vida civil donde fue nada más que un muchacho pobre y sin suerte? Aunque las circunstancias hayan cambiado y tenga el porvenir en el bolsillo. Sólo querría no verlo por un tiempo, lo miro y pienso en Mónica, pero también es cierto que no es el único culpable, todavía no sabemos quién fue el desalmado que empezó con toda la desgracia. Y otra cosa más, no me gusta esa Lidia que a lo mejor quiere casarse con Ismael porque lo ve con plata; creo que no debiste invitarla.

—Déjate de odios y rencores, Esther —dijo Bolita—; y si quiere Ismael, pues que se case de nuevo. Anda, baila o cállate.

—Sí, ven conmigo —dijo Pantoja—. A Mónica le gustaría vernos bailar a todos; adoraba el baile.

—No me importa lo que rajen de mí estas Alberti —dijo Lidia—; no estoy loca por subir al altar con Ismael. Después de lo que ha pasado, es natural que él tenga recelos del matrimonio, los mismos que le tengo yo. Quizá también el matrimonio sea causa de muchas desgracias.

—¿Puedo quitarme el uniforme y la corbata? Estoy como gallo en corral ajeno —dijo Ismael, entrando con Toño en el dormitorio de éste—. ¿Puedes prestarme alguna ropa sport? A ver, tú eres un poco más bajo, pero estamos lo mismo de delgados, te felicito, hermano, ya no vuelvas a engordar. Creo que sí, éste me queda más o menos. ¿No me confundirá alguien contigo? A ver si me llevas algún día a comprarme ropa de civil.

Retornaron juntos a la sala donde todos bailaban. El gentío entero aplaudió el cambio de traje de Ismael, vaya hombre, te queda bien, has demorado mucho en ponértelo.

—Que no nos oigan aplaudir los militares, dijo Ferruccio, ahora que gobiernan el país hay que llevarles el amén.

—Gobernarán ellos, pero sin mí, dijo Ismael.

Ya salió del infierno, al menos el suyo ha sido más corto que el mío, pensó Toño, ya se ha curado; y ahora que es un hombre libre, y que yo empiezo también a sentirme mucho mejor, sin una turbia obsesión, lo dejaré o me dejará solo.

Unos días después entregó la ferretería a su primo y se dio a buscar con Martha un departamento adonde mudarse.

Madrid, Lima, 1979.